

1.
EL

CONDOR.

**PERIÓDICO ILUSTRADO,
POLÍTICO, LITERARIO I DE NOVEDADES.**

Redactado por **M. B. Cuartín.**



Núm. 1.º—Junio 15 de 1863.

SANTIAGO.

—
Imprenta del **CORREO**, calle de la Bandera, 25.

El Condor.

BIBLIOGRA
DE CHILE

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Junio 15 de 1863.

Núm. 1.

PROSPECTO.

Ofrecer una nueva publicacion a la sociedad de Santiago, conociendo su poca aficion a la lectura de lo que no lleva en sí el sello de las pasiones de la política militante, no podrá ménos que parecer a cualquiera sino una oferta temeraria i hasta ridícula, puede decirse así, atendiendo a que la prensa ha conseguido multiplicar considerablemente sus órganos de defensa i ataque.

Sin embargo, para una poblacion que pasa de cien mil almas nunca será en balde un nuevo periódico, aunque mas nosea que por la facilidad que hallarán los que quieran favorecernos con sus producciones para dar a luz el fruto de sus ocios o de sus labores. La poesia, las artes, la ciencia, la industria, pueden mui bien codearse en nuestras columnas, i sin necesidad de esos nombres propios estampados al pié de los artículos; ni ménos sin pasar desapercibidos, como sucede muchas veces en los diarios, en que no se busca otra cosa que el aliciente de los acontecimientos que mas de cerca atañen a los hombres que rijen nuestros destinos; i cuya censura alhaga tanto la vanidad i el interes del individuo. Además, la disonancia producida por materias tan inconexas en las publicaciones esencialmente políticas o comerciales, no deja de ser un obstáculo para que los que quieran hacer algunos estudios sobre cualquier ramo de artes o de ciencias se retraigan de su propósito, sabiendo que el resultado de sus esfuerzos no puede ser otro que la indiferencia o el olvido.

El *Charivari* parisiense dando cuenta en años pasados de un periódico nuevo se esplicaba así:—

«Los amantes de la literatura no han menester de carta de naturaleza para lograr la ciudadanía que solo sabe dispensar la república de las letras.» Una vez introducido el neófito en el templo de las musas, lo único que puede exijírsele es el trabajo, i ya veis si es difícil conseguirlo de quien ama con la fuerza con que se ama lo bello. «Bien venido, cólega, añadía, i felices nosotros si podemos hallar en el nuevo campeón un amigo de nuestras ideas i un cofrade solícito en nuestros propósitos.» De seguro que no será esta la salutación que nos dispensará la prensa; i en eso hasta cierto punto no tiene ella la culpa, pues se ha visto que muchos periódicos que se suponían el eco de la sociedad i ofrecieron enfáticamente distraer al pueblo, cuando no pulirlo i amaestrarlo, no lograban otra cosa

que el desprestijio mas completo a consecuencia de la falsa senda que siguieron.

Por otra parte, en una sociedad tan etiquetera i remilgada como la nuestra, lo que se llama vulgarmente burla, i que no es otra cosa sino la sátira empleada con mas o menos viveza, con oportunidad o sin ella, no puede ménos que producir una excitacion que redunde no solo en perjuicio del que se atreve a retratarla, sino en descrédito completo del jénero de escritos, a que se han debido en todos tiempos i se deberá la estirpacion de los malos hábitos i ridiculeces que afean a las sociedades humanas.

Verdad es, i es preciso confesarlo, que entre nosotros así como la moda en el traje se aclimata exajerándose o pervirtiéndose, pocas veces hemos tenido los que se llaman artículos chistosos, ni esa clase de escritos en que el donaire del espíritu i la chispa del jénio campean sin revolcarse en ese lodazal del ultraje personal, que tanto afea el carácter del escritor i en toda muchas veces sin provecho hasta las reputaciones mas puras.

Esta publicacion por el propósito que nos asiste no tiene pues mas objeto, además de los que hemos apuntado, que contribuir a la difusion de las ideas que la prensa i la sociedad ventilan cada dia; i sin que para ello echemos manos de otros elementos que de aquellos de que pueden disponer lealmente los hombres de letras.

La independencia tan indispensable requerida en los asuntos políticos, cuando ellos tienen lugar en épocas de calma i esperanzas como la nuestra, es inútil vociferarla, atendiendo a que no contamos afortunadamente con proteccion de ninguna especie, es decir, con el apoyo de ningun bando político que pueda imponernos sus convicciones i sus odios como tema obligado de nuestros escritos.

En este sentido, abierto con este número el buzón de nuestra imprenta, esperamos que el poeta, el artista, el hombre de ciencias, el industrial i todos, en fin, los que quieran confiar al papel sus pensamientos, se dignen favorecernos con su ayuda en nuestros semanales apuros.

Las ideas no tienen patria, ni relijion esclusiva: el pensamiento, siendo útil a la sociedad para quien va dirigido, puede volar, como dice Jorje Sand, por todas las esferas.

Así, lo único que cercenaremos de la absoluta libertad que ofrecemos a nuestros colaboradores, es la responsabilidad de las ideas i opiniones que no nos

pertenece. I créase que no decimos esto por temor de que se nos pueda venir encima uno de esos chubascos, que casi siempre caen sobre los pobres a quienes la falta de una pluma bien tajante autoriza todo linaje de agravios: todo menos que eso; mas, como no es justo cargar con los pecados de nadie, ni con el elogio de obras que no fuesen nuestras, es bueno hacer esta advertencia de antemano para no vernos obligados a responder a cargos hechos injustamente, i por lo mismo mas dolorosos i desesperantes.

Para salvar este inconveniente, toda la colaboracion irá en la seccion *Correspondencia*, respondiendonos de cualquier modo de las opiniones que emitimos en los artículos de la redaccion i la revista.

Hecha esta paladina confesion El Condor volará pues por todas partes, seguros todos de que jamas incará sus garras en ningun principio ni sentimiento noble i jeneroso, ni menos en la reputacion de ningun individuo determinado por hostil i hasta encarnizado que se manifieste.

En aquellas cuestiones en que su conciencia o su provecho le mnden una absoluta prescindencia, no debe motejársele suba a guarecerse en las encumbradas cimas donde de continuo se anida para avistar mejor sus enemigos, i huir así de los tiros que le aseten los que vayan en su perseguimiento.

Otras veces, erguida su cabeza de contento i orgullo batirá sus alas, ora para aplaudir a los que propalen o defiendan las ideas que se apoyan en la conciencia comun, en el modo de sentir de los buenos, ora para defender a pico i garra los principios de libertad i de justicia que profesa. I si por desgracia, como mui bien puede suceder, se le obligase descender a la lucha cuerpo a cuerpo, no será ciertamente para hacerlo devorar los cadáveres putrefactos de los que en otro tiempo hubieran sido su presa.

¡Felices nosotros si conseguimos caer bien en la sociedad i en la prensa, i si el empeño i las buenas intenciones llegasen a suplir el ingenio i los talentos de que nos hallamos desgraciadamente tan escasos.

No concluiremos sin avisar que El Condor será ilustrado cada semana con una o dos caricaturas que sin herir, representen cuadros de la situacion, trabajo, que, como se sabe, a mas de los gastos que orijina es por demas difícil i engorroso.—Un jóven chileno, a quien no falta la chispa del arte, es el que ensayará su talento en esta tarea, pidiendo él, a su turno, no solo la induljencia para su trabajo sino ánimo desprevenido en el modo de interpretarlo.

Por fin, si la proteccion que el público nos dispensase correspondiese a los gastos del periódico, el editor no perdonará medio ni sacrificio para complacer a sus abonados, prometiéndoles desde luego regalarles durante el bimestre, algunas piezas de música escritas ex-profeso para El Condor.

Política interior—Situacion presente.

Grande ha sido la polvareda que el ya tan manoseado mensaje del Presidente de la República ha levantado en la prensa. Pero lo que mas nos asombra en

este confuso clamoreo i vaga acumulacion de cargos i reproches contra el jefe supremo, es que la prensa destinada en otros dias a sostener la política del gobierno pasado, no haya hecho otra cosa que repetir contra la administracion presente las inculpaciones que recibió de la opinion i de todos los órganos liberales del pais aquel malhadado gobierno.

Cuando se mercantilizan las opiniones, cuando la pasion de partido pervierte el criterio del hombre, cuando se ha hecho i hace ostentacion de defender principios que la razon condena, no es extraño que se lleve el error hasta sus últimas consecuencias.

Decir i asentar, con un aplomo que parece acreditar una conciencia segura i un patriotismo libre de toda sospecha, que el pais en la situacion que atravesamos no ha dado un paso siquiera en la carrera del bien i del progreso; a cualquiera, por no acostumbrado que se halle a las argucias del diarismo, no podrá ménos que comprobar, que en la política, como en todos los negocios de la vida, la sanidad de los principios no puede suplirse por el talento.

Frescos i mui frescos estan todavía esos dias luctuosos para el pais, en que el capricho i la fuerzade una voluntad verdaderamente diabólica no hicieron otra cosa que conculcar todos los derechos, contrariar todas las nobles inspiraciones del patriotismo, i arrancar, por para malevolencia puede decirse, hasta el jermen de todas las virtudes, que tienen su asiento en el amor sagrado de la patria.

Sin embargo, el mismo diario que nos daba cuenta todos los dias de las medidas de rigor tomadas por los héroes de aquella funesta política contra todos los buenos ciudadanos; que nos pintaba con los colores mas rosados el negro fondo de aquel cuadro siniestro en que la virtud i el civismo caian exánimes a los piés de la tiranía; en que el valor i la abnegacion tenian que llevar por corona de premio los grillos i las esposas; i en que, al mismo tiempo, todas las malas pasiones parecian ostentar en primera línea su deform fealdad; sí, ese mismo paladin de aquella época camitosa para la felicidad pública, nos viene diciend ahora con una gravedad risible a fuerza de estiramiento i estudio:

«Que el gobierno del actual Presidente no quiere absolutamente reforma de ninguna especie.

«Que el gobierno no es liberal ni ha dado motivo para que tal se le crea i estime.

«Que el gobierno es conservador, i por una contradiccion manifiesta tampoco hai hechos que puedan probar que en política es la que se funda en la conservacion de todo lo existente por vicioso que se le considere:

«Que quiere la discusion, i sin embargo no acepta las verdades que alumbran el examen i el estudio de los sucesos.

«Que quiere la reforma i al mismo tiempo no propone ninguna.

«Que quiere que Méjico triunfe, i que confía en la libertad que vienen a darle sus opresores.

«Que quiere la prosperidad del estado i no se resuelve la cuestion de Mejillones, ni hace cosa alguna en el

sentido de un plan sistemado de pacífica conquista de la Araucanía.

«Que todo lo desea; pero que en nada toma la iniciativa.

«Que su deseo en fin es tan inmenso como su inmovilidad.»

Por este tenor son todas las acusaciones sobre las que vuelve cada día a la carga la prensa citada: veamos ahora si en alguna de ellas ha entrado el escarpelo de la crítica, movido por la razón desnuda de toda prevención enojosa, o si en todas no ha hecho mas que dejarse llevar ciegamente del espíritu hostil que le domina.

Apenas subido al poder el Presidente Perez, vióse, i con asombro jeneral, que la gratitud que todos le suponían para con los hombres que le habían ayudado a ceñirse la banda, no solamente era incapaz de contener los impulsos de sus buenos deseos para con el país, sino, por el contrario, que ella no podía dejar de romperse ante los dictados de su conciencia i los latidos de un corazón republicano.

A los primeros vótores i aplausos dados por el pueblo que saludaba en el nuevo mandatario la luz naciente que ahuyentaba las tinieblas de diez años de opresion i vergüenza, víéronse, i muy claros, el descontento i el enojo en los semblantes de todos los afiliados en el partido montista: la rabia i el despecho fueron mal encubiertas por esos mismos hombres que hoy parecen favorecerlo; i apesar de las mentidas alabanzas de la prensa al carácter del hombre i a las expectativas que ofrecía su encumbramiento, traslujéronse bien diseñadas ya la animosidad i la inculpacion, que ahora han acabado de tomar una forma precisa en sus manos.

Como era necesario no chocar de golpe con el bando hasta entonces dominante, i cuyas exigencias nadie mejor que el mismo Presidente Perez estaba en el caso de conocer, llamó a su lado a sujetos, que por su carácter i antecedentes ni podían levantar los celos en el partido que lloraba su influencia perdida, ni tampoco ofrecer a la mayoría de los liberales promesas de un cambio absoluto i radical en la política.

La misma corta duracion de ese ministerio provisivo anunció al país que el jefe del Estado quería dar a la administración un tinte mas marcado, que sus propósitos iban a tomar un carácter mas seguro, i que sus ideas no podían ser otras que las que la nacion entera le mandaba abrazar sin pérdida de tiempo.

Al jeneral Garcia, a Renjifo a Donoso, a Alcalde, individuos que ni odio ni amor ofrecían al bando vencido; pero en quienes la acritud de los partidos no podía menos que templar su rigor i sus pretensiones, sucedieron Tocornal, Güemes, Lastarria i Maturana, sujetos en quienes la sociedad no vió entonces, ni podía ver otra cosa, que un gabinete el mas hábilmente formado.

Efectivamente ¿qué combinacion pareció mas oportuna que la que ofrecían aquellos cuatro hombres, representando cada uno una entidad política fuerte, vigorosa, i a la cual no podía volverse absolutamente la cara en aquel momento?

I no se diga que el elemento liberal entró a

hurtadillas, i como a medio sazonar aquellas otras entidades estacionarias de gobierno; no, nada de eso, pues ni el que tomaba las riendas del gabinete en lo interior i exterior, ni los otros tres ministros dejaban de profesar principios de libertad i justicia, ni ofrecían al pueblo menores antecedentes que los del señor Lastarria para verse representado i contenido en sus aspiraciones.

El hecho solo de la formacion de aquel segundo gabinete ya importaba para la nacion una reforma, una mejora, un bien, una esperanza: ya se divisaba con este solo antecedente los primeros albores de un día claro, tranquilo, de un día de reposo, que era lo que todos ambicionaban a una despues de tantos azares i contratiempos.

El Ministro de Hacienda Lastarria, a quien el presidente Perez llamó a su lado espontáneamente no podía ménos que ofrecer al partido liberal, atendidos sus trabajos por la buena causa i la elevacion de sus talentos, que una participacion muy vigorosa i acertada en todos los negocios. Fué así, mas como los amigos de la pasada administración creyeron que su permanencia en el gabinete no podía sino entorpecer la mano que arduosamente debía siempre reanudar el hilo de la intriga, se aunaron todos, i con una constancia que pinta lo que pueden los rencores de la política, trabajaron hasta cansar a aquel honorable funcionario; i hacerle entregar al fin la cartera que tanto codiciaban muchos de ellos, a pesar de ser tan poco digna de envidia.

¿I culpa fué, preguntamos nosotros, del señor Perez, que los trabajos i lucubraciones de su ministro fuesen contrariados por el Congreso, i cayesen allí bajo el peso del odio i de la envidia? ¿Había o no deseos en él de hacer algunas reformas en la hacienda pública? ¿Debían suponerse o no, volvemos a preguntar, que los propósitos del gabinete eran, a medida que se fuesen presentando las ocasiones, ir paulatinamente reformando el vicioso sistema de hacienda que aun nos domina?

Si en cuanto a las *finanzas*, las Cámaras elejidas por Montt no hicieron otra cosa que trabar el curso de las reformas i hostilizar al ministro, que tan claras muestras ofrecía de querer separarse de la rutina que tanto se defendió en ese Congreso, i que tanto se culpaba hoy por la prensa montista, ¿qué debería prometerse el jefe del Estado, qué sus secretarios, qué el país, mientras no cuente con un cuerpo legislativo elevado de su seno i no impuesto a bayonetazos a una nacion amodorrada e indefensa? Sin embargo, el aliento no abandonó al mandatario, i confiando siempre en que el patriotismo venciese al fin los furios de partido, el vacío dejado por el señor Lastarria fué ocupado por otro, no ménos liberal que aquel, ni ménos comprometido en la opinion para continuar la misma senda.

Ahora bien, esta pertinacia en el pensamiento del gobierno de sacar siempre de las filas del partido liberal un Ministro para gobernar la hacienda pública, ¿no será mas que suficiente para probar a cualquiera que ama la reforma, que detesta la rutina, i se promete, a pesar de tantas tranquillas con que tiene que luchar ca-

da día, lograr hacer algunos bienes en el ramo de la riqueza pública? Con todo esto, esa misma prensa afirma que el jefe supremo mira con terror lo porvenir i que solo fija sus ojos en lo pasado.

Lo que sí creemos que puede asustar no solo a la cabeza del gobierno sino a todos sus ministros, son las consecuencias que emanan de la tenacidad sistemática en uno de los poderes públicos, que por su esencia debe ser el primero en la iniciativa de las reformas. ¿I cómo no ser así, cuando es absolutamente imposible gobernar un país en el que los poderes que constituyen la máquina social se chocan a cada momento, i en que la paralización de uno solo basta para interrumpir la marcha?

Si el gobierno contara con unas cámaras desapasionadas siquiera, cuando no adictas, entonces se podría decir que su marcha no llevaba la celeridad que se requiere: que sus pasos no tenían esa seguridad que viene de la confianza en la máquina que se gobierna; que sus planes carecían de la altura a que deben elevarse, atendidos la prosperidad i el nombre de la república.

Entonces sí, que la crítica, por severa que fuese, sería aceptada por la opinión o mejor corroborada por el corazón de todos; mas, mientras haya esa escisión, ese divorcio entre el primer poder público i los demás a quienes debe guiar en la carrera, nadie, no habrá uno solo que culpe al gobierno de inacción, sino que, lejos de eso, deje de deplorar la penosa situación en que se halla colocado.

Cuando se medita que hasta para conceder las charreteras de coronel a un bravo soldado de la independencia, a un hombre a quien la sociedad i el ejército, para dar una lección de justicia, apellidan siempre por el grado, que la mezquindad de una Cámara sin patriotismo ni grandeza se atrevió a negarle; uno no puede menos que preguntarse ¿i así se quiere que el gobierno inicie proyectos, que reponga en sus derechos a quienes negó la malquerencia una justicia realmente merecida? ¿I con tal Congreso todavía se puede prometer el país una sola reforma, un solo bien, una sola satisfacción, una sola esperanza?

Se habla muy entonadamente de reforma, i sin embargo nada se diría a este respecto por los hombres i la prensa del gobierno pasado, si los gabinetes que ha tenido el presidente de la República desde su elevación, hubieran tenido el coraje de reformar esos presupuestos en que a cada paso se tropieza con un empleo que creó el favoritismo, con una socialía, con una brecha abierta en el erario público para premiar indignos servicios personales, o para remunerar favores, que se hicieron al hombre que mandaba con perjuicio del país que lo sufría.

A buen seguro que se habrían aplicado al actual gobierno los epítetos con que se difama generalmente al que atenta contra nuestras pizanas: a buen seguro que se le habría acerbado de inculpaciones i denuestos, si, llevándose de los sentimientos de la opinión, hubiera cargado con la responsabilidad de destituir de sus empleos a muchos de los mismos individuos que lo atacan, atribuyendo a debilidad de carácter i no a la justicia i conciliación la permanencia de su fortuna.

Entonces sí, que se habría puesto el grito en el cielo, i hasta se habría conspirado, si el gobierno oyendo la voz de los pueblos hubiere hecho hacer su renuncia a algunos de los intendentes, que hoy tolera por no hacer creer sin duda que se deja dominar por las exigencias de los partidos.

Verdad i muy grande es que el Presidente i sus Ministros no han hecho en este sentido lo que les ha pedido la opinión pública; pero también es muy cierto que mas vale pecar por blando de condición con los enemigos que de desapiadado adversario.

Pero veamos algo mas en concreto de las imputaciones que se hacen a la administración por el órgano del decenio.

«Su inacción dice, véase en la cuestión Mejillones i la prueba es que no la toca en el mensaje ni incidentalmente.»

De nada de esto puede ni debe asombrarse el *Ferrocarril*, atendiendo a que a él mejor que a nadie le consta, que su partido fué el que tuvo la culpa de no dar curso al proyecto de las huancas. Además, estando de por medio un arreglo con Bolivia referente a ellas, i sobre todo, conociendo que su pensamiento no podía ser aceptado por el Congreso, ¿qué extraño tiene que S. E. no toque el negocio, i se reserve para mas tarde comunicar el desenlace definitivo que se promete?

Cuando el gobierno convocó a las Cámaras a sesiones extraordinarias para tratar de este asunto, no podía menos que sentir la necesidad de evacuar de una vez este engoroso negocio; i si tal no hubiese sido, de seguro que no habría incomodado la conocida poltronería del Cuerpo Lejislativo, ni menos propúستose sufrir el rechazo que mereció por su dilijencia. También causa asombro al mismo diario que el Presidente diga que talvez sea necesario elevar hasta un millon el empréstito interior, i en medio de su susto se pregunta candorosamente: «¿Juego el Estado se halla faltar de recursos?»

Sí, señor, el Estado se halla apurado: las arcas nacionales estrujadas: el oro de la nación despilarrado: mil necesidades públicas desatendidas: mil proyectos de utilidad sepultados en los escritorios de los ministros: mil pensamientos rechazados o aplazados indefinidamente; pero de toda esta serie de males, de todos estos conflictos, el autor no es ni puede serlo la administración Perez, sino el gobierno de don Manuel Montt, que dispuso a tontas i a locas de lo que no era su peculio; que gastó las rentas de la nación en sostenerse contra ella, i embrolló de tal manera el erario público, que aun todavía nada se sabe sobre las injentes sumas que entraron anormalmente a rellenarlo.

Otro cargo no menos original es el que hace al gobierno por el estado en que se halla la cuestión araucana.

Aquí ya se ve mas claro: aquí ya suelta el *Ferrocarril* la carta escondida.—Veámosla:

Quéjase de que en pos de la ocupación de los nuevos territorios, solo se ha pensado en sujetar a reglas especiales la transmisión de la propiedad en aquellos parajes; i sin pensar en que la pregunta, que formula para rematar el cargo, podía ser tan victoriosamente

satisfecha, esclama:—«¿Continuará el sistema del pasado? la conquista pacífica de aquella rejion seguirá entregada a la casualidad?»

Lo que es nosotros no hemos podido ménos de estrañar esta interrogacion; i al hablar así, creemos, no habrá una sola persona que no participe de nuestro mismo asombro. Pero, ¿no se nos dirá cuál es ese pasado que al *Ferrocarril* espantacomu una esfinje? Sí, el pasado que debe sorprenderle i asustarlo es ese tiempo en qué gastó todo su calor vital para probarnos que el ejército acopiado por don Manuel Montt en las fronteras no tenía mas objeto que ocupar militarmente los terrenos habitados por los indijenas, para queal fin, hostigados por la fuerza de nuestras tropas, se fuesen introduciendo insensiblemente i sin trabajo, en el gremio de la civilizacion que les ofreciamos a balazos.

Por otra parte ¿qué medios, qué elementos son esos de que puede disponer el gobierno, para esa pacificacion, para hacer que la ocupacion militar, en que tiene comprometido ese ejército hoi necesario en aquellas fronteras, tome el carácter de un colejio de cuáqueros destinados a la propaganda?

Lamentable es por cierto que las rentas públicas, tan reducidas en el momento presente, se empleen en mantener un ejército que consume tanto jugo de la nacion; mas no lo es ménos tampoco que una vez principiada la obra es necesario darle remate.

Sobre que la conquista araucana no es mas que un pretexto para tener siempre en pié un ejército que no es compatible ni con la forma de gobierno que tenemos, ni menos con el espíritu de calma de que goza el pais, solo diremos que el *Ferrocarril* se olvida de que eso mismo le repetía todos los dias la prensa liberal, al ver que el gobierno aquel, acosado por la opinion de todas las provincias, de todos los departamentos, de todas las aldeas, no tenia otro efujio de que valerse para subir tan estraordinariamente la cifra de sus soldados.

Si se tiene siquiera un ápice de buena fe ¿podria asentarse que la conquista pacífica de la araucania fue lo que obligó al gobierno pasado a separar al Jeneral García del Ministerio para encomendarle esa tarea de cristiana propaganda?

Nó, la verdadera pacificacion, la verdadera conquista de Arauco, era alejar del puesto a aquel funcionario para poner a prueba su lealtad, para separarlo de Santiago, donde se creía que podía contriuir a echar por tierra la candidatura convenida.

Por todo lo dicho quedará probado, nos parece, que el dicho diario no hace mas que hacer rebotar sobre la administracion presente el memorial de quejas, que la opinion i la historia formularon contra los hombres del decenio: i en eso hace bien, la rejion de los partidos es tan tirante como la de los Bonzos, i sus sacerdotes, mal que les pese, tienen las mas veces que dar ellos mismo el ejemplo del martirio.

Por fin, el pais a quien no se engaña con tanta facilidad, ni a quien puede burlarse durante un año impunemente hasta ahora permanece fiel en su respeto al gobierno actual; i si deplora a veces que su actitud no

pueda ser mas enérgica, mas decidida, i mas desembarazada, jamas, creemos, habrá llegado el momento todavía de achacar al hombre los defectos i las culpas del tiempo en que vive.

Cuando se ve que para la provision de los pocos empleos de que ha podido disponer han sido siempre preferidos el mérito i la virtud, sin necesidad de esos cubiletes i esas añagajas propias de las monarquías o de los gobiernos en que se explotan todos los recursos del favor o del compadrazgo; cuando se piensa que por el deseo de obrar el bien i reponer en los honores debidos a todos aquellos que vivieron proscritos del poder, ha sacado del retiro en que yacian a muchas ilustres reputaciones, a muchos nombres queridos i familiares al pueblo por los recuerdos que simbolizan: cuando se medita que, aun a pesar de las mismas desmedidas exigencias de los partidos opuestos al que ocupó el poder, ha conservado i conserva todavía en sus empleos a muchos de los mas decididos auxiliares de la administracion difunta, no atreviéndose ni a esparcir en el ánimo de ellos la sombra de ser atropellados por su opinion, como lo fueron por don Manuel Montt los enemigos de su gobierno; uno no puede ménos de confesar que la conducta del gabinete es legal i justiciara; i que los hombres que están destinados a rejir los destinos del pais desarrollarán, cuando llegue el caso, todos los pensamientos que ahora esconden para no esponerse a ver defraudadas sus esperanzas infructuosamente.

Cuando se dice: gobierno con la lei, quiero la lei, amo la justicia i convoco a todos los poderes, a todos los órganos principales del movimiento intelectual, a todos los partidos, a todos los chilenos para obrar el bien lo mas latamente posible, ¿cómo no creer en la buena fe i en el patriotismo? ¿Cómo no abrigar esperanzas para lo porvenir? ¿I sobre todo, cómo no contentarse con el presente, por pobre que fuese, cuando descubre a la mente el horizonte estendido de lo futuro, i al corazon le presta tan caluroso alimento en el desfallecimiento i fastidio que acompañan siempre a los buenos deseos?

Esto solo es bastante: así, si es posible para quien cree en un mañana feliz pedir algo de quien todo lo espera, lo único que pediríamos al gobierno del señor Perez, es que tenga presente aquellas palabras de Lafayette a Luis Felipe:—«Teneis señor, la opinion del pueblo: aunque Borbon, la Francia os ama con respeto; teneis glorias propias, talentos con que hacer la felicidad de la patria, ¿qué os falta, pues, para que vuestra conciencia os diga que sois el mejor monarca? Lo que os falta, señor, es no contempORIZAR con lo pasado, no guardar lei a las tradiciones de los que, juzgándoos solo Borbon, os elevaron al primer puesto. Sed rei, en una palabra, solo por el pueblo i para el pueblo, i todo está hecho.»

La leccion tambien es completa. Fugitivo aquel viejo monarca del palacio de sus abuelos ¿qué no diría al verse prófugo i odiado por el mismo pueblo que se embriagó con su elevacion al trono de la Francia? Eso Dios solo lo diría!

Diplomacia europea.—Política exterior. Socorros a Méjico.

Verdad, i mui sabida, es que la diplomacia en manos de las naciones débiles no ha sido las mas veces sino el arte de ocultar el terror o burlar el castigo de los pueblos, a quienes, por undesequilibrio inexplicable, la Providencia ha querido colmar de gloria i poderío.

Cualquiera que sepa darse cuenta de los sucesos históricos, se convencerá, i sin mucho esfuerzo, que para las nacionalidades indefensas no ha habido nunca lo que en el lenguaje mentiroso de la política se apellida *derecho de jentes*, ni menos que la jurisprudencia internacional, que siempre se invoca en momentos de apuro o atropello, haya producido bien de ningún linaje.

En las luchas sostenidas para mantener el pretense equilibrio Europeo, que no es otra cosa que el pretexto para despojar o aniquilar a los pueblos pobres e inermes, ya se ha visto lo que ha podido dar de sí la apelacion a la conciencia pública, i lo que han logrado influir en el corazon de los verdugos los lamentos de la inocencia cuando ha implorado su misericordia.

Si se duda de este aserto, estiéndase la vista por el viejo mundo, i se verá a la Polonia desangrándose todavía bajo la garra del tártaro feroz i embrutecido: allí a la Hungría jadeante aun de sancancio i oprobio, i forcejando, aunque postrada, por desasirse de los hierros que la envilecen i lastiman: allí contempláremos a la Italia, a quien la felonía i la traicion quisieron ofrecer union i libertad para remachar mas i mas sus cadenas, todavía de pié clamando por el cumplimiento de mentirosas palabras imperiales, i renegando de lo que la política europea llama con tanto aplomo *razon de estado*. Allí, en fin, están todos esos pueblos que jimen ahorrrojados, envilecidos, hollados en su corazon, en sus aspiraciones, en la grandeza de sus antecederentes como testimonios elocuentísimos de lo que pueden sobre la fuerza los clamores de la justicia i la santidad de los fueros de la desventura.

I no se diga que desde 1772 la desdichada Polonia ha llamado la atencion del mundo con el espectáculo horripilante de sus martirios, con el clamor permanente a la conciencia de todos los pueblos, con la demanda de auxilio incesante a todas las naciones cristianas; i no se diga que la Hungría, la Italia, la Grecia, la Turquía han cesado de apelar a la justicia universal de los gobiernos para poner un fin a sus miserias.

Sí, todos los recursos de la conciencia sobre el corazon i la buena fé se han empleado sin provecho, llegando muchas veces el descaño de las cortes europeas a no dar otro motivo para sus espoliaciones i violencias que la topografía de los lugares. «El despotismo que dá la fuerza no tiene latitudes, decia Lammenais; pero tambien lo es que la ignominia de los perpetradores de tamaño crimen se extenderá de polo a polo.»

Un orador de Luis Felipe, decia a las Cámaras en 832.—«La Polonia por los tratados de 1815 es propiedad del Austria, de la Rusia i la Prusia; así la

Francia por mucho que clame por ella, el destino de esa nacion no puede revocarse, ni se revocará sin duda mientras sea una presa codiciada para sus señores.»

Estas abominables palabras acallaron la elocuente parlería del Congreso, i eso que la opinion pública era tan pronunciada a favor de aquella nacion, que los franceses todos corrian a tomar las armas sin esperar las quintas i las levadas.

I bien ¿qué sucedió al cabo de tanta abnegacion, de tanta grandeza i caballería? que el gobierno de Luis Felipe, temeroso de ser arrastado a un conflicto con la Rusia, i por cuenta tocada con la Inglaterra, que habia sido signataria de ese sacrilego contrato de 1815, se contentó con decir en *los Debates*:—que se compadecia profundamente de la Polonia; pero que su actitud *neutral* no le permitia hacerse el campeon de un pueblo, cuya suerte era fatalmente infeliz por el equilibrio de la Europa.

Sin embargo, las repúblicas de San Marino i la de Andorra tambien destruian la armonía del gobierno monárquico, pero como sus terrenos no ofrecian el oro, ni sus campos eran fértiles hasta escitar la codicia de las anexaciones, han tenido el consuelo de verse respetadas; i lo serán siempre que la rapacidad no encuentre cebo en que saciar sus instintos, i su insignificancia no llame sobre ellas la aplicacion de las doctrinas del *equilibrio*.

Ahora bien, si nada logra obrar en el ánimo de las naciones fuertes, si nada puede hacerles variar de rumbo, cuando la conveniencia las impele a pisotear las mismas falsas prescripciones que han sancionado para paliar sus descaños ¿qué resultados provechosos, qué ventajas positivas pueden esperarse de esas protestas (aunque lleven al pié millares de nombres propios) de esos llamados a la conciencia universal, de esas apelaciones al buen sentido del mundo; cuando de parte del demandante no militan la fuerza i el oro, que son los únicos que vienen al fin a decidir la contienda? La Palestina, sin el oro de Rostchild habria talvez perturbado la armonía de los gobiernos de Europa, i por supuesto quedado sujeta a las leyes leoninas del equilibrio, si su remate no hubiese sido convenido en Paris i en Londres, apesar de estar situada en Asia.

La Grecia en este mismo momento recibe de la diplomacia europea un soberano Danés, cuyos antecedentes, religion, jénio i pretensiones en nada dicen con el carácter Heleno, ni nada puede prometerle comparadas las tradiciones del monarca con las del pueblo que lo recibe.—El rei Otton i Jorje 1.º han sido elejidos por el *equilibrio*; la raza bávara no fué suficiente a sujetar el descontento i la servidumbre; pero la Europa ha juzgado que en un infante está cifrada la gloria i el porvenir de la vieja Atenas, destinada hoy a recibir la lei del mundo a quien ilustró cuando se hallaba en mantillas.

Pero ¿para qué aglomerar ejemplos que todos conciben? ¿Para qué atestar una hoja de periódico con reflexiones hasta cierto punto inconducentes, i que de poco pueden servir en el instante presente?

La actitud de Méjico, lo injusto de las pretensiones i violencias de Napoleon III, los horrores de la guer-

ra, i, mas que eso, el noble heroismo, ofrecido al mundo por los habitantes de Puebla, como un ejemplo sagrado de patriotismo, son motivos mas que poderosos para hacer levantar de indignacion el ánimo mas rastro.

Efectivamente, cuando se medita que los disturbios domésticos de esta nacion, ayer gastada por la anarquía i hoy rejenerada por el martirio, han servido de pretexto aparente para descargar sobre ella las plagas de una guerra tan asoladora como degradante para sus agresores; mui bien se explica que el entusiasmo chileno llegue a rayar en delirio, i que la imaginacion, acosada por tanto horror i desdicha, ahogue todas las ideas que el buen sentido manda adoptar como las mas cuerdas.

Bajo esta misma dolorosa impresion se han formulado cargos, i mui graves, por la prensa de todos los colores contra el gobierno: acúsasele de falta de energía, de dignidad, de americanismo: táchasele hasta el lenguaje empleado por el Presidente de la República al dar cuenta al Congreso de la cuestion mejicana: búscanse i amonónanse razones, en su mayor parte contradictorias, para disponer los ánimos en contra de su administracion; i no contentos todavía con todo ese acopio de inculpaciones, llegan hasta pretender que desvaine la espada contra la Francia.

No pensamos que el móvil que ha obligado a la prensa liberal a pintar con colores tan fuertes la apatía gubernativa, sea el interes mezquino producido por las exigencias i animosidades de partido; nada de eso, sus virtuosos i patriotas redactores están libres hasta de tal sospecha; pero no por eso dejará de confesar cualquiera que sus pretensiones han traslimitado la raya que a todo buen deseo establecen la prudencia i el buen sentido.

Si el Presidente de la República a quien tanto se acusa de lenidad, de cobardía, de falta de corazon, en una cuestion en que la América toda se contempla herida en el alma por la Europa, hubiese cedido a la opinion del momento, atestando una larga fila de palabras retumbantes i amenazadoras, ¿no se habria dicho por la misma prensa que el jefe supremo del Estado asumía un carácter indecoroso i hasta ridiculo, por cuanto su actitud no se hermanaba absolutamente con los medios de defensa de que puede echar mano en un caso adverso?

Pero nó, se le culpa, i con bastante acritud, por que no gritó entusiasmado como un tribuno popular, como un fanático cualquiera, a quien los arrebatos del patriotismo pueden hacer prorrumpir en vitores en una plaza pública.

Mas, demos de barato que el estilo en que está concebido el mensaje sea flojo, vacilante, desteñido, ¿qué se hubiera sacado con que hubiese tenido toda esa energía postiza, todo el aire campanudo de una proclama, cuando en el caso del conflicto S. E. habria tenido que cambiar de tono, sufriendo la vergüenza de confesar que se habia escedido en su patriotismo?

El mismo presidente Jackson, que sin duda era de una condicion no tan blanda como la del nuestro, no empleó palabras acres ni pomposas, cuando arrojó el

guante de guerra al gobierno de Luis Felipe; i con la circunstancia de que los Estados Unidos habian sido mui ásperamente heridos por la Francia. Washington mismo solo cuando se amenazó a la independencia de su patria pudo decir *venga la guerra*, i eso que el espíritu de la revolucion simpatizaba tanto con las ideas i sentimientos de aquel héroe ciudadano.

Luego ¿por qué se quiere exijir que tome el Presidente Perez el estilo de un caballero andante, que finja el aire de un campeon osado i turbulento, cuando en realidad no puede disponer de medio alguno para intervenir, como estamos seguros lo desea, en la cuestion franco-mejicana? ¿I no quedarían, en tal caso, sus bravatas como pruebas de la misma debilidad de nuestro gobierno, como el mejor comprobante de la incapacidad en que nos hallamos para romper lanzas en defensa de lo que no nos atañe tan inmediatamente?

La acusacion, pues, cuando mas quedaria reducida a falta de color en el estilo, a carencia de brio en el decir parlamentario; i por cierto que para tan corta culpa no hallamos merecida tanta reprimenda.

Por otra parte, ¿qué es lo que podria decir en el caso presente? ¿Deberia llamar a Napoleon III, como lo apellida la prensa todos los dias—el *Déspota de las Tullerías, el farsante coronado, etc. etc.*? ¿Traeria, preguntamos, este lenguaje alguna ventaja seria, algun bien positivo en la situacion de Méjico? ¿Influiria de modo alguno en su destino, en el rumbo que sigue la diplomacia, atajarla siquiera uno solo de los males que hoy lloven sobre aquella malaventurada tierra?

Si Napoleon, en ese caso, no prestaba atencion al tono de nuestro Presidente: si queria dispensárselo, en cuanto le conviene mantener sin nubes las relaciones comerciales con Chile, ¿qué resultaria de aqui? ¿No se atribuiria este mismo silencio a un soberano desprecio, a aquel perdon que muchas veces el fuerte quiere dispensar al enemigo pequeño que lo provoca? Mas si, por desgracia, considerándose insultado, el Encargado de Negocios de Francia reclamaba de esa falta cometida en contra de su gobierno, con quien no solo se guarda i debe guardar la buena fé del amigo sino la cortesía debida al primer soberano de la Europa, ¿qué se le podria responder? ¿Se le diria que el Presidente o el gobierno se habian dejado llevar de un momento de arretrato; pero que concian su yerro i pedian disculpa por tan justo entusiasmo?

Mui fresco está todavía el asunto de Witehead para decir una palabramas en el negocio; i dígase cuanto se quiera, la prudencia aconsejará siempre a los gobiernos débiles proceder con la mesura consiguiendo a su posicion, i al mandatorio con la circunspeccion debida a un cargo, en el cual no serian disculpables ni aceptados nunca como motivos de olvido las razones que entre los particulares redimen muchas veces las injurias.

Sobre el modo de sentir del gabinete no dudamos un solo momento. Quien ha sabido conservar hasta hoy una marcha atinada i legal, no es posible que pueda ser espectador impassible de las desgracias de un pueblo hermano, i que representa hoy el derecho de la América.

La manera con que se expresa a propósito del nego-

ciode Bolivia, le ha merecido, sin embargo, elojios, i no cortos, apesar de que el jeneral Achá ha dadomotivo, a nuestro juicio, para una contestacion un poco mas enérgica.

Ahora bien, si se alaba la compostura con que se responde a ese cartel de duelo, lanzado a las barbas del gobierno por el presidente de una república hermana, mucho ménos poderosa i respetada que nosotros, con infinitos recursos ménos que los que pueden prestarse a nuestro llamado, i que no ocupa hoy el lugar que en la diplomacia Americana le cabe a Chile, ¿cómo es que se censura tan rudamente ese mismo tono, ese mismo comedimiento, esa misma sagacidad con una nacion, a quien no podríamos resistir absolutamente con ventaja en un caso estremo?

Con todo, se ha llegado hasta pedir que se retire al Ministro Plenipotenciario que tenemos en Francia, i, por supuesto, que signifique el gobierno este hecho como el resultado del enfado i la cólera que la cuestion mejicana le ha producido.

¿I no sería, si es que se quiere declarar la guerra a la Francia, necesario tambien pedir que S. E. espida los pasaportes a su encargo de negocios, o, si se desea que el caso sea aun mas lucido todavia, que se le dé por despedida un abanico como lo hizo el Bei de Arjel con el ministro de aquella nacion?

Ademas, lo que no ha podido ménos que sorprendernos en los cargos i ataques hechos al gobierno del señor Perez: son las contradicciones que se notan a cada paso. Al lado de la inculpacion i la critica vienen el elojio i los favores: el descontento i la satisfaccion llegan hasta codearse sin repugnancia, formando así una masa etereojénea i confusa de ideas que, de seguro, no pueden hacer formar a nadie juicio alguno, ni ménos producir en el ánimo del gobierno una impresion provechosa.

Se dice que amilana el carácter nacional, que degrada la enerjia i dignidad de la república: se le pinta como rebajando los naturales bríos de una administracion apoyada en la opinion pública hasta el tembloroso lenguaje de la rastrería: se llega hasta afirmar que nada ha hecho, que sus ministros han sido solo de adorno, oficinistas que ni siquiera saben expedir decretos; i al mismo tiempo, con un énfasis que haria creer el respeto i el cariño, se le llama virtuoso i se le rinden todos los homenajes debidos solo al que ha merecido noblemente de la patria estos dictados. ¿En qué quedamos pués? ¿Cómo se hermanan tantas opiniones contradictorias, tantos juicios diametralmente opuestos? ¿O son compatibles en un mismo personaje la virtud i la falsia, la cobardia i la dignidad, el amor a Chile i el espíritu de avillanarlo i escarnecerlo?

Bajo esa misma impresion dolorosa i desfavorable se ha inspirado seguramente la Union Americana, (a quien no podemos ménos que confesar grandes miras i robusto patriotismo) al dirigirse al Presidente de la República, en virtud del derecho de peticion concedida por la carta, con el fin de obtener que, en virtud de las facultades de que puede disponer como jefe supremo del Estado, haga de ma-

nera de poner un término o mejorar cuando ménos la situacion de Méjico.

Todo eso estaria mui bien, si el Presidente de Chile fuera Napoleon III o Alejandro II o la Reina Victoria, o cualquiera de esos déspotas coronados que tienen a sus pies veinte o treinta millones de siervos, unas arcas reales atestadas de oro i un crédito concedido por el mundo a fuerza de omnipotencia e influjo. Si, todo eso, aunque no racional absolutamente, sería siquiera disculpable por el móvil caballero que envolvía; pero cuando se reflexiona que esa peticion va encaminada al Presidente de cinco o diez años de una república pobre i situada casi a los confines de la tierra: al jefe de un Estado, cuya voluntad, por viril i esforzada que se la sponga, no puede esplayarse, coartado como está no tanto por las leyes que enfrenan sus deseos como por la penosa situacion en que se mira; uno no puede ménos que preguntarse admirado:—pero ¿qué es lo que se le exige? ¿qué es lo que se pide al Presidente de la República? ¿Cuáles son esas facultades, señaladas por la carta, de que tanto se habla i de que puede echar mano en este caso?

El acopio de facultades omnímodas de que suele revestirlo la constitucion de 33 en los casos en que los disturbios intestinos amenazan la tranquilidad pública, ¿serán, preguntamos i preguntaremos hasta mañana, no decimos capaces, medio valederas siquiera para defender un pueblo, a quien lo separan de nosotros mares dilatados, estendidos territorios, i cuya suerte, tal vez a estas horas, será la de sufrir la horrorosa pero inflexible lei de la victoria?

Si se atribuye a la flojedad del carácter del individuo, como lo hacen los del pasado gobierno, esta inaccion tan vituperable ¿cómo es que la administracion aquella, suponiéndole i confesándole todo el arrojio i esfuerzo que se quiera, hubiera podido salir de este atolladero sin esponerse a los mismos cargos, a los mismos ataques, i a las mismas inculpaciones? Ahora bien, si aquellos hombres de Estado, a quienes se confiesa tan atrevidos i violentos, no hubieran podido obrar de otra manera, apesar de contar con el apoyo de todos los poderes públicos i, mas que eso, con millones de pesos, de que se podia disponer monárquicamente ¿cómo es que se quiere exigir de este gobierno, que hasta aquí no ha contado sino con la opinion, que haga i deshaga en lo que no puede tener ni siquiera la iniciativa?

Decimos esto, porque parece pretenderse por algunos que formule un proyecto de lei solicitando un socorro para Méjico de 20 o 30 mil pesos, los que, aun concedidos por el congreso actual, no servirían para salvar aquella nacion de sus estremados apuros, ni podrían ménos que abrir una brecha en nuestro ya tan estrujado erario.

Lo único pues qué, a nuestro parecer, podria hacer el Presidente de la República, i lo único que podria pedirse sin rayar en la exajeracion i la exigencia es:—que la conducta que trae al Ministro de Chile en Méjico sea tan decorosa i tan digna como puede serlo la de cualquier potencia que llegaa tener cabida en el asunto.—Que si por acaso las naciones Sud-

Americanas, despues de la toma de Méjico (decimos esto como una triste contingencia probable) fuesen llamados a una mediacion en los tratados i convenciones, que naturalmente se confeccionarán para asegurar el restablecimiento de la independencia Méjicana, elevando el gobierno su corazon hasta el sacrificio, se ofrezca a hacer cuanto pueda en la esfera de lo posible por el bien, por el porvenir, por la gloria de nuestros hermanos.

Pero si se han ideado recursos imposibles, si se han exajerado las pretensiones, la sociedad entera ha acudido al llamado del derecho, a los sollozos de la agonía, i con una jenerosidad que honra i enaltece al corazon Chileno. En esta ocasion los mas apáticos i cuerdos de las repúblicas españolas han llegado hasta el delirio de la jenerosidad i del entusiasmo. Mil i mil veces honor al corazon de Chile! Mil veces alabanzas i gratitud para esos veteramos, para esos niños, para esas virjenes, para esos pobres artesanos que disputan a sus necesidades alijentes el óbolo del amor i del sacrificio!

Al pensar en tan grandioso espectáculo el corazon se dilata de alegría i esperanzas, i la fantasía corre lijera de la desdicha que arranca tantas lágrimas a la satisfaccion del cumplimiento del deber que todo lo esmalta i dulcifica.

Prosga pues la sociedad entera en tan santo propósito, sigannos hasta los habitantes de las aldeas, que así al ménos conocerá la Europa que la América en cualquier parte donde se la hiera allí se tropieza con un corazon que palpita.

Pero aun cuando la fraternidad i el civismo Americano de nada sirviesen para variar los planes de los gobiernos de Europa, hechos hoy piratas a fuerza de poder i miseria, siempre quedaría el orgullo a los habitantes de este continente de haber protestado, no con evasivas i embustes de la diplomacia, sino con el dolor i el heroísmo a la bárbara rapacidad de sus invasores.

Las águilas francesas, hoy cimiéndose sobre la frente ensangantada de Méjico, al volver a sus hogares no llevarán el tricolor como enseña de civilizacion i libertad: no, avergonzadas por el botín huirán a esconder su bochornosa victoria como cuervos famélicos a quienes la debilidad del adversario ha regalado un corazon para alimento.

Pero si Méjico, resistiendo i resistiendo siempre con igual aliento, consiguiese una completa victoria sobre sus opresores, el mundo repetiría entusiasmado: —Méjico, la opulenta Méjico aun es mas rica por su heroísmo que por el oro i la plata que encubren sus montañas!

Pero no sucederá tal vez así, que la justicia no siempre ha tenido por compañera a la fortuna; i la fuerza, por una diabólica disposicion del destino, ha pisoteado siempre el derecho, i seguirá hollándolo hasta que el progreso i el bien sean las únicas divinidades del mundo.

¡Honor al martirio i al valor de Méjico!!

CORRESPONDENCIAS.

A Monsieur Adolphe, Victor, Eustache, Fabien de la Brigandage (emballeur).

Mi querido Mr.

He leído con mucha detencion la apreciable de Ud. inserta en el núm. 2,042 del *Ferrocarril* i dirigida a los señores Ministros de Estado i Presidentes de las Cámaras Legislativas i Tribunales de Justicia de la República; e impuesto de su contenido, no he podido ménos de reprobar la audacia con que Ud. trata a nuestros majistrados i el desprecio que parece manifestar por el espléndido i patriótico banquete, que con tanta justicia hemos llamado *hispano-americano*.

Por mas que apure Ud., señor Emballeur, toda su lógica i palabrería para persuadirnos que no nos ligan con la España losos ni relaciones de ninguna especie, i que todo lo que hemos adquirido, lo debemos a las naciones estrangeras, no conseguirá Ud. otra cosa que esclarecer mas los hechos i manifestarnos la injusticia i lijereza con que ha sido escrita la carta que contestamos.

Sin mas que echar una mirada retrospectiva a nuestra historia, encontraremos desde luego, que si no hubiese sido por esa nacion magnánima i jenerosa, no habriamos llegado jamas al grado de civilizacion i poder que hemos alcanzado. Si exceptúa Ud. todos esos conocimientos fútiles i materiales, con que nos ha regalado la Europa, despues de nuestra emancipacion, i con el solo propósito de explotar nuestros bolsillos i enriquecerse a costa nuestra, todo lo que es grande i elevado en las ciencias, en las artes i en la industria, lo teniamos adquirido antes de nuestra revelacion de independencia, mediante los esfuerzos de la madre patria. ¿Qué importan, en verdad, el comercio con todas esas naciones, si lo comparamos en sus beneficios con el que hacíamos antes con los puestos peninsulares? ¿De qué sirven las nuevas industrias, los ferrocarriles i las máquinas, que dejan a nuestros obreros con los brazos cruzados i sin poder ganar el sustento de la vida? ¿Qué punto de comparacion podriamos hacer entre las nuevas ciencias introducidas en el país, que solo han servido para envanecernos i confundirnos, i los estudios sérios i profundos a que estaba contraída nuestra juventud? ¿Pueden acaso equilibrarse la filosofía, la lejislacion, la economia política, las matemáticas, la agricultura, la navegacion, la pintura, la escultura i todas esas parañas, que nos ha traído el estranjero, con la sagrada teolojía i las cuatro primeras reglas de contar, que nos enseñaban nuestros mayores? ¿Disparate! No es la multiplicidad de los estudios lo que hace sabios a los pueblos; es, por el contrario, la reconcentracion del saber en una o dos materias a lo sumo.

Si de los adelantos materiales, que tanto preconiza Ud., señor Emballeur, pasamos a la vida independiente, que nos ayudaron a conquistar sus compatriotas i demas naciones, no es mucho menor el error en que Ud. ha incurrido. Desde luego diré a Ud., que entre gobernarnos a nosotros mismos, o ser gobernados por una gran potencia, yo preferiria siempre la última de estas condiciones. Si Chile hubiese sido gobernado como la isla de Cuba, por un capitán jeneral, en lugar de un presidente, i por las leyes de Indias, en lugar de una constitucion política, ¿cuántos disturbios, cuántas revoluciones, cuántas desgracias nos habriamos ahorrado, i cuánta respetabilidad nos habriamos adquirido a los ojos del estranjero, en el discurso de cincuenta años que llevamos de revolucion?

En verdad, Monsieur, que es necesario ser un imbécil para vanagloriarse con el especioso título de nacion independiente, i mucho ménos con esas instituciones, que llamamos *propias*, i que nos asimilan a todos, el rico con el pobre, el blanco con el negro, el indio con el mulato i el frances o ingles con el español.

La revolucion, Monsieur, nos trajo todos esos males. En lugar de haberla dirigido a nuestro solo provecho, es decir, al provecho de los descendientes únicos de los españoles, la hicimos comprensiva a la raza conquistada i a todo el jénero humano, que como Ud., ha querido domiciliarse entre nosotros, para poner en ridiculo a nuestros majistrados; sin otra causa, talvez, que la envidia que han despertado en el continente europeo los adelantos i la incuestionable preponderancia que cada dia adquiere la España sobre las naciones circunvecinas.

Sentados estos antecedentes, se convencerá Ud., no lo dudo, que la conducta de nuestros majistrados en el banquete a que se refiere, no ha podido ser mas política ni mas provechosa. Española de orijen la nacion chilena, nada mas propio que a la llegada del señor almirante Pinzon i sus compañeros, que hacia tanto tiempo que no teniamos el gusto de ver, acudiese el gobierno en persona i las autoridades civiles, militares i eclesiásticas a complimentarlos. Independiente de los motivos que dejamos espuestos, Ud. sabe mui bien que las cosas se aprecian en este mundo mas por su rareza, que por sus demas cualidades; i de consiguiente convendrá con nosotros en que un almirante español i una comision científica de la misma nacion, es una cosa bien rara en estos mares i en estas alturas, para que nuestro gobierno la dejase desapercibida, sin incurrir en el crimen de leso-orijen. Al contrario, lo que puede sentirse es, que no haya habido el tiempo suficiente, ni un lugar adecuado, para haber convidado las dos Cámaras Lejislativas i las diversas cofradías de los hermanos i hermanas del Corazon de Jesus i Maria, que habrian dado una muestra de nuestros adelantos i escitado un poco mas la rabia i el escorzo de Mr. de la Brigandage.

No me contraeré, Monsieur, a contestar la carta de Ud. en lo referente a la invasion del Ecuador i Santo Domingo, que atribuye Ud. a la España tan calumniosamente i de consiguiente a la impropiedad de nuestros majistrados para acudir al banquete *hispano-americano*, en los momentos en que el gobierno español está fusilando a los que Ud. llama patriotas de la ultima de aquellas repúblicas. Solo a un frances podia ocultarse la diferencia inmensa que existe entre una invasion i un pronunciamiento espontáneo de parte de los pueblos en cuestion. Ud. sabe bien, que en el negocio del Ecuador la España no ha dado un soldado a Juan José Flores, que fué a poner a sus pies aquella república. Le dió un millon de pesos solamente, i aun ese millon se evaporó en su mayor parte, no se sabe cómo, antes de haber llegado a las playas de Guayaquil. Casi lo mismo ha sucedido en Santo Domingo. El benemérito jeneral Santa-Ana, condecorado despues con la real i militar orden de San Hermenegildo, que se concede solo a la mas pura lealtad, ofreció aquella república a S. M. C., sin otra ayuda que el sufragio libre i espontáneo de sus habitantes. Las tropas españolas vinieron a la isla despues de aquel pronunciamiento jeneral, i si algunos sucesos lamentables han tenido lugar despues en aquel país, eso no podria atribuirse a otra causa que a la inconsecuencia de los dominicanos para mantener sus compromisos. Asi, pues, Mr. de la Brigandage se ha equivocado altamente, i talvez por no conocer bien nuestro idioma, en llamar *invasiones*

de la España, lo que con toda propiedad no es mas que una *reincorporacion*, como justamente la ha llamado el gabinete de Madrid.

Si nuestros dignos majistrados han podido anhelar una *reincorporacion* semejante en el convite que hemos llamado *hispano-americano*, aunque no haya asistido a él la república de Santo Domingo, yo no me meto en eso; pero me atreveria a decir, que si yo hubiera sido majistrado chileno, la habria proclamado con todo mi corazon, i para satisfacer algunos escrupulillos de conciencia, me habria contentado con rezar, por las almas de los que se llaman mártires de Santo Domingo, un padre nuestro i ave Maria, que es todo lo que puede liacer un hispano-americano.

Soi de Ud., Monsieur de la Brigandage, atento i obediente servidor.

José Dolores Mascareño,
(Pechoño)



Habiéndonos pedido un suscritor que publicásemos la composicion poética que va a leerse, acompañada de la que vió la luz en el *Ferrocarril*, nos hemos determinado a complacerlo insertando, como se nos pide, ambas piezas. Léalas el público, que no perderá nada.

SS. EE. del Ferrocarril.

Insértenme Udes. esta que se escapó de la borca.

Voz de Chile,
corre i dile
luego
a mi Pepa anjelical,
que ya mi amor no es ideal,
te lo suplico i lo ruego:
que yo con lo positivo
vivo.
Los afectos
su sdefectos
tienen
en la primitiva edad,
despues otra realidad
mas positiva mantienen,
i esta es la que yo contento
siento.
Si es manfa
mi poesia,
bien;
porque aqui no hai ilusiones,
ni otras imaginaciones
que en buenos poetas se leen:
todo será un desvario
mio.
Mas no es poco
que aunque loco
sepa,
como deba yo obtener
la mas preciosa mujer,
que hasta aqui se llamó Pepa:
¿i quien mis gustos acalla?
¡vaya!
Elojiarla
ensalzarla
debo,
no solo porque es graciosa,
mas que un paraiso de hermosa;
sino porque asombra a febo,
¿hai una belleza igual?
¿cuál?

No se asusten
cuando ajusten
esto
mil hermosuras, que habrán
i que mejores serán;
pero tambien les presteo,
que de las mujeres bella,
ella.
Que recibas
miles vivas,
Voz,
que de Chile titulada
eres mensajera amada,
constante, fiel i veloz,
i dile que yo me llamo
Ramo:
¿es manía
mi poesía,
Voz?
no señor, porque merece
publicarse, aunque no pese
por ser lijera i veloz:
que hai Ferrocarril amigo,
digo.
¿Mi hechicera
prisionera,
tú?
pues ya estás en libertad,
que ahorcarte es una maldad,
que no haría Belcebú:
¿no hai otros diarios en Chile?
dile.

J. Ramon Baraínca.

Al señor don José Ramon Baraínca

en testimonio de amistad i aprecio por su preciosa composición poética, en metro nunca visto, inserta en el *Ferrocarril*, número no sé cuantos.

No eres solo, dulce Ramo
baraínca
el que dice—a Pepa yo amo
con el corazón de un Inca!
Pues yo tambien tengo Pepa,
i sepa,
que es buena como la suya,
(i sin meter tanta bulla.)
No lo entiendas, sin embargo,
te lo encargo,
creyendo es tanta mi mengua
que tenga pepa en la lengua.
No por Dios!
que los dos
es decir,
sin herir
su pundonor
i amor,
somos dos blandos pichones,
que en vez de dos corazones
tienen uno, i es tan bueno
que no cabe ya en el seno:
ni mas gusto,
ni mas susto,
ni mas gana
por la noche i la mañana
que llevamos contemplando
como se puedo vivir
sin estarse poetizando
glorias para el porvenir.

La única cosa que tiene
mi Pepa, mi amor
mejor

que la
de usted,
es que si quiere tocar
toca bien,
i si me pega un boton
lo pega de zopeton;
mientras la suya
es tan mimada
que no hace nada.
A mas la mia
no necesita
le dé una cita
por *Voz de Chile*,
pues es tan fina
que me adivina;
i considero,
según la quiero,
que
ella
no
dé
querella,
motivo
por un amor tan vivo
(la cosa es ya clara)
para que le encaje
dentro del pecho,
que es muy bien hecho,
i en corto espacio,
tal cartapacio.
Sobre todo,
amigo mio,
mi pasión
no es loco,
Ni castigo
su corazón
con la tara
de que me lea;
pues es mi afición tan pura
por tan bella criatura
que no quiero, por su mal
que sea mi amor carnal.
Mientras usted,
como se ve,
sin rubori sin empacho
le ha tirado ya e idespacio
de una mujer Proserpina
que aguanta que ese pluton
le publique en cada esquina
su lujuriosa pasión.

.....
Adios, pues oh lumbreira!
de la nueva poesía,
adios, i i no quisiera
fuera tu Pepa mia.

Ni menos que mi número
tan airado i tan seco,
compusiese un volumen
de versos como flecos.

De versos como hormigas
en columna cerrada,
llevandose las migas
en marcha acompasada.

Mas así estos renglones
perdona, dulce Ramo,
i júntalos, te clamo,
con tus suaves canciones;

Para que el mundo sepa
i sepan los amantes
lo que vale tu Pepa
i cuentan consonantes.

BIENVENIDO ACEITUNO.

La calumnia, la mentira i el Tiempo.

«Yo la opinion dirijo: es mi lacayo,
Yo mancho la virtud, hiero al talento;
I es mi golpe seguro tan violento
Que mato cuanto toco como el rayo.

No me apiada del bueno su desmayo,
No detiene mi brazo el sentimiento;
Me gozo del que sufre en el tormento,
I es engañado el mundo como un payo.»

La Calumnia, cual veis, se pavoneaba
Con la Mentira, amiga de confianza;
I ésta con gran respeto contestaba:

«De ser yo como vos tengo esperanza.»
Al decir esto, el Tiempo se levanta,
I trónchales el cuello con su planta.

La avaricia i la codicia.

En un angosto lecho la Avaricia
Rúa a exhalar ya su postrer jemido,
Cuando llega i le dice en el oido:
Aquí está ya tu hermana, la Codicia.

¿No me llamabas? Ya la muerte inicia,
Como ves, su tormento tan temido;
Así lo que conviene, i yo te pido,
Que amiga seas para mi propicia.

Ah! ya sé, la replica balbuciente
La moribunda; pero, amiga, creo
Que te exajera tu amistad ardiente

El harto duro trance en que me veo;
Mas si así fuere, i en el caso yerro,
¿Me prestarás la plata de mi enterrero?

La caridad i el egoísmo.

Hallábase en su estancia cierto día
El Egoísmo triste cavilando,
I a cada paso tímido temblando
Su horroroso semblante componía.

De súbito una voz muy suave i pia
Suena en su oído, i dice titubeando:
¿Si vendrán a pedirme! Por Dios! cuando
Se acabará este afán i esta agonía!

Yo soi, dice la voz, ábreme, hermano:
Yo soi, la Caridad, i vengo ahora
A que te apiades de mi suerte, humano.

«¿Qué has hecho de tus bienes, habladora?»
Contesta el Egoísmo—Los he dado.
«—Pues el que dá debe sufrir callado.»

M. B. C.



Cuentos de la semana.

Como es preciso que el lector me conozca ántes de entrar en conversacion con él, diréle que me llamo Juan, nombre de todos los benditos, a quien desde el vientre de la madre destinó Dios para modelo de paciencia. Mi apellido es de las Viñas; i mi clase, como lo acredita el apodo que se apega a mi nombre de pila, es de aquellas que pueden llamarse nobles. Efectivamente, los papeles que conservo, atestiguan que mi tatarabuelo, habiendo ido a cumplimentar al rei don Ramiro despues de la batalla de Clavijo, con motivo de haber este apaleado i hecho jigote a tanto moro, con ayuda del Patron Santiago, recibió del monarca, (a quien para festejar habia llevado un buen canasto de uvas, de esas que se llaman de huevo de gallo, el honorífico dictado de Juan de las Viñas.

Para ser consecuente con el título, dice la crónica que mi dicho pariente solía entrar de cuando en cuando en las viñas del Señor; lo que ya era mas que cumplir con las exigencias del apellido.

Por supuesto, mi educacion fué escogida: a los catorce años ya yo sabia lo que era gobierno, i lo que eran cámaras i tribunales, i lo que era *opinión pública*, i lo que es una *oposición* a todo lo existente.

Movido, pues, por estas prematuras ideas, me enrolé en los clubs igualitarios, siendo uno de los que apaleó aquel chanchero por el crimen de predicar la doctrina de Jesucristo, que no es otra que la democracia; i, para que la cosa fuese completa, borrajé artículos terribles en que la hiel uníase al ingenio. i en que todos los gobernantes quedaron como ropa de pascua.

Andando el tiempo, que para los patriotas siempre corre ligero, hizeme todo un revolucionario, i cáte que a los pocos meses de ser un nuevo San Just, antojósele al gobierno hacerme tomar los aires del destierro. —Oh! el destierro, la proscripción, una sentencia condenatoria, una pena de imprenta en tercer grado (se entiende no pagando el acusado sino el editor,) es todo lo que hai de mas poético i sublime. Oh! un ostracismo ántes de que a uno le pinten los bigotes es lo único que puede llenar un corazón verdaderamente *abnegado!*

Mi hoja de servicios comienza pues temprano, como lo veis; i a la hora de estas, no contando esos piquitos de

que ya os he hablado, cuento para, honra i provecho mio, con nueve indultos, de pena apital por delitos políticos, con otros tantos extrañamientos, i con una mas larga runfla de perances i reveses; cuyo heroico sufrimiento me tiene todavia mas contento i ufano que a Sidney su muerte tan gloriosa como prematura.

Ahora pues, ¿cómo no me habeis de oír con agrado, con confianza, con aquella dulce simpatía que siempre merece el que ha colocado sobre sus sienes infantiles la corona del martirio? Ah! una existencia *consagrada* como la mia merece crédito. Si es así, vamos charlando.

Sobre los franceses que a estas horas estrujan a Méjico, os diré lo primero, que no creo que haya porque alarmarse, pues por las cuentas que he tenido la prolijidad de sacar, resulta que de los treinta mil que los diarios suponen existen empeñados en la lucha, (i lo creo a pié juntillas) ya no puede quedar uno solo. La cosa es clara como el sol. *El Ferrocarril* nos suministra esta prueba, i ya sabeis que en materias de estadística es preciso atenerse a las cifras.

Pues señor, veamos el resultado de esta operacion:

Franceses muertos en el asalto de Puebla	8,000
Franceses muertos por la fiebre amarilla	5,000
Franceses Zuavos que se han pasado a Juarez	4,000
Zuavos Franceses que se estan pasando, lo ménos	3,000
Franceses que no quieren pelear despues de las pasadas derrotas	4,000
Franceses que se han vuelto milicianos	3,000
I franceses que se han vuelto huino	3,000

Ahora sumemos . . . total de muertos 30,000

Mirad ahora si tengo motivo para asustarme por la Independencia de Méjico; nó, i si las viudas i huérfanos que vamos a socorrer (no habiendo muerto hasta ahora ningun mejicano ni mejicana) tienen necesidad que se les costee el almuerzo. No, señor el patriotismo mio es previsor, i tanto como puede serlo el de todo hombre, cuyas facultades analíticas han sido puestas en el yunque de la observacion desde que vió la luz.

Sin embargo, hai hombres que creen conmigo (no se asustea de la inconsecuencia por que yo creo con todos) que los bravos soldados de Solferino i del Mamelon Verde no hallarán aquí en la tierra de Colon esas manadas de siervos envilecidos, a quienes la infamia i la opresion si prestaron valor para defenderse, negaron tambien el premio i la gloria del sacrificio.

A propósito de Sebastopool, ya sabeis que el presbítero don Ramon Saavedra ha comenzado su ataque contra la gramática de don Andrés Bello, que hasta ahora considerábamos como un Sebastopool literario inespugnable. Pero no era así, el señor Saavedra, con el coraje del general Bosquet ha trepado en la brecha, probando que el ilustre sabio americano ha hecho una gramática solo buena para los que saben gramática, es decir, tan buena como lo es el quimagogo o cualquiera otra medicina para los que estan gozando de mui buena salud.

En esto, sin embargo, hai exjeracion, pues yo que no soi de los mas despiertos, puedo jurar que cuando me echo a estudiar el castellano, lo hablo i lo escribo como el mejor, que ya veis es mucho decir para un escritor flamante, i que todavia no ha visto dos veces su nombre en letras de molde.

Lo que acredita el trabajo del señor Saavedra, en resumidas cuentas, es saber, constancia, labor, amor a la juventud; pero de ninguna manera prueba que la gramática sea tan incompleta ni confusa como lo preteada. —Si

le falta ortografía, eso no quiere decir que su ortografía sea mala ni buena, i si las definiciones son metafísicas i algo mas que psicológicas, la culpa no es de la gramática sino del que no tiene las facultades del entendimiento dispuestas para decifrar logografos.

Dicen, con todo que, el señor Saavedra ha exajerado sus opiniones, i que el mal resultado que tuvo su gramática en la Universidad es lo que lo ha puesto en via de colocar su artilleria de pronombres i verbos en contra de aquella almena gramatical, hasta aquí inespugnable por sus cuatro costados. Yo que no creo en eso, solo diré que el señor Saavedra ha sido movido por el buen deseo, i que este ha sido todavia mas puro que su lenguaje, al cual no podemos confesar la misma sanidad que a sus principios.

La gramática del señor Bello, se dice que no tiene ortografía; está bien, eso supone que todos sabemos escribir, lo que ya es un elogio para todos anticipado, i una garantía para los españoles que creen, i mucho mas desde que se aprobó la ortografía bárbara de Sarmiento, que nosotros escribimos en quechua o en araucano.

Pero lo que es la envidia! Los españoles al vernos separados, independizados no solo de la madre patria por el gobierno si no por la lengua, dieron en decir que nuestra Universidad era solo una reunion de *lenguicidas*, que sin mas fia que escandalizar el orbe literario habia querido aplicar la teoría de los pesos i medidas a la lengua de Castilla. Mas lo bueno de aquella ortografía Sanjuanina es que todo era minúsculas i todo sorberse consonantes; i tanto i tan grande fue este beneficio, que cuantos no sabian escribir, lo primero que decian era que habian estudiado por Sarmiento. Derrotada o mejor, enterrada esa bárbara jerigonza, que solo por miedo a las desvergüenzas del inventor pudo sancionar nuestra venerable Universidad, ¿qué disculpa nos queda ya para cuando se nos diga que escribimos como hablamos i hablamos como escribimos?

Esto, sin duda, ha dado lugar para que un socio de la Union de Artesanos que se vió escrito en letras gordas, por no haber querido contribuir al socorro de Méjico, haya hecho que el presidente de esa reunion, repriendiendo al secretario i el secretario repriendiendo al copista, i el copista repriendiendo al cajista, i el cajista repriendiendo al corrector de pruebas, etc. etc., uno diga que el señor Ramos salió en letras gordas por olvido o, mejor, porque el secretario quiso hacerle a nuestro querrellante el favor de redondearle las *oes* en pago de su cristiana jenerosidad para con Méjico.

Como en este mundo se peca o por carta de mas o de ménos, al paso que el tal socio se enfadaba por lo gordo de las letras, un nuevo poeta se envanecia de haber hecho lo que a nadie hasta él se le habia ocurrido tratándose de poesia.

Efectivamente, lo que ha faltado al flamante inventor de este nuevo método de hacer versos, es haberse anunciado como Villegas el inventor de los záficos—*sicut sol matutinus, me surgente quid iste?*

Pero aun cuando no haya dicho esto, el metro solo en que escribe retrata el contento, la facilidad, esa desahogo en que se expanden las musas, cuando inspiradas por el amor piden alas a los zéfiros, colores i matices a las flores, i transparencia i luz a la bóveda del cielo. Si, el inventor del metro *camino de hormigas* tolo lo ha pedido para su Pepa; pero en lo que creo se le fueron un poco los pedidos, fué en lo de poner de vuelta i media a nuestro poeta, el cantor de Freire, a nuestro simpático

vate, que hasta el jóven Ramirez i el autor del nuevo metro *hermiguero*, ningún chileno habia puesto en duda ni su talento ni su inspiracion elevada i robusta.

Hacemos memoria de esto, porque creemos a puños cerrados en que la facultad del alma que le retrata a ésta lo pasado, i le refleja como en un espejo las delicias i las penas del porvenir, debe ser contada entre las facultades del entendimiento, i no como lo creen los idealistas que impugnaron la teoría de Larromiguere que tanto nos gusta. A mas, la memoria, si hemos de creer a Alibert, es el elemento primero para que lo que llamamos justicia pueda ejercerse sin injusticia, o mejor para que las injusticias le caigan a uno mui justamente. Pero, sea o no sea facultad intelectual, lo que si puede asegurarse, es que la memoria no es facultad de los ministros de estado aunque se lleven comiendo palos de pasa.

¡No se crea que queremos dirijirnos a la del Ministerio de Justicia Culto etc. apesar de que, como la prensa lo ha dicho, no ha llenado los deseos de los que esperaban una gran cosa: no señor, nos dirijimos a la de Guerra i Marina, en que, segun se nos dice, aparece el viejo jeneral don Benjamin Viel enteramente blanco o en blanco como las alas de un querubín.

¿Cómo es esto, se preguntan todos, que un jeneral a quien hemos visto figurar, mui dignamente, en Chacabuco, en Maipú, en las campañas contra Benavides, i sobre todo en la última batalla que dieron los liberales, el año 29, donde no solo cumplió con su deber de soldado sino que llevó mucho mas allá lo que los militares llaman *punto de honor*, haya podido aparecer sin un combate, sin un encuentro, sin una medalla, sin una hoja de servicios, en fia, como la tienen hasta los capitanes ménos afamados i valientes? Lo que es a esto, segun nos parece, responderia el mismo interesado, diciendo lo que dijo Massena a un edecan que le advertía que no habia puesto en su casaca ninguna medalla. — «En ti nose podria perdonar ese olvido, porque nadie sabe que eres condecorado; pero a mí me debe agradecer el público no le repitalo que demasiado sabe.» Si no es esto lo que responderia ese viejo soldado de la guardia imperial, que lleva en el ojal de su frac no solo la leijon 'e honor dada por el mismo Bonaparte i la otra que Napoleón III ha querido enviarle para premiar las glorias del pasado; mejor para él i mejor para todos los que dicen:—He ahí un jeneral en blanco despues de 45 años de servicios a los negros,

No se crea, con todo, que la administracion pasada principió en Chacabuco, ni menos que don Benjamin haya servido solo al gobierno que comenzó en Longomilla i acabó en Cerro Grande: no, no, el pobre viejo es soldado de Chile, i hoi al corteplamarse astilla gloriosa de aquel ejército que asombró al mundo, tiene tambien, estamos seguros, el honor de repetir llorando de gozo: pero tambien he servido con honor a la patria de mis hijos!

Sobre las epidemias que están cebándose en los niños i viejos, solo diremos, por boca de un amigo médico a quien tratamos, que ninguna es mas comun ni sensible, que la que hoi aqueja a los diputados i senadores. Efectivamente, nos ha repetido nuestro amigo, jamas habíamos visto que un senado se constipase tanto como este: sí, señor, jamas desde que soi doctor, habia podido observar tantos estornudos i bostezos senatoriales, tanta gripe i carraspera en esos padres conscriptos.

Eso será, sin duda, me añadió, lo que ha motivado que los senadores esten siempre callados como la estatua del abate Molina. Pero, doctor, contestéle entristecido, ¿i no habrá algun pectoral que suavize la larinje de esos canarios, para que puedan entonar destituciones i soltar

todo ese largo trino de *cavatinas*, que, como la responsabilidad civil, tanto encantó los oidos de la opinion en aquellos años? Pero si se callan i dicen al buen callar llaman Sancho, no por eso dejarán de echar bolas negras a todo el que no sea negro.

A propósito de votos negros i blancos ¿saldrá Mr. Gay con sus 2,000 pesos o se quedará sin ellos? Lo que es yo si fuera diputado se los daba, i solo por el hecho, aunque mas no fuese, de tener el gusto de dar lo que no es mio, gusto a que no puede compararse ninguno, ni aun el de recibir lo que es ajeno.

Por otra parte, lo primero que debe hacerse es abrir de par en par las puertas de las arcas nacionales i llamar por cedulon a todos los literatos, a todos los sabios, a todos los que han hecho algun bien a la República i decirles:—aquí está, hijitos, la breva, vengan todas, que aun cuando los apuros no nos permitan mañana ni pagar a don Borjas Gacitúa, queremos regalarles justicias con el dinero del fisco, para que Udes. digan: Chile paga i concede todo lo que se le pide, porque desde que cayó don Manuel Montt hicimos el juramento de *jenerosear*, nosotros los diputados i senadores, con el oro nacional, para que así no le quede al presidente Perez un real de que poder echar mano en el apuro.»

Ademas, si fuera padre conscripto, lo primerito que hacia era un proyecto de lei por el que se concediese a Mr. Leveyrrier una pension vitalicia por haber descubierto el Neptuno, otra a M. Daguerre o sus descendientes por la invencion del Daguerrotipo, a que debemos todas las efijes o esfinjes de nuestros grandes hombres, i otra para el descubridor de las propiedades del *scalce cornutum*, a que debemos que se pierdan con tiempo los dos tercios de los liberales que debieran venir al mundo.

Ah! i ahora que un diputado ha propuesto que la Cámara se vuelva la criada respondona, yo haria de modo que mui clarito se dijese al Presidente, que el cuerpo lejislativo está decidido no solo a no dejar un real en caja, sino a no hacer nada de lo que él le diga en adelante, si es que alcanza a llevarles otro mensajito, como el que quiere no dejar sin respuesta.

Esto i la venta del Ponton Chile i el matadero de Valparaiso deben, con todo, horripilar a los presidentes del Congreso, porque es verdad, i mucha verdad, que un matadero no puede ser otra cosa que un sitio para matar, lo que a nadie que es blando de corazon puede menos que levantar el estómago.

No se que tirria hai contra esa pobre fragata *Chile* en toda la sociedad, especialmente por los individuos del sexo femenino: sí, hai una prevencion tan enojosa contra ese pobre viejo cascajo, que ayer no mas celebraban dos matronas su venta, como podrian haberlo hecho sabiendo que Garibaldi era dueño de calzarse los zapatos como queria.—Pues señor, decía una: ¿i por qué no habia de venderse? ¿i por qué no habia de comprarse? ¿Acaso porque es vieja ya no puede navegar absolutamente? Miren que afaut i como si un casco viejo no pudiese, poniéndole palo nuevo, sufrir todos los embates del mar. ¿No le parece a Ud. señor don Juan?—Oh! por supuesto, repliqué yo, i para el caso, lo principal es el palo, que lo que es el casco, por apollidado que sea, siempre puede sufrir alguna carga. Sobre todo, en lo que me afirmé mas para dejar contentas a mis interlocutoras, fué en que, así como habia muchas damas que estaban desde cuarenta años ancladas en el pantano del celibato, i que salian sin embargo de aquel atoladero para ceñirse la corona de azahares del himeneo, bien podia ser que el ponton Chile encontrase compradores i mui buenos.

Lo que si no he podido entender, sin embargo, es aquello de vender un casco innecesario para comprar un casco necesario. ¿Qué es esto pues, no me lo dirán? ¿O puede concebirse que un hombre venda su sombrero innecesario para comprar otro sombrero necesario?—I no se crea que se vende para mejorar de sombrero o de casco, no, se vende para empeorar, pues se nos dice que con el dinero del ponton, se comprará otro ponton mas barato, es decir, un casco peor; lo que queda reducido a este principio:—voi a vender mi sombrero que está ya hecho un capachio, para comprar otro todavía mas capachio; todo lo que, segun mi corto entender, es tan absurdo como deshacerse de las poesías mías para comprar las de Barainca.

El patriotismo, apesar de esto, como veis, ha hecho i está haciendo resonar las voces tremendas de guerra i exterminio: ya no hai periódico ni oficinista, ni artesano, ni barbero que no esclame:—¡a las armas! a las armas! Sí, todos vamos a correr a las armas; pero si la *Esmeralda* se rompió i la *Chile* va a venderse, i el *Maipo* va a romperse ¿por dónde nos vamos, en qué nos vamos, adónde nos vamos, pregunto yo? ¿O tomamos las armas como aquel gallego que no bien principiaba su amo a decirle:—¡irás... corria a espeta perros i seguia corriendo hasta que le gritaba—pero, demonio, sino sabes a donde te mando, ¿para qué corres con ese desafuero?

Con este motivo de armarse para no saber a donde ir, me han contado que un orador del pueblo dijo en una reunion de artesanos—toda la plata que hemos dado debe volver a nuestras arcas, porque como no sabemos donde está Méjico, ni por donde se va, ni en qué se va, creemos que lo mejor es que reembolsemos nuestros centavos, que bien sabemos dónde tenemos el bolsillo.

Por supuesto, esta mezquindad nos trae a la memoria, no otra parecida con un sujeto amigo nuestro, que por mal de sus pecados quiso hacerse el eco de los deseos de algunos, redactándole un periodiquito; sino el lenguaje en que uno de los oradores comenzó su arenga al inspeccionar el primer artículo.

«Pues señores, yo no sé naa de esas cosas que nos ha metido el redactor del período señor Cortinas; pero lo que sé, es que debimos nombrar para nuestro redactor de nuestro período al señor Santa-Oyala que nos ha ofrecido escribirnos sobre cosas prácticas i relijion i manijos de artes i demas cosas pertenecientes al sifco personal de nuestra incorporacion, etc. etc. etc.»

Pero sea como sea, siempre este furor de sociabilidad denota que vamos sabiendo que el hombre ha nacido para juntarse, i que de la union de voluntades i de ideas nacen los patriotas i los casamientos; cosas que, aunque vienen de un mismo orijen, suelen hallarse pocas veces juntas, por la razon de que jamas un buen republicano tiene una peseta que poder ofrecer a su consorte.

Sobre todo, la union de sentimientos, el comercio de ideas, aunque sean en un lenguaje divorciado con la gramática, siempre contribuyen a pulir los instintos de su nativa fiereza, a dulcificar las costumbres, a depurar los hábitos, beneficios que solo debemos a la sociabilidad, i cuya trascendencia se hace sentir notablemente en los países que, como el nuestro, han adoptado, la forma democrática.

Ocurrer la mente, destruir el jermen de las virtudes impresas por Dios en el corazón del hombre, eclipsar los rayos de la imaginacion, que nacen siempre del choque luminoso de las ideas, ha sido la tarea constante aquí i en todas partes de los malos gobiernos; porque nadie mejor que ellos han podido saber que la ignorancia i el aislam-

miento encorvan el alma i hacen raquitico cualquier corazon por elevado que nazca.

Al hablar del eclipse de la razon, no hemos podido menos que recordar los *eclipses infalibles* que un poeta ha ofrecido al publico en el *Ferrocarril* de ahora dias, i por cuyo ofrecimiento debemos todos confesarnos deudores inui reconocidos a tamaño beneficio.

I no que no, saber uno cuando se esconde la luna i cuando el sol intercepta, como un marido celoso, los rayos de amor a la tierra que lo persigue, es cosa o son cosas indispensables para que el pueblo sepa cuando debe estar a oscuras o cuando alumbrado; i todos nosotros tengamos de antemano el dedo sobre el candelero o la llave del quemador.

Lo que sería una invencion todavía mas provechosa que la de los *eclipses infalibles*, es la que nos afirmase de un modo certero cuando hai cámaras para no hacer un viaje de valde, i sobre todo, cuando vaca algun *empleito* para pedirlo antes que otro se adelante a nuestros deseos.

Esto i el invento que nos asegure de un modo infalible, cuando la oposicion acierta infaliblemente en sus planes, i cuando el gobierno no acierta en las elecciones, no nos dejarían nada que desear en materia de descubrimientos; ni nada por premiar, pues supongo que la Cámara de diputados le señalaría al descubridor siquiera una pension igual a la que gozan las viudas de los tenientes coroneles.

Se nos cuenta, i con mucha gravedad, que sabiendo unos comerciantes ricos, de esos que no alojan ni las lauchas cazadas en sus almacenes, que se prometían algunos de los comisionados en coleccionar fondos para Méjico a hacerles una visita, en nombre del Americanismo i de la caridad; temerosos de tener el gusto de verse visitados por los dichos, quisieron, como se dice, ponerse el parche antes de que salga el grano; i no de otra manera que enviando cada uno de los que juzgaron colectadores una nómina de los artículos siguientes como prueba de su amor hácia Méjico.

Nueve varas de jergon imperial.

Tres palanganas sin jarro.

Diez i nueve tarros de mostasa vacios.

I una docena de esas redondelas de plomo amarillo que representan las yardas en las bayetas. Todos estos objetos llevaban de introduccion estas lineas:

«Mui señores nuestros: Como el que da lo que tiene no debe mas, quedan de Udes. Tulano i mengano (aquí vienen siete firmas.) ¡I dirán que la caridad ha penetrado en esos corazones, a quienes los centavos ganados detras de un mostrador, comiéndose las uñas en el vareo, han sacado de la oscuridad i la miseria por un capricho maligno del destino.»

Petite et accipite dijo Jesucristo a sus discípulos; pero estos ricos, entendiendo a su modo esta santa maxima, dicen *accipite et non date*; i fijos en este lema, como Isabel de Inglaterra en el que estudiaba cuando queria dar muerte a sus enemigos, estrujan a los pobres bajo la capa de la relijion i la misericordia que solo supieron fingir.

I si los figurines, en todo esto, decia anoche un mentecato en el casino, llegasen a perderse con el triunfo de las armas mejicanas o con la declaracion de guerra de Gbile a la Francia, ¿dónde los iríamos a buscar? ¿de dónde sacáramos esos modelos tan interesantes, tan preciosos, tan indispensables en el estado de pulimento que nos hallamos?—Pierda Ud. cuidado, señor mono, contestóle un

Español, que lo que son baratijas i porquerías siempre han de sobrar aunque se rompan los cascos con ustedes todas las naciones de Europa.

Mas ¿por qué sería el susto de nuestro elegante, cuando con ir al Senado o a los Tribunales allí podría a su sabor estudiar todas las modas i embeber su desocupada fantasía en todos esos cuellos, capas, zuecos i sombreros de esa jente tan mona?

A juzgar por mí, los dandys no debieran tener otro bosquejo, así al ménos tendríamos variedad i no veríamos ese rejimiento de fashionables todos con los mismos bombachos i con los mismos paltoes i con el mismo sombrero, que hacen parecer a primera vista que forman parte de un batallón de currutacos sostenido por el gobierno.

¿I qué decis de los brindis del banquetee? Como ya sabeis, la prensa ha dado sus pellizquitos a los Ministros porque asistieron, fundándose en que un secretario de Estado no debe ir a un asunto en que no se vé nada de oficial, i en que, si va, no debe ostentar el tal título, sino simplemente confesarse como cualquiera de los otros convidados.

Yo creo que en nada de esto hai razon ninguna para motejarlos, pues si el individuo puede ir a donde mejor le plazca, ¿por qué se ha de negar a un Ministro el ir a donde le dé la gana? Pero la queja no está aquí solo; es murmuración de que sus excelencias hayan brindado burlando demasiado, es decir, llevando la cortesía hasta la humildad i el abatimiento.

¿I por qué, pregunto yo? ¿No tiene un Ministro acaso poder para brindar i rebrindar i llevarse brindando hasta que se le salga el vino por las narices? Lo único pues motejable para mí es el *Ferrocarril*, que hizo decir al del Interior—que habia conocido a Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Moro Esposito*, i por consiguiente colgarse la miseria de 300 años que lleva de enterrado Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Quijote*; i que no querria yo tener encima ni su señoría tampoco, aunque hubiéremos escrito quinientos Quijotes i Quijotas.

Pero dejemos la risa para decir unas cuantas palabras de dolor a la memoria del pobre Léu Guerin, agrónomo del gobierno, a quien, como ya sabeis, se encontró degollado en la misma Quinta Normal hace ocho dias.

Cuando se piensa que un establecimiento como ese, merced a la ineptitud comprobada i reconocida de los directores que ha tenido, no ha dado hasta ahora un solo rábano al gobierno i si solo escandalizado con este hecho a toda la sociedad; no sabemos como el Ministro de hacienda no ha tomado todavía a su cargo confiar ese establecimiento a personas verdaderamente competentes, i que pudieran siquiera, yaqueno devolver las crecidas sumas que se han gastado inutilmente en su sosten, no recabar de desprestijiar para siempre el tal establecimiento.

Lo raro de la muerte del occiso, i que comprueba los antecedentes que todos teníamos de que allí no se guarda el menor orden, ni se emprende ningun trabajo agrícola ajustado a ciencia; sin consideraciones que deben comprender al señor Santa-María que es fuerza cortar de una vez el nudo gordiano. De lo contrario, con el ejemplo dado ya con ese terrible acontecimiento, no podrán esperarse sino nuevos i mayores escándalos, cargando entónces el que debe poner fin a ellos, con la responsabilidad de no haber hecho en el asunto, apesar de lo que le dice la prensa, lo que le mandan sus deberes hacer como Ministro.

I el pobre Guerin, a quien conocimos i amamos como un hombre inteligente i honrado ¿qué léjos estaba de prever que su deseo de entrar a servir al país de su adopción con su laboriosidad i talento fuese correspondido con ser desapiadadamente degollado!

Ya se ha dicho i recomendado bastante por la prensa al Juez del Crimen haga todas aquellas diligencias precisas para satisfacer la vindicta pública: nosotros le pedimos lo mismo.

Los extremos, lector, se tocan: la pena i la risa son los cabos de la cadena del mundo ¿qué extraño pues que principiáramos riendo i acabáramos llorando?

Pero no concluiré este artículo con estos placheros ni jimoteos; no, quiero que concluyamos de otra manera.

Pues señor, como no os he dicho hasta aquí nada del por. qué se ha titulado este periódico con el nombre de *Condor*, os confesare por despedida, que hemos adoptado este apellido por tener el placer de decir semanalmente a todos ¿quereis cambiar un cóndor por una peseta? Además, como el Cóndor es emblema de nuestro patriotismo, ¿qué extraño tiene que hayamos robado el nombre de nuestro escudo?

Al dar remate a esta crónica, se nos asegura por algunas personas, que en Valparaíso, con motivo del banquetee a los marinos españoles, ha habido algunos disgustos entre los contrincantes.—Si tal fuese, nos aflijiria, pues a mas de que conocemos los deberes de la hospitalidad, creemos que no debe convidársele a nadie para despues tirarle con los platos.

Pero la culpa, segun se dice, no es nuestra sino del almirante español, que sin el menor tino para conservar las simpatías que se habia granjeado, i de que se le dieron pruebas muy manifiestas, ha querido corresponder nuestros agasajos con agravios i descortesias. La cosa, sin embargo, parece rara, i mucho mas en un habitante de aquella tierra en que todos admiran la noble cortesía i digna compostura, como cualidades esenciales de ella.

El vino desliga la lengua, abre de par en par el alma; luego, ¿por qué encargar a Baco que venda nuestros rencores i pequenezes.—Esta es la razon por que acabo aquí esta revista; que a ser mas larga tendria que continuarla con el humo del chacolí, que todavía es mas indiscreto que el champaña.

JUAN DE LAS VIÑAS.

¡Viva Méjico!

Las últimas noticias traídas por el vapor confirman las que ya teníamos acerca del rechazo sufrido por los franceses en los muros de Puebla.

Dios sea loado! El heroico denuevo de esa nacion, para quien Napoleón III creyó suficientes carceleros a dos mil franceses, da hoy el asombroso ejemplo de una resistencia, cuyo recuerdo se citará siempre con orgullo, i como modelo sagrado para la América, cuando la Europa atente insensatamente contra sus derechos.

Si, el sitio de Zaragoza sostenido por el general Pa'afox contra Lannes i la resistencia de Jénova, a pesar del impulso violento de Massena, no son ni mas heroicos ni mas brillantes.

Ante este coraje que entusiasmo i admira, los mismos franceses consorcerán que no se triunfa en las batallas cuando la causa que se defiende es una causa maldita.

¡Honor eterno a nuestros hermanos! ¡Gloria a Méjico!

GALERIA DEL CONDOR



FOTOGRAFIA DEL "CONDOR.".....Quietos!.....Ya los atrapé!.....

GALERIA DEL CONDOR



FOTOGRAFIA DEL "CONDOR.".....Quietos!.....Ya los atrapé!.....

GALERIA DEL CONDOR



El Repartidor. — ¿Nadie quiere cambiar un cóndor por una peseta? ¡Nadie!
Los cóndores de papel no corren en la plaza.....



Monumento de D. Manuel Rodriguez.

Mayo 26 de 1865.

GALERIA DEL CONDOR

N. 1.



¡Viva Méjico!! Viva la Independencia de America!! Viva la Libertad!!

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Junio 21 de 1863.

Núm. 2.

Bandos políticos.—Política necesaria.

Con solo echar la vista al campo de los sucesos, véase a primera vista varios elementos políticos que, a pesar de la disparidad de pretensiones i, mas que eso, del diverso orijen a que deben su existencia, se disputan a brazo partido el derecho de manejar el timon de los negocios públicos.

Retratar la fisonomía de cada uno de ellos, analizar sus antecedentes, seguirlos en la marcha, unas veces tortuosa i embarazada, i otras al parecer mas libre i desenvuelta, que han seguido desde diez años a esta parte, a mas de ser una tarea imposible en una hoja de periódico, no presentaria tal trabajo una notable importancia.

Sin embargo, como es preciso pintar a largas pinceladas el conjunto de estas entidades sociales, para ver si la conducta seguida hasta aquí por el gobierno se amolda o contraría las exigencias de las que mas en armonía se hallan con el sentir comun, no estará de mas que echemos sobre ellas una mirada retrospectiva.

Cuando para combatir al gobierno pasado fué preciso a los dos partidos que trabajaban por su ruina, unir sus fuerzas para oponer un valladar, que siquiera en algo contrariase el empuje asolador del gobierno Montt, pareció que cada uno de los combatientes quería como hacer olvidar sus pretensiones, i hasta, si es posible, sacrificar el espíritu que hasta entónces lo habia dominado, delante de las exigencias del momento.

Efectivamente, lo que se necesitaba en esa hora de lucha, de agonía, de esfuerzos supremos no era mas que una mancomunidad de trabajos incansantes, una abnegación absoluta de pretensiones personales, para poder formar así un partido que, uniformado o mejor convertido, aunque fuese en apariencia, en una gran entidad política respetable, pudiera hacer frente a la arbitrariedad, robustecida cada día mas con las constantes derrotas parciales de sus adversarios.

En ese entónces quién hubiera osado decir que la fusion no era mas que un vano simulacro de fraternidad, mas que uno de esos juegos de la política, de que aquí, como en todas partes, es forzoso agarrarse como de una tabla en las congojas del naufragio?

Nadie seguramente habria llevado su audacia hasta allí, nadie; pero no por eso, los hombres que piensan, los que conocen que las tradiciones de los partidos les impone éstos casi un respeto sagrado a lo que llaman su código, dejaron de conocer que si dormitaban en apariencia las pretensiones, los propósitos que ántes ha-

bían propalado como un especimen de su programa, no por eso dejaban de vivir frescos, o mejor todavía, mas vigorosos en el corazon de cada uno de ellos.

El partido liberal, que habia ido acrecentando su poder con la reunion de todos los descontentos que las administraciones pasadas habian formado, era, i no puede negarse, un elemento político formidable, en cuanto sacaba sus fuerzas de la opinion pública, dispuesta aquí desde tantos años a tomar como en revancha de lo que habia padecido el pueblo, la iniciativa en todas las maniobras. Terrible por contar entre sus afiliados a casi todas las mas fuertes intelijencias del país, los liberales, sin embargo, no podian hacer frente al gobierno, que contaba con el apoyo incontrastable de un ejército poderoso, con unas arcas nacionales siempre abiertas en el apuro, i mas que todo eso, con la timidez femeníl de un pueblo a quien se habia tenido desde tantos años sumerjido espesamente en la modorra i la servidumbre.

El partido conservador, a quien treinta años de triunfos en la política habia persuadido que su influencia era necesaria en los negocios públicos, i que la situacion en que se hallaba, (merced al desacordado atropello que habia recibido del hombre mismo que habia elevado), no podia ménos que refluir en perjuicio de la prosperidad de la república, en que habia tenido una parte tan activa; sino amedrentaba al gobierno, a consecuencia de que jamas podia suponerle éste animado del deseo de un trastorno radical i absoluto en la política, no por eso dejaba de ser a sus ojos un elemento poderoso, respetable, imponente, i que muy bien podia, por contener en su seno todas las fortunas del país, prescindir de sus antecedentes por un momento i aunarse con el liberal en la tarea de derribarlo.

Hecha la fusion, ya todos saben la parte que cada uno de estos bandos tuvo en la gloria i en los reveses de la causa de la libertad; i tambien qué debian prometerse ambos para el porvenir de una union, que en el peligro no habia sido suficiente para llevar a cabo la obra, ni que en la calma de una situacion normal i tranquila tampoco podia producir el bien que se necesitaba.

El partido Montt-Varas, asustado a veces por la preponderancia que estos dos partidos reunidos tomaban cada día en la opinion, robustecida por momentos a causa del descontento jeneral, confiò al fin al despolitismo la tarea de destruir esta liga formidable, i la suerte, que no siempre acompaña a la justicia, se encargò de dar remate a tan nefando propósito.

Entre tanto había cada uno de estos partidos prescindiendo de sus miras, olvidado sus rencores, dejado a un lado sus propósitos, pospuesto ante el bien de la patria una sola de sus aspiraciones, amordazado el amor propio, que tan violento se hace a causa del desprecio que produce una esperanza constantemente frustrada? No, cada uno de ellos abrigaba mas i mas vivas sus pretensiones, mas exajerados sus deseos; i como la elevacion a la presidencia de un hombre, a quien todos juzgaban prudente para no abrigar ningun partido estremo, abria el horizonte a todas las esperanzas, a todos los conatos; juzgáronse, con este solo hecho, en via de poder conseguir, cada uno a su turno, o con exclusion de los otros, lo que desde tantos años atras andrian i maduraban en silencio.

Si no es cierto, dígasenos ¿a quién no gustó, a quien no ofreció una expectativa, a quien no almagó una esperanza, a quien no prometió, en fin, algo la nueva presidencia?

Los montistas, por supuesto, creyeron, como lo repetian hasta el mismo dia en que se ciñó la banda el señor Perez, poder continuar en el dominio absoluto del pais, i reirse de los pobres liberales i conservadores, que, segun ellos, celebraban tontamente i sin motivo la elevacion de un hombre que debia oprimirlos i estrujarlos como su desapiadado antecesor.

Los liberales, a su vez, confiados en los antecedentes del señor Perez, en el carácter benigno i conciliador que le conocian, i, sobre todo, en el conocimiento profundo de los hombres que le habian observado, juzgaron desde luego que habia llegado la hora para ellos de una resurreccion completa, es decir, la hora de ver asentadas en el solio del poder a la justicia i la honradez, que tantos años habian estado prófugas de aquel sitio.

Otras entidades que pueden llamarse mistas, por participar de las buenas ideas del bando liberal i de las que escuda el conservador con la pureza de sus convicciones, no dudaron tampoco de que, amaestrados el presidente i sus secretarios, cualesquiera que fuesen, por la experiencia de diez años, tristemente fecundos en lecciones de gobierno, llegasen al fin a separarse de sus antiguas tradiciones, i a no aceptar completamente las ideas que cada partido le ofrecian como las únicas posibles para poder gobernar el pais sin trabajo i sin trastorno.

La conducta que desde luego inició la nueva administracion fue franca, noble, i al contemplar todos que el jefe supremo se separaba tan valerosamente del apoyo que le ofrecia el antiguo gobierno, para no seguir otra senda que la que le trazaba la lei, despojada de toda banderia, de todo compromiso; la sociedad entera respiró gozosa, i confiada en tan benéfica esperanza, prometiéndose algunos años de paz, de progreso i de virtudes.

Los truenos del cañon que anunciaba a la patria en el cumple años de su independencia la subida de la lei, personificada en el nuevo gobierno, al solio del poder, tambien anunciaron a los partidarios de la opresion que su reinado habia concluido; i que la república, desnuda ya de la camiseta de fuerza que la habia oprimi-

do durante diez años, iba a destajar sus miembros atrevidos, i a soltar para la industria i el trabajo los robustos i no cansados brazos de sus hijos.

Sin embargo, en qué han quedado esta alegría, esta satisfaccion ¿cómo han podido tornarse en humo tantas esperanzas? ¿Como convertirse en vaporosas quimeras tan santos i tan nobles propósitos?

La prensa enemiga va a decirlo. —Si, ella os dirá todos los dias — que el pais si goza de calma i de reposo, es solo la profunda tranquilidad de los sepulcros: que los jérmenes del bien, en cualquiera de las esferas donde se les busque, allí se verán aplastados por la inercia i la modorra: que la reforma, hija del aliento de un corazon robusto i de la elevacion de una mente elevada i pura, no es mas que una planta parásita, que no puede desenvolverse entre el hielo de la rutina, ni ménos producir un solo fruto que pueda servir de alimento a la vida moral de la república. No contenta con esto, os añadirá — que los derechos de nada sirven cuando no van encaminados al bien comun: i que, en tal caso, es mil veces preferible la servidumbre que impera i se robustece, aunque sea a espensas del probio del pueblo, a la libertad que desfallece i muere. Pareciéndole todavia demasiado rosado este lúgubre cuadro, aumentará el catálogo de las inculpaciones añadiendo — que nuestro erario ya no puede absolutamente atender a ninguna necesidad pública: que los ministros van solo a llorar miserias al Congreso para hacer patente su impotencia, i sin soltar una sola palabra que conforte el ánimo abatido por tanta desolacion, sin enunciar una idea siquiera, sin manifestar un solo proyecto que medio anuncie a la representacion nacional que se arbitran recursos con que poner algun coto a tan aflictiva situacion. Si, todo esto i mucho mas nos dice i nos dirá todos los dias; pero el pais que presencia que sus necesidades se satisfacen, que su progreso se estima, i que se trabaja diariamente, en cuanto es posible, (atendiendo al desequilibrio u hostilidad que existe entre los poderes públicos) porque la prosperidad jeneral siga un impulso creciente; no ve en todo ese farrago de lamentos e inculpaciones mas que los gritos del despecho, i el clamoreo desapacible de una ambicion que flora, i con razon, su influencia perdida.

Si en todo esto hai exajeracion ¿cómo es que no se nos dice nada de sustancial entre tanta recriminacion, nada de verdadero i positivo entre tanta declamacion i parltería?

¿O se cree que con decir: — el Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras nada nos dice sobre esto o sobre aquello — los Ministros no traen en sus memorias el pomposo aparejo de proyectos i promesas, que solian acompañar los del decenio, para hacer todavia mas risible i odiosa la situacion en que nos hallábamos; i en fin, nada se grita, ni se promete, aunque mas no sea que por atronar al aire con palabras se conseguirá que el pais crea en tan absurdas imposturas, i engañado al cabo considere que la veneracion que profesa al gabinete debe convertirse en repentina animadversion o en desprecio?

Lo único que todos dicen, cuando escuchan estos cargos, es que solo los hechos son los que pueden hacer

formar un juicio exacto en los negocios; i que, mientras que estos no se ofrezcan por la administracion como comprobantes o de su lijereza o de su incuria o de su retrogradismo, no hai ni puede haber motivo ninguno para hacerles variar en la opinion que se han formado de sus gobernantes.

Sobre todo, los que censuran sin descanso al gabinete ¿no podrian decirnos cuál es la política que debe seguirse en el actual momento? ¿No querrian hacernos partícipes del secreto que han llegado a alcanzar para poder gobernar sin tropiezos i sobre todo sin enemigos?

¿No nos dirian con que individuos reemplazarian a los que quieren alejar de los negocios? ¿No nos manifestarian el almanaque de sus hombre preciosos?

Los partidarios del Montt Varismo, qué dirian, preguntamos nosotros, si quisiesen hablar sin disimulacion ni tapujos? ¿No nos confesarian que el único sistema de política posible es la continuacion de aquel régimen coercitivo de todos los derechos, de aquel sistema en que el dominio de una voluntad incansable en el mal, es lo único que puede contrapesar con ventaja el empuje de la opinion de todo un pueblo? ¿No nos aconsejarian, volvemos a preguntar, que para conservar la paz es forzoso no dejar respiro a la libertad, expansion a los derechos, independencia al pensamiento? ¿No dirian al Presidente Perez, si es que solicitaba sus consejos, que lo único que podia asegurarle una presidencia tranquila, sin sustos, sin agonias, era continuar la tarea de perseguir a los que levantasen la voz, de separar del gobierno a todos aquellos que por sus antecedentes, por su nombre, por su conciencia no se hallaban en el caso de prosternarse raras veces como siervos a los pies del gobierno, a que debian respetar como si estuviese basado en el derecho divino?

A buen seguro que estos, i aun todavía mas negros, serian los consejos que ese partido daria al actual Presidente si pudiese ser escuchado, i por desgracia del país, atendido; si, estas i no otras serian las amonestaciones que recibirian los ministros, a los que, solo con aceptarlas, aunque fuese en teoría, bastaran para calificar de grandes hombres de estado.

I no se nos diga que estos asertos son calumniosos, que solo son el eco de la malquerencia; nó, pues a todos es constante que la maxima que tuvo siempre presente la administracion pasada no fué otra que la del feroz Henrique VIII de Inglaterra.—O sufre o hiere; para no ser herido, hiere.

Si andamos fuera de camino, cítesenos un solo hecho de perdon magnánimo, de esos hechos que acreditan al enemigo que se le ha olvidado su culpa; i que puede rehabilitarse para volver a ser repuesto mañana en los honores o en el bien perdido por su extravío. ¿O se quiere atribuir a magnanimidad cesarina la tolerancia para con tres o cuatro enemigos pobres, que por su triste posicion en nada podian dañar, no decimos a un gobierno apoyado en 6.000 bayonetas, pero ni siquiera al particular mas indefenso e insignificante?

Ahora pues, si la política adoptada por el gobierno

es diametralmente opuesta a la que siguieron i seguirian a aquellos hombres; ¿Cómo es posible que estos puedan estar contentos, i mucho mas desde que el Presidente se ha separado para siempre de ellos, i renegado abiertamente de tan diabólico sistema?

Si dejamos a un lado a los mont-varistas para hacer iguales preguntas al partido verdaderamente liberal, estamos seguros que nos responderán, que no solo aprueban la conducta seguida hasta aquí por el gabinete, sino que se prometen para el porvenir una satisfaccion cumplida de sus esperanzas.

Jamas la voz del que sufre verdaderamente se ha dejado oír con gusto: nunca la palabra del dolor comunicada, aunque no sea sino por el silencioso lenguaje de las lágrimas, ha dejado de penetrar en el corazon, por empedernido que se le considere: jamas la desdicha ha dejado de ser pegadiza.—Ahora bien, si no se ve llanto, no digamos en los semblantes, pero ni siquiera mudos sufrimientos, ni se escucha un solo quejido, una sola imputacion contra ningun encargado del poder público ¿cómo es posible que se pretenda probarnos que nuestra felicidad solo es una quimera i nuestras esperanzas de ventura nada mas que un sueño mentiroso?

Si se quiere rendir un homenaje a la verdad, por mucho que se desestime o aborrezca a los hombres del gobierno ¿podia decirse que desde el 18 de setiembre de 61 se ha cometido una sola injusticia, proveniente por odio de partido, por malquerencia o por cualquiera de los otros móviles que de continuo se hacen sentir en los negocios políticos? ¿Podria decirse que la mano del poder se ha sentido pesar en algun asunto en que el gobierno haya tenido que intervenir espontáneamente? ¿Se ha perseguido a alguien por sus opiniones? ¿Se ha formado proceso a la conciencia, como se hizo siempre durante los diez años pasados? ¿Se ha destituido a algun empleado público, por encarnizado enemigo que haya sido de la causa liberal, por enemigo que sea del gabinete, por contrario que se manifieste a esta misma administracion, que tal vez lo tolera por no agriar su mal destino, o mejor por no castigar en el individuo la lealtad i el agradecimiento a los que fueron sus bienhechores?

Si de la esfera del interes personal i del individuo privado pasamos a lo que mas importa, a los negocios en que la jeneralidad del pueblo tiene que intervenir ¿que puede decirse? ¿Cual es el cargo fundamental que puede formularse?

Pero nó, si el erario está desfallecido, el gobierno tiene la culpa, porque no han tenido sus ministros la facultad de sacar recursos pecuniarios con la celeridad que puso Dios al hacer brotar la luz de las tinieblas.

Pero nó, si es forzoso gastar en sostener un ejército que custodie los terrenos conquistados de la invasion de los salvajes, i asegure los trabajos que se han conseguido allí a fuerza de dinero i diligencia; la culpa la tiene el gobierno, que sin el menor talento no inventa la manera de hacer penetrar de un solo golpe en el corazon del Araucano el amor a la sociabilidad, el respeto a la lei, el deseo de formar parte de nuestra

asociación, i de cambiar su indómita i pujante libertad por la cómoda i pacífica satisfacción de nuestra servidumbre.

Pero nó, si el gobierno, por una de aquellas situaciones imprescindibles en el curso de los sucesos, se halla en algun conflicto, aunque sea como el que le dejó la administración pasada con el asunto de Witehead; el gobierno tiene la culpa, porque no tuvo el poder de hacer que lo pasado dejase de haber sido, i que los insultos que aquel individuo sufrió de las tropas de Montt se convirtiesen por encanto en satisfacciones del ofendido.

•Pero nó, si Méjico tiene que sufrir la violencia de un adversario mil veces mas poderoso, i si mañana se ve agoviado por las bayonetas del imperio, la culpa la tiene el gobierno, que no supo contentar a Napoleon con tiempo, o, cuando ménos, arredrarlo en su intento con una actitud tremebunda.

Pero nó, si todas las repúblicas hermanas, llevadas del furor de los partidos producidos por la anarquía, como sucede ahora en Centro-América i sucederá mañana en Nueva Granada i Venezuela, etc., se trucidan desapiadadamente, el gobierno tiene la culpa, por no haber querido impedir con tiempo tales catástrofes, oponiéndose ora a las exigencias i pretensiones de los rojos, ora a la pereza i retrogradismo de los bandos conservadores que allí se disputan el mando.

Pero nó, si el mensaje de la República no es un cartel de desafío, como conviene a nuestra exuberante población, a nuestra crecida riqueza, a la sobra de brazos, que casi llega a impedir el cultivo de nuestros campos i las pesadas labores de nuestras minas; el gobierno tiene la culpa, porque carece de entereza, de energía para romper lanzas con todo el mundo, que es lo que nos importa, para que se diga aquí i en todas partes, que nuestros gobernantes solo están en el poder para desfacer, como don Quijote, todos los entuertos i desaguizados del mundo.

Cualquiera al mirar tranquilamente nuestra situación, al analizar los obstáculos que traban la celeridad de la máquina social, i que quiera, sobre todo, no hacer cargar con las injusticias del tiempo a los hombres que deben estar sujetos a sus leyes, como lo están en el mundo moral i físico todo lo que aparece fijamente regulado ¿no se admiraría del modo como combatimos a los hombres, del modo como defendemos nuestros principios? ¿no motejaría, i con sobrada razon, ya en unos la mala fé, ya en otros el error i las utopías por mas que sean producidos por los mejores deseos i las mas puras intenciones?

El partido liberal, por contraposición al Monttista, ha sostenido siempre que el mejor gobierno es el que gobierna ménos, es decir el que deja mayor campo a la espontaneidad del individuo, el que no se encarga de dirigir la voluntad de todos, simbolizando en su personalidad los intereses privativos del hombre. Sin embargo, muchos liberales hai que, apesar de exajerar esta doctrina, llegan hasta hacer casi desaparecer de la esfera del poder la entidad moral que llamamos gobierno, i, por una inconsecuencia inconcebible, vienen al cabo a quejarse tambien de que el Presidente Perez parece

guardar una prescindencia punible en todos los negocios que ellos mismos confiesan deben confiarse a la conveniencia i deseos del individuo.

El rei reina i no gobierna, dicen los monarquistas constitucionales: el presidente manda i no debe mandar, gobierna i no debe gobernar, dirige i no debe dirigir, esclaman a su vez los que profesan en toda su latitud la teoría de la democracia; i si se les ofrecen las ocasiones en que pueden ver su teoría puesta en planta, a fuerza de condescendencia i amor a la conciliación, esclaman tambien—Oh! ese no es un gobierno, ese no es mas que un simulacro de autoridad, un interregno entre el despotismo i ese estado de atonía, en que el estado vive como el cuerpo humano, a quien le presta vida la inconcebible vitalidad que le es peculiar, aun cuando se le prive de la restauracion que necesita.

En resumidas cuentas ¿qué es lo que pretenden pues los montt varistas? Terror, persecucion, injusticia, dominio absoluto: si es eso, el gobierno, por lo que parece, no está ni puede estarlo, dispuesto a seguir tan estraviada senda.

Si lo que pretenden ahora los liberales, es decir los que llevan la teoría de gobierno mas allá de lo que pide la razon para una república como la nuestra, que solo puede pretender un lugar intermedio entre la demagogia, que todo lo destruye, i la libertad que todo lo alienta, no es otra cosa que adelantarse al tiempo, arrebatándole las reformas que solo él puede dar a los pueblos: que sacar, puede decirse así, la máquina de su quicio para imprimirla una marcha caprichosa i desatentada, tambien pueden estar seguros de que los hombres del gabinete no quieren cargar con la responsabilidad de hacer volcar el carro por la petulante temeridad de no conformarse a un paso sino violento, atinado i seguro.

Sentadas estas bases ¿a qué quedan reducidas las acusaciones? A detalles insignificantes que ninguna influencia pueden tener en la marcha jeneral de los negocios, ni que, por lo mismo, pueden servir a la opinion para hacerla mas exigente en sus pretensiones. Sobre todo ¿qué lecciones no nos da la historia de nuestra propia patria i la de las repúblicas hermanas?

¿Se desconoce acaso la causa de que quedara sepultada en Lircay la dominación de los liberales? No, i si los hombres puros, si los eminentes patriotas que allí lucieron su honradez i su talento se vieron obligados a dejar el poder en manos de sus enemigos, no fue por otro motivo, que por querer pedir al tiempo lo que el tiempo no queria darnos todavia, es decir, instituciones que suponian un adelantamiento social elevadísimo, costumbres i hábitos políticos enteramente morigerados i, sobre todo, un patriotismo sanamente dirigido al bien comun i no a la gloria i la ambición del individuo.

Si es cierto que el exceso de libertad que traen consigo prematuras reformas, la intempestiva adopción de teorías, aunque hermosas impracticables, no tuvo otro fin que el entronizamiento de los gobiernos fuertes i la muerte de los que se basaban en el ejercicio de todos los derechos, llevados muchas veces estos hasta la raya de la demasia; tambien lo es que los gobiernos por que acabamos de pasar no pudieron durar, ni hubieran

podido sostenerse sin robustecer a cada momento su autoridad con menoscabo de la felicidad i del derecho de los asociados.

Estas lecciones tan elocuentes deberían convencer a los que piensan que el bien no es bien, cuando no alcanza la línea de lo mejor; i que el gobierno de todo pueblo, sea cualquiera la forma que asuma, debe echarse sin reparo en el océano turbulento de las innovaciones i reformas.

Sin embargo, a nada se atiende cuando el amor a una idea cualquiera lleva el carácter de exclusivo, cuando no se respeta el modo de sentir de los otros, i, reputando el propio juicio como infalible, se califica a los otros de malos patriotas, i se condenan i anatematizan todas las opiniones que contradicen o no son conformes con las que se profesan o propalan.

La suerte de los pueblos de la América española, ha dicho mui juiciosamente un escritor filósofo, no es ni puede ser otra que la de sufrir o el despotismo o la anarquía.—¿I por qué, preguntamos nosotros, habremos de estar condenados siempre a este espantoso dilema? ¿No hai patriotismo en nuestros corazones? ¿No corren por nuestras venas, i en raudal bien abundoso, todas esas virtudes que nacen de una alma pura i noble, de una cableza dispuesta a comprender i a anidar las ideas elevadas i jenerosas que tienen su asiento en el amor expansivo del jénero humano?

Unans pues todos los hombres que quieren el bien para el país, que desean llegar a obtener mañana instituciones mas perfectas, que anhelan porque la reforma no sea como aquellas flores sin raíz a las que la falta de sol en un solo día seca para siempre: sí, unámonos todos, no para reprender acciones que nada tienen de culpables, no para agriar los ánimos, que bien dirigidos podrian servirnos de escudo contra los furrores de los partidos, sino, por el contrario, para ayudar al que puede asegurarnos un mañana feliz con nuestros consejos, con nuestro apoyo, con nuestra opinion; bases mil veces mas seguras que esos estados de sitio i esas sentencias de proscripción i de muerte en que hacen consistir toda su fuerza los malos gobiernos.

¿I qué falta para ver realizados tan justos deseos? Que los ciudadanos, a quienes su mismo exaltado patriotismo lleva muchas veces a la censura, contengan un tanto lo impetuoso de sus pretensiones en las aras del bien público: que los que opinan que la reforma no es posible, tambien hagan a su turno el sacrificio de sus preocupaciones; i, movidos por el aire que empuja hoi a todos los pueblos, se persuadan que si son dañosas las mudanzas repentinas en el teatro de la política, no lo son ménos el estacionamiento i la inmovilidad perdurables.

Uniformados los partidos que dominan la opinion, fraternizando los que deben dirigir el movimiento intelectual en el propósito de trabajar siempre porque no volvamos a caer en las desventuras del pasado, ¿por qué no habia de alcanzarse tamaño beneficio?

Una vez supuestas estas premisas, nos parece que no es desacordado confesar que la política del gobierno actual es necesaria, es decir, la única que puede observarse en estas circunstancias para lograr

dar cima a los buenos proyectos que traerán mañana el afianzamiento seguro del derecho.

La opinion pública, el criterio de todos los buenos ciudadanos está conforme con nuestro pensamiento, ¿por qué pues falsearla, como lo hace la prensa montista con tanta arteria, i desviarla de su verdadero camino como lo hace, aunque con las mas puras i patrióticas intenciones, la que es el órgano mas respetable de ella? ¿Por qué? porque, sea dicho de una vez: el gabinete actual no puede devolverle al partido caído lo que ha perdido para siempre, i a ésta no puede concederle absolutamente lo que le pide, separándose del voto universal del pueblo.



Contestacion al Mensaje del Presidente de la República.

Aguardábase con impaciencia que la Cámara de diputados, por boca de los señores a quien comisionó para responder al Mensaje del Presidente de la República, hubiese llenado ya sus deseos; pero todos hemos tenido que ver con sentimiento que la diligencia no ha sido tan grande en los señores de la comision como lo fueron sus buenas intenciones.

Sin embargo, cuando se vió al señor Vergara asegurar a la Cámara, que era de todo punto necesario hacer saber al Ejecutivo que no podia ésta dejar de cumplir las reglas exijidas por la etiqueta en las monarquías, no hemos podido ménos que sospechar que el móvil del señor diputado, autor de la *indicacion-respuesta*, no fuese solo el de cumplir caballerosamente con las reglas de la cortesania.

La razon de esta fundada sospecha es mui clara. Cuando se ha hecho gala de contrariar los deseos del gobierno, como lo hizo el señor don Eujenio, llevando la franqueza hasta quebrantar las reglas de la oratoria, confesando en las barbas de tres ministros de Estado, i a vista i paciencia de todo el mundo, que su defecto i su impugnacion al Ministro de Hacienda (la cual no tuvo nada de Ciceroniana) no eran mas que *justa represalia*; nadie, por mui optimista que se considere, dejará de creer que tras de esa aparente cortesía se esconde la intencion, i no mui santa, de seguir en ese *sistema de represalias*, que ya su señoría ha querido sentar como un principio fijo en las relaciones de los poderes públicos.

Con todo, muchos individuos mejor dispuestos que nosotros para juzgar las acciones humanas, piensan, i hasta llegan a asegurarlo, que la Cámara se halla en tal embarazo para responder al Presidente de la República, que es mui probable que desista de su propósito. Nosotros no llevamos el optimismo hasta esta raya, pues recordando en años pasados, cuando uno o dos diputados contrarios al gobierno opinaron por que la Cámara debía responder al Presidente, se impugnó este pensamiento, por ser contraria esta manifestacion al espíritu que debe suponerse en una república como la nuestra; no es fácil, atendido este precedente, que nos equivoquemos en nuestro juicio.

Si se negó entonces hasta el derecho de decirle al ejecutivo: no nos gusta la política de V. E., i se atribuyó el pensamiento de los diputados que opinaban por la respuesta, al deseo de decir al Presidente algunas verdades amargas ¿cómo es que ahora se dice lo contrario, i se sientan como razones de conveniencia i de cortesía las mismas que sirvieron entonces para atribuir esta idea al móvil mezquino del odio i a la descortesía?

No es pues muy difícil, volvemos a repetirlo, afinar con la clave de este asunto; pero, aun cuando la causa que pueda motivar esta contestación al Ejecutivo no sea otra que la que se supone con tanta justicia, entremos, sin embargo, con el señor Vergara en algunas consideraciones, que nunca estarán demas en el asunto.

Si se contesta al Presidente de la República solo por cumplir con la fórmula observada en los países en que el respeto a una testa coronada exige una jenuflexion de parte del poder legislativo, ¿por qué aceptar ese uso que solo allí puede ser bien mirado, o mejor, tener algun sentido? Pero sino es esto lo que se quiere, ni en esto se ha pensado por un solo momento, ¿a qué puede quedar reducida la contestación? Claro está que a la censura de sus actos, a la acumulacion de cargos o consejos, tarea para la cual no tiene, a nuestro juicio, el menor derecho la representacion nacional.

Sino es verdad lo que decimos, pruébenos donde estraiba ese derecho de censura de que quiere apropiarse el Congreso? O se considera anexo a la facultad que tiene de formular leyes, la de criticar los actos del Ejecutivo, los cuales de ninguna manera pueden ser fiscalizados por ninguno de los poderes público? Si el poder Lejislativo tiene el derecho de decir al Presidente de la República—vuestra conducta en ese o el otro caso no ha sido sensata, habeis olvidado, pervertido o trasmitido la esfera de vuestros poderes, ¿no tendria tambien el poder judicial la facultad de decirle a su turno, tratándose por ejemplo de una conmutacion de pena capital en estrañamiento—habeis llevado vuestra lenidad hasta el crimen, habeis hecho de la lei solo un espantajo, no habeis cumplido con lo que nuestra sabiduría os mandaba hiciérais ciegamente i sin el menor exámen?

Por otra parte, si estas facultades revisoras en los poderes, que forman lo que se llama máquina gubernativa, se estendiesen hasta ese limite de mutua fiscalizacion, ¿cómo es entonces que se reconoce la verdad de que es forzoso que cada poder público jire sin tropiezo en su órbita, para que así se eviten los embrazos que impedirian la uniformidad del movimiento, perturbado necesariamente por el exceso de poder en cualquiera de ellos?

Ademas, ¿dónde está, ni puede estar, la filosofía de esta peregrina teoría de política constitucional? ¿No seria, si así fuera, convertir al Ejecutivo en un manequi, cuya risible autoridad quedaria reducida solo a abrir las sesiones del Congreso, i a ser, en último resultado, el instrumento ciego de todo lo que le ordenaran el poder lejislativo, el judicial i el municipal, a quienes debemos, en ese caso, dar la misma latitud que quiere arrogarse ahora el Congreso?

Quando el Presidente Monroe dirijió un mensaje a las Cámaras, en que decia que la Carolina del Sud queria plantear un banco separado del que se llamaba banco federal i, por supuesto, en que pedia al Congreso que lo ilustrara sobre lo que debia hacer en el negocio; i mui claro, que se sujete a lo que prescribe al Ejecutivo la constitucion de los Estados Unidos; pero de ninguna manera se entra a censurar lo que el Presidente de la República habia pensado i ejecutado en la esfera de sus atribuciones.

Pelet de la Lozere en la historia del Congreso Americano, se explica así:

Si el poder lejislativo en la Union parece a primera vista relleno de facultades, estudiando los hábitos de aquella nacion singular, i examinando detenidamente el espíritu de su constitucion, se vé que sus poderes guardan tan perfecto equilibrio, que puede decirse que no hai una sola facultad en ninguno de ellos que no sea correlativa de una obligacion necesaria.

Quando Tyler quiso declarar la guerra a la España por el negocio de los Floridas, lo único que dijeron las Cámaras, es que tocaba esencialmente esa declaracion al Congreso; pero de ninguna manera se arrogaron el derecho de censurarle en el deseo que lo animaba, ni ménos de establecer para lo futuro esa *censura previa*, en cuanto a lo que debe hacer, pensar, idear etc. el Ejecutivo en el porvenir, ni ménos esa *censura para lo pasado*, que ahora se quiere hacer correr como un dogma de derecho público, i un principio de urbanidad lejislativa, llevada hasta la exajeracion de los parlamentos de Luis XIV.

Pero dando de barato el derecho que tengan las Cámaras de calentarle las orejas al Ejecutivo (usamos de este tono para ser consecuentes al lenguaje de las *représalias*) ¿a que quedarán reducidos sus cargos? ¿Serán por ventura mas estensas en sus inculpaciones que lo que es la prensa del decenio? ¿Podrán llevar mas allá su espíritu de critica? Todos a una responderán que no, pues si el asunto de Wetehead i la actitud que se le reprende en los negocios de Méjico son los puntos cardinales i mas sobresalientes en el proceso que se le ha formado; la opinion de todos los hombres independientes, de todos los que no se ciegan por los rencores de partido, está decididamente inclinada a favor del gobierno, a quien confiesan que no podia ni debia haber obrado de otra manera.

Por otra parte ¿en los tales asuntos criticados se prueba la violacion de alguna lei. ¿La hai en algun principio constitucional, en la menor i mas insignificante disposicion escrita? Luego si en nada serio puede reprehenderse al gobierno ¿no vendrán a quedar reducidas las acusaciones a nuevas quejas, a infundados cargos, a una majadería, diremos mejor, impropia hasta en el enemigo particular, i mucho mas en un poder público, constituido en la majestad, que se requiere para que la lei sea respetada como la emanacion de una autoridad augusta?

Lo deplorable en el asunto seria que, así como el Congreso, por lo visto hasta aqui, quiere formar un catálogo de inculpaciones contra el Ejecutivo, que no

tuvo la culpa de formarlo, i por consiguiente el derecho de reclamar su induljencia, éste a su turno quisiese, siguiendo el sistema de las represalias del S. Vergara, enbilar unas cuantas hojas de recriminaciones, i tanto mas dolorosas i duras cuanto todas ellas están afianzadas en el corazon de todos los chilenos.

¿I que se diría entónces? ¿Habria derecho para gritar que el Presidente o sus ministros rompian la armonia que debe existir entre los grandes poderes del Estado? De ninguna manera: cuando se acusa es necesario defenderse, cuando se oye la voz de la inculpacion es fuer.a tambien hacer oír el acento del descargo. Pero si llegase por desgracia ese caso, el mismo señor Vergara acumularia todas las razones que su talento jurídico i todo el arsenal de leyes de que puede disponer, le ofrecerian copiosamente.

Quando se tiene la idea que la sociedad abraja sobre la oposicion sistemática que el partido del gobierno pasado hace al presente por su prensa i los órganos de que puede disponer todavia en el poder legislativo; no son, sin embargo, las arcucias forenses que pueden hacer el papel de razones, e inclinar la balanza del lado donde pesan tan descaradamente las injusticias i los malos propósitos. Si el Presidente Perez, en fin, movido por igual deseo al que anima hoy a la representación nacional, le dijese:

«Si no he sido suficientemente franco en la esposicion de mis pensamientos para lo futuro, es por que no me compredeis ni quereis comprenderme, animados como os hallais, de ese espíritu de partido que nada ve aun cuando se le ofrezca mas claro que la luz del día.

«Si no he echado bravatas i palabrotas vacias de sentido en la cuestion de Méjico es por que no he querido comprometer la tranquilidad de la república, convaliente aun de las sangrias que sufrió para sostener el gobierno de vuestras simpatias.

«Sino he roto lanzas con el ministro Ingles es por que he preferido transar el asunto amistosamente, evitando así el conflicto en que nuestra debilidad real i positiva nos hubiese colocado inevitablemente en una guerra con la Gran Bretaña.

«Si no he sido como lo quereis, es por que no me es posible cargar con la responsabilidad de actos que fueron originados por la tenacidad de vuestros hombres de estado, i que han venido afectar mi administración por no haber querido esos jiantes patriotas, a quienes rendis tanta alabanza, i profesais tanta gratitud, cortar, como lo pudieron i debieron, con el corto sacrificio de algunas palabras de satisfaccion i cortesania.

«Si no he retirado todavia de las fronteras el ejército que ahora llamais exhorbitante, i que ántes hubiérais querido aumentar hasta 100,000 hombres, tal era vuestro apuro i vuestros sustos es por que no he creído justo que se pierdan las sumas que se han empleado en fortificaciones i otros trabajos que prometen lograr algun día la conquista pacífica de aquella tierra de vuestros abuelos.

«Si no he destituido todavia todos los malos funcionarios, todos esos intendentes que me dejásteis, es por que no quiero castigar la lealtad que ellos tienen para con el gobierno pasado, dejándolos en la calle por puros

odios de partido, por pura malquerencia, por esa hostilidad de que me dais vosotros tan relevantes pruebas.

«Sino os he dicho de qué manera puede levantarse un empréstito para atender a las urjentes necesidades del servicio público, es porque no me habeis de seguir en mis cálculos i, sobre todo, porque me dá vergüenza recordaros que a vosotros i a vuestros jefes se debe la situacion aflijente del erario público.

«Si no me he rodeado esclusivamente de los hombres del partido nacional, es porque no he creído que un buen ciudadano que ama a la lei, debe tener, una vez llegado al poder, bando ninguno sino el de la justicia, el que prohibe toda consideracion, todo afecto, todo antecedente tratándose del bien público.

«Si no me he rodeado pues de vosotros, apesar de que os confieso fuerza i arterias, atendida la organizacion que supo imprimir a su partido mi antecesor, es porque el pais no os ama absolutamente, i está cansado de ver que el rigor de los principios políticos no sirve sino para viciar el carácter de los pueblos, haciéndoles odiosas, cuando no risible, las mas puras teorías, los mas nobles pensamientos, la causa, en fin, a que deben su grandeza todas las repúblicas.

«Si no me he formado un partido propio, como lo hicieron mis antecesores, ya que no quería plegarme a un bando solo, con esclusión de todos los hombres virtuosos e intelijentes que puede haber en los otros, es porque no he querido dejar detras de mí esa cauda sangrienta de un cometa nefasto, que tarde o temprano llegará a volcar la máquina del gobierno, enlutando a la república por la pérdida irreparable de su prosperidad i de su gloria.

Si no os digo, en fin, todo lo que pienso, todo lo que cavilo, todo lo que medito en compañía de mis secretarios de estado, i no os cuento lo que nos prometemos para el porvenir, es porque sé que rabiosos conspiraríais contra mí, i no queriendo derramar sangre ni lágrimas, tendria talvez que deplorar en silencio mi respuesta a la lei i mi amor a mis conciudadanos.»

I si esto dijese el Presidente de la República, como bien podria decirlo de voz en cuello, ¿qué se le respondería? ¿Se le diria que habia mentido a la representación nacional? ¿Se le negaría que habia sido el órgano fiel de la opinion de todo Chile?

En este sentido, desearíamos que la Cámara de Diputados, dando al señor Vergara, se entiende, las gracias por su cortesania, prescindiere de una vez de este negocio; i conformándose con las exigencias del pais, nos diese alguna vez siquiera la muestra de que siempre puede mas el patriotismo que las tirantes consideraciones de la banderita.

¡Dios nos oiga!

PARTE LITERARIA.

Obras de Edgardo Poe.

El juicio de las obras de Edgardo Poe ha sido hecho majistralmente por el distinguido literato *Charles Baudelaire*, a pesar de que el espíritu frances no acostumbra plegarse a las glorias de la América, ni hallar

hermoso lo que no lleva el visto-bueno de la Francia.

Al traducir la coleccion de novelitas que *Charles Baudelaire* ha tenido el buen gusto de acopiar en un volumen, creemos que hemos hecho una buena cosa. pues casi no se hallará uno que despues de su lectura deje de asombrarse del ingenio i la sagacidad del infortunado *Edgaro*.

Aunque la edicion no es mui moderna, lo poco conocido de estas obras i el mérito que le es peculiar, i que, por lo mismo, no permite que envejezcan, nos ha parecido ser un motivo para que nuestros lectores puedan encontrar en ellas algun atractivo.

Nuevo *Gilbert*, hasta su último instante, *Poe* ha sabido cantar sus penas, ha pulsado la lira i arrancado de ella mui sonoros ecos, i sin que el dolor i la muerte entumescieran los dedos del artista. Cuando se tiene necesidad de recurrir a los juegos de la fantasía para poblarla aunque mas no sea que de sueños i visiones, grato es encontrar, a mas del contento que produce la ficcion de un bello acontecimiento i de hermosas pinturas de costumbres, un fondo de leccion práctica que compensa con usura el tiempo perdido o robado a mejores entretenimientos.

Las novelas de *Poe*, como puede verlo el que lea el juicio de sus obras que publicamos, no se parece a las que produce hoy la escuela ecléctica literaria francesa, a pesar de ser el autor en cuestion un yankee enteramente frances por el espíritu. No participan tampoco del carácter de *Bolwer* ni de *Dichens*, ni en nada se asemejan en su fondo a la paciente investigacion de *Walter-Scott*. Llenas de una filosofia trascendente, escritas, puestas la imaginacion i el alma en el estudio del hombre para anatomizarlo, i despues observar si las leyes que se han hecho para amoldarlo en una pauta segura, son convenientes a su organismo físico i moral; no es raro hallar, con todo, en el estudio fisiológico que emprende un no sé qué que a primera vista no gusta i que llega a parecer trivial a fuerza de profundo.

Por fin, léanse sus obras, i entónces el público decidirá si la traduccion que damos a luz merece la pena de haber ocupado unas cuantas páginas de un periódico.

EDGARDO POE,

SU VIDA I SUS OBRAS.

I.

No hace mucho tiempo fué conducido ante nuestros tribunales un desgraciado en cuya frente se leía este singular rótulo: *Nada de suerte!* De esta manera llevaba sobre sus ojos escrito el compendio de su vida, como un libro lleva su título; desgraciadamente el interrogatorio probó que el extravagante letrado era cruelmente verídico. Hai en la historia de las letras destinos análogos, verdaderas condenaciones, hombres que llevan la palabra *azar* escrita con caracteres misteriosos en los pliegues sinuosos de su frente. El ánjel ciego de la espacion se ha apoderado de ellos, azotándolos con toda su fuerza de su brazo para ofrecerlos de edificacion de los demás.

En vano su vida manifiesta talentos, virtudes, gracias; la sociedad tiene para ellos un anatema especial i los acusa de las flaquezas que su misma persecucion les ha acarreado.— Qué no hizo *Hoffman* para desarmar al destino, i qué dejó de intentar *Balzac* para conjurar a la fortuna?—Existe entónces una Providencia diabólica que prepara la desgracia desde la cuna; que arrastra a las naturalezas espirituales i aójlicas al medio de sus enemigos, como a los mártires al medio del circo? Hai tambien almas *consagradas*, dedicadas al altar i condenadas, sin embargo, a marchar a la muerte i a la gloria al traves de su ruina? El espíritu de las tinieblas rodeará siempre a estos seres privilegiados? En vano se esforzarán ellos, en vano resistirán al mundo, a sus incertidumbres, a sus engaños: perfeccionarán la prudencia, cerrarán todas las salidas, metalizarán las ventanas contra los proyectiles de la fortuna. El Diablo se colará por una cerradura; una perfeccion será el flaco de su coraza i una cualidad sobresaliente el jérmén de su perdicion.

Su hado está escrito en toda su constitucion; brilla con un resplandor siniestro en sus miradas i en sus jestos, circula en cada uno de los glóbulos sanguíneos de sus venas.

Un célebre escritor contemporáneo nuestro, ha trabajado un libro para demostrar que el poeta no puede encontrar un buen lugar ni en las sociedades democráticas ni en las aristocráticas, ni en la república ni en la monarquía absoluta, o moderada. Quién ha podido hasta hoy replicarle de una manera perentoria? He aquí una nueva leyenda que traemos en apoyo de su tesis, para agregar un nuevo santo al martirologio; vamos a escribir la historia de uno de esos desgraciados ilustres que vino, como tantos otros, a hacer en este mundo el rudo aprendizaje del jénio con las almas pequeñas.

Lamentable tragedia la vida de *Edgar Poe!* Su muerte es un desenlace terrible en que el horror se mezcla con lo trivial.— De todos los documentos que hemos leído, resalta para nosotros la conviccion de que los Estados-Unidos no fueron para *Poe* mas que una vasta prison que recorrió durante su vida con la agitacion febril que ha sido creado para vivir en otro mundo mas aromático que una inmensa barbarie alumbrada por el gaz, i que su vida futima, espiritual, de poeta i de borracho no era mas que un esfuerzo permanente para arrancarse a la influencia de esa atmosfera antipática. Desapinada dictadura la de la opinion en los países democráticos! No imploreis de ella caridad, ni induljencia, ni elasticidad de ninguna especie, en la aplicacion de sus leyes a los casos múltiples i complejos de la vida moral.

Se diría que del amor impio a la libertad ha nacido una tiranía nueva, tiranía de bestias o zoonocracia, que por su insensibilidad feroz se asemeja al idolo sangriento de *Jaggernaut*.—Algun bigrafo nos dirá gravemente,—el cumplido caballero tiene buenas intenciones—que si *Poe* hubiera querido regularizar su jénio i aplicar sus facultades creadoras de una manera mas apropiada al suelo americano, habria sin dificultad llegado a ser un fabricante de plata, a *money making author*; otro cinico sin afectacion, que por sorprendente que haya sido el jénio de *Poe*, mas le hubiera valido tener solo talento; el talento se descuenta siempre con mas facilidad que el jénio. Un tercero, director de periódicos i revistas, que conoció la dificultad de darle ocupacion, i se veía obligado a pagarle ménos que otros porque tenia un estilo demasiado inferior a lo vulgar. *Quelle odeur a 'magasin'* como decia *Joseph de Maistre*.

Algunos han pasado mas allá todavia, uniendo a la torpe brutalidad de su carácter la ferocidad de la mas baja hipocresía; le han insultado a porfía i despues de su repentina muerte se han puesto a morijerar rudamente sobre su cadáver.— Particularmente *M. Rufus Griswold* quien, para aprovechar aquí la enérgica expresion de *M. George Graham*, ha echado sobre sí una infamia inmortal. *Poe*, que tenia el siniestro presentimiento de su trajico fin, habia designado a *M. M. Griswold* i *Willis* para poner en orden sus escritos, escribir su vida i restablecer su memoria. Aquel pelagogo vampiro ha disfundado largamente a su amigo en un estenso articulo publicado al frente de la edicion póstuma de sus obras. ¿No existe en América ordenanzas que prohiben a los perros la

entrada a los cementerios?—En cuanto a M. Willis, ha probado, por el contrario, que la decencia i la benevolencia marchan siempre con el espíritu recto, i que la caridad pasa con nuestros semejantes, que es un deber moral, también es un precepto de buen gusto.

Hablado de Poe con un americano; reconocerá su jénio, se mostrará quizá orgulloso; pero al momento con un tono sardónico superior, que hace conocer su positivismo, os hablará de la vida licenciosa del poeta, de su aliento alcoholizado capaz de encender una vela, de sus costumbres vagamundas; os dirá que era un hombre exótico i desarreglado, un planeta sin órbita que giraba sin cesar de Baltimore a Nueva York de Nueva York a Filadelfia, a Boston, de Boston a Baltimore, a Richmond, i sí, con el corazón oprimido por estos preludios de una historia camufladora, le dejáis entender que talvez el individuo solo no tiene la culpa; que debe ser difícil pensar i escribir comodamente en un país donde hai millones de soberanos, en un país sin capital, propiamente hablado, i sin aristocracia—veréis entonces dilatarse sus ojos, arrojando resplandores, la baba del patriotismo ultrajado asomarse a los labios, i a la América, por su boca, lanzar denuestos a la Europa, su vieja madre, i a la filosofía de los tiempos antiguos.

Repítemos que para nosotros tenemos la íntima persuasión de que Edgar Poe i su patria no estaban al mismo nivel. Los Estados Unidos, son un país gigantézco i nuevo, naturalmente celoso del viejo continente. Orgulloso con su progreso material, anormal, casi monstruoso, tiene una fé ciega en el poder universal de la industria; está convencido, como algunos ilustres entre nosotros, de que ella ha de llegar ha comenza al Diabolo. El tiempo i el dinero tienen allí un valor mui grande! La actividad industrial, exajerada hasta las proporciones de una manía nacional, deja en los espíritus bien poco lugar para las cosas que no son de este mundo. Poe, perteneciente a una familia distinguida, i que, por otra parte, hacia consistir la mayor desgracia de su país en la carencia de una aristocracia de raza, atendido, decía él, que en un pueblo sin aristocracia el culto de lo bello no puede menos que corromperse, debilitarse i desaparecer; que reprochaba a sus conciudadanos el lujo enfático i costoso, como síntoma del mal gusto característico de los que se elevan en un momento; que consideraba el Progreso, la grande idea de nuestros tiempos, como un éxtasis de papa-moscas, i que llamaba a los perfeccionamientos del *habitate* humano, cicatrices i abominaciones rectangulares. Poe era allí una cabeza singularmente solitaria. No creía mas que en lo eterno, lo inmutable, en el *self same* i se divertía—cruel privilegio en una sociedad orgullosa de sí misma—de ese buen sentido a lo Maquiavelo que precede siempre al sabio, como una columna luminosa, al travez del desierto de la historia.—Qué habria pensado, qué hubiera escrito, él, infeliz, si hubiese conocido al teólogo del sentimiento suprimir el Infierno por amistad del jénero humano, i el filósofo de los números proponer un sistema de seguros, una suscripción a centavo por cabeza para suprimir la guerra,—i la abolición de la pena de muerte i de la ortografía, esas dos locuras correlativas! i tantas otras cosas que escriben la oreja inclinada al viento, fantasmas jiratorias, tan volubles como el elemento que las dicta? Si agregais a esta vision impecable de lo verdadero, enfermedad real en ciertas circunstancias, una delicadeza esquisita de sentidos que se torturan con una nota falsa, una fineza de gusto que todo lo revuelve, ménos la exacta proporción; un amor insaciable a lo bello, que habia tomado las proporciones de una pasión funesta, no extrañareis que para un hombre semejante, la vida haya llegado a ser un infierno; os asombrareis mas bien de que en ese estado haya podido *durar* tanto tiempo.

La familia de Poe era una de las mas distinguidas de Baltimore. Su abuelo materno habia servido en calidad de *quarter master general* durante la guerra de la independencia. Lafayette que lo estimaba en alto grado habia sido su amigo. En el último viaje que este hizo a los Estados Unidos visitó a la viuda del jeneral para manifestarle su gratitud por los servicios que su marido le habia prestado en otro tiempo. El visabuelo de Poe se habia casado con una hija del almirante ingles Mac Bride, relacionado con las mas nobles casas de Inglate-

rra. David Poe, padre de Edgar o hijo del jeneral, se enamoró violentamente de una actriz inglesa, Elisabeth Arnold, célebre por su belleza; huyó con ella i se casó. Para unir mas íntimamente sus destinos se hizo comedante i apareció con ella en varios teatros de las principales ciudades de la Union. Ambos esposos murieron casi al mismo tiempo dejando tres hijos de corta edad, entre ellos Edgar, abandonados a la mas completa miseria.

Edgar Poe habia nacido en 1813. El mismo es quien nos ha proporcionado este dato, reclamando contra la aseveracion de M. Grisonold que hace tener lugar su nacimiento en 1811. Si alguna vez el espíritu del romance, para valernos de una espresion del poeta, ha presidido en un nacimiento, de seguro que fué en el suyo. Poe fué verdaderamente el niño de la pasión i la aventura. Un riconegante de la ciudad, M. Allan, se prendó tanto de la belleza del muchacho que la naturaleza habia dotado de una manera tan notable, que no teniendo hijos, lo adoptó por suyo. De esta manera Edgar Allan Poe, como se llamó en adelante, se encontró elevado a grandes comodidades i con la esperanza legítima de una de aquellas fortunas que dan al carácter una soberbia certidumbre. Sus padres adoptivos le llevaron consigo en un viaje que emprendieron a Inglaterra, Irlanda i Escocia, i cuando regresaban a su país le dejaron al cuidado del doctor Bransby que dirijia un colejio en Sotke-Newton cerca de Londres. Poe mismo en el *William Wilson* ha descrito esa rara habitacion edificada al vivo estilo de Isabel, i las impresiones de su vida de colejial.

Regresó Poe a Richemond en 1823 i continuó sus estudios bajo la direccion de los mas notables profesores de jurisprudencia. En la Universidad de Charlottesville a que pertenecia desde 1825, se distinguió no solo por una inteljencia casi sobrenatural, sino por una abundancia siniestra de pasiones—precocidad verdaderamente americana—que finalmente fué la causa de su espulsion. No estará de mas notar de paso que Poe habia manifestado en Charlottesville una aptitud sobresaliente para las ciencias físicas i matemáticas. Mas tarde debia hacer de ellas uso frecuente en sus extraños cuentos i sacar tambien arbritros desconocidos. Sin embargo, tenemos motivo para creer que no era a esta clase de composiciones a las que daba mayor importancia, i que, quizás a causa de esa misma aptitud tan precoz, no estaba lejós de considerarlas como ligeros pasatiempos, en comparacion a las obras de pura imaginacion. Algunas deudas contraidas en el juego vinieron, por desgracia, a turbar las buenas relaciones entre padre e hijo adoptivo, i Poe,—hecho que prueba en él, como se ha dicho, una dosis mui grande de caballeria—formó el proyecto de mezclarse en la guerra de los Helenos contra los Turcos, i partió de consiguiente para la Grecia. ¿Qué hizo en Oriente i de qué se ocupó?—Visitó las riberas clásicas del Mediterraneo?—Por qué le encontramos en San Peters-burgo, comprometido, sin pasaporte, i obligado a solicitar la proteccion del ministro americano Henry Middleton para escapar a los castigos de los rusos i volver a su país? Hai aquí un vacío que solo él hubiera podido llenar. La vida de Edgar Poe, su juventud, sus aventuras en Rusia i su correspondencia han sido anunciadas desde hace mucho tiempo por los periódicos americanos, sin aparecer jamás.

Vuelto a la América, en 1829, Poe manifestó el deseo de entrar a la Escuela Militar de West Pont. Fué admitido i, como antes, dió nuevas pruebas de su inteljencia admirablemente dotada, pero incorrejible; a los pocos meses fué espulsado. En esta misma época se verificaba en su familia adoptiva un acontecimiento que debia tener las mas graves consecuencias para el resto de su vida. La señora Allan, a quien Edgar profesaba un verdadero amor ilioi, acababa de morir, i su marido contraia nuevamente matrimonio con una mujer bastante jóven. Una querrela doméstica tuvo entonces lugar, una historia escandalosa que no podemos relatar porque no ha sido explicada claramente por ningun biógrafo. Con todo, hai motivos para creer que Edgar no quedó definitivamente separado de M. Allan i que éste, a pesar de sus dos hijos nacidos de su último matrimonio, no le fué completamente las esperanzas de heredarle.

Poco tiempo despues de haber dejado a Richmond, Poe publicó un pequeño volumen de poesias; era esta una aurora resplandeciente. Para el que sabe sentir la poesia inglesa, ha ha mostrado allí el acento sobrehumano, la calma melancólica, la solemnidad deliciosa, la esperiencia precoz—la esperiencia *innata*—que caracterizan a los grandes poetas.

La miseria le hizo durante algun tiempo soldado, i es presumible que se aprovechó del ocio de la vida de guarnicion para preparar los materiales de sus futuras composiciones; composiciones estrañas que parecen haber sido creadas para probarnos que lo estraño es una de las partes integrantes de lo bello. Vuelto a la vida literaria, el solo elemento en que pueden respirar ciertos espiritus entusiastas, Poe se moria en la mas estremada miseria, cuando una casualidad feliz vino a sacarlo de apuros. El propietario de una Revista acaba de ofrecer dos premios, uno para el cuento mejor i el otro para el poema mas sobresaliente. Una escritura singularmente hermosa llamó la atencion de M. Kennedy presidente de la comision, i le entró curiosidad por examinar él mismo los manuscritos. Se encontró que Poe habia ganado los dos premios, pero uno solo le fué concedido. El presidente de la comision tuvo deseos de veral desconocido. El editor del periódico le presentó un jóven de una belleza admirable, mal vestido, abotonado hasta la barba i tan orgulloso como hambriento. M. Kennedy se portó bien. Puso a Poe en relaciones con un M. Thomas White que habia fundado en Richmond el *Southern Literary Messenger*. M. White era un hombre audaz, pero sin ningun talento literario; le faltaba un ayudante. Poe se encontró, en lo mejor de su juventud, a los veinte i dos años, director de una Revista cuyo porvenir pendia todo de él. Solo se habia creado esa prosperidad. El *Southern Literary Messenger* ha reconocido despues que fué a este escéntrico maldito, a ese borracho incorregible, a quien debió su clientela i su provechosa fama. En esta Revista es donde apareció por la primera vez la *Aventura sin igual de un cierto Hans Pfaall* i muchos otros cuentos que nuestros lectores verán mas adelante. Durante casi dos años, Poe, con un ardor prodijioso habia pasado a su público con una série de composiciones de un nuevo jénero, con artículos criticos cuya viveza, claridad i severidad razonada se combinaban perfectamente para llamar la atencion. Estos artículos versaban sobre libros de todo jénero, i la fuerte educacion que el jóven habia recibido le sirvió muchísimo para confeccionarlos. Es bueno saber que todo este enorme trabajo se hacia por quinientos pesos anuales, es decir, dos mil setecientos francos. *Inmediatamente*, dice Griswold, como quien agrega—se creia bastante rico el imbécil—se casó con una niña jóven, bella, encantadora, de una naturaleza dulce i heroica, *pero que no tenia un centavo.*

Continuad.

La ocasion i el deseo.

Aquí me tienes ya. ¿No me llamabas
Deseo caprichoso, i esperabas
Con placer anhelante mi visita?
Estoi ya en tu poder, vengo a tu cita.
Mas te ruego que dejes reflexiones,
I en alas del placer las tentaciones
Sigas violento, evaporado i loco,
Que entre tanto sufrir gozar es poco,
Siendo el goze fugaz, i los momentos
Del penoso existir largos i lentos.

¿Por qué vacilas pues? Porqué la frente,
De gozo ayer no mas resplandeciente,
Doblas a la vergüenza, si un asilo
Te ofrezco mas ameno i mas tranquilo,
Donde tu vida corra placentera,
Oyendo al ruiseñor en la pradera:
Aspirando el perfume de las flores
En un mundo de aromas i de amores?

¿Por qué, pues, tu alegría se ha cambiado
En inquietud, terrores i cuidado?
¿Qué es esto, di? Si vengo no me atiendes,
Si no escuchas tu voz, tu mas te enciendes
En vividor anhelo: desesperas,
Maldices de tu suerte; i mui de veras,
Creyendo tu existencia ya importuna,
Monótona, pesada, tu fortuna
Trocar quisieras en feroz delirio
De un insensato amor por el martirio.

Así habló *la Ocasión*, más *el Deseo*
Novicio todavia,
I a quien este lenguaje, según creo,
Su pundonor heria,
Le dice: amiga, espera, espera
Que como aquesta vez es la primera
Que te miro, me causa tal espanto
Tu mirada de fuego,
Tu cariñoso ruego,
Tu voluptuoso encanto
Que, ¿me crearás? acerbo sentimiento,
Grüel remordimiento
En delicia bañado
Siento en mi corazon despezadado.

¿Acabaras cobarde! Bien sabia
Que en pecho virjinal siempre hallaria
Oposicion i susto;
Mas nunca imaginé que por tu gusto
Habiéndome llamado,
I viniendo gozoso yo a tu lado
A verter el consuelo
En tu existir de duelo:
A refrescar con mi vapor tu frente:
A embriagar tus sentidos con mi aliento,
Negárate demente
A recibir de mi gloria i contento.

Al decir esto, *la Ocasión* despliega
El ala perfumada,
I tocando la faz ya sonrosada,
Indicio del placer en que se anega
El tímido *Deseo*,

Le imprime, según creo,
Un beso ardiente i calla.
¿Diabólico placer! ya no batalla:
Ya no piensa la victima, ya cede:
Ya del paso fatal no retrocede;
I hácia el abismo ciega caminando
Va a sepultarse a su pesar llorando.
El llanto, la amargura,
La horrible desventura
Fueron eternos ail mas el *Deseo*
Puesto ya el pié del crimen en la senda
No contiene la rienda
Al torpe devaneo,
Hasta que al fin muriendo repetía:
¿Lo que es una ocasion! ¿Quién lo creeria!

M. B. C.

CORRESPONDENCIA.

LOS DOS ARTESANOS

o la nueva escuela.

—¡Cáspita! Perico, ¿desde cuándo estas por acá? ¡Qué buen mozo!

—En este momento acabo de llegar; ¿no me ves con el saco en la mano?

—¿De donde? ¿dónde diablos has estado metido? ¿Vienes de Méjico?

—De Valparaíso, Juan, de las fiestas del Almirante, del Almirante de España, a quien he conocido tan de cerca como estamos los dos.

—¡Ola! con qué has estado en grande? Me alegro, porque me habian dicho que ese señor era un aristócrata de primera fuerza.....

—Al revés, Juan, he estado en *chico*, que servía a la mesa de su excelencia! pero he gozado más de lo que tu piensas.

—Comiando i bebiendo bien, ¿no es así Perico?

—No seas tonto, Juan, aprendiendo lo que no se puede aprender en el país.

—¿Cómo aprendiendo? ¡Pues que esos señores no son lo mismo que la jente de por acá?

—Casi todo es diferente.....

—¡Hombre! ¡Poes es bien raro lo que me cuentas! ¿Acaso no hablan castellano, como nosotros?

—Hablan castellano i se les entiende a veces, pero la sintáxis, me parece que es griega, o de alguna otra lengua que yo no conozco.

—No te comprendo, Perico, ¿qué no es español puro el que hablan esos señores?

—Quita allá, tonto, ya nadie habla puro en España, según me dijeron; la moda es mezclar un poco de todo i hablar con soltura i sin detenerse en nada i para nada.

—¡Bendito sea Dios! ¡I aquí, jen una república libre, tan empeñados en sujetarnos a las reglas gramaticales! ¿Lo qué es no haber viajado, ni conocido de cerca a los fundadores de nuestra lengua!—I en lo demas, Perico, ¿cómo andamos con nuestros padres?

—Todo diferente, Juan; todo, todo lo que he visto, es enteramente opuesto a lo que nos enseñan por acá.....

—Con qué, según eso, somos unos bozales, que hemos perdido nuestro tiempo inutilmente en las escuelas municipales?

—I si dijese uno borricos, no te engañarias, porque aquello es todo distinto desde el persignarse, hasta el acostarse, como dicen.

—Cuéntame, pues, Perico, que estoy impaciente por saber.....

—Mira, ya te he dicho que no hablan lo mismo que nosotros; pues sábetelo, que tampoco comen como los americanos i lo mismo sucede.....

—¿Estas de broma?

—Oyeme i aprenderás. Si hubiese aquí una mesita preparada en forma, yo te daría una lección práctica, pero veamos:—en primer lugar, la servilleta pende de la corbata o del ojal del vestido a manera de bandera, lo que es mucho mas vistoso i mas cómodo, que lo que hacemos nosotros. En segundo lugar, nosotros nos limpiamos la boca con la servilleta i ellos pasan mucho mas arriba. En tercer lugar, nosotros tomamos el café en la tasa i ellos lo toman en la tasa i platillo inclusive, dejándonos muy atrás en esa operacion. En cuarto lugar, nosotros cuando comemos no fumamos, i cuando fumamos

no comemos; ellos lo hacen todo simultáneamente, lo que les deja una economía de tiempo, que pueden aplicar a otros objetos. En suma; entre nosotros existe la preocupacion vituperable de no fumar en los salones, ni delante de señoras; ellos no, fuman en todas partes, a todas horas i en todas ocasiones, sin guardarse de otro cuidado que su comodidad. He visto fumar.....

—Tienes razon, Perico, yo estoi tambien con las costumbres de nuestros huéspedes, porque lo demas es una nimiedad ridicula....

—He visto fumar, te decia, en el paseo, en el baile, en el ambigú i hasta en el piano, donde cantaba una melindrosa portefa, que hubo de sofocarse con el humo del cigarro, a punto de no poder articular una sola nota.

—Todas las reformas tienen sus inconvenientes, Perico, pero no por eso las debemos reprobar; nuestras mujeres se acostumbrarán con el tiempo, como las de Madrid i Cádiz i nosotros habremos conquistado un derecho, que el anglicanismo nos tenia usurpados. ¡I de brindis, Perico, qué me cuentas? ¡Los españoles son tan decidores i tan graciosos!

—De brindis, Juan, yo no tendria palabras para esplícate lo que he oído en prosa i verso. Si no has leído el *Mercurio*, te relataré solamente algunas palabras de las que dijo en su brindis el señor almirante Pinzon, para que te formes una idea de lo demas.—«España, señores, dijo, no se acuerda de los tiempos antiguos; por el contrario, al pensar en Chile, lo hace con amor; pero en América, señores, se guarda a España cierta prevencion, que, tengo placer en decirlo, no existe en Chile.....»

—¡Hombre! qué preciosa idea!

—Déjame seguir, Juan, i verás bueno.—«I como podía dejar esto de ser así, cuando ha sido Chile una de las primeras Repúblicas que España reconoció, dándole fraternidad, amistad i como una prueba de ello, tenéis ahí la escuadra que envía a estas costas....»

—¡Hombre! ¡eso es al pié de la letra?

—Sí, mi Juan, i como una prueba de ello, tenéis ahí la escuadra que envía a estas costas.

—Eso es lógico, Perico, nunca se ha hablado con tanta precision entre nosotros.

—Déjame continuar i despues me harás tus reflexiones.—«La España de aquellos tiempos tiene amistad a las repúblicas americanas, la España de hoy, señores, les tiene amor; la España de hoy, que quiero visiten i que deseo conozcan; yo almirante, tendré gran placer en haber conocido la España de 1863.» (Aquí hubo *bravos* estrepitosos).

—I con justísima razon. Sigue, Perico.

—«De todos los americanos, señores, que se llaman españoles, algunos pocos la habrán visitado, pero no todos habrán conocido su mérito. Raya tan alto como las primeras naciones, como la Francia, la Inglaterra i las demas. Pero, lástima es, que se quiera rebajar a la España, no lo digo por Chile, donde he encontrado mas lealtad, mas verdad, i si se quiere, señores, mas sinceridad; pero tened en cuenta, que la palabra sinceridad significa mucha en idioma español....»

—¿Cómo! Hazme el favor, Perico, de repetirme esa última frase.

—«... Pero tened en cuenta, que la palabra sinceridad significa mucho en idioma español....»

—¡Magnífico! no te detengas, Perico, sigue que estoi embelesado!

—«Hablo a los chilenos, a los americanos: *Levántaos i nos conoceréis, miradnos i vereis quienes somos, nobles, grandes, sinceros, francos.....»*

—Detente un poco, Perico, que he sentido no sé qué cosa en mi cerebro.... déjame tomar un poco de agua.... sigue, sigue ahora....

—Me parece, Juan, que tenia razon ¿no es verdad? Veo que te vas impresionando un poco....

—¿I quién no se impresionaría al oír un brindis semejante? Te aseguro, Perico, que he oído muchas veces en Santiago i aun en Valparaiso los discursos mas bellos que puedes imaginarte; pero nunca con la unción, el patriotismo, la modestia i oportunidad del señor Almirante Pinzon. Continúa, Perico, te lo suplico por nuestros adelantos i el progreso de nuestro país.

—No es nada todavía lo que has oído, mi querido Juan. El señor Almirante continúa.—Pero los que quieran rebajarnos ante otra nación, se equivocan, no lo conseguirán; nos tenían en mui poco, pero ahora nos tendrán en mas....»

—I yo tambien lo digo, no lo conseguirán, no lo conseguirán.—¿Se acabó el brindis, Perico, o queda alguna cosita mas?

—Queda lo mejor, Juan. El señor Almirante concluyó con las siguientes palabras, que electrizaron a todos los asistentes i me hicieron romper una botella que tenia en las manos para presentar a su excelencia.—Brindo, señores, dijo, por Chile, por el país del progreso, por el país que hace conocer en Europa, no en la Europa aquella, sino en España.» I aquí se acabó el brindis.

—¡Hombre! ¿cómo es eso? O yo estoy un poco olvidado de la jeografía, o no he comprendido bien lo que ha dicho el señor Almirante. ¿Te acuerdas tú cuántas Europas nos enseñaron a conocer en la escuela?

—Estoi tambien un poco olvidado, mi querido Juan, i no podría decirte nada con seguridad. Cuando el Almirante se espresa en esos términos, él sabrá lo que dice.

—¿I se acabó ahí la comida, Perico, o continuaron los brindis?

—Hasta las dos de la mañana, nada ménos, i a cuales mejores.

—A ver, tenemos tiempo todavía, ¿dijo algun otro brindis el señor Almirante? Cuéntamelo, que me he quedado con la miel en los labios....

—Dijo uno tan lindo sobre nuestra lejislacion i la de España, contestando al boca municipal Ibañez, que te vas a quedar con tanta boca abierta. He aquí sus palabras, que he cuidado de conservar íntegras en mi memoria, para que sirva de lección a nuestros leguleyos americanos.—«El señor majistrado (Ibañez) aunque no conoce nuestro país, lo ha elojado hablando de sus leyes, i ha hecho justicia de la misma manera que la haré yo *al en que en este momento me encuentro. Copiar nuestra lejislacion, es copiar lo que debe copiarse....*»

—¿Cómo? ¿cómo?

—Como suena i como vas oyendo.—«Brindo, señores, continuó el señor Almirante, porqué *copien* de la lejislacion española aquello que sea justo, aquello que deba *copiarse*. Tambien debo añadir, *que francamente*, en la lejislacion de los demas países hai mucho que *copiar*, que la España *copia* tambien de todas, *porque la España tiene libertad, verdadera libertad....* Yo deseo que los americanos nos conozcan; los españoles somos *orgullosos*, lo acepto, pero con el *orgullo* de buen jénero, el *orgullo* de la dignidad, el *orgullo* de que nadie nos humilla, por grande que sea la nacion que lo intente. ¿I como podría ser esto, si es nuestro mayor galardón ser español? El *orgullo* bien entendido es el que vale; ese es la felicidad de las naciones; pero el *orgullo* que se empequeñece, nada vale....»

—Te volveré a preguntar, Perico. ¿Todo eso que me cuentas es al pié de la letra, o has añadido o quitado de la cuenta, alguna palabra?

—¿Acaso te ha parecido mal este último brindis?

—Magnífico, Perico, ya te he dicho que no habia oído en mi vida una cosa semejante. ¿Te queda algun otro?

—Hai uno mui bonito, que te ha de gustar mucho; pero desgraciadamente no retengo en la memoria mas que las primeras palabras. El señor don José P. de Anguita principió así un brindis, que fué interrumpido por numerosos aplausos:—«Desde que Josué pedía al sol parase su carrera para completar su victoria, desde Galileo, que aun condenado por su saber, sentia moverse la tierra bajo sus plantas, hasta Fulton, que en brazos de la ciencia volaba....»

—Hombre, esa es teolójia i yo no entiendo una palabra....

—Eso es lo que tiene i por eso se me escaparon muchos otros brindis magníficos, concebidos en los mismos términos. Como ya es tarde, te he contado el principio del brindis del señor Anguita, te contaré, por último, la conclusion del que dijo el mayor general don Joaquín Navarro que es tambien mui lindo. Despues de un largo i elocuente discurso en honor de su augusta soberana i de sus compatriotas de ambos mundos, concluyó brindando—«Porque la efusion i fraternidad que nos une, traspasen los espacios, i por corriente simpática se trasmitan en este momento al alma de nuestra gloriosa reina, que es el alma de la España; al alma de todos los españoles, que es el alma de la reina, para que en ella o en ellos se escite el júbilo de que estamos poseídos i se considere como participantes de él tambien como nosotros en este alegre i cordial festin. Así sea.»

—¡Así sea! eso parece tambien teolójia, si no me engaño....

—Lo que te he dicho ántes, pero observarás al ménos, que por mas elevados que sean los conceptos i el lenguaje de esos brindis, no dejamos de comprender por eso la precision i buen gusto con que estan espresados. Yo te dejo, mi querido Juan, porque estoi mui fatigado con el viaje i pienso recojerme temprano. Mañana si quieres, te contaré otras cosillas de mayor interes. Te prevendré, sin embargo, que esos brindis, asi descarnados como aparecen en mi relacion, no pueden tener la importancia que tuvieron para mí, espresados de viva voz i acompañados de graciosas i oportunas interjecciones, que aun no estan en uso entre nosotros. Te dejo, pues, i....

—Hasta mañana, Perico, i mañana nos pondremos de acuerdo para ver si podemos publicar los brindis en el *Condor* con interjecciones i todo, a fin de que nuestros compatriotas vayan soltando poco a poco el pelo de la Dehesa.

—¡Adios, Chico!

—¡Adios, Indino!

CHESTERFIELD.

Cuentos de la semana.

Pues señor, decididamente todos, ménos yo i unas cuantas hermosuras, están furiosos contra el almirante Pinzon. Pero ¿por qué, se preguntan éllas, ha de haber esa tirria contra un gallardo marino que nos ha camelado, llamándonos *quapas chicas*, a pesar de ser ya mas que

grandes, i ofrecidonos sus elegantes marinitos para que nos *hiciesen el amor*, como él dice con tanta zandunga?

Pero lo que es la popularidad! Se pierde i se gana con la misma facilidad que tiene el sol para alumbrarnos i dejarnos a oscuras. Sin embargo, dice Diderot, que el que no conoce a las mujeres no puede conocer a los hombres. I dice muy bien, porque si pensamos en las locuras, que hemos hecho por ellas, nos convencéremos que nuestras opiniones muchas veces no han tenido mas motivo que el jesto o la sonrisa de una mujer bonita.

Cuando se piensa que la duquesa de Ghatouroux hizo no solo guerrero a Luis XV, el mas afeminado de los monarcas, i la Pompadour influyó con unas cuantas coquetterías en la destruccion de los jesuitas, i Roxelana, la muy enamorada Odalisca, consiguió hacer sociable i hasta suave al terrible Soliman que aterró la cristiandad; no será extraño, a pesar de todo lo que ha pasado con nuestro indiscreto argonauta, que cuando vuelva la flotilla española a cruzar por nuestros pacíficos mares, nuestras preciosuras salgan a recibir al señor Pinzon i sus compañeros con cintas i banderolas, i nosotros a darle otra vez banquetes, aunque vuelvan a concluirse a capazos, como se dice.

Lo que si es de sentir, sin embargo, es que el almirante no sea fuerte en materia de brindis, pues, a haberlo sido, el brindador por el general Prim no se habria encontrado de repente con ese ¡quien vive! que le cortó tan bruscamente el hilo de sus alabanzas.

Pero tambien Nelsson tenia sus cosas poco mas ó ménos *apinzonadas*, i Churruca no era de los últimos en decir una *fresca al lucero del alba*, i Blucker sin miramientos ni aprensiones ya se sabe que arrebataba la cachimba al primer soldado con que tropezaba, i fumábala delante de las damas con la misma desenvoltura i placer que si fuera la perfumada pipa de Aberdaman o de Boabdél El Chico.

Sobre todo, lo que es preciso es no confundir al indiscreto con el prudente, haciendo pesar con la animadversión que hoy carga al almirante a la oficialidad de la marina española, en que se hallan tan *guapos chicos* i tan galanes i corteses caballeros.

La marina que tuvo en su seno a los Ulloas, a los Mazareddos, a los Galianos, etc. no es posible que esté toda *apinzonada* ¿no es verdad, lectores? Así, lo mejor que podeis hacer en el caso es doblar la hoja, i no decir, como aquellos intolerantes empecinados, que el modo mas seguro para no ser chasqueados por nuestros huéspedes es establecer un cordón sanitario, como esos que usaba la España para no contagiarse con la fiebre de nuestra América.

Esto i las pantuflas del Emperador Augusto acabarán de convenceros.

Pues, señor, dice Plutarco que este emperador tenia la rara manía de no salir de palacio el día en que al levantarse de la cama se equivocaba en la chancleta que debía ponerse, es decir, cuando se ponía los zapatos trocados, como decimos nosotros. En cambio de la reunion a que lo obligaba su poca destreza en el asunto, dicen tambien otros historiadores, que cuando sucedía esto, era tan diabólico su humor, que todo lo hallaba detestable, i se prometía escribir no solo leyes imperiales terribles, espantosas contra todo el mundo romano; sino tambien cartas de desvergüenzas contra todos sus amigos pasados, presentes i futuros, especialmente contra el pobre Ovidio, que llevaba su amor al César Augusto hasta hacer lo que hemos hecho nosotros con don Manuel

Montt, es decir, escribirle desde el destierro versitos lijoneros i *tristes* llenos de amor i de agradecimiento.

Ahora bien, si Augusto, cuando le sucedía el percance de las *babuchas*, se ponía como os lo he contado, ¡qué extraño tiene que a Pinzon se le haya saltado la lengua como al amigo i rival de Lépidof? ¿O no es posible suponer que el día del *banquete* se haya puesto los *zapatos trocados*, i convertido por esto sus antiguos favores para nosotros en agrias recriminaciones i descortesías?

Si, señor, la cosa ha consistido en el trueque de las pantuflas, i tan penetrado estoy de esto i de la influencia que atribuyo a este suceso, que llego a creer que la Cámara de Diputados, cuando aprobó la *moción-respuesta* al Presidente de la República, no puede haberlo hecho sin tener las zapatillas encontradas como el héroe del cuento. La teoría que trató de sentar, con el mismo aplomo que Azais su *sistema de las compensaciones*, puede plantearse en sucesos todavía mayores, i voi a probarlos. ¿I por qué os parece que los senadores no se reunen, a pesar de la amorosa estufa, del sabroso queso de chanco i del jeneroso vino de España? ¿Por qué? porque tienen miedo de enlodarse los chanclos i salir con los zapatos viscosos de la sesion, i ser por un momento emperadores romanos con mal jenio, desvergonzados i escritores de cartas contra sus Ovidios (entiéndase con este nombre sus deudores) tarea, por supuesto, nada apetecible para algunos de ellos a quienes, estamos seguros, no les gusta ni hacer el encabritado anillo de la rúbrica.

Pero si en la cuestion, sea dicho de una vez, del mensaje i en todas las que el gobierno se interese, han andado i andarán con los zapatos trocados, ya se los han puesto bien i muy bien para perdonar al señor don D. Benavente las anualidades que debe pagar al fisco, segun la lei que hizo embolsar a este caballero los doce mil pesos que le asignó el gobierno pasado en remuneracion de sus servicios. Lo que es yo, no solo le habria perdonado los doce mil, sino que le habria dado otros doce mil mas para que no volviese a usurpar al señor Cerda la silla curul que desempeña con tanta brillantez i gusto del gobierno. Si, señor, se los habria dado, pues harta brega costó al señor Benavente uniformar las diversas opiniones de aquellos próceres, harta fatiga el *montificarlos i varificarlos*, i harto el estar con la capa de lamparilla haciendo quites durante diez años al toro de la oposicion, aunque tuviese los cuernos romos, i dirijiendo la plaza en los aplausos al torero mayor de la Moneda.

Lo único, si, que puede alegarse con algun fundamento por los que no quieren que se desangren las arcas nacionales, (ya en estado de hemorragia) es, que ya que se tuvo la jenerosidad nunca vista, de adelantar al señor Benavente esos doce mil pesos, no se lleve la prodigalidad hasta el caso de perdonárselos para siempre, como si estuviera ese señor en el lamentable caso de no tener con que mandar a la plaza.

Si esto dijese, la verdad, no dejarían de tener razon, pues atendiendo a que si vamos a seguir perdonando con la plata ajena, dentro de muy poco tendrá a su vez el fisco que pedir perdon a todos sus acreedores.

Para una gratificacion de cinco o diez pesos mensuales, pedida muchas veces por los individuos que sirvieron en los *infantes de la patria*, uno de los primeros gloriosos batallones en la guerra de la independencia, ya se ha visto en mil ocasiones levantar la voz a muchos senadores, normalmente mudos, alegando que el senado, como cuerpo moral, es decir, sin alma i sin sus atributos de sensibilidad, de amor i de odio, debia cerrar con cuarenta llaves las arcas nacionales i ensordecer a los

angustiosos gritos del hambre. Ahora pues, si el Congreso se ha confesado solo una entidad moral ¿cómo es que nos sale ahora tan tierno de corazón como el clérigo Balmaceda? ¿Qué cosa pues es lo que explica i puede explicar esta rara anomalía? ¿Concibese acaso como es esa entidad que no siente, i que, sin embargo, es tan rencorosa para destituir empleados? ¿De qué manera se puede ser al mismo tiempo ente sin cuerpo i comer tanto queso i beber tanto vino a expensas del erario?

Pero ya se vé, las dualidades en metafísica son inconcebibles e inexplicables, i mucho mas deben serlo cuando estas residen en cuerpos que no tienen nada de espíritu, como lo es un cuerpo coleccionado, elegido exclusivamente por la materia i no por el espíritu del bien que debe atenderse al formarlos.

¿En qué quedamos pues? ¿Es el Congreso una coleccion de entes impalpables, intangibles, insensibles, o una corporacion de hombres de carne i hueso como todos nosotros?

Con todo, Fox, Pitt, Scheridan, Burcke i Mirabeau no comian queso sino en su casa, i regalaban su plata como les daba la gana, i jugaban, i se divertian i confesaban, como lo decía Fox a Napoleon en su mal francés: — *nous sommes des mauvais tétes, premier consul.*

Esta confesion, si, que no podríamos hacer nosotros, porque para tener una cosa mala es preciso primero tenerla, así, como para hacer un pescado con salsa verde, es necesario tener primero el pescado. ¿No es verdad lectores?

Ya sabeis que el Cónsul Frances de Valparaiso ha reclamado ante el señor Aldunate por los *vivas i mueras* que con motivo de los triunfos mejicanos se han dejado oír delante de sus ventanas.

Si la cosa es cierta, es llevar las inmunidades diplomáticas hasta una raya que no puede sostenerse absolutamente.

Por otra parte, las regalías que gozan por el derecho internacional los cónsules no son mas que las que se apegan a todo individuo que entra a componer la sociedad en que reside, cuyas regalías quedan reducidas, en buenas palabras, a fumar, si quieren, cigarros de *regalia* i a quejarse, si es que se pican, a las autoridades que tienen que respetar como miembros del cuerpo social de que hacen parte.

Lo único, como veis, que podria deducirse de la queja diplomática en cuestion, es que un cónsul, cuando no le gusta oír lo que dicen en la calle, no debe tener ventanas a la calle, consejo que da Wattel (no el jurisconsulto sino aquel famoso culinario de este nombre) a todos los que quieran hacer buenas digestiones i saborear voluptuosamente sus platos.

Sin embargo, cónsules hai que tienen puertas i ventanas sobre la calle, i que escuchan sin picarse lo que gritan los transeúntes. Uno de estos era el famoso duque de Frias, que corria detras de las grisetas en Paris para desquitarse del murmullo que oia a cada instante contra Fernando VII, i de lo que se escribía a sus barbas por los enemigos de la España, llamándola a ésta *Berbería cristiana* sin el menor motivo.

Bueno pues sería que los cónsules, encargados de negocios i embajadores, aunque sean de *lattere* o a *lattere*, vayan recojiendo el vuelo a las que se les man inmundades diplomáticas, i que no vienen a ser en resumido análisis mas que majaderías anexas al oficio de no tener que hacer nada en sus negociados o en sus embajadas.

El embajador de Rusia oye diariamente liasta de las

mismas bailarinas, a quienes *tartáricamente* agasaja (no se crea que dándolelos créur tartaro), verdaderas injurias contra su soberano Nicelas, con motivo de la amnistía que ha concedido a los polacos insurrectos; i sin embargo nadie nos cuenta que vaya a quejarse al prefecto de Paris de que toda la ciudad aborrezca a su piadoso soberano i a los Ogros de sus ministros.

Si no parañ pues en su sistema de reclamaciones, ¿a dónde vamos a parar? ¿No será cosa mañana de formar un verdadero *casus belli* por solo el acto de gritar un muclacho en la calle viva Méjico?

Al pensar en esto, casi estamos en decir que los diplomáticos no vienen a conciliar los ánimos, a inspirar concordia, buena armonía, mútuo respeto, sino a armar camorra, persuadidos como estan de que nosotros no tenemos mas que dos buques de guerra descompuestos, i un derrotero tan infeliz que no permite a nuestros marinos ni caminar por las mas inofensivas i ménos cautelosas de nuestras costas.

Como las quejas i los disgustos están a la órden del día, hasta los empresarios del gas han recibido su reprimenda, porque la luz que hemos tenido estas noches no es tan brillante como la producida por la electricidad.

Sin duda los quejumbrosos por falta de luz han querido imitar a nuestros diputados en la queja de falta de luz en el mensaje, i si es así, han hecho bien por aquello de que cada uno es dueño de pedir lo que mas le gusta.

Sin embargo, dícese que la culpa no es de los empresarios sino de los *medidores*, así como no lo es tampoco del Presidente sino del *medidor* de la Cámara de Diputados, que de repente se cierra i lanza de súbito una corriente de gas capaz de romper la bomba del Estado.

Si esto no tiene concordancia, a lo ménos concordará con el tole-tole de la prensa, asustada porque el ministro Güemes no solo dió el *pase* a las bulas de *crusada* i *carne*, sino que habla de la necesidad de formar un concordato con la Santa Sede.

Sobre lo primero, lo único que puede decirse es que es muy cierto el adagio: *cria cuervos i te sacaran los ojos*, pues a nadie ménos que a la cámara i la prensa montista deben parecer mal que el Ministro de la Justicia se laya adelantado a indultarlos para comer carne sin pecado mortal. ¿De qué, pues, lo critican? ¿O querian esas almas empedernidas pasarse sin dispensa i cargar así, sobre todos los pecados que tienen, con los de no cumplir con los preceptos de la iglesia? Todo esto que vamos diciendo nos parece muy sensato, lo único, sí, que nos pesa es el adagio, pues ¿cómo puede estrañar su señoría que le saquen los ojos los cuervos que él no ha criado? Como se vé, no es tan fácil enredar refranes, i muchas cuando escribimos como Schiller, a quien pintan con los piés metidos en nieve siempre que escribía sus magníficos dramas. El que no crea esto, que venga ahora mismo i se persuadirá de que si no somos Schiller, no por eso dejamos de chillar de frio, como se supone que acontecería al famoso autor de *Los Bandidos*.

Mas, como esto no vale un níspero, sigamos diciendo algo sobre las acusaciones que a estas horas se acumulan contra el señor Güemes, i que, según se dice, amenazan arrebatarle la popularidad.

Si así fuera, aconsejaríamos al señor Ministro, no volviése a hablarnos de *concordatos* ni concordancias, cosas que, si las necesitamos como hijos de una república católica, apostólica i romana, no los habemos de menester, según la sintaxis de los demócratas.

A pesar de esto, cuando se profesan doctrinas como

las que profesamos, no es posible prescindir de darles todo el alcance que llevan en sí mismas, pues de lo contrario, obraríamos como si abjurásemos de ellas, convirtiéndonos, en tal caso, en exaltados regalistas i jansenistas desafiorados, cosas que no pueden i deben parecer muy bien al que sigue la doctrina romana.

El mismo doctor don Lorenzo Villanueva, a quien el Padre Alvarado llama pico de oro, flor i nata de todos los de su pelo, si mal no nos acordamos, dice hablando de las regalías de la Iglesia Española:

«Pero, sin embargo, las tales regalías no han servido muchas veces a la España sino de motivos de conflicto i apuro para con la santa sede: cosas que, además de ser dañosas a un pueblo como España, no hicieron sino interrumpir la marcha de los negocios.

Por lo que se vé ni los mismos regalistas están conformes en la utilidad absoluta de negar al santo Padre el derecho que la iglesia le da sobre los asuntos que la potestad civil reclama como de su competencia.

Además, i es una razon fuertísima que mal nos hace, ni puede hacernos, en que el papa entre en convenios con el gobierno de Chile para la provision de los obispos i solución de los demás asuntos en que su Santidad debe ser oída i atendida, siendo como somos de la comunión de la iglesia romana?

Cuando Hurtado de Mendoza defendía en el Concilio de Trento las regalías de la Iglesia Española, instruido secretamente por su soberano Felipe II, a quien no negarán los demócratas regalistas el espíritu ardiente en defender, en medio de su fanatismo religioso, a pico i garra los privilegios que la corona de Castilla había logrado conquistarse por la fuerza de sus afamados tercios; dice un escritor, i no muy ultramontano que digamos, que si hubiese tomado bien el peso el monarca Español a las consecuencias de sus pretensiones, tal vez habría prescindido de obtener lo que en sí no lleva o encierra el menor bien positivo.

Cuando se dice que el Pontífice romano no es soberano sino obispo de Roma mondo i lirondo, i que, por lo mismo no puede ni debe exigir que se guarden con él los miramientos que la misma constitucion política que nos rige hace necesarios, se dice, no hai duda, una cosa que suena bien a los oídos de los que quieren seguir el espíritu de los pueblos que abrazaron la reforma; pero de ninguna manera una cosa de sustancia, i que puede a uno, no decimos a un ministro, quitar totalmente los escrúpulos. Sobre todo, si en nuestra carta existiese la disposición del culto religioso libre i no se forzase, como muy claramente dice, a la intolerancia i exclusion de cualquiera otra religion; entonces, nos parece, estarian bien esas reflexiones que se hacen ahora, fundándose mas en el poder material del jefe de la iglesia que en el poder moral que se le confiesa. ¿Qué hará pues el ministro de Justicia en el caso? ¿Solicitará que se verifique el concordato, o se detendrá delante de la sintaxis liberal que dice—no podemos concordar con el Sumo Pontífice ni en número, ni en jénero ni en caso?

Pero si esto es paja picada para los que, como yo, no entienden jota ni de teología, ni de escrituras, ni de jurisprudencia canónica i disciplina de la iglesia, no lo será lo mismo, cuando les digamos que en la Cámara de Diputados ha habido un debate bien nutrido sobre el Seminario, sobre la libertad absoluta de enseñanza i sobre las oposiciones a las cátedras.

Pues si señor, los diputados han querido probar que no solo se debe coartar al establecimiento en cuestion la

libertad de enseñanza, si no que es mas provechoso todavía para el Estado negar la validez que los exámenes dados allí deben tener ante la Universidad para seguir cualquiera de las profesiones.

Los fundamentos para la esclavitud de la enseñanza no son otros que la mala educacion política que se da en el Seminario Conciliar de Santiago, donde se dice que se enseña a despreciar las verdades políticas que nuestro caton republicano manda observar escrupulosamente.

En eso siquiera habia alguna cosa que hablar, mas en lo que es invalidar los exámenes que en aquel establecimiento se den, es decir, hacer infructuosos los estudios que allí se hacen, ya la cosa cambia de aspecto i no parece sino un absurdo de mas que mediano calibre.

Sino es así, ¿qué quiere decir eso de que se excluyan los estudios que no tengan relacion con la carrera eclesiástica? ¿O se cree que es forzoso para penetrar en el Seminario, haber hecho el firme propósito de dedicar a los educandos a una carrera, en la cual no pueden los padres mandar ni disponer absolutamente, sino solo aconsejar i dirigir?

Sobre todo, si la instruccion secundaria i profesional debe tener esas trabillas, ¿por qué se moteja entonces a nuestros abuelos que exijan en el hijo, por el solo hecho de andar vestido de frailecito desde pequeño, siguiese, aunque no tuviese vocacion ninguna, la carrera de la iglesia?

Pero dejemos aqui quietos al proyecto sobre instruccion, a los seminaristas i a la Cámara de Diputados i a las presas enemigas del gabinete, i pasemos a otra cosa.

¿Qué decís de la guerra de los Estados-Unidos, de esa guerra que ha dado que gritar a los monarquistas que la república es imposible en la tierra? Por supuesto, ya os habreis fijado en que los monitores blindados de los federales no pudieron hacer nada contra el fuerte Sumpter que bloquearon con tanto arrojo; i ¿qué decís de estos tales monitores? ¿Se parecen, os pregunto, al monitor de las escuelas, que va a sacar del sepulcro el señor Larenas, ex-Intendente de Concepcion i de Aconcagua? Por lo que respecta a mí, le deseo que se blinde cuanto pueda para que logre, hacer que no sea como lo llaman ahora, el *mono atado de las escuelas*, sino una especie de órgano docente para todos los maestros de las escuelas de la república.

Pero ya se vé cómo habia el gobierno de dejar al señor Larenas ganar tres mil pesos de bóbilis bóbilis, i sin exigirle siquiera unos cuantos renglones que al parecer disimulen la inoportunidad del empleo que ocupa?

Pero tambien, si vamos a pedir todo lo que se nos ocurre, i a censurar todo lo que no nos gusta, nos convertiremos en unos verdaderos pediguños intolerables.

Con todo, bueno fuera ir descartando algunos empleos del eterno catálogo que dejó la administración pasada, para decir sin duda:—atras quedan las cargas.

Si no se nos escucha, satisfágase al menos a Concepcion i Chillan en el deseo que abrigan de tener un nuevo reglamento para sus billares.

Como sé que habeis de parar la oreja en este aparente despropósito, me permitiréis que os dé algunas esplicaciones sobre el asunto.

Pues señor, cuando visitamos la provincia que tenía a sus órdenes el hoy visitador de las Escuelas, observamos, i con pena, que en un billar, i de los mas acomodados de la provincia, se hallaba un reglamento de juego, que por lo inaudito de sus disposiciones, a cualquiera

hubiera parecido que aquella jurisprudencia billarera era obra del afamado Cambiasso.

Para que formeis ahora una idea, os diré algunos de los artículos de ese reglamento.

Art. 1.º Después de 30 tiros, ni un tiro mas, so pena de pagar tres pesos i medio.

Art. 2.º El que diere una pifia en el acto de tirar, pagará veinte i cinco pesos (advertíase que el billar valdría cuando mas seis reales.)

Art. 3.º El que le rompa la cabeza al billarero en el acto de tirar, pagará cincuenta centavos despues de haber tirado.

Art. 4.º Si hubiese una acalorada disputa entre los jugadores, se atenderán estos al buen sentido del billarero.

Art. 5.º Se suplica a los concurrentes, no se limpien las manos en las bolsas.

I así por este estilo i tenor eran otros cincuenta artículos, con sus respectivos considerandos, a cada cual mas extraordinario i estupendo.

Alarmado, por supuesto, de las prescripciones estas, pregunté al dueño del hotel, que era un tal Alegría, cuál era el modelo de aquella lejislacion de billares tan apretada; i me contestó que esas disposiciones eran hechas bajo el imperio del estado de sitio de la provincia, i que, como él tenía deseos de agrandar a las autoridades, habia querido seguir su espíritu en materia de criminalidad i enjuiciamientos.

Ahora bien ¿no sería natural que al saber que no hai *Monitor de las Escuelas*, ni inspector-jeneral de las mismas, el billarero aquel borrase el dicho reglamento, persuadiéndose de que los tiempos de hoy no son los mismos que los de ayer? Tambien esta medida sería eficaz para que el Tomé reformase su reglamento municipal, en el que se encuentran prohibidas las fotografías como si fuesen juegos de azar, i multados por consiguiente con una pena enorme e increíble.

Interrogado por nosotros el gobernador de aquella comarca, que, segun su mandatarío, ocupaba como cabecera del Departamento del Lontué, siete meridianos i medio, sobre esta tiranía daguerreotípica, contestónos que, como la provincia estaba con facultades omnimodas, él las tenia para impedir que las fotografías trajeran dentro del tubo algunos conspiradores encerrados, como sucedió con el caballo Troyano, los que podrian muy bien hacer que ardiese Troya.

Estas son las razones que me han movido a hablar en este asunto, i estas las que me obligan a parar este cuento para lanzarnos en otro mas fecundo i divertido.

Habéis de saber que en un libro que acabo de revisar, i que creo que está en prensa a estas horas, viene un capítulo muy largo e interesante sobre la higiene del matrimonio, en que el autor aconseja que el único medio que hai de desterrar las epidemias pulmonares i cerebrales es unirse al dulce cuanto ligero yugo de himeneo.

Como sabemos que el remedio es barato i no desagradable, recomendamos a nuestras lectoras vayan echando, antes que apricten mas los frios, el ojo a los galanes de su eleccion. Si, señor, cánsese todas las bonitas si quieren i les gusta seguir el precepto de San Pablo—mas vale casarse que no quemarse; pero cuidado con escojer empleados montistas, ni literatos, ni poetas, que es todo lo que hai de peor para la felicidad doméstica.

Byron casi metió a su carísima consorte en el fuego de su chimenea, porque no entendía el *Childe Harold*, Milton le dió, a pesar de estar ciego, un bofetón a su rosa con espinas, como él llamaba a su costilla: ahora pues, ¿qué no harán los que en vez de *Childe Harold* i *Paraiso*

perdido no tienen mas que proyectos de lei o deudas a zapateros i sastres?

En una estadística de casamiento hemos hallado que, calculando aproximativamente, cada cabeza paga de impuesto en Francia 20 pesos al año, 17 en Italia, 15 en Alemania i dos en España. Esto sin duda es la causa de que allí donde valen tanto las cabezas, el matrimonio sea un asunto arduo i de reflexion; mas entre nosotros, donde hai cabezas que no pagan nada por no tener ni el impulso del pensamiento, ¡por qué, digo yo, nos hemos aheros de echar atras en ese impuesto de la tontería, que nuestra religion nos manda para que lo pasemos mas comfortable i decentemente en este valle de lágrimas.

Como esto me huele a sermón, no podré ménos de recordar uno que predicó en Madrid el presbítero Belmar, el 20 de junio del año pasado, en la capilla de la real i venerable órden tercera de siervos de la Inmaculada Virjen María de los Dolores, con motivo de la fiesta del S. Sacramento. Por supuesto en este sermón se encaja a D.ª Berenguela, a la reina Isabel i a su hermano Pedro.

¡Qué bonito! qué tierno! Qué union tan propia entre doña Berenguela, san Luis i el hermano Pedro!

Pero dejemos de morder a un hombre, que por su carácter debe merecernos algun respeto; i para compensar esta, que puede parecer injusticia, recordaremos que si Chile tiene sacerdotes que en Europa dsacreditan el hábito que visten, encierra en su ciero los sujetos mas escojidos i respetables de América.

El pais que tiene a un Valdivieso como jefe de la Iglesia, i en el coro, i en la tribuna, i en la enseñanza tantos sujetos recomendables por sus virtudes, bien puede estar orgulloso de su nombre, i muy contento por haber perdido en Belmar un sacerdote que no solo no ha representado el papel que debía, atendido el traje que inviste, sino hecho todo el mal que pudo a los chilenos que visitaban la Europa, i a quienes debió haber siquiera favorecido con sus buenas relaciones en aquellas córtes.

Esperamos con pena el fallo del jurado que debe decidir sobre la inocencia o culpabilidad de don Benjamin Vicuña Mackenna; i decimos así, porque nos duele que dos jóvenes destinados a ser amigos por la mancomunidad de ideas políticas de otros dias, tengan hoy que echarse a la cara denuestos e injurias que solo sirven para escandalizar la sociedad sin el menor provecho.

Pero la tarea del historiador i del poeta cuesta caro aqui i en todas partes.

Victor Hugo llevó una estocada del coronel Pepe, porque dijo que la Italia era un monton de cenizas, i los italianos indignos de mejor destino.

Lamartine tambien se dice que llevó otra tajada como aquella, por decir en su entusiasmo cosas semejantes, i Dumas ha recibido mas cartas de duelo que convites a comer. ¿Qué es esto pues que prohibe decir i oír lo que no nos gusta? Que hai cosas para las cuales no se tiene derecho, aunque sean mas ciertas que un axioma matemático, por estar escudadas con el velo de la honra que no se puede descorrer impunemente.

Por fin, lectores, me despido de vosotros, i por ser domingo, pidiéndoois oigais misa i rogeis en ella por las cámaras, por Belmar, por el gas, por la reina doña Berenguela, por Pinzon i por todos los olvidados i no perdonados del gobierno pasado; teniendo cuidado de pedir tambien por que se suscriban todos a nuestro periódico, para que nadie pueda leer de valde, que es a lo que yo me opongo i opondré siempre mientras sea redactor i revisor de este periódico.

JUAN DE LAS VIÑAS.

GALERIA DEL CONDOR



¡Lo que puede el interes! Todos quieren cambiar un cóndor por una peseta.....

GALERIA DEL CONDOR



El Progreso en el Siglo XIX

GALERIA DEL CONDOR



Las cuatro estaciones del año

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Junio 28 de 1863.

Num. 3.

Ruptura de las hostilidades.

La desagradable sensacion producida en el ánimo de todos los hombres sensatos por el editorial que registra el *Mercurio* del 19, i que ha bautizado, no sabemos cómo ni por qué, con este título, muévenos a entrar en discusion con él; persuadidos de que, si lo gramos darle una cumplida respuesta, habrémos contestado a todo lo que hasta aquí se ha dicho contra el gobierno por la prensa enemiga.

El círculo vicioso en que jiran desde algun tiempo los órganos del pensamiento, ha establecido tal anarquía en las opiniones escritas, que casi no es posible seguir el hilo de sus ataques, ni ménos darse cuenta de lo que quieren conseguir con tal conducta.

Sin embargo, tomaremos el editorial del decano de la prensa i analizaremos sus opiniones, sus principios, sus ataques i, en último resultado, las consecuencias que saca de estos antecedentes, para ver si en el laberinto de tantas ideas contradictorias se divisa alguna luz que aclare lo enmarañado de la situacion presente.

Desde luego comienza el *Mercurio* lamentando que el armisticio de los partidos políticos haya concluido, los que, segun parece, hasta la contestacion del Mensaje por el Congreso, habian estado en la mas profunda modorra o el mas absoluto silencio.

Como no queremos dejar pasar sin respuesta nada de lo que averse desde su tripode, ha de permitirnos que le interrogemos desde este introito.

¿Qué es lo que entiende, no nos lo diria, por ese armisticio de los partidos, roto repentinamente, segun sus mismas palabras, hasta el caso de apellidarlo *ruptura de las hostilidades*?

Si por armisticio se entiende la tolerancia inaudita del gabinete a las cotidianas acusaciones que la prensa del decenio, de acuerdo aparentemente con él i el órgano del partido liberal exaltado de Santiago, no han cesado de hacerle, llámese enhora buena con este nombre el jeneroso silencio del gobierno; mas, como no es posible que a los ojos de nadie, que no esté inspirado como el *Mercurio*, la actitud que han asumido los partidos pueda aparecer como tranquila e inofensiva, estrañamos el candor de nuestro cólega, i lamentamos mui de veras el modo que tiene de apreciar los sucesos que se producen en el teatro de la política.

Si vamos fuera de camino, ¿cómo se esplica ese rencor constante de la prensa enemiga, ese prurito de atacar al ministerio, venga o no venga a pelo, haya o

no haya la menor oportunidad para una imputacion cualquiera?

¿I es esto lo que se llama armisticio, se preguntan todos? ¿I es esto paz, prudencia, conciliacion, como se dice con tanto aplomo?

La misma marcha del *Mercurio* es un comprobante de que no solo no ha existido tal armisticio de parte de los bandos políticos que desean apoderarse del timon del Estado sino, por el contrario, de que jamás se ha trabajado con tanto ahinco por la prensa para desvirtuar la opinion, inclinada favorablemente del lado de nuestros gobernantes.

Finjiendo la prensa del decenio hasta las ideas liberales mas exaltadas, que siempre, hasta la subida del señor Perez al poder, ha repudiado i reprobado en sus contrarios, háse la visto i vése la diariamente, en medio de la vana declamacion de quejas con que sazona sus imputaciones, proclamar pérfidamente principios que, cayendo como una bomba incendiaria en medio de los bandos enemigos, han conseguido al fin, como lo deseaba, animar el fuego que ya ha principiado a destallar entre ellos.

La prensa ultra-liberal, en la cual ocupa el *Mercurio* la primera línea, separada del sentir comun por las arterias de la que ya hemos nombrado, i azuzada tambien por el móvil de querer imprimir a los negocios la marcha acelerada que le conviene, no ha cesado tampoco de lanzar brulotes a mansalvo; prometiéndose, sin duda, que su tarea será al cabo recompensada con la aprobacion de los que juzgan que el mejor medio de destruir la armonía en el gobierno es establecer la anarquía en las veleidosas opiniones del pueblo.

Pero el pais que esto ha visto, i que conoce que con desatentados artículos de periódico no se reforman las leyes, ni se estirpan los abusos, ni se derrumban las instituciones que tienen la sancion del tiempo, ni ménos se echan por tierra los hombres que la situacion reclama como necesarios; ha mirado i mira solo la ebullicion de ideas presente, como aquellos fuegos fatuos que no bien iluminan el cielo se estinguen completamente en el espacio.

¿I cómo no habia de considerarla así?

¿O podia prometerse el país una época de progreso i bonanza, tales como se exigen por los antojadizos descontentos de la prensa, teniendo el gobierno que luchar a brazo partido con el bando que dispuso durante diez años, como le dió la gana, de los negocios públicos?

Sobre todo ¿a quién pudo ocultársele que el Pre-

sidente Perez, si queria separarse de los hombres que lo ayudaron a subir a la silla, debería tener forzosamente enemigos, i muchos de ellos irreconciliables?

Si hubiera seguido la política de su antecesor, como lo creyeron los parciales de éste, ¿no los habría hallado, i terribles en el partido Conservador, en el liberal i, sobre todo, en el que se complace hoy en que se le titule rojo por lo exaltado de sus principios i lo violento de sus pretensiones?

Si, por el contrario, como ha sucedido por fortuna para el país, tomaba la senda de plegarse a la voluntad nacional, siguiendo la opinion de la jente que piensa ¿no debería así mismo ser contrarrestado por aquellos que, juzgándose burlados en sus espectativas, era natural que se declarasen sus enemigos?

Luego, si de todas maneras el presidente Perez debía tener fatalmente bandos contrarios con que luchar, enemigos mas o ménos violentos que vencer ¿por qué se atribuye el clamoreo de éstos a la marcha política que sigue i, sobre todo, al ministerio de julio que la dirige?

Claro está pues que la situación, que tanto lamenta el *Mercurio*, no es obra del señor Perez ni de sus ministros, sino el resultado necesario, imprescindible de los hechos ya consumados.

Sin embargo, atribúyese la fermentación que va produciendo en los partidos la proximidad del cambio en el personal del poder lejislativo, a la apatía gubernativa, a la inercia que parece manifestar, cerrando sus ojos para no comprender lo que se le pide; i, prevalidos de este aparente pretexto, vuelven diariamente a la carga los enemigos de la administración, haciendo de sus inculpaciones, como ya lo hemos dicho, un eterno círculo vicioso, en que, a mas de la confusión que se produce en los pareceres i las ideas, se ostenta, i mui claro, el propósito de hacer venir abajo todo el personal del gabinete.

Cualquiera que haya seguido la marcha del ministerio que se trata de destruir, no podrá ménos de ver que la conducta observada por él no solamente ha sido aconsejada por el buen sentido como la mejor que debía ponerse en planta, sino como la única que podía seguirse, atendida la enfadosa situación en que se halla.

Sino es así ¿por qué no se dejan las abstracciones i se descende a señalar al gabinete la marcha que debe seguir para lo sucesivo? Si va errado ¿por qué no se le señala el camino?

Pero nó, en nada de esto se piensa, a nada de esto se atiende, pues lo que importa es que el ministerio deje el puesto, como sucedió al señor Lastarria, a impulsos del fastidio que produce en cualquiera que se vé atacado sin motivo, la tenacidad de un enemigo a quien no ha podido vencer ni la caballeresca conducta de un adversario jeneroso.

Si la conciliación, es decir esa marcha prudente que no permite aceptar como exclusivos ciertos principios, i que no se traduce, sobre todo, en aquellos actos atropellados que indican la resolución de hacerse prosélitos a espensas del esterminio de los contrarios, es, por lo que se vé, el punto culminante del

ataque ¿quién hubiera sido el valiente, preguntamos i preguntaremos hasta mañana, que se habría atrevido a perseguir, que es lo que se pretende por los liberales exaltados, digámoslo de una vez, a todos los principales corifeos del partido Montt-Varas? Al decir esto, no pensamos enaltecerlo como el *Mercurio* suponíendole esa fuerza incontrastable: no, lo que queremos decir, es que no habría habido una persona medianamente racional que hubiese querido, por el placer de abatir al enemigo, sacrificar los principios de justicia, ni ménos colocar a la República en esa via de violencias i sangre, como la que acabamos de pasar para vergüenza de sus autores i escarmiento inolvidable del pueblo.

Gobernar bien no es destruir, no es oprimir, no es anular para siempre elementos que dirijidos oportunamente serian agentes preciosos de ventura nacional: nada de eso, gobernar es hacer vivir todos los jérmenes del bien que se hallan dispersos en todos los partidos, en todas las escalas, en todas las filas del pueblo. De lo contrario, estarémos siempre reducidos a ese constante combate de parcialidades enemigas, que llevadas unas a la cúspide del poder i otras a la sima de la caída, no permiten jamas constituir lo que se llaman elementos públicos precisos i benéficos, ni ménos dejar a los gobernantes la libertad de aplicar a los asociados un sistema de gobierno adecuado i justo.

Por otra parte, ¿habría mirado el país con gusto la persecución de todos aquellos que no tenían otra culpa que guardar lealtad a los principios, o a los hombres que los protejieron o sacaron de la oscuridad, como sucede siempre en las repúblicas, en que es fuerza rodearse de partidarios resueltos para resistir al embate de tantas ambiciones heridas i rabiosas?

Si no es esto lo que quieren los que toman a la libertad por licencia, los que creen que no hai otro bien para el pueblo que hacerlo correr de estravío en estravío, los que opinan porque todo debe reformarse a tontas i a locas, ¿qué es lo que piensan, qué es lo que pretenden, cuando llaman conciliación, apatía e inercia el proceder del actual gobierno?

¿O debieran los miembros del gabinete, oprimidos como se ven, por la rémora pesada de un Congreso cada día mas hostil, haber llamado a todos los demagogos, para que cada uno de ellos le espusiese su programa, i una vez entendido ese laberinto de encontradas aspiraciones, de opuestas ideas, de principios diametralmente contradictorios, lanzarse impávidos a la planteación de todos sus proyectos, i sin cuidarse, por supuesto, de ninguno de los peligros que tendria que correr la República, i en los cuales de seguro no podria ménos que sucumbir irremediablemente?

Las memorias de los Ministros que hasta aquí han visto la luz son una prueba de esto. Si uno dice que la instrucción popular no sigue el aumento progresivo que es conveniente al estado de prosperidad que ha alcanzado el país, i al mismo tiempo espone los motivos de no poder remediar el mal, estableciendo mayor número de escuelas, protejiendo o creando nuevos focos de saber para las masas, al momento se grita:— ese Ministro no es hombre de Estado, ese Ministro no

sabe crear recursos de la nada, ese Ministro debe dejar el puesto.

Si dice que es preciso cumplir con las prescripciones que la carta le manda respetar en lo que toca a las transacciones del poder civil con el eclesiástico, para qué dijo mas? lloverán las consideraciones sobre el regalismo, i lloverán todos esos principios que, pugnando abiertamente con el espíritu religioso no solo del gobierno sino del país entero, se quieren hacer pasar como dogmas inconcusos de saber político.

Si dice que las cárceles se hallan en mal estado, i que para atender a su reforma o mejoramiento en la escala que desca, es fuerza tener a la mano los capitales necesarios, i de que ahora no puede disponer por la razon de no haberlos, aquí es lo bueno, aquí sí que se desatarán en todo ese torrente de declamaciones contra la poca cabeza del Ministro, contra su corto injenio; i se concluirá, por supuesto, con pedirle que renuncie el cargo que no sabe llenar, haciendo brotar dinero de unas arcas exhaustas, i creando, en fin, elementos que solo puede darlos el tiempo ayudado de la fortuna.

Si pinta que la criminalidad sigue en progresion jeométrica en los establecimientos de correccion, para qué quiere mas? aquí ya tiene que pagar i bien caro la bisonada de decir lo que piensa, de hablar con franqueza al Congreso; i, por decontado, se añadirá la moraleja de que suelte la cartera, i no para que otro la ocupe (que eso no es lo que importa) sino solamente para que la deje i se retire a su casa, llorando su incapacidad o su impotencia.

Si habla pues, como siente, si espone el estado en que se halla el erario, en que se encuentran los diversos ramos de la administracion, malo, mui malo, no debe hablar, porque para decir que no se puede emprender lo que se desea, es mejor no decir nada sobre el asunto.

Si, por contraposicion a las palabras, vienen las obras, como sucedió con los proyectos presentados a las Cámaras por el pasado ministro de Hacienda, la cosa cambia de aspecto, i se dice i se grita que para hacer cosas tan malas, tan desacordadas, mas vale contentarse con estar solo gozando del sueldo sin calentarse la cabeza.

Ahora pues, ¿qué es lo que se llama política de prescindencia, de conciliacion, de letargo, de muerte? I sobre todo, si esta conducta gubernativa es tal cual se la señala ¿cómo es que puede producir, como lo asegura el *Mercurio*, la ruptura de las hostilidades? ¿O no hacer nada en contra del enemigo, perdonarlo, olvidarlo jenerosamente, es la manera mas segura de despertar sus rencores, i hacerle obrar con la cólera que solo producen los reiterados agravios i constantes sufrimientos? La guerra pues, que se atribuye como efecto de la política del gabinete, sépalo de una vez el diario de Valparaiso, no es de ahora sino de ayer: no es de hoy solo, sino de mañana i de todos los días, mientras no se deje el puesto que se codicia, mientras los ministros actuales no se vayan a su casa, para que los reemplacen otros que hagan mañana lo mismo que ellos; abriendo así el camino de par en par a las

esperanzas de todos los bandos, a la ambicion de todos los que creen que la república, para ser consecuente con su título, no debe tener nada vedado para quien lo codicia.

Despues de haber dicho nuestro cólega que la conciliacion es la que ha producido los males que vamos apuntando, llega a lo que jamas habriamos creído, a asegurar que el congreso montt-varista es el verdadero representante de la opinion, el encargado de formular al Ejecutivo, en nombre de la mayoría de la nacion, ese hacinamiento de acusaciones que la prensa le dirige todos los días.

¡Admirable candel! ¿Con qué las Cámaras son la jenuina expresion de los deseos del pueblo, el conjunto personificado de todos sus intereses, el eco, en una palabra, de todo Chile? Si esto es así ¿por qué entonces el *Mercurio* i sus afiliados nos decian ayer hasta el cansancio, que ese Congreso era solo la expresion de la fuerza sobre el derecho, la obra del despotismo sobre la libertad del ciudadano? ¿Con qué ahora salimos con eso? con qué ahora cantamos la palinodia con esa confesion que echó por tierra todo el pasado del partido ultra-liberal, i pone en duda, lo que es mas sensible para él, hasta la pureza de sus principios i el móvil de sus aspiraciones?

Nosotros que no juzgamos como el *Mercurio*, ni podríamos, sin traicionar horriblemente nuestras convicciones, soltar palabras como esas, tan compromitentes de la sanidad de la causa que se defiende, pensamos, i lo decimos mui alto, que si tal cosa fuese cierta, el gobierno de Montt no habria paseado los estandartes de la república sangrientos i avergonzados hasta por los estériles yermos del estrecho.

No, si tal fuera, la prosperidad de la república i el buen sentido de sus hijos no se habrian puesto a prueba, ni ménos se habria visto vacilar en sus robustos asientos al mandatario de una nacion feliz por el empuje de un ejército de ciudadanos hechos héroes a fuerza de indignacion i de ultrajes.

Si las Cámaras pues, son la opinion pública, son Chile, en una palabra, como lo asienta el *Mercurio*, ¿cómo se consideran entonces los Loros, Cerro-Grande i los demas combates dados por el ciudadano contra el esbirro, sostenidos por la justicia contra la violencia; i en que tres o cuatro mil mártires sellaron con su sangre la protesta que hizo el pueblo entero contra la dominacion de un hombre a quien el oro i las bayonetas habian comprado para su verdugo?

No, el cólega no dice lo que siente, el *Mercurio* no puede decir seriamente lo que desmentiria todo lo que hasta aquí ha dicho, lo que haria perder del todo el servicio que en ocasiones ha prestado hablando la verdad i combatiendo malos principios.

En seguida de asegurarnos lo que habeis oido, asevera con el mismo imperturbable aplomo, que la prensa, el Congreso i el país se hallan unidos en el mismo sentimiento, i que por lo tanto la voz de la prensa i la voz de las Cámaras, a quienes ya se ha honrado con decir que son el eco de la opinion, van a combatir al gabinete hasta el caso de hacer comprender al Presidente Perez que debe separar de su lado a sus secretarios.

Si por desgracia el jefe del gobierno pudiese engañarse hasta el grado de creer en esta absurda suposición, desde luego nos persuadiríamos todos que lo que ahora juzgamos o una impostura o una inocencia, no era mas que la verdad pura i neta, i digna por lo mismo de todo respeto.

Mas, no es posible que el señor Perez que ve, que vive entre el comercio de los hombres de todos los partidos, deje de conocer mejor que nosotros, que el país le pertenece, diga lo que quiera tambien la prensa monttista. Si, estamos seguros de ello i tambien de que no apará de su resolucíon, infringiendo el sistema de política que se ha propuesto. Obrar de otra manera seria no seguir a la opinion, sino burlarla: no segar ante las pretensiones de los buenos sino dejarse arrollar por lo que se considera fuerza, i no es, en realidad, mas que los ecos destemplados del enojo individual o, cuando mas, la grito indiscreta de un puñado de hombres; a quienes se niega llevar unatea incendiaria en vez de una antorcha que ilumine, a quienes se prohíbe volver a traer a los negocios públicos no conciliación i buen sentido, como ha sucedido en diez años, sino despotismo i rencores, betunados artificiosamente hoy con los nombres tan sonoros i simpáticos de progreso i reformas.

Si tal tarea produjese los frutos que se desea ¿habria gobierno posible? ¿Habria un ministro que durase en la silla mas de lo que duran en formarse los odios, nacidos los mas de ellos de un rostro severo o de la falta de una sonrisa complaciente en el hombre público?

Por lo que decimos i sabe todo el mundo hoy, puede pues sentarse, i sin temor de ser descuido como el *Mercurio*—que el partido montt-varas no va a atacar a la administracion presente apoyado en el país, cuya animadversion le es notoria, sino sostenido por sus antiguas arterias, por sus malhadadas aspiraciones, i, si se quiere para honra de los ultra-liberales, apoyado tambien en la prensa misma que lo ha atacado durante diez años sin descanso, i que ahora le confiesa sin querer una legalidad i una fuerza de accion que sin duda hacen mui irrisorios i tristes sus pasados sacrificios i sufrimientos.

Tan cierto es esto, que no habrá un solo hombre independiente i sensato que no haga diferencia, i mui marcada, entre lo que quiere el partido montt-varas i lo que quiere el país; entre lo que desea la prensa enemiga i la opinion del pueblo: sí, todos la hacemos, con la circunstancia de que, si llegan a presentarse estas entidades a nuestra consideracion, no será sino para deplorar el jiro que ha tomado la prensa liberal en la enunciacíon de sus principios.

¿Por qué pues, confiar al enojo el cuidado de hacer prevalecer una teoria? ¿Por qué librar en manos de la rabia las pretensiones de un cambio favorable en los negocios? I sobre todo ¿por qué atacar al hombre sistemáticamente, i sin motivo, desacreditando a un tiempo la propia dignidad del partido que se defiende, i por cuyo predominio se trabaja?

Pero el *Mercurio* va a decirnos claro la razon de sus ataques, a ponernos de manifiesto la causa de sus quejas, a esponernos lo que quiere, a contarnos lo que aconseja: oigámosle.

«Pero a su lado está el otro elemento de la situacion. El gabinete de Julio llamado para fortalecer a la administracion con mayor popularidad i con mayor confianza pública, con mas luz i mas patriotismo, no ha hecho sino comprometerle i echarle encima el descontento i hasta el rubor de los pueblos.

«Tiempo es de preguntar alto i mui alto ¿En dónde, cuándo, en qué ha representado u oído siquiera al país este ministerio que preside i aletarga con su influencia el señor don Manuel A. Tocornal? Afrentas i pusilaminidad son sus huellas en la política interior, apatía absoluta, resistencia tenaz a los deseos populares en las cuestiones de intendencias, ferrocarriles etc., han sido los de la política interior.»

«Dió cuarenta mil pesos a la compañía de vapores de la línea del sur, i no tiene fusiles con que armar a los pueblos ni recursos con que fundar escuelas para 300.000 hijos de chilenos. Tapó el déficit con el desequilibrio que hoy nos amenaza con recursos extraordinarios, despues de haber invertido en pocos meses un empréstito de cerca de un millon de pesos. ¿Cuándo ha sentido, cuándo ha pensado, cuándo se ha indignado o regocijado siquiera con el país este ministerio que elevó al poder la credulidad jenerosa de la opinion? «No recordamos hechos recientes porque tememos que caiga sobre el país la afrenta de los que en ellos participaron.»

¿Lo habeis oído? I ¿podria, preguntamos, llevarse mas allá la injusticia, estralimitarse mas la raya que el buen sentido señala hasta al odio mas encarnizado?

¿En qué ha estado por Dios! esa apatía, esa inercia, esa afrenta, esa vergüenza que con tan negros colores se dibuja por el *Mercurio*?

¿O es apatía, vergüenza i afrenta, no echar abajo inmediatamente uno o dos intendentes que quedaron del otro bando, i cuya conducta puede mui bien no ser meritoria de este castigo?

¿O es apatía, vergüenza i afrenta no repartir fusiles, para que todos corramos a los armas en defensa de Méjico, a quien el gobierno no podria defender absolutamente, aunque quisiera, por no tener ni lo mui necesario para costear los gastos del servicio público?

¿O es apatía, vergüenza i afrenta, no haber dicho al Congreso, que es a quien compete declarar la guerra, quiero armar a la república para defender lo que no puede defender con el valor de sus hijos, con el oro de sus arcas; porque sus hijos no deben verter la sangre i el oro que les queda, en defender ajenos agravios, sino guardarlos para fecundar i hacer respetable el suelo que pisan?

¿O es afrenta, apatía, vergüenza etc., gastar en proteger los vapores que deben hacer nuestras transacciones mercantiles mas rápidas, nuestro comercio moral i material mas estrecho, i negar las mismas sumas para comprar el dictado de locos, que seguramente nos daría cualquiera otra actitud en los negocios estranjeros?

¿O es apatía, afrenta, vergüenza, proceder con la lei en la mano, ensordecir a los gritos de la rabia, i hacer pública confesion de seguir en todo la justicia

para el bien de los asociados i la honra de los que gobiernan?

Pero no prosigamos mas: el aliento i la paciencia faltan cuando se trata de contestar contrasentidos, cuando se trabaja por probar a los mismos que estan penetrados de su injusticia: a los mismos que tienen la conciencia de haber obrado solo por hacer triunfar sus ideas, o las que creen que se les impone por la relijiosa tiranía de los partidos.

En conclusion, i conociendo lo que es la opinion, lo que ella pide, i lo que espera, pedirémos al señor Perez, que en vez de desanimarse por la alarma producida por la prensa enemiga, se robustezca mas i mas en su sistema, probando asi al pais que la inaccion i la lenidad que se le moteja, léjos de ser la vacilacion de quien no sabe que camino seguir, es el propósito firme de imprimir a los negocios una marcha atinada i firme.

Sobre todo, el señor Tocornal, a quien rodean por su talento, su posicion i sus ideas jamas desmentidas, un concepto i una consideracion verdaderamente envidiables, debe tener presente que la indignacion i el desden de los pocos no equivale ni medio compensa la unanimidad de los votos de los buenos.

La prueba a que está sujeto es grave: súfrala pues, en obsequio del pais, conforte a sus compañeros de trabajo en la brega tenaz i ruda que han de tener todavía que sostener en el combate de las exigencias con el buen sentido; i firme, así él como sus cólegas, con la aprobacion del Jefe Supremo i la cordial benevolencia del pueblo entero, esfuérzese en lograr la planteacion de un sistema de política vigoroso, en que la lei, el derecho i la conveniencia pública queden asegurados i libres; para que la nave del Estado pueda caminar llevando en su gallardete el pabellon nacional como enseña de civilizacion i fraternidad, i no la bandera negra de muerte que se quiere hacer izar por fuerza, cuando la gloria i el bien de la patria no necesitan entrar en esa via.

La vieja Inglaterra, el pais clásico de la libertad, i a que la Europa toda respeta por sus hábitos inveterados de libertad i de orden, en el espacio de 15 años ha visto un solo hombre al frente de los negocios; pero nadie se ha atrevido a decir que en la civilizada hija de los mares ni los hombres faltan para los empleos, ni éstos se dan al capricho o a la injusticia.

No, Lord Palmerston i Lord John Russell no son los únicos hijos de la Gran Bretaña que merecen dominar el gran cetro político que tienen bajo su mano. Sin embargo, ellos mandan, ellos rompen las oposiciones que se atraviesan en su camino: ellos destruyen las facciones que traban su marcha; i la Inglaterra ve cada dia aumentar su prosperidad, su progreso i la seguridad de sus instituciones, robustecida mas por el buen sentido del pueblo que por la grandeza del jenio de sus gobernantes.

En esta virtud, guárdese el gabinete de dejarse arrastrar por la pendiente resbaladiza a donde quieren precipitarlo: no, nada de eso, prosiga su camino como hasta aquí, apriete sus filas, concentre todo su vigor pensamiento en la confianza mútua: aliente con el

aliento de los buenos patriotas; i firme con su conciencia, i fuerte con la del pais i con la sancion del Jefe Supremo, responda solo con magnanimidad i hechos dignos de Chile a las injustas provocaciones de sus adversarios.

Haciéndolo así, no solo se salvan los principios, no solo se asegura el porvenir, sino que se consigue dejar para siempre el recuerdo de haber merecido bien de la patria.

Contestacion del Congreso. — Discusion de la Cámara de Senadores.

Por fin, las Cámaras han dado cada una por su cuenta la contestacion que tanto se descaba, i de la cual pendian, segun el *Mercurio* i sus afiliados, la ruptura o el choque entre el Ejecutivo i el poder lejislador de la República.

No obstante, nada hemos logrado ver en esas dos piezas, originales por su forma i mas por su sentido, que pueda hacernos comprender de un modo claro i neto qué es lo que desea el Congreso, ni ménos cuál haya sido el objeto de la tan ansiada contestacion.

Desde luego, i antes de examinar los proyectos de respuesta, dirémos que no ha podido ménos que chocarnos sobremanera la ocurrencia que han tenido las Cámaras de contestar por separado el mensaje del Presidente de la República.

Efectivamente, ¿puede haber nada mas absurdo, mas estravagante que dividir el Congreso sus aspiraciones, sus votos, sus inculpaciones, haciendo que cada fraccion de las dos que lo componen, esponga por separado o la aprobacion o la censura de los actos del gobierno? Cuando se dice que el Congreso debe contestar, no se sienta el disparate de que cada Cámara conteste por sí sola i bajo su cuenta i riesgo; porque en tal caso no sería el Congreso quien respondiese, siendo éste una entidad, aunque divisible en su forma, indivisible en su espíritu i en su esencia, sino una de las dos ramas de la lejislatura o las dos, si se quiere; pero sin formar un solo cuerpo, que es lo que se necesita para que se apelliden i se respeten sus leyes como emanaciones de una autoridad suprema e indivisible.

Por otra parte, ¿cómo debería el Ejecutivo entender a las Cámaras en sus consejos, en su sancion o en su censura, si ellas, como podria haber sucedido, le hubiesen dado diferentes pareceres, contradictorias amonestaciones i distintas censuras? ¿Habria podido el Presidente complacer, por ejemplo, a la Cámara de Diputados, si ésta le pedia una actitud hostil en los asuntos de Méjico, i al mismo tiempo rechazar los consejos de la de Senadores, que a su vez podria muy bien aconsejarle una conducta enteramente opuesta?

Tan absurda, pues, es la forma de la contestacion como ridiculo el motivo que dió lugar a ella. Sin embargo, todos esperaban que el Congreso asumiendo en este caso una espression digna i respetable, hubiese levantado la voz, siquiera alguna vez, con franqueza, para demostrar no solo al gobierno el motivo o motivos de

su hostilidad, sino para hacer patente al país, que tanta luz esperaba de este conflicto, las causas de su es-traordinaria conducta.

Cuando se vió que se quería responder al Ejecutivo, i que los que mas deseaban alzar el eco eran los corifeos mas apasionados i decididos del partido montt-varas, creyóse, i con justicia, que se trataba solo de buscar una ocasion de poder decir al Presidente la causa del embozado enojo u hostilidad que desde tanto tiempo anima al poder Lejislativo contra el gobierno del señor Perez. Aunque censuraban, i mui ágríamente todos, el móvil mezquino que los animaba en este asunto, prometíanse apesar de esto, la ventaja de poner fin con la franqueza a ese sistema de reticencias hipócritas, de solapada disimulacion que se ha usado hasta aquí, por no tener el valor de contrarrestar cara a cara las miras i los propósitos del gobierno.

Sabiase asimismo, que, como se urdian los medios propios para colocarlo en la situacion aflictiva de un choque violento con el Congreso, el partido montt-varas, cansado ya de estar acumulando quejas i apañando ódios, cada dia mas fuertes i tenaces, iba a romper de una vez su rabiá comprimida, manifestando a la nacion con el arranque de un esfuerzo supremo, que si habia perdido el timon de los negocios públicos, no por eso habia abdicado ni queria abdicar una sola de sus expectativas.

Esperábamos, pues, colera, rencor, injusticia, lanzadas por la boca de los enemigos del gobierno, pero aguardábase a un tiempo luz, verdad en el odio, audacia en la intriga, atrevimiento en la actitud: cosas todas ellas que habrian servido al país para apreciar en su justo valor el empuje de sus enemigos, i mas que eso, el esfuerzo i los sacrificios que tiene que hacer la administracion para inhabilitar o destruir a los que tan desatentadamente quieren estorbarlo en su marcha.

¿I qué ha resultado al cabo de esta tempestad cuyos ruidos dejábanse sentir tan amenazadores? ¿En qué ha parado ese coraje de la ambicion aunque postrada siempre hirviendo en deseos de dominio i venganza? ¿En qué ha quedado esa tragedia, que parecia aterrorizar con su desenlace a los que desean la paz, la conciliacion, i creen que no hai bien posible miéntras nos destrozemos mutuamente por miserias hijas de la ausencia absoluta de patriotismo? ¿En qué? en una verdadera farsa, en un risible sainete, en que la ineptitud i la hipocresía, unidas en lazo mui estrecho, i usurpando el lenguaje i la actitud del decoro i la prudencia, no han podido ménos que ostentar en toda su claridad lo infundado de sus quejas, lo pueril de sus recriminaciones, i lo que es mas todavía, la impotencia en que se hallan de poder dar cima a sus nefandas maquinaciones.

¿Para qué pues querian usar de la palabra, si la rastrería habia de conocerse hasta en el lenguaje? ¿Para qué contestar, si no tenían el valor de hablar alto, claro, de hacer resonar las bóvedas de ese que llama templo de la lei, sin duda por ironía, con el acento robusto del enojo, con el tono severo de la verdad o con el huracan desencadenado de las pasiones?

Pero nada de eso, el senado por boca de los señores Ovalle i Balmaceda, o mas bien por la boca del primero, no han hecho sino formar una paráfrasis monótona, desteñida, insustancial del Mensaje del Presidente.

Por supuesto, era decajon tributario al Hacedor Supremo un millon de gracias por la jenerosa proteccion que dispensa a la república, que tiene todavía la desdicha de tener por representantes a los que solo representan su miseria, i son el mas elocuente testimonio de que hasta aquí no ha podido usar de sus derechos mas preciosos.

Por supuesto, era necesario acompañar al Presidente en el voto de agradecimiento al Altísimo por la inmerecida fortuna de poder espresar todavía ese congreso a nombre del país, cuyas tendencias contraria, cuyo espíritu maléa, cuyo decoro empañia, las consideraciones meticulosas, los vulgares consejos, que un odio mal encubierto presta como el último recurso de la intriga, i como el esfuerzo supremo de una ambicion que sepostra i capitula.

Para que los votos de gratitud tengan un motivo plausible, nos hablará el senado, despues de ponerse de hinojos ante la Providencia que nos ha concedido los ya dichos beneficios, de la feliz resolucion que ha alcanzado el gobierno en el asunto de Withead. Sin embargo, la prensa del partido a que pertenece éste no ha tenido durante dos meses mas estríbillo que la conducta pusilánime del Ministro del Interior en las relaciones con el ministro de la Gran-Bretaña.—Ahora pues ¿cómo se alaba la conducta que antes se censuraba? ¿Cómo se cambia de repente la pusilanimidad i la falta de decoro en prudencia i entino administrativo? Pero nó, el senado aunque celebra el proceder del gobierno le encarga que se esfuerce en conservar a nuestras relaciones exteriores la elevacion i el decoro en que se han mantenido. ¿I para qué es esta advertencia, preguntamos nosotros, si está tan complacido de la dignidad i tacto empleado en el asunto por el ministro? Pero ya se vé, nunca está demas el hacer estos encargos a una administracion que no se quiere, a un ministro que se aborrece tal vez, i a los ojos de un país a quien todavía se pretende burlar, a pesar de los diez años que ha tenido para convencerse.

Sobre los asuntos de Méjico, que, segun la gramática senatorial, *trabajan* a esta desgraciada república, el corazon del senado ¿cómo no podia manifestarse magnánimo hasta el grado de desear que el Presidente hiciese lo que él no haria si estuviese en su lugar, i lo que indudablemente ocasionaría su ruina, si interpretaba el consejo por el espíritu que en el se guarda tan embozado?

En lo que es el tratado con el rei de Prusia, aquí la gratitud del senado es inmensa, i hace mui bien; pues nada puede complacerle mas, que ver ratificado el pacto que asegura, segun el mismo dice, *nuestras relaciones con aquella potencia cada dia mas interesantes i fecundas* i basadas sobre principios fijos.

Cuando trata de la proteccion que el gobierno del señor Perez ha prestado a los trabajos del Ferrocarril de Valparaiso, interéscase pues, i mui vivamente, en que

la línea quede concluida a la mayor brevedad, i le aconseja que compre acciones a los particulares, cosa que obviará por supuesto toda dificultad en lo sucesivo.

Con todo, un renglon despues le aconseja que no compre ninguna, porque sería desacertado echar mano de recursos extraordinarios, a los que solo debe apelarse en otros casos; como, por ejemplo, cuando la revolución amenaza, como amenazó en años pasados, echar abajo el gobierno.

Recomienda asimismo el celo que ha mostrado éste por la construcción de un ferro-carril entre Chillan, Concepcion i Talcahuano, i asegúrale que cooperará en cuanto le sea posible (es decir como lo acostumbra) al establecimiento de nuevas vías férreas i la mejora de las que estan en uso.

Al llegar a la hacienda pública, aquí ya se ve mas claro, aquí ya dice algo mas, aquí suelta una que otra palabra que tiene un sentido no tan oscuro i ambiguo: ojalámosle:

«.....Todos los elementos de riqueza en que abunda el país, quedarían paralizados si la acción del gobierno fuese remisa en este departamento, o se malgastarian lastimosamente si se la dirijiese con notoria incompetencia. El progreso nacional pende en gran parte de los ilustrados esfuerzos del gobierno en este orden del servicio.....»

Quando dijimos que el senado nos decia algo medio sustancial, no quisimos decir que nos dijese lo que no sabiamos, i que solo él podia decirnos como un oráculo; nada de eso, lo que quisimos dar a entender era que bajo este parágrafo, cuyo alcance todos graduan, se envolvía algun cargo, alguna indirecta, algun consejo que, a favor del velo de la cortesía i de la reticencia estirada, debía ponernos en via de conocer lo que quiere.

I bien ¿qué es lo que pretende probar con esto el senado? ¿Pretende decir, repetimos, solo lo que dicen los diarios a cada momento, i saben hasta los cargadores del mercado? No, lo que el senado ha querido decir, sin decirlo absolutamente, es que S. E. debe cuidar de llamar para Ministro de Hacienda a los hombres que le proponga no la opinion pública sino el bando montista, porque ellos son los únicos que saben manejar con acierto las rentas del erario público.

Aquí pues, no aprueba lo que se ha hecho sino promete aprobar cuando se haga algo, es decir cuando el Ministro de Hacienda sea don Jovino Novoa o cualquiera otro de sus parecidos, a quienes la Divina Providencia, segun el senado, debe haber comunicado el secreto de manejar con tino, i con exclusion de todos los demas, los dineros públicos.

El senado aprecia tambien, como es debido, las tareas que se consagran a la redacción del Código de Comercio i confia por supuesto en que los de Procedimientos, Militar i de Minas sean redactados con la madurez que conviene: pero de ninguna manera toca ni de paso las dilaciones que han sufrido los que están encargados a la sabiduría de sus amigos. Aquí el celo no es, como se vé, porque se gaste menos, no, aquí es porque se demore todo lo que se pueda, para que así la madurez requerida para la redacción, permita esti-

rar las sumas algunos cuantos años mas a los encargados de confeccionarlos.

Si todo esto merece la aprobación del Senado, i si tambien la instrucción primaria i el cultivo de las ciencias i letras le ponen en el caso de entusiasmarse, nada le saca mas de quicio que la satisfacción que experimenta al ver el grado de confianza que se dispensa a las obligaciones fiscales.

Efectivamente, ¿cómo no volverse loco de gusto al pensar en nuestro crédito, al racapacitar la manera como fué acrecentando los elementos de confianza pública una administracion tan celosa i inteligente como la que acabamos de perder, i en la que tuvo el vocal del senado una parte, i no tan diminuta como se piensa?

Asustada la Cámara, por supuesto, de saber que talvez el Presidente tenga que recurrir a un impuesto interior, maniféstale decididamente su opinion, porque no recurra a medios extraordinarios, porque no toque el empleo frecuente i precario del crédito, sino que busque dinero en un sistema de estudios i trabajos económicos que den por resultado al fin una renta copiosa i segura. Bienaventurada inspiracion! oh! esto es magnífico! soberbio! jamás talvez la discrecion del consejo ha llegado a un punto tan alto! Sin embargo, se decian muchos ¿dónde estan esos estudios i trabajos que puedan volver al erario estrojado la vitalidad que le falta? ¿Cual es el hombre, aunque fuese Colbert o Turgot, que podria convertir un déficit en sobrante, el despilfarro en economía i el cinismo en honradez i pureza?

Para dar remate a su contestacion, como era de esperar, el senado hace el elogio de la constitucion que nos rije, confesándola acreedora de toda nuestra prosperidad i nuestra gloria.

En esto siquiera dice la verdad; pero, como lo que mas agrada en la dicha Carta al congreso, es la apretura en que ha estado el pueblo, i la poca elasticidad que el exajeramiento de sus disposiciones han dejado a la lei i los derechos del ciudadano, sus elogios no hacen mas que robuarnos en la creencia de que todo tiene sus épocas, de que nada es bueno ni malo absolutamente sino en relacion al tiempo en que se efectúan los sucesos.

Esta laudatoria a la constitucion concluye sin embargo en estos términos:

«En este concepto debéis contar con que el senado prestará su aprobacion a las medidas que mejor consulten el órden, el honor i la prosperidad de la república.»

Alabado sea Dios! i alabada por siempre jamás la cámara de Senadores!

¿I despues de esto, qué nos dirá la prensa montista? Se atreverá todavía a llamar dignidad lo que es miedo, franqueza lo que es hipocresía, i saber i buen sentido, lo que no es ni puede tener otro nombre que un mezquino recurso para desahogar siquiera en medias palabras la hiel que rebosa en el corazon de su partido? ¿Qué dice pues de esa alabanza en la cuestion Wittehead, i sobre todo en la de Méjico, terrenos que esplotó a su sabor para atacar al gobierno? Luego ¿dónde está esa opinion lejislativa de que tanto nos ha hablado, cuando prometió el Congreso su contes-

tacion al Mensaje? Nada, nada, el montt-varismo decae, el montt-varismo tiene miedo, i falto de apoyo en el voto universal, hoy perfectamente inclinado al gabinete de julio, ha tenido que pasar por la vergüenza de confesar que no puede combatir a la administracion con las armas de la lei sino con las intrigas, los capítulos, las emboscadas en que siempre se colocan los enemigos cuando luchan con un adversario fuerte i respetable.

¿I el *Mercurio*, qué dice ahora de esa ruptura de las hostilidades que anunció en tremendas frases para arredrar a los que sabian que la madeja de la intriga no podía sino romperse? ¿Qué dice pues, el viejo decano de la prensa, de la opinion del Congreso a quien asimiló en su artículo con la opinion de la República?

Sobre todo, si no son exactos nuestros asertos, ¿cómo debe juzgarse esa conducta del Senado en presencia del Ministro a quien ataca tan alevosamente? ¿Ha sostenido siquiera lo que dice en su respuesta? No, mil veces no, rabioso por no poder hacer frente a la fuerte palabra del patriotismo, ha huido del campo, disfrazando su cobardía con el agravio velado, con la destemplada invectiva, cosas, por cierto, que si acreditan en el individuo privado el temor a un adversario poderoso, en un cuerpo como es aquel no pueden ménos que atestiguar la vergonzosa postracion a que lo ha conducido el espíritu de bandería.

El país entretanto ha ganado con este suceso; las filas de los amigos del gobierno se robustecen: los hombres de bien se apegan a la administracion, los indiferentes ya no vacilan, los tímidos se alientan con el aliento de todos; i la República se promete yá un porvenir de progreso, no tan distante ni tan enmarañado como el que divisaba hace poco.

Con esta confianza, i en este momento en que se abandona el reducto en que se han encastillado los enemigos, el triunfo no es siquiera dudoso: obre pues el gobierno como lo ofrece, como lo necesita, como se lo pide la misma conducta del Congreso, i todo se abrá conseguido.

A la obra! a la obra!

PARTE LITERARIA.

Los locos i el Manzano.

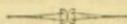
En un jardín de flores esmaltado
Un Manzano lucía
Su frezca lozania,
Oponiendo tranquilo i sosegado
Al huracan rabioso
Frente serena i pecho valeroso.

Mas, como a nadie, dicen, le cayera
La manzana envidiada,
La turba vocinglera
Dióse en gritar—«no sirve para nada:
Fruto no da ninguno muy copioso,
Pues venga el hacha, rómpanse sus ramas,
Devástese su tronco tan añoso;

I convertido en leña sirva luego
Para animar el fuego;
I ya que no manzanas habrá llamas.»

Un loco que escuchaba este relato,
I despues de pensar un corto rato,
La palabra pidió, i en pocas voces
Les dice ¿qué quereis? ¿tirar de coces
Al agujon es solo vuestro intento?
Pues si es así, tendreis en el momento
El manzano en el suelo;
Mas, como puede suceder que el Cielo
Se irrite contra el malo que alborota,
Os dé solo mañana,
Al derribar el árbol tan odiado
En vez de una manzana
Un rudo golpe i la cabeza rota.

¿Dijo el loco verdad? Así lo creo;
Mas como siempre la injusticia veo,
Me atrevo a asegurar para mañana
Con un dolor profundo,
Que siempre por comerse la manzana
Han de existir mil locos en el mundo.



El viajero i el Haba de san Ignacio.

Cuentan que un caminante,
Por oficio viajero i muy curioso,
Hallándose un instante
En medio de un camino fatigoso,

De la sed devorado,
Vió una fruta de un arbol suspendida,
En todo parecida
Aquel fruto peruano colorado,

Llamado *granadilla*;
I que, segun dice en esa tierra,
Un jugo puro encierra
Bajo su nacarada cascarrilla,

Vamos! dijo el viajero
Con ella aplacaré mi sed rabiosa;
I saltando lijero
Comió la fruta al parecer sabrosa.

En el primer momento,
Por supuesto, la halló tan deliciosa,
Tan fresca i amorosa,
Que tragarse quisiera veinte, ciento.

Mas no bien pasó un rato,
Siente congoja horrible, calofrio,
Dolor, náuseas i flato
I amen un abundoso sudor frio.

¿Qué es esto, cielo santo!
Aí! que fatiga! ¡Oh que dolor!—me muerdo!
I así diciendo el hábito postrero
Lanzó bañado en convulsivo llanto.

La fruta que comió
Era, en vez de sabrosa granadilla,

Aquella que con faz de una frutilla
A mas de un indiscreto sepultó:

—
Era, así se imagina,
(¡Qué tonteras tambien tiene la ciencia!)
De san Ignacio el haba, cuya esencia
Produce la mortífera estricnina.

—
¿No diria cualquiera
Que Michelet la hubiera bautizado
Por el odio que tiene exajerado
De san Ignacio a la gentil bandera?

—
Pero el pobre viajero
De nada se cuidó: miró la cara,
I dijo: debe ser fruta mui rara,
De virtud i sabor mui belicero;

—
I sin mas pormenores,
Sin mas exámen se engulló goloso
El maldicido fruto venenoso,
I la muerte encontró con mil dolores.

—
Así cuando en mi mente
Reposo los amigos que he tenido,
Me digo diariamente
¡La suerte del viajero yo he tenido!

—
Pues en mi pobre seno,
Del dulce amor i la virtud amigo,
Llevo siempre conmigo
Los frutos del dolor i del veneno.

EDGARDO POE, SU VIDA I SUS OBRAS.

I.
(Continuacion.)

A pesar de los servicios que Poe le habia prestado en su periódico, M. White se enemistó con él al cabo de dos años poco despues. La razon de este rompimiento se encuentra evidentemente en los accesos de hipocondría i en las crisis de borrachera del poeta; accidentes característicos que ennegrecían su cielo espiritual, como esas lúgubres nubes que dan repentinamente a los mejores paisajes un aire de melancolía, en apariencia irreparable. En adelante veremos al infortunado cambiar su morada, como un hombre del desierto, i transportar sus ligeras penates a las principales ciudades de la Union. A pesar de todo, dirigirá i colaborará Revistas de una manera brillante, i compondrá con una rapidez admirable, artículos criticos, filosóficos, i cuantos llenos de májia que se publicaron reunidos con el título de *Tales of the grotesque and the arabesque*, título notable e intencional, porque los adornos grotescos i arabescos rechazan la figura humana—i se verá que con marcadas excepciones, la literatura de Poe es *extra* o *supra-humana*. Sabremos, en seguida, por medio de artículos hirientes i escandalosos, publicados en los periódicos, que Poe i su esposa se encuentran gravemente enfermos i en la mas completa miseria. Poco tiempo despues de la muerte de la señora Poe, el poeta sufrió los primeros ataques del *delirium tremens*. Un nuevo artículo apareció repentinamente en los periódicos, artículo cruel en que se manifestaba su desprecio i disgusto por el mundo, uno de esos procesos de fuerte alcance contra los cuales se veia obligado a defenderse; —lucha de las mas estérilmente fatigantes que conocemos.

Sin duda que Poe ganaba dinero i sus trabajos literarios podian, poco mas o ménos hacer fovivir. Pero tenemos pruebas

de que sufría a menudo grandes dificultades para sostenerse. Tenia, como tantos otros escritores una *Revista* que bien hubiera querido hacer suya, i el hecho es que habia sufrido lo bastante para desear un abrigo definitivo para su pensamiento. Con el objeto de arribar a este resultado, i a fin de obtener dinero suficiente, recurrió a sus *lecturas*. Se sabe lo que es una *lectura*.—cierta especie de especulacion, el Colejio de Francia puesto a la disposicion de los amantes de las letras; el autor que no publica su *lectura* sino despues de haber sacado de ella todo el provecho posible. Poe habia dado ya en Nueva York una lectura de Eureka, su poema cosmogónico, que habia suscitado grandes discusiones. Imaginaba ahora hacer el mismo negocio en su pais, en la Virginia. Contaba, segun escribia a Willis, con hacer un viaje al Oeste i al Sur, i esperaba el concurso de sus amigos literarios i de sus antiguos conocidos de colejio i los de West-Pont. Entónces visitó las principales ciudades de la Virginia, i Richmond volvió a ver al que en otro tiempo habia conocido tan jóven, tan pobre i tan destrozado. Todos los que no habian visto a Poe durante su desgracia, corrieron en tropel a contemplar a su ilustre compatriota que parecia hermoso, elegante i correcto como su jóenio. Creemos que despues de algun tiempo habia llevado su condescendencia hasta hacerse inscribir en una sociedad de temperancia. Habia escogido un tema para escribir, tan largo como difícil: *el principio de la Poesia*, i desarrollándolo con aquella lucidez que es uno de sus privilegios. Verdadero poeta, creia que el principio de la poesia es el mismo de la naturaleza i que no debe tener otra cosa en vista que a ella misma.

El magnífico recibimiento que se le hizo, inaudito de orgullo i de placer su pobre corazon; tan encantado estaba, que habia resuelto establecerse definitivamente en Richmond para concluir allí sus dias, en los lugares que su infancia le habia hecho queridos. Mientras tanto, tenia negocios en Nueva York i partió para ese punto el 4 de octubre temblando de frio i de debilidad. Sintiéndose mal a su llegada a Baltimore, el 6 en la tarde, hizo llevar su equipaje al embarcadero de dónde debia dirijirse a Filadelfia, i al despedirse entró a una fonda para tomar un excitante cualquiera. Allí desgraciadamente encontró antiguos conocidos i se retardó. Al dia siguiente, cuando amanecía, un cadáver fué encontrado en la calle—qué decir de esto?—El cuerpo daba todavía señales de vida, pero la muerte le habia ya marcado con su real estampilla. Sobre este cuerpo, cuyo nombre se ignoraba, no se encontró papeles ni dinero i fué llevado a un hospital. Allí fué donde murió Poe, la tarde del domingo 7 de octubre de 1849, a la edad de 37 años, vencido por el *delirium tremens*, ese terrible huésped que habia ya trastornado su cabeza dos o tres veces. Así desapareció de este mundo uno de los mas grandes héroes literarios, el hombre de jóenio que habia escrito en *Le Chat Noir* estas palabras fatídicas: *Que enfermedad es comparable con el alcohol!*

Esta muerte fue casi un suicidio—suicidio preparado desde mucho tiempo. Por lo menos, ella causó escándalo. El clamor fué grande i la *verdad* dió rienda suelta a su canto enfático, libre i voluptuosamente. Las oraciones fúnebres, aun las mas induljentes, no pudieron menos que dar lugar a la inevitable moral plebeya que le cuidó bien de despreciar una ocasion tan oportuna. Mr. Griswold difamó; M. Willis sinceramente afijido, lo estuvo mas de lo conveniente.—Ah! el que habia salvado las áridas alturas de la estética, penetrando en los abismos ménos explorados de la inteljencia humana, i encontrado, al traves de su vida que asemeja una tempestad sin calma, medios nuevos, procedimientos desconocidos para asombrar la imaginacion, para seducir a los espíritus amantes de lo bello, acababa de morir en el lecho de un hospital! ¿Qué destino!—i tanta grandeza, tanta desgracia para levantar un torbellino de fraseología plebeya, para llegar a ser el tema i el pasto de los periodistas virtuosos!

Ul declamatio fias!

No son nuevos estos espectáculos; es raro que una tumba fresca e ilustre no sea el punto de cita de los escandalos. Por otra parte, la sociedad no se alegra con estos desgraciados rabiosos i, sea que ellos turben sus fiestas o se les con-

sidere únicamente como remordimientos, tiene incontestable mérito. ¿Quién no recuerda las declamaciones de los parisienses a la muerte de Balzac, ¡eso que había concluido su vida arregladamente! ¡mas recientemente todavía, hace justamente un año el 26 de enero, cuando un escritor notable por su honor, por su inteligencia sobresaliente i que siempre estuvo en su sano juicio, sin dudar jamás a nadie—tan discreto que su discreción parecía desprecio abandonó su alma en la calle mas sucia que pudo encontrar.—¿Cuántas extravagantes homelias! Qué asesinato tan refinado!—Un periodista célebre a quien Jesús no enseñaría jamás las maneras jenerosas, encontró la aventura bastante jovial para hacer de ella un grueso *calambourh*. Entre la serie numerosa de los derechos del hombre que la sabiduría del siglo XIX formula a menudo con tanta complacencia, han sido olvidados dos de los mas importantes, que son el de contradecirse i el de irse. Pero la sociedad mira al que se vá como un insolente; castigaría de buena gana a ciertos despojos finebres, como aquel desgraciado soldado tocado de vampirismo i a quien la vista solo de un cadáver exasperaba hasta el furor.—I sin embargo, puede decirse que bajo la presión de ciertas incompatibilidades, con firmes convicciones i dogmas i metempsicos,—se puede decir sin énfasis ni juegos de palabra que el suicidio es a veces la accion mas cuerda de la vida. I de esta manera se aumenta una fila de fantasmas ya numerosa que nos visita familiarmente, de la que cada uno de sus miembros viene a alabarnos su reposo actual i vaciarlos sus persuasiones.

Confesemos, sin embargo, que el desastroso fin del autor de *Eureka* creó algunas consoladoras escepciones, sin que no se puede contar, i el puesto no será por esto mas defendible. M. Willis, como lo hemos dicho ya, habló honradamente i con emociion de las amistosas relaciones que siempre habia tenido con Poe.

M. M. Jhon Neal i George Graham llamaron a M. Willis al límite de la decencia. M. Longfellow—¡este es tanto mas meritorio cuanto que Poe lo habia maltratado cruelmente—supo elogiar de una manera digna, su alta distincion como poeta i como prosista. Un desconocido escribio que con Poe la América habia perdido su cabeza mejor organizada.

Pero el corazon verdaderamente herido, despedazado, clavado con siete puñales fué el de la señora Clemm. Edgar era para ella hijo e hija al mismo tiempo.—¡Rudo destino, dice Willis, de quien tomarnos este casi palabra por palabra—rudo destino el que la vijilaba i protejia! Porque Poe era un hombre fastidioso; escribia con una dificultad que daba impaciencia i en un estilo harto inferior al nivel intelectual de lo comun, para que pudiera pagarle caro; siempre necesitaba dinero i a menudo él i su esposa carecían de las cosas mas necesarias para la vida. Un día vió Willis entrar en su oficina a una mujer vieja, de aspecto dulce i grave a la vez. Era la señora Clemm, que buscaba trabajo para su Edgar. El biógrafo dice que quedó profundamente conmovido no solamente por el elogio perfecto i la apreciacion exacta que hacia de los talentos de su hijo, sino tambien por su voz dulce i triste i sus maneras un poco anticuadas, pero bellas i de buen tono. I durante muchos años, agrega él mismo, hemos vivido a esta infatigable servidora del jeño, pobre e insuficientemente vestida, buscando de periódico en periódico a quien vender un poema, un artículo otras veces, diciendo que él estaba enfermo;—única explicacion, única razon, la sola escusa que invariablemente daba cuando su hijo se encontraba atacado de esa esterilidad que conocen los escritores nerviosos;—¡¡ jamás permitía a sus labios pronunciar una sílaba que pudiera interpretarse como una duda, como una disminucion de confianza en el jeño i la voluntad de su querido. Cuando murió su hijo, se unió al que la sobrevivía en una batalla desastrosa consigo mismo, duplicando su amor maternal; vivía con él, le cuidaba desde cerca, le vijilaba, defendiéndolo contra la vida i contra sí mismo. Conchuye Willis con un honrado e imparcial razonamiento.—Si el afecto de la mujer, nacido con el primer amor i alimentado por la pasion humana, glorifica i consagra su objeto, qué no puede decirse en favor del que inspira un afecto como este, puro, desinteresado i santo como el

de un ángel divino? Los detractores de Poe habrian, en efecto, debido notar que tenia atractivos tan poderosos que no han podido ser sino virtudes.

Se puede calcular cuán terrible fué la noticia para la desgraciada mujer. Ella escribio a Willis una carta de la cual hé aqui algunas líneas:

«Esta mañana he sabido la muerte de mi querido Edgar... ¡Puedeis trasmirirme algunos detalles, algunas circunstancias?... Oh! no abandoneis a vuestra pobre amiga en esta amarga afliccion... Decid a M... que venga a verme; tengo para él un encargo de mi pobre Edgar.... No tengo necesidad de pedirlos que anuncien su muerte i habéis bien de él. Estoy segura de que lo hareis. Sin embargo, decid qué hijo tan afectuoso era para mí, su pobre i desolada madre.»

Esta mujer nos parece grande i mas que antigua. Herida de un golpe irreparable, no pensó mas que en la reputacion del que habia sido todo para ella. Para contentarla no era suficiente decir que su hijo habia sido un jeño; necesitaba publicarse que tambien habia sido un hombre sensible i afectuoso.

Evidentemente esta madre, atorcha iluminada por una irradiacion de lo mas alto de los cielos, habia sido puesta para ejemplo de nuestras razas que tan poco gustan del afecto puro, del heroismo, i en jeneral, de todo lo que no es un deber. ¡No era justo poner su nombre al frente de las obras de su hijo para quien fué su consuelo moral durante la vida? El nombre de Poe cubrirá con su gloria el de la mujer cuya ternura sabia curar sus heridas, i cuya imagen revoloteaba incansablemente a la cabeza del martirolojio de la literatura.

III.

La vida de Poe, sus costumbres, sus maneras, su fisico, todo lo que constituye su persona nos parece una cosa tenedora i brillante a la vez.

Era un hombre singular, lleno de atractivos i, como sus obras, notable por su aspecto melancólico. Por lo demás habia sido perfectamente dotado en todo sentido. Cuando jóven sobresalia por una asombrosa facilidad para los ejercicios físicos i, aunque pequeño, con piés i manos de mujer, con toda la delicadeza femenina, era bastante robusto i capaz de las mas sorprendentes pruebas de fuerza. En su niñez habia ganado una apuesta, nadando mucho mas de la medida ordinaria lo posible. Se diría que la naturaleza forma con un temperamento enérgico i vigoroso a los que han de producir grandes cosas, de la misma manera que dá una poderosa vitalidad a los árboles que han de simbolizar el duelo i el dolor. Los hombres de esta clase, aunque muchas veces con ruines apariencias, cortados a lo atletas, son fuertes para la obra i para el trabajo, prontos para el exceso i capaces de hacer milagros de sobriedad.

Hai ciertas cosas relativas a la vida de Poe, sobre las cuales todos están de acuerdo, como su elevada distincion natural, su elocuencia i su belleza, de la cual, se dice, tenia un poco de vanidad. Sus maneras, mezcla singular de elevacion i dulzura exquisita, eran llenas de certidumbre. Fisonomía modo de andar, gestos, aire de cabeza, todo lo hacia aparecer sobre todo en sus buenos tiempos, como una criatura elejida. Su persona entera respiraba una solemnidad penetrante. Realmente habia sido señalado por la naturaleza, como un de esas figuras pasajeras que atraen la vista del observado i se graban en su memoria. El mismo agrio i pedante Griswold confiesa que al visitar a Poe i encontrándolo pálido i agoviado todavia con la enfermedad i muerte de su esposa, se sorprendió mucho no solo con sus maneras, sino mas con su fisonomía aristocrática i la atmósfera perfumada de su habitacion, demasiado modestamente amueblada. Griswold ignora que el poeta tiene mas que todos los hombres ese maravilloso privilejio que se atribuye a la mujer parisiense i a la española, de saber adornarse con una nada, i que Poe, amante de lo bello en todas las cosas, habia sabido convertir una choza a un palacio de nuevo jeño. ¿No escribio con el pensamiento mas original i mas curioso, proyectos de mobiliarios, platos i casas de campo, de jardines i de reforma de paisajes?

Existe una carta notable de la señora Francisca Oswo-

una de las amigas de Poe, que nos proporciona algunas noticias curiosas sobre sus costumbres, su persona i su vida íntima. Esta mujer, que tambien era un literato distinguido, niega firmemente todos los vicios i todas las faltas que se han criticado al poeta. «Entre los hombres, dice ella, puede que haya sido tal como lo pintais, i como hombres podeis tener razon. Pero yo aseguro que entre las mujeres era otra cosa i que jamas mujer alguna ha podido conocer a M. Poe sin experimentar por él una profunda simpatía. Siempre me pareció un modelo de distinción, de elegancia i de jenerosidad....»

La primera vez que nos vimos fué en *Astor House*, Willis, me habia traído la conversacion al *Corbeau*, sobre el cual el autor, me dijo, deseaba conocer mi opinion. La música misteriosa i sobrenatural de ese extraño poema me penetró tanto que al saber el deseo que tenía de conocerme, experimenté una sensacion extraña parecida al miedo. Poe apareció con su cabeza hermosa, i llena de orgullo, sus ojos sombreados llenos de la brillantez que expresaba al mismo tiempo su sentimiento i su inteligencia i sus maneras, mezcla incomprendible de elevacion i suavidad,—me saludó calmoso, grave, casi frio; pero bajo esta frialdad aparente, se manifestaba una simpatía demasiado marcada para que yo dejase de impresionarme fuertemente. Desde este momento hasta su muerte fuimos amigos.... i sé que he tenido mi parte de recuerdos en sus últimas palabras, i que me dió, ántes que su razon cayera de su trono soberano, una prueba última de su amistad fiel.

Era en su interior, sencillo i poético a la vez, donde el caracter de Poe me parecia mas hermoso. Loco, afectuoso, espiritual a veces dócil, a veces encaprichado como un niño regalón, tenía siempre para su jóven i tierna esposa i para todos los que le rodeaban una sonrisa acariciadora, atenciones amables i cortesias, aun en medio de sus mas pesadas ocupaciones literarias. Pasaba interminables horas en su escritorio cerca del retrato de su *Leonora*, la amada i la muerta, siempre asiduo i resignado, escribiendo con su magnífica letra las brillantes fantasías que cruzaban su pujante imaginacion pocas veces ociosa. Recuerdo haberlo visto una mañana mas alegre i mas jovial que de costumbre. Virginia, su esposa, me habia rogado que fuise a visitarlo i yo no podia desentenderme de su peticion. Le encontré trabajando aquella serie de artículos que publicó despues con el título de *Los literatos de Nueva-York*. Ved aqui—me dijo, desenrollando con aire de triunfo muchos pequeños envoltorios de papel escritas (en tiras angostas sin duda para arreglar las copias a la justificación de los periódicos)—voi a mostraros por medio de la estension de mis escritos los diversos grados de estimacion que tengo por vuestros literatos. En cada uno de estos papeles, está analizado i discutido segun merece cada uno de vosotros.—Ven aqui, Virginia, i ayúdame!—i los iban entendiendo todos, uno a uno. Al fin quedó uno que parecia interminable; Virginia lo tiraba riéndose hasta un extremo del cuarto, mientras que su marido por la otra parte, llegaba a la otra esquina.—¿I quién es el dichoso, le pregunté yo, que habeis juzgado digno de tan inmensa bondad?—No lo sabeis?—me contestó—como si su pequeña vanidad no hubiéiera dicho ya que era que esra el suyo mismo.

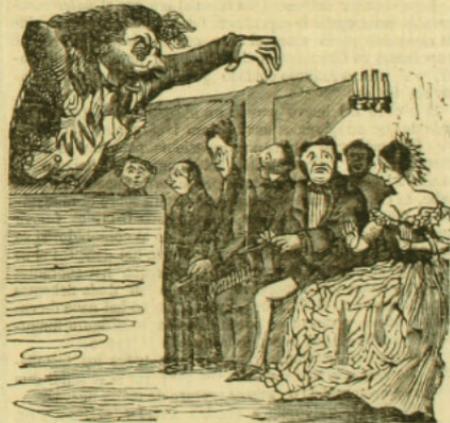
Cuando me ví obligada a viajar para restablecer mi salud, mantuve con Poe una correspondencia regular, obedeciendo en esto a los deseos de su mujer que creía que tenía sobre él una influencia i un ascendiente saludables. En cuanto al amor i la confianza que existían entre Virginia i él, no sabiais hablar de ellos con bastante entusiasmo i admiracion; eran para mí un espectáculo delicioso.»

En las novelas de Poe jamás se habla de amor. *Lijéa Eleonora* no son por lo ménos hablando propiamente historias de amor; es otra la idea principal sobre que ruedan sus argumentos. Puede ser que creyera que la prosa era un jénero poco apropiado para elevarse a la altura de este sentimiento incomprendible, pues sus poesías, al contrario, están fuertemente satinadas de él. La divina pasion aparece en ellos magnífica, deslumbrante i siempre llena de cierta especie de melancolía. En sus artículos habla del amor como una cosa que hace estremecer su pluma. En el *The Domain of Arnhem*, asegura que las cuatro condiciones elementales del buen

humor son: la vida al aire libre, el amor a una mujer, la carencia de atenciones i la criacion de un Bello ideal. Lo que corrobora la idea de la señora Oswood, relativamente al respeto caballeresco que Poe tenía por la mujer, es que jamas, a pesar de su predileccion por lo horrible i lo grotesco, jamas ha pintado en sus obras ni la lubricidad, ni los placeres sensuales. Sus retratos de mujeres son, por decirlo así, arcóricas; brillan en medio de una atmósfera sobrenatural i están pintadas como no pudiera haberlo hecho el mas grande de sus adoradores. En cuanto a sus pequeños episodios romancescos, aunque el objeto principal es una sed de lo bello sin límite, tiene muchas veces lugar la galantería, cultivada con un ardor verdaderamente apasionado, esa flor volcánica cuyo suelo predilecto es la cabeza de los poetas.

De su belleza personal de que han hablado muchos biógrafos no se puede a lo que creemos, formar una idea aproximativa, con solo la nocion vaga aunque característica contenida en la palabra *romántico*, palabra que jeneralmente sirve para dar a conocer los jéneros de belleza cuyo elemento principal es la expresion del semblante. Poe tenía una frente vasta, dominadora en que ciertas protuberancias marcaban las facultades sobresalientes de su alma.—construccion, comparacion, causalidad—i el sentido de la imajinacion, el sentido estético por excelencia. Por lo demas, haciendo abstraccion de todo esto, sus facciones miradas de perfil no ofrecian un aspecto agradable. Como en todas las cosas excesivas por un lado, una falta podia resultar de la abundancia i una debilidad de la usurpacion de las otras facultades. Tenia ojos grandes sombreados i llenos de resplandor al mismo tiempo, su color era indeciso i tenebroso, mas bien tiraba a violeta, su nariz noble i sólida, la boca pequeña i triste aunque instantaneamente contraida por la risa, su fisonomía pálida i distraida, imperceptiblemente resentida de una tristería habitual.

Continuad.



Cuentos de la semana.

Si cada pueblo tiene sus preocupaciones i sus abusos: si en cada nacion el vulgo confia la resolucion de su destino a los juegos que ha inventado muchas veces para tener el gusto de sentir las emociones o de la esperanza o del desengaño; el nuestro tiene algunos, i tan raros, que casi sería imposible contarlos sin esponerse uno a ser tenido por embustero.

Los Irlandeses i los Alemanes que creen en brujos, que atribuyen a deidades misteriosas i ridiculas una injerencia

hasta en los negocios del hombre mas privativo e insignificante, estamos seguros que no pueden aventajarnos a nosotros, lo que es buscar el porvenir en mas ridiculos instrumentos.

Si asisten trece a un convite, dice un frances, alguno debe morir antes de cumplirse el aniversario del banquete.

Si derrama uno la sal al pasar una botella, exclama el alemán:—alguna desgracia nos debe acontecer irremisiblemente.

Si maulla un gato a las doce de la noche, dice desfavorido el holandés:—el demonio está esperando a la puerta.

Si se pone las medias al revés, grita el suizo: la desgracia golpea los muros de mi casa.

Si grita la lechuga, dice el portugués, finchándose cuanto puede: vamos a tener mas Riveros i Monteirois i Silveiros i Negreiros en el panteon que flores en nuestros prados.

Si canta el gallo, grita un español: mi suegra se va a morir de repente, i me va a dejar la herencia de que le reze todas las noches un *pater noster*.

I así sucesivamente, todos los pueblos tienen sus abusiones, sus oráculos caprichosos a quienes consultar cuando algo desean, temen o esperan para lo futuro.

Pero nosotros ¿a qué pueblo no aventajamos en credulidad? ¿Hai alguno que no recuerde lo que le han dicho de niño, lo que le han contado para amedrentarlo? ¿A quien pues, no se le ha metido miedo con ánimos, con duendes i sobre todo, con *coton verde*, con el *chuceo*, a quien hasta el mismo doctor Zeguet ha confesado el poder de tentar a las religiosas capuchinas como i cuando le dé la gana?

Decimos esto, porque en esta semana, la víspera de San Juan, ha habido en varias casas, senatoriales todas, la funcion de averiguar el destino por medio de lo que llamamos el *huevo de San Juan*.

Contándose, pues, uno de los que frecuentan nuestros salones, esta predileccion por el que ya hemos denominado con ese estrambótico i ofensivo nombre al apóstol, aseguró me que en días pasados tuvo el placer de entretenerse en casa de uno de nuestros próceres con este inocente pasatiempo.

Pero lo mejor del caso (nos repetía) era que el *pater conscriptus* interrogaba la caprichosa forma que habia producido la clara del huevo sobre el agua, con el mismo interes que suponemos en Champollion al decifrar un jeroglífico egipcio, o el mismo religioso cuidado que ponía Cuvier al analizar sus fósiles.

Si la clara del huevo parece un libro abierto, gritaba, es señal de que atraparémos una cartera i el ministro actual se va a freir monos: si forma una especie de pabellon, es señal inequívoca que los presidentes del Congreso no dejarán su puesto a los amigos del gobierno: si se forma una especie de nube, es claro que la tempestad se desatará sobre el ministerio de Julio: si figura una especie de nariz fiata, es fuerza que tengamos despues de este quinquenio al consabido: si se va toda la clara al fondo, es prueba de que hai déficit, i si se va arriba en peloton, es como si dijésemos que hai sobrante: si forma como una especie de boca, no hai duda debemos ser elocuentes en el Senado; i si por acaso no hai nada de esto, i el huevo se vuelve un revolviño sin forma ninguna ninguna, es prueba de que no tendremos nada de nuevo.

Esceiente esplicacion, gritaron a una todos los tertulianos: que venga el huevo de una vez para ver si el señor don Felipe es buen profeta o solo es agorero de malas nuevas.

Esto dicho, trájele a nuestro senador el huevo en cuestion, i rompiéndolo, como es de me, i con la solemnidad del caso, exclamó:—¡ahí va un huevo que puede ser o el basilisco de nuestras esperanzas o el oráculo de nuestra ventura!

A ver! a ver! gritaron todos. Pero nuestro hombre temblando de emociion se repelia: pero señores, es preciso dejar pasar doce horas para consultarlo.—No, no, ahora, San Juan no ha de ser tan perezooso como la Cámara de Diputados que tarda tanto en dar su parecer: sí, señor, ahora mismo queremos saber todos nuestros destinos, añadan otros, para hacernos con tiempo ministeriales o abandonar al ministerio antes de que tome el portante.

¡Recha, pues, la esploracion del horóscopo, el cual estaba en

la misma forma que para hacer una tortilla, grita don Felipe, dándose un feroz puñetazo en la cabeza; ¿no se los decía a ustedes, que el ministerio habia de triunfar del partido nacional, i que yo i todos los nacionales estamos ya de retirada? Así diciendo, toma la copa que contenía la pitonisa de Delfos, i dándole un golpazo con todas sus fuerzas sobre el mármol de la mesa de en medio, sale gritando:—ni San Juan pone hoy huevos frescos para nosotros! Vamos a ver si don Manuel i don Máximo tienen hoy huevos mas felices que los mios!

Por supuesto, las hijas, la consorte i los concurrentes, todos nacionales, quedaron confundidos con el fatal anuncio del *huevo*, i se prometieron en la ausencia de don Felipe, para tener alguna buena nueva que contarle, hacer otras varias esperiencias; las que, al cabo de cinco o seis horas, no dieron otro resultado que anunciar a la consorte que tendría mellizos, i a las hijas que no hallarian novios liberales sino nacionales, pobres como Aman i cesantes en el logro de sus empleos, i a los galanes que el único partido que les quedaba, era renegar de su pasado i hacerse, *vellis nollis*, ministeriales de corazón, i partidarios del concordato, mas apretados, que el puño de nuestros ricos.

¿Habeis visto decíme una superchería mas ridícula? ¿No es cosa de hacer desterriillar de risa hasta el hombre mas sério de la Alemania?

¿I qué decís de aquello de ver florecer la higuera? Lo que es por mí, lo que no he visto florecer hasta ahora es al partido liberal, que tanto lo necesita; i no digo solo echar flores que nadie ve sin caerse muerto, pero ni siquiera agarrar una sola de las brebas, que por espacio de diez años consecutivos se han llevado cayendo peladas en la boca de los monististas.

Los españoles tambien van a cojer la verberna la víspera de San Juan, i gritan, i se vuelven locos de gozo en esa noche; i eso que los pobres han cojido mas zurriagazos en esta fiesta que nosotros injusticias i carcelazos en las nuestras, i que los ministros de hoy desverguen i calumiois en el angusto santuario de las leyes.

Pero que diablos! ¿cómo poner puertas al campo? ¿cómo escarmentar con el pasado? ¿cómo no ir a cojer desengaños o un resfrijo cuando ménos para calmar la fiebre del entusiasmo? Pero dejemos todas estas ociosas reflexiones, i fijémonos en lo que es la vida, en lo que es la muerte, i sobre todo, en lo que es una existencia confortable, sostenida por un buen empleo, con unos cuantos amigos, a cual mas obsequiosos i solícitos, i alagada continuamente con los votos de la opinion, como sucede a los diputados, i dividida entre las esperanzas de un *mañana* lleno de goces i los gratos recuerdos de un *ayer* jugoso como un durazno prisco. ¡Oh! vivir así es vivir, es sentir deslizarse el carro de la vida por un suelo de flores, por una senda en que no hai siquiera una piedra para hacer dar un respingo al *afortunado mortal* que se columbia muellemente en los blandos resortes de la fortuna. Verdad es sin-embargo, como muy bien dice el padre Almeida, que no todo en este mundo ha de ser tortitas i melindres, pues Dios no ha querido, por lo que se ve, que el hombre se olvide de que ha nacido para la tierra.

Si pensamos en esto, casi estamos por decir, que el gobierno pasado ha hecho mas bien a sus enemigos que el que pudieran haber recibido éstos de una suerte propicia i bienhechora. I no que no! estar a cada momento pensando cada uno en que muy bien podia ir a amanecer a Magallanes, o en los millidos colchones de la penitenciaría, o entrar a estudiar filosofías contemplativa en los calabozos de San Pablo; son cosas, digase lo que se quiera, que elevan el alma a Dios, i hacen pensar al pecador que no hai nada mas suave que arrepentirse de las picardihuelas que ha cometido en la tierra.

Con todo, uno a quien encañé todas estas reflexiones me decía; pues yo amigo, pienso de muy distinta manera que usted, i sigo en todo a aquel andaluz agonizante que, exhortado por el confesor para que pidiese perdon al Altísimo por sus pecados, dijo con tono muy solemne, i despues de haber pedido a Dios doscientos perdones: pero yo no le perdono, padre, lo que está haciendo conmigo ahora. Veán ustedes si hai jentés que entienden el evanjelio!

Ya que hemos hablado de cuentos andaluzes permitidme que os relate uno que en este momento se viene a los puntos de mi pluma. Pues señor, cuentan que en un barrio de Sevilla, llamado el *horno quemado*, poníase todos los días un chulo a mostrar el pelo de santa Gúdula, el cual no podía verse de otra manera que con el pensamiento, pues el dicho había hallado el secreto de que, para mostrarlo por un centavo a los curiosos, era necesario no mostrar tal pelo ni cosa que se le pareciese, sino simplemente juntar i retirar los dedos de la mano, como quien estira lentamente un cabello.

Un día pues, un curioso, causado ya de mirar atentamente por espacio de una hora, i sin poder ver el pelo codiciado, dícele, echándole una interjección de la tierra: pues compadre, llevo ya medio día de mirar i no he visto todavla sin pelo de la santa; a lo cual replicó el tunante ¿i cómo quieres verlo en un día, alma de cántaro, cuando yo que lo muestro hace diez años no lo he podido ver todavía?

No se crea que con este cuento hemos tenido la menor intención de aludir a nadie; la única cosa sí, que diremos, es que mas de una vez pudiera, respondernos igual cosa la prensa enemiga, cuando le decimos: pues señor, ya estamos cansados de oír a Ud. i sin embargo, nada sustancial nos dice que pueda convencernos de la culpabilidad de los Ministros.

Por otra parte, ¿no hai bastante similitud entre ese pelo de santa Gúdula que mostró diez años el andaluz sin haberlo visto nunca, i los cargos que diariamente le hacen sus enemigos al gabinete, sin poder probarlos a nadie de los que escuchan?

Pero nó, tambien es preciso que el *Mercurio* no quede nunca solo, que, aun cuando salgan unos redactores i lleguen otros, i se vayan todos, siempre se quede adentro el gato de la casa, es decir, el propósito constante, sea cual fuese la bandera que luzca en el tope, de hacer oposicion, no a las cátedras, sino a todo gobierno i a todo ministerio, que es lo que importa para sostener el crédito adquirido por tantos años de esta maniohra.

Esto tambien puede tener la ventaja, i no corta, de que estando uno siempre con el látigo en la mano llega a parecerse a aquel domine de un samete, que antes de tomarle la lección a sus discípulos les pegaba de zurriaguas para que no cometiesen faltas en el porvenir.

Este método bien mirado, no es tan malo como aparece, pues así siempre tiene un pagado adelantado el servicio, el que, si es malo, no ha de ser por falta de prevención i diligencia.

Sin embargo, hai hombres que nada toleran, que nada quieren confesar, que nada quieren conceder a los otros, i que juzgan que la libertad no permite concesiones, ni mas ni ménos que la relijion transacciones con la duda o la disidencia, por insignificante que sea, en materias de dogma.

Si, hai hombres que creen que el *Mercurio* i el *Ferrocarril* no tienen ni pueden tener perdon, cuando dirijen sus ataques, fundándose en esa tirante creencia que niega a los otros el derecho de errar, el placer de equivocarse (lo cuento entre otros placeres por contraposicion a la pena de convencerse) i lo que solo Dios podia quitarle a uno, la facultad de decir todos los absurdos i disparates que puedan ocurrírsele.

Tan cierto es esto, que creemos que solo por este motivo ha hecho esa nueva tarifa de coches nuestra mi honorable municipalidad. No puede ser de otro modo. Si, solamente movida por la intolerancia puede haber dictado esa lei que concede montar a todos en cupés i berlinas i landós i corretear todo Santiago por quince centavos. La ventaja, en verdad, es grande para los que montan, pero no para los cocheros que tienen que romper sus carruajes i matar sus caballos, sin sacar siquiera con que curar estos o componer aquellos.

Como nosotros somos hombres de a pié, o como se dice, de los abonados al coche de san Francisco, lo diremos francamente, no simpatizamos con la nueva tarifa, sino con los dueños de coches, con los cocheros i con los caballos, a quienes se fuerza a hacer un trabajo que concluirá al cabo por alejar de su propósito a todos los que quieran ofrecernos mañana coches lujosos i cómodos, en que atravesar calientes el lodo de nuestras calles.

Si la municipalidad lo ha hecho por montar ella barato, no tenia necesidad de componer esa nueva tarifa que la hecho temblar a los empresarios, i tanto como las de aduana presentadas por Cobden al parlamento de Inglaterra.

Si queria pues, montar de valde, como va al teatro de valde, i baila de valde, i se regocija de valde, lo que debería haber hecho era no disminuir el precio convenido sino decretar un distintivo para ser usado debajo del chaleco, como, por ejemplo uno de la clase de aquellos que llevaban los miembros del Consejo de los diez en el pecho, i que les servia para abrirse todas las puertas i rejietrar todo lo que se les antojaba curiosear.

Sino eran letras bordadas, podia mui bien ser una placa el tal distintivo, la cual hasta podia tener la ventaja de podersele endosar a los amigos para que gozasen de los beneficios de municipio.

Esto mismo que estamos diciendo lo hemos oido a varios empresarios de coches, los que, segun se nos dice, van a hacer una presentacion al Concejo de Estado para que les suba los derechos de transporte hasta donde puedan subir sin romperse, como las cuerdas de una guitarra.

Si es así, nos alegramos, pues nos gusta ver usar del derecho de peticion a todos los ciudadanos, i mucho mas para pedir que se suba, i en estos tiempos en que si no estamos mas bajos que la tierra que pisamos, es porque se han tapado los hoyos.

En Inglaterra, por dos sueldos se puede ir en el pescante de una berlina: en Paris por cuatro: en España por dos reales de bellon i en Portugal adentro i afuera por medio rei.

Ahora pues, como nosotros no gustamos de andar por los techos de las casas, haciendo comision con los bolatineros ni con los alambres del telégrafo, es forzoso que paguemos lo que pagábamos, i que los señores municipales atiendan a las docenas de firmas que llevará la peticion para darle la sancion de un derecho respetable i sagrado.

Si no se escucha a los peticionarios, habrá razon para creer que las firmas han caido en desprestijio, i que el tal derecho de peticion es una de las majaderías que nos concede nuestra Carta por el solo placer de decirnos les doi derecho de pedir, pero no les concedo el derecho de conseguir lo que piden.

Pero no importa, haremos uso de esta prerrogativa para suplicar al *Ferrocarril*, ya que no quiere ahojar en la tarea de cascar las liendres al ministerio de julio, no haga al ménos el favor de no pluralizar tanto las pasiones i los pecados capitales, como lo hace todos los días, hablando de las *avaricias*, de las *energías*, de los *patriotismos*, de las *codicias*, pues puede uno mui bien conformarse con esos vicios o pasiones, o modos de ser del alma, cuandoquiera son en singular; pero de ninguna manera cuando vienen en batallones, i amenazando al prójimo asustado i temeroso de Dios.

Hablamos así, porque nos pone espanto ese diluvio de *energías* i de *horizontes para los porvenires*, i mucho mas debe ponérselo a los del Porvenir de las Familias, que sin duda lo esperan todo de la ausencia de esas maléficas entidades con que tienen que luchar todos los días.

Sin embargo, San Pablo no piensa como el *Ferrocarril* (en lo que tiene mucha razon) pues, segun dice el biógrafo de un señor Moran, ha calificado al hombre i a sus grandezas, llamándole *heno* i nada mas que *heno*.

Si es así, cuidado con los caballos, especialmente con los de los médicos que siempre andan con apetito, i mucho mas con pretender ser algo de mas sustancial en este pícaro mundo, como lo han pretendido i estan pretendiendo los senadores.

Ahora que vuelven estos señores a ponérsenos por [ilustración], es forzoso hablar de las sesiones que han motivado los proyectos de respuesta al mensaje del Presidente de la Republica.

Como ya todos sabemos de memoria las dos lindas piezas que han sido el angustioso parto del congreso, no repetiremos una sola palabra de lo que ya se ha dicho, de lo que ya se ha hablado, de lo que todo el mundo sabe; no, lo único que diremos en el asunto, es que si hubiésemos sido ministros lo

primero que hubiéramos hecho era no asistir a la sesión sino quedarnos esperando en nuestra casa o en el ministerio el resultado de aquella tan célebre resolución parlamentaria. I, dígame cuanto se diga no habría sido mejor para los señores Tocornal i Santa-María haberse ahorrado ese chubasco de impertinencias, ese racimo de inyectivas con que el senado protesta de la cobardía que manifestó en su respuesta?

Sobre todo ¿para qué asistir los ministros a una discusión en que es fuerza dejar a los representantes toda la libertad de acción i de expresión, que necesitan para que su voluntad i su opinión tengan la fuerza que requiere un acto de esta naturaleza?

Mas, a lo que es esto, tambien puede objetarse que ni el senador Ovalle ni el senador Mujica han estado tan cortos de jéno que digamos: nada de eso, los dos han gritado, se han enfurecido, i tanto que no solo parecia que estaban solos sino que estaban en su casa jugando malilla o politiagueando con algun protestante al gobierno de sus afecciones.

Pero tambien uno es dueño de decir lo que quiere, i en el tono que quiera, i mucho mas debe serlo un senador que puede decir de voz en cuello: yo soi la boca de la nacion; yo soi el órgano del sentimiento de mis comitentes.

Con todo, ¿qué de bocas fruncidas tiene el pobre pueblo para su defensa qué de labios herméticamente cerrados para la custodia de sus intereses?

El senado pues, se ha retractado de su moderacion aparente: se ha convencido de que debe ser claro en sus propósitos, ardiente en sus venganzas i hasta majadero en la esposicion de sus quejas.

¿I así querrá el señor Tocornal convencer con razones a la injusticia, doblar con la moderacion i la templanza a los que se ufanan de haber llevado al santuario de la lei las intrigas i las miserias del farsante político?

En resúmdas cuentas ¿qué es lo que ha querido el Senado al desdecirse de la risible moderacion de que ha saltado tan elocuentemente? ¿Quiere el conflicto, quiere la guerra entre los poderes públicos? ¿Acepta, dígame de una vez, la revolucion que, segun parece, quiere proclamar desde los bancos de la representacion nacional?

Cuando desde el asiento del lejislador se acusa a un ministerio en la dignidad, es porque se tiene o la seguridad de echarlo abajo por el miedo o la certidumbre de voltearlo por la revuelta. ¿A cuál pues de los dos lados se inclina el senado?

Diga su última palabra, suelte de una vez esa chispa que iluminará, segun el *Ferrocarril*, la pupila del ministro: asuma pues, la responsabilidad de provocar la ruptura entre los poderes públicos, i dígame de una vez al pais, que el partido monárquico quiere en nombre de la patria la ruina de la Republica, i en el suyo propio el esterminio de todos sus enemigos.

Pero no tomemos tan alto el cuento, no pidamos a la indignacion ninguna palabra descompuesta: no, hablemos el lenguaje de la risa, que es lo que conviene al negocio i al buen gusto del público: sí, riamos hasta mañana de los héroes por fuerza de esa trajicomedia, en que la impotencia i la injusticia han parodiado el lenguaje del patriotismo, i en que la verdad i la honradez han tenido que luchar cara a cara con la mentira hasta ensuciarse con el lodo de semejante contienda.

La Cámara de Diputados siquiera ha sido mas prudente, mas previsora i no ha querido cantar la palinodia como su compañero. En esto ha obrado muy cuerdamente, i por ello se conoce que sabe donde el zapato le aprieta, que sabe cuando debe aflojar, cuando debe tirar la piedra i esconder la mano. I cómo no habia de saberlo, teniendo allí un buen maestro de ceremonia, que sabe mejor que nadie cuando debe romperse el baile i cuando se necesita hacer parar la música.

Si la de senadores tuviese otro parecido al que tiene su hermanita, tambien lo habria hecho así; pero que diablo! los hombres como esos no se hallan en todas las esquinas.

Sin embargo, nunca estará de mas que le aconsejemos, que ya que no puede tener un *batonero*, a lo menos se busque un buen director de orquesta que sepa hacerlos guardar el compas para no salir cada uno por su lado dando pifia con su instrumento.—Ah! si viviera el viejo violinista Filomeno, qué

campo tendria para lucir su talento filarmónico! Verdad es que los violones le darían harto que hacer; pero a tado se aviene el hombre, decia Paganini, cuando se ha acostumbrado a las leyes del solfeo.

Entre las teorías entolójicas, admitidas como mas poderosas i eficaces para morijerar los apetitos i la voluntad rebelde del hombre, la que mas me gusta es la de Lullí, 'célebre recompositr que, como sabeis, brilló hasta el reinado de María Antonia.

Dice pues éste en una carta a uno de los filósofos, hablando de Gretry, otro famoso compositor «desengañémonos, el modo de suavizar los insíntos feroces i hacer perder su voracidad a los sentidos, es acostumbrar el alma desde temprana a las leyes de la armonía, es hacer que el corazon interroga i responda a cada una de las notas que se desprenden de los sonidos de una cuerda cualquiera, vibrada por una mano inteligente.»

Ahora bien, ¿no es de suponer que si los senadores hubiesen aprendido a tocar el violin desde chiquitos hubiesen sido mas acompasados en sus discursos, mas arreglados a panta en sus raciocinios, mas suaves, en fin, en sus inyectivas i en sus indelicadas?

Mas, cada uno tiene tambien su modo propio de matar pulgas; que para eso Dios ha dejado a cada cual el derecho de servirse del dedo que quiere. Esto dicho, i rechazando la doctrina del melómano, conformémonos con que ninguno de ellos sepa la solfa, i echémonos desde ahora a buscar quien pueda reemplazarlos con ventaja (lo que costará poco) en la nueva eleccion.

Ya sabeis que en la discusion de la lei de instruccion secundaria i profesional, la cámara de diputados se metió en un debate, o mejor en unos debates terribles, cuya solucion aún ha quedado pendiente; pero lo que no sabeis, i en lo que no os habreis fijado quizás, es en lo apretado de algunos de los artículos, como, por ejemplo, aquel en que se exige a los alumnos que sepan todas las lenguas, o en otros términos que se vuelvan unos políglotos como el cardenal Mezzofanti.

La ventaja es conocida ¿para qué hablar de ella? pero lo que está por conocerse es si Rousseau se ha equivocado, cuando dice que solo puede saberse bien una sola lengua, i que querer saberlas todas es pretender ignorar hasta la propia.

Lo que es por esto, aquí parece que fueseamos unos desafortunados políglotos, porque casi no hai uno que no esté divorciado a perpetuidad con el diccionario i reñido a muerte con la lengua de nuestros padres.

En este sentido, i teniendo por fuerza que hablar mal, creemos que la Cámara ha andado muy cuerda en exigir todos los idiomas muertos i vivos, para que así los golpes no se los lleve solo el pobre idioma castellano sino todos los otros, a los que parece queremos estropear por pura afición a las lenguas. Sí, señor hablemos todos los idiomas, en todos los dialectos, hagámonos orientalistas; pero no nos hagamos lengüicidas, que es lo que puede suceder muy bien al que codicia ser parecido al Espíritu Santo.

Hablando anoche con un profesor de idiomas sobre el asunto en cuestion, defame muy serio; pero lo que yo me toje a los señores diputados es que ellos exijan a los otros lo que no han aprendido, lo que no saben, ni podrán saber, a menos que no les bajen las treinta lenguas de fuego de la escritura.

En efecto, repíqueme, es un poco mas que dureza obligar a los alumnos a estudiar tantas lenguas; pero cuando ellos lo hacen, es porque saben lo que duele no saber ni siquiera traducir el Telemaco en el original. Si, amigo, dejéles usted que manden, que los muchachos irán aprontando desde hoy sus lenguas para contentarlos, i los padres de ellos una biblioteca, como la de Moussis, para que la lleven al colejio en los bolsillos.

¿I que decís del jurado que condenó a Vicuña Mackenna a 25 ps. de multa i quince dias de prision, por los insultos que escribió contra Bilbao? ¿Estuvisteis allí? Segun se dice, el acusado fué elocuente i el acusador moderado i elocuente, i los jueces mas moderados i elocuentes, pues solo aplicaron al infractor de la lei de imprenta el mínimo de la pena.

Lo que si no hemos podido ménos que estar en esta especie de jurado, es la manera de proceder en el modo de establecer la criminalidad, pues a nadie dejará de chocar, que para probar el acusado que no ha insultado a otro, le encaje en sus barbas otro largo protocolo de agravios, todavía mas fuertes que aquel de que se le acusa.

Lo que se quiere que hagan los jurados nó es decir si tiene tal o cual individuo razon para injuriar a otro, sino simplemente declarar, si el acusado ha injuriado o no la lei, así es acreedor a que se le declare inocente o culpable.

En este concepto ¿para qué toda esa lectura de cartas ofensivas que a nada conducen? O porque en ellas se le dice a uno, que es muy cierto que don fulano, con quien está en riña, es un bribon, debe no ser injuria la injuria, i por consiguiente la pena bajar hasta el último grado?

No queremos decir con esto que no celebremos que al señor Vicuña le haya tocado tan poca pena; muy al contrario, nos alegramosi deveras, de que el jurado haya sido tan parcimonioso; pero sentimos haya sido tambien tan olvidadizo de lo que es la esencia misma de esa institucion, que no es otra cosa en Chile que una pobre parodia de los jurados de Europa, pudiendo haber alcanzado ya una altura mas que mediana.

Mas ¿cómo pretender que todo camine, que todo siga esa lei del progreso constante, que todo avance, cuando a cada paso se pone una tranquilla en el camino, cuando a cada momento vienen nuestras miserias a ponerse como pantallas delante de los buenos propósitos?

A pesar de todo, talvez tengamos, i sin pronto, motivos para persuadirnos de que vamos errados. Mas ir muy léjos, ya se principia a decir que la Cámara de Diputados va a recoger su contestacion, alegando que es mejor no decir nada que decir a medias, i tambien porque se conforma con la que ha dado el Senado, que, en su sentir, no puede ser mas digna i atinada.

La persona que nos ha dado esta plausible nueva, se regocijaba del arrepentimiento, i nos decía: al cabo i al fin un *pequeño* bien dicho i con dolor lleva al cielo al pecador mas contumaz e incorreible.

Si, talvez con esto el Presidente de la República queda contento, i sino queda, quédale todavía a la Cámara el recurso de que se valió un conocido mio, que habia escrito una carta de desvergüenzas a un acreedor suyo que lo incomodaba.

Escribióle pues tres docenas de insultos; mas como supo que el otro lo iba a meter en un brete, se fué a su casa i le dijo: vengo, señor, por mi carta, i pido a usted no se dé por entendido de las desvergüenzas i haga como sino la hubiera leído.

Esto tambien nos trae a la memoria el cuento de aquel que pasando por una iglesia (en la que se pedía un peso para sacar una ánima del purgatorio) sacó de su faltriquera un duro, i echándolo en el platillo del recaudador, se entró en ella diciendo: pues salga mi madre! A la salida, que no se hizo aguardar sino dos minutos, encarándose con el que recojía la limosna pregunta nuestro generoso: ¿habrá salido ya mi madre? Como no, señor, ya a estas horas estará causada de estar en el cielo. Pues si ha salido, replica entonces el tuante, poniendo su mano en el platillo, venga mi peso que yo lo necesito! i vamos marchando. Diciendo así, alejose ufano de la iglesia, i los colectadores de las limosnas permanecieron estáticos sin poder decir otra cosa que ¡miren ese hombre! ¡miren qué hombre!

¿No podria bien i muy bien aplicarse el cuento a la cámara, pregunto yo? ¿No podria decir ella: pues que he soldado mis desvergüenzas, venga mi contestacion que ya no se necesita?

Esto cortaria evidentemente el conflicto en que ya nos vamos metiendo, i en que nos meteremos mas, a consecuencia de lo complicado que van siendo nuestras relaciones estereotipadas.

Es fuerza pues, zanjar de una vez estas dificultades intestinas, para poder hacer frente a Bolivia, que por boca del Jeneral Achá quiere declararnos la guerra por la miseria de ese vil ingrediente que sirvió para dejar tuerto a Tobias.

La cosa es seria, i no puede ménos de serlo: los bolivianos, aunque no tienen mas que un puerto, bien pueden salir por el sino le trancamos la puerta.

Si, pues aun cuando tengamos al vaporcito Maipo, dando vueltas por Cobija para no dejar salir ni boliviano ni boliviana, ¿no podrá bien suceder que en uno de los viajes que hiciere para avisarnos que no salia nadie, se saliesen todos los bolivianos, i nos halláramos una mañana con un ejército llovido del cielo? En este supuesto, lo mejor es no recoger el gaunte, no agrair los ánimos, no mandar al Maipo, no recoger el humo de Mejillones, devolvérselo i decirles: puesto que ustedes pelean por esa futilidad, ahí va esa porquería de que los queremos a ustedes librar para que no se ensuciasen las manos.

Si esto no sucede, nos quedaríamos cuando ménos diciéndonos desvergüenzas como esos loros que se están llenando de injurias desde la jaula, para risa i entreteimiento de los transeúntes.

La llegada del señor Frías, sujeto a quien reconocemos todas las prendas que acen estimable i respaldado al funcionario público, es una garantía, sin embargo, de un acomodo feliz entre los dos gobiernos. En el terreno de la discusion bien puede darse de una vez remate a este enfadoso asunto; es poniendo cada pueblo sus derechos i la manera como ha logrado sostenerlos, vendrán al cabo a entenderse, poniendo así un punto final, que es lo que todos desean, a una cuestion que entorpece la armonía que debe desearse entre dos pueblos hermanos.

Pero si el señor Frías pondrá, como se nos figura, todo su talento diplomático en arreglar amistosamente esta querrela, no lo ha puesto el defensor de don Javier Rosales en la contestacion que da al *Araucano*, con motivo del artículo de éste que vió la luz en el *Ferreocervil* de ahora dias.

No queremos decir, ni lo diríamos, que don Javier Rosales no es acreedor al empleo que ocupa, no, porque si tal dijésemos, cometeríamos una injusticia i contrariáramos lo que nos dice nuestra conciencia. No, lo que decimos es que su defensor, por hacerlo aparecer como sin agarradero para la crítica, le cuelga dijese de que seguro no le pertenecen.

En el asunto del jóven don Federico Gana, supónese a Rosales una injerencia que en realidad no tuvo, i que no podia tener, atendido a que Chile tenia al frente de la legacion al digno Almirante Blanco, que de ninguna manera hubiera permitido hacer a otro lo que era de su resorte.

Es sabido que el principal servicio que el citado señor Gana debió en el particular a Rosales, no fué otro que el indicarle éste el abogado que debía defenderlo en la causa criminal que se le seguia, i a quien pagó bien caro su *pico de oro*.

Fuera de esto, i de los que privadamente don Federico pueda haberle merecido, no creemos que don Javier Rosales haya hecho otra cosa en favor suyo.

Sobre todo ¿qué injerencia podia tener en este asunto el señor Rosales, simple particular entónces, habiendo un ministro acreditado en aquella corte?

Por otra parte, no hai uno solo de los chilenos que han estado en Paris, que no sepa que si aquel logró escaparse de la sentencia que le condenaba, no fué sino por los empeños del Jeneral Blanco, a quien el emperador quiso dar esta muestra de aprecio. I tan marcada fué, que el mismo señor Rosales, cuando supo el fallo de los jueces, aseguraba que ni el mismo Napoleon podia ya librar al acusado de sufrir su pena.

En este sentido, el consejo o recomendacion para la eleccion de abogado, o cualquiera otro de esos servicios que presta siempre el que se halla rodeado de relaciones, al individuo de una familia que ha conocido, i que se halla en tierra estraña, no son, ni pueden ser equiparados al que recibió el señor Gana de nuestro ministro, quien no dejó de hacer cuanto estuvo en su mano para obtener la gracia que solicitaba.

Los mismos chilenos se asombraron del resultado feliz que hemos dicho, i todos ellos están convencidos, de que sino hubiera sido por el jeneral Blanco, a quien prestaban los minis-

tros una notable deferencia, no habria podido ménos el jóven Gana que sufrir la sentencia que ya le estaba decretada.

Si es así, ¿para qué cargar a uno con las obras de otro? ¿Para qué anular la responsabilidad de un funcionario público, i entregarla toda entera a un particular que, aunque lo hubiera querido, no habria podido asumirla? Hartos títulos tiene el señor Rosales para que se le estime, para que se juzgue que la eleccion que ha hecho en su persona el ministro Tocornal es acertada: bastantes los motivos para confesarle su idoneidad como ministro de Chile en Paris; pero no por eso debe suponersele, como ya lo hemos dicho, favores que no ha prestado aunque lo hubiera deseado con su alma.

Las defunciones que hemos tenido en estos dias han sido numerosas i sensibles. Una de ellas la del R. P. Donoso de la órden Mercenaria ha sido un golpe para todos los pobres que imploraban siempre su socorro sin ser jamas desatendidos. Verdad es que su reverencia los atracaba de pan quimagogo siempre ménos sustancioso que la buena carne; pero al fin i al cabo él ponía, a mas de todos los beneficios de su ministerio, todos los esfuerzos de la ciencia, todos los consuelos del *Le Roi* a cuya administracion se habia consagrado por pura filantropía.

Cuéntanos una de las personas que vieron a nuestro padre, que pocos momentos ántes de morir decia a sus amigos: no crean que el pan quimagogo me mata, no, nada de eso; pero si me muero por casualidad, no será sino porque mi enfermedad es un caso que, estoy seguro, no ha sido previsto por *Le Roi*.

¿Esto si que se llama fé en la medicina! ¿Si sería Mr. *Le Roi* pariente de don Manuel Montt, por aquello de estarse uno muriendo i todavía estarle confesando un poder medicinal infalible?

Pero descansen en paz el honorable sacerdote a quien hemos nombrado, i floremos todos a la par que su pérdida, lo no ménos terrible de haber visto sepultarse con él a la primera de las medicinas. ¡I no vendrá dia en que tambien suceda lo mismo a la homeopatía!

Se corre que los padres agustinos han mandado a los señores senadores de la respuesta dos azafates de naranjas i algunas botellas de aloja, en felicitacion de la elocuencia que usaron en la discusion con el Ministro. Si esto es verdad, los padres han tenido buen gusto: lo único que falta es que los encomienden a Dios en sus oraciones, i hagan algunas mandas para que sus señorías no salgan tan pronto de donde se hallan.

Si hacen *Te Deum* solemne, mejor: la causa que defienden no solo merece eso sino mucho mas. Reciban pues los padres desde ahora nuestro agradecimiento.

¿I qué decis de Barainca? Llama *detractores* a todos los del «Condor», los amenaza con un jurado. ¿I sabéis por qué es toda esa rabia? porque un colaborador le dirijió unos versos en el metro de su preferencia. Miren que Barainca enojarse por eso, i llamarnos, como Bilbao a Vicuña, *detractores, calumniadores*, por tan inocente jargueta.

Para que veais, sin embargo, lo que puede el chicote sobre las musas, casi estoy por copiarlos los versos que nos espeta; pero no lo haremos, contentándonos por ahora con pedirlos le rezéis un Padre Nuestro, que bien lo merece esta ánima bendita.

Ya que hablo de ánimas i de rezos, bueno fuera tambien que los comisionados para colectar el dinero que debe socorrer a los mejicanos, si es que la Francia llega a hacer imposible nuestro socorro, en vez de devolverlo, tuviesen la buena idea de mandarlo decir en misas por el alma de los sufragantes.

Advertan, que no es la primera vez que un responso ha cancelado una cuenta.

A propósito de las caricaturas, dice nuestro editor que tal ha sido el número de los descontentos i tal lo acrecido de las exigencias, que casi ha estado por suprimirlas. Sin embargo,

creo que no debe suspenderlas, atendido a que el pueblo, que es el que paga, sean ellas como fuesen, encuentra siempre gusto en esta inocente tontería.

Sobre todo, si ellas son malas, si a nadie retratan, si no tienen chispa, no hai mas que guardarlas para envolver aluzema: para que debe costar, por cierto, mui poco a los que las reciben.

Por otra parte, si fueran buenas, si llevasen intencion satírica, ¿no se diria que el tiempo no estaba para bromas, i que bien podrian irse a jugar con tierra los impertinentes hacedores de garabatos?

Es cierto que los pinceles
De nuestras caricaturas
No son los que tuvo Apéles
Para pintar hermosuras.

Pero tambien ¿qué pintor,
Fuese Rafael o Ticiano,
Pudiera hacerlo mejor
Con pueblo tan inhumano?

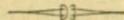
Que pide bueno i barato,
Pagándolo mui mezuquino,
I quiere que el dibujante
Se mueva el Dominichino.

Siendo así, que no se entone,
I reciba amable i fino
En vez del Dominichino
Cróquiz de Domenichonne.

Esto tambien añade el editor, i creo que es bastante para satisfacer a los que tan melindrosos se muestran con sus pobres caricaturas.

Sin embargo, pocos hai de los que critican que quieran suscribirse, para poder siquiera hacer escusable su regodeo. ¿Habrán paciencia? ¿O quieren que seamos como *el sastré del campito* que ponía el trabajo i el hilo? Oh! eso ya sería demasiado; pero.... punto en boca.

JUAN DE LAS VIÑAS.



Logogrifo.

Si a mi primera, que es revuelto *Ovillo*,
Quisieses colocar tan solo un *alle*,
Tendrás por artificio tan sencillo
Un senador rabioso en cada calle.

Luego, si por segunda le añadieses
Otro estrado de baston i chupa,
El idolo tendrás de las mujeres,
I de la plebe que a su voz se agrupa.

Mi tercera no es tal, es hacendado,
I *capellan castrense* por mas señas;
Habla corto, no dá, vive agarrado
A Montt como las ostras a las Peñas.

Mi todo, en fin, es terno, i no mui tierno,
Para una *trinidad* en los partidos;
Búscala pues, lector, i habrás sabido
Lo que es una *entidad* para un gobierno.



DISTRIBUCION DEL SOBANTE.

Aunque se diga que hai déficit, yo digo que hai sobrante.



DESPUES DEL DECENIO
¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!...

GALERIA DEL CONDOR.



Contestacion al Mensaje. — Drogas politicas.

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Julio 5 de 1863.

Núm. 4.

Solidaridad gubernativa.—Pretensiones de los partidos.

Sabido es que la prensa, para escudarse de la inconsecuencia con que puede agoviarse el buen sentido, ha dado en sostener que la marcha del gobierno se debe solo a la accion del jefe supremo, desligado absolutamente de la que deben prestarle, i le prestan en realidad, sus secretarios.

El camino, dicen, que sigue el gobierno del señor Perez es el trazado por la razon i la justicia: sus pasos hasta aquí han sido dirigidos con prudencia i tino; la prosperidad del pais será forzosamente el resultado de esta accion gubernativa tan sanamente dirigida.

Sin embargo, el reverso de estas proposiciones que podian mui bien servir de medallon digno de conservarse como objeto de gratitud i respeto, es, por una inconsecuencia inalficible, la negacion absoluta de todo trabajo i miras elevadas en los hombres que entraron a formar el ministerio de julio.

Aparte del contrasentido que a primera vista abraza esta injusta apreciacion de los negocios públicos, envuélvese un desconocimiento tan completo de lo que es un gobierno, de lo que son sus elementos, de lo que es su modo de obrar en la esfera del poder que le está trazado; que seguramente no costará mucho trabajo colocar las cosas bajo el punto verdadero de vista en que deben apreciarse.

Quando se dice que un gobierno sigue una marcha afinada i legal, quando se confiesa que los medios de que se vale para dar cima a su plan de conducta no son otros que los que estrictamente le marca la conciencia de sus deberes, es imposible suponer que todo este trabajo se debaa una sola entidad gubernativa, con exclusion de todas las otras que estan llamadas a ayudarse i robustecerse mutuamente, o mejor a formar el conjunto de elementos indispensables en todo sistema de gobierno.

Si se tratase de una monarquia despótica en que la voluntad de un monarca absoluto es la que todo lo domina, i a cuyo imperio se someten todas las otras, haciendo converjer sobre ella toda la responsabilidad del gobierno, podria ciertamente decirse que en la marcha de los negocios atinada o desacertada, firme o vacilante, progresista o retrógrada, el capricho o la voluntad del monarca era lo único que podia servir de mira para la alabanza o la censura.

Con todo ¿quién se atreveria a desligar la accion de sus secretarios en todos aquellos actos que por su trascendencia afectan a la jeneralidad, acreditando por esta razon el resultado de una accion gubernativa sabia o torpemente combinada?

Hasta en el mismo reinado de Felipe II de España, tipo el mas acabado del monarca absoluto podria sentarse que la firmeza de aquel gobierno, que la vijilante solicitud por la conservacion del catolicismo, que tanto distinguió a

aquel periodo glorioso de la historia española, fué la obra esclusiva del rei o el resultado de sus solos esfuerzos en la administracion de la monarquia? ¿No les asigna la historia a sus secretarios de Estado un lugar mui preferente en toda aquella política que sobresalió por su carácter propio i majestuoso entre todos los demas gobiernos de Europa?

Trabajó solo el monarca en la tarea de sostener la cristiandad? Fué sola su voluntad la que se vió lucir en el continuo propósito de aniquilar el protestantismo, que detestaba la España toda como un elemento disolvente de la grandeza de todas las naciones? Antonio Perez, el Pitt de aquella grandiosa centuria, tambien podia ciertamente reclamar alguna parte en la gloria i en la vergüenza de aquellas gigantescas maniobras: tambien el circunspecto i tímido don Rui Gomez podia pretender la alabanza o la reprobacion de muchos de aquellos manejos, en que la mano real ocultaba con su sello muchos propósitos distintos, muchas contradictorias aspiraciones, muchos vastos planes en que no solo la cabeza del monarca habia tenido que luchar sino en los que se veia bien claro i patente el conjunto combinado de muchas voluntades. Ni toda la gloria que se me da en la diplomacia de la Europa es mia, ni toda la reprobacion me pertenece esclusivamente, decia Metternich al principe de Conitz, decia mui bien, pues ni los monarcas Austríacos podian dejar absolutamente el timon del estado a sus favoritos, ni ellos guardar para sí solos toda la inmensa responsabilidad del sistema de su política.

Si de lo grande pasamos a lo pequeño, si acortamos la escala de nuestras reflexiones, aplicando aquellos modelos a los que puede ofrecernos la política de un pais jóven, pobre, i en el cual ni el despotismo ha podido tener base incontrastable en que apoyarse, cuanto no podiamos decir en nuestro abono; i eso que el tiempo en que la lei no era mas que un espantajo o mas bien un complaciente padrino para encubrir todas las iniquidades no está todavía por desgracia mui lejos de nosotros.

Contrayéndonos al motivo principal de nuestro artículo ¿quién hai pues medianamente sensato que pueda creer en que el Presidente Perez gobierna solo sin prestar a sus secretarios la menor iniciativa en la política que sigue? ¿Podia alguien concebir este absurdo, viendo cada dia desarrollarse un sistema en que para nada entran las pasiones del hombre sino pura i simplemente los dictados de la razon i la justicia.

Con todo, la prensa enemiga para paliar su inconsecuencia o lo desacertado de sus injusticias, esclama:— vamos bien, el gobierno del señor Perez es legal, justiciero, honrado; pero el señor Tocornal como primer Ministro alarga su accion, contraria la benéfica tendencia de la política del jefe del estado, pervierte en la misma fuente el bien, e imprime a los negocios ese sello de mezquindad i rastroeria que empaña el decoro de la administracion i envilece el nombre de la república.

Pero, antes de todo, ¿cómo se concibe ese antitesis tan original? ¿Cómo se entiende ni puede comprenderse esa manifiesta contradicción de principios, esa chocante oposición en las mismas ideas que sirven para formar el juicio?

Sobre todo, si el señor Pérez sigue una política noble, conciliadora, legal, honorífica, como se la llama ¿cómo es que el ministro Tocornal al targa con su influencia maledica esta misma política hasta el caso de cambiarla en desdolorosa para el gobierno que sirve i envilecedora para la nación a quien gobierna?

Por otra parte, si este sistema contraría el bien o lo rompe en su origen, como ya se ha dicho ¿a dónde está entonces esa marcha que se alaba, dónde esos propósitos que tanto se enaltecen i dónde, en fin, la gratitud que nos merece el jefe del estado?

Pero nada de esto que se dice se piensa, nó: lo único que se quiere es hallagar el amor propio i las pasiones del Presidente para que no reprobue la desleal conducta que se guarda con sus ministros: para que no ataque a los que se llaman liberales con las mismas armas con que éstos hirieron a la administración pasada i sobre todo, para que engañado (como si S. E. pudiese equivocarse hasta ese grado) rompa de una vez la armonía que existe entre los que componen el gabinete, obligando así a hacer dimisión de sus carteras a los buenos patriotas que lo acompañan con perjuicio de sus intereses en la pesada tarea del gobierno.

¿I por qué no hablar claro si esto es lo que se quiere? ¿Para qué recurrir a la doblez si la franqueza, aunque sea en el odio o en la ambición, disculpa mejor que esas retenciones hipócritas lo vehemente de las pretensiones i lo desacertado de las malas tendencias? Sin embargo, la prensa ultra-liberal ha tomado este camino, porque espera que el presidente de la república, atisgado al fin por los obstáculos que le opone el partido montt-varas, se eche de una vez en brazos de sus primeros corifeos i rompiendo insensatamente con toda consideración, i atropellando hasta su misma conciencia, se entregue temerario en ese revuelto océano de ambiciones contrarias que se le ofrece con tanta astucia para hacerle perder el dominio de la nave.

Mas, aun cuando el jefe supremo quisiera patrocinar ideas exajeradas de reforma, aun cuando se propusiese, sin contar para nada con los antecedentes de la república, abrazar esa senda de espinas a que se le empuja en nombre del patriotismo ¿dónde están esos hombres, preguntamos, a quienes se pueda llamar como pilotos experimentados, i en cuyas manos se pueda librar sin miedo la brújula i el timon en mares tan procelosas?

Si el partido ultra-liberal nos ofreciese como modelo de organización sus tentativas en el pasado, si sus combates contra la tiranía, siempre vencedora, pudiesen ser propuestos como garantías de triunfo sobre la discordia i como un antemural en que se estrellassen indefectiblemente las facciones que ahullan rabiosas a la vista de la presa disputada; si nos contase sus derrotas i sus lágrimas como títulos a la confianza pública, i nos probase que la revuelta mescolanza de aspiraciones i proyectos de que ya ha hecho tanta gala, son elementos capaces de encadenar las pasiones, de concluir con las exigencias de los partidos i sobre todo, indispensables para asegurar una política firme sin crueldad, honrada sin flaqueza i justiciera sin hollar la justicia de nadie; entonces, no lo dudamos, el Presidente de la República bien podría sin ser tenido por un insensato, abandonarse al empuje de sus deseos, descansando en la idea consoladora de un

progreso i una ventura tan allagüeños para todos, como seductores para sus naturales instintos.

Pero ¿dónde está la prueba de todo eso que se le pide? ¿En dónde la sancion del pueblo a todas sus tentativas? ¿En dónde la aprobación a todos sus manejos, a todos sus proyectos, a todo ese conjunto de disparatadas protestas contra el horror de un gobierno que así rompió el derecho i la justicia en el ciudadano como mancilló la efigie de la lei, a quien buscaba para que le prestase su apoyo en la sacrilega tarea de manchar lo que ella misma protege i escuda? Sobre todo, el partido ultra-liberal ¿dónde está, dónde reside? ¿Cuales son esos rejimientos de partidarios en que se afianza, esos elementos de orden i seguridad sabiamente combinados que se descansan? ¿Dónde esa opinión que lo favorece? ¿Dónde esas luces, esa sagacidad que deben invocarse en el apuro, que deben obedecerse en el conflicto?

Los hombres verdaderamente liberales saben muy bien hacer diferencia entre unos pocos que deliran i los muchos que razonan: entre los que piden con el puñal en la mano i los que solicitan el bien, dejando a la conciencia del mandatario conceder o no lo que desean.

Desde que el señor Pérez subió a la presidencia ¿qué no se le ha pedido? ¿qué no se le ha aconsejado? ¿qué no se le ha dicho, qué cosa ha dejado de ponerse en planta para hacerlo variar de conducta? I sin embargo, la pauta seguida por él desde los primeros momentos era capaz de enfrenar en el corazón de los partidos todas esas luciferinas aspiraciones, contentándose todos, así falsos amigos como verdaderos, con la esperanza de poder verlo mañana obrar el bien del país sin obstáculos, i después de conseguido este beneficio hacer cada uno para sí valer los títulos en la consolidación de la felicidad pública.

Los montistas cuando se desengañaron que la subida del señor Pérez al poder no podía ir acompañada de esa política torticera que habia ensangrentado al país, de ese cúmulo de manejos indignos de un poder supremo, que tan irrisoria i odiosa habia llegado a hacer para todos a la primera autoridad de la república; debieron esperar racionalmente sino persecución al menos la pérdida de los beneficios que gozaban contra todo el voto de la opinión. Debieron pues esperar perder sus empleos, perder su influencia i, si se quiere, hasta ser desterrados del palacio en donde por diez años no se dió entrada a ningún hombre de bien sino solo a los que se ofrecieron como amigos decididos para conyugar en tan funesto sistema.

¿I qué hallaron, se preguntan todos, asombrados de tanta magnanimidad en el que debia haberlos ahuyentado de todos sus puestos, desemeñados muchos de ellos sin honra propia ni menos para la conveniencia pública? ¿Qué hallaron? Encontraron tolerancia, i no tolerancia que ofende como el perdon de un enemigo poderoso sobre otro a quien juzga indigno de medir sus fuerzas con él: nó, hallaron disculpa, comedimiento, consideraciones que bien podian haber compensado en parte lo que perdian, i por las que debieron haberse manifestado, sino sostenedores i amigos (porque no se les pedía su cooperación ni su afecto) al menos no tan descarados ni violentos enemigos.

Pero ¿qué! ¿cómo podía el bando que habia imperado soberanamente sobre la ruina de todos los demas, conformarse con este solo beneficio, estando persuadido que el gobierno del estado es su patrimonio, i que la suerte lo ha colocado en esta situación para nuestra bendición i bienaventuranza? La gratitud pues que debieron manifestar, se convirtió en solapada aquiescencia, en finji-

dos miramientos, trasluciendo bien claro bajo las carantoñas que hacían arderamente al jefe del estado, la actitud hostil, la malquerencia profunda, que solo el amor propio emponzoñado con la derrota podía sustentar tan mal encubiertas.

A pesar de esto, los montistas no tuvieron un solo motivo verdadero de queja: muchos de ellos, como lo hemos dicho, conservaron sus empleos, i aun los conservan todavía: todos, en fin, se han hallado hasta hoy sino aceptados como amigos, no rechazados como adversarios. Pues bien, a esta conducta tan escesivamente noble i jenerosa, i capaz por sí sola de doblegar cualquier resentimiento, por fuerte que fuera, se ha ido pagando lentamente con la enemistad mas aviesa, con la perfidia mas cruel, hasta el caso de reventar violentamente hoy en hostilidad abierta por medio de un proceder que parece desafiar impávido los rayos de la justicia.

Cuando se vio que el jefe de ellos tenía la rara abnegación de abdicar de sus pretensiones, abandonando la presidencia que se le ofrecía para asegurar la duración de la política pasada, dijéronse todos—en ese hombre hai patriotismo, en ese hombre hai algo de noble, de esforzado, que bien compensa lo que ha hecho padecer al pais por la tenacidad de su política.

Fiados en esta misma conducta, digna por cierto de alabanza, i mucho mas en un hombre a quien no se puede negar un talento i una virtud privada muy altos i resplandecientes, no hubo uno solo que creyese que el bando que obedecía al mismo que quebrantaba su ambicion en aras de la felicidad pública, pudiese levantar la voz para desdecir con sus obras toda aquella grandeza i magnanimidad de que se había dado tan rara como inesperada prueba. Con todo, la pasión ciega, la pérdida del bien vuelve loco, la esperanza frustrada desespera, se enfurece; i sin miramiento ni temor de deshacer lo que se ha hecho, de desdecirse de lo que se ha dicho, nos dejamos arrastrar por la cólera soltando en el camino los trozos de esa túnica misma de pureza con que encubrimos nuestro desprecio i con la cual arrancamos aplausos de la inocente credulidad de los buenos.

¿I no es una verdad lo que decimos? ¿Hai por ventura un solo montista que pueda negar que todo el desprendimiento de su jefe se ha concluido completamente, desde que éste mira complaciente o tolerante el rumbo que sigue su partido contra el gabinete?

¿O puede suponerse que en esa hostilidad inaudita i escandalosa de la Cámara no está oculta la mano que los organiza i los empuja? ¿Podría ese partido, organizado como se mira, obedeciendo ciegamente a la estricta disciplina que el poder de su jefe ha logrado imponerle, proceder sin su consentimiento, obrar sin su auencia suya, sin recibir primero el quien vive! i mucho mas en una contienda tan azarosa como la que ha emprendido? Si obra solo, si sigue únicamente sus instintos, si ha roto la consigna, si se ha hecho rebelde a la imponente autoridad que hasta aquí lo ha sujetado, ¿cómo es que no se explica al instante esta conducta, i se arranca la bandera de las manos de los que la muestran todavía como un estandarte de combate i de triunfos?

Si, por el contrario, el partido que hemos nombrado obedece la lei que se le impone, cumple con el credo político que ha profesado, i se resuelve a arrebatar lo que ha cedido, ¿cómo es que se pretende todavía paliar este negro proceder con otros nuevos i mayores desmanes, con otras nuevas i todavía mas flagrantes inconsecuencias i contradicciones?

Sin embargo, el plan no es acertado: muchos de los

mismos enrolados en sus filas estan prontos a desertarse: nunca una mala causa ha tenido los mártires de la que lleva el sello de la fé i de la pureza.

Pero, sobre todo, lo que parece mas estraño, lo que no puede comprenderse es esa tenacidad en echar abajo un ministerio, que por su naturaleza i sus antecedentes es el único que puede asurgarles respiro, el único que puede garantizarlos no ser atropellados por la pasión, como lo serian si cualquiera de los demas bandos políticos se entronizase esclusivamente en el poder, i tuviese que ser contrarrestado en sus miras como lo es el gobierno en este momento.

En efecto, ¿qué suerte podría esperar el montt-varismo que alienta todavía, como esas luces que al espirar derraman toda esa fuerza de claridad que parece agotar hasta el último rayo de vida que han tenido?

Puesto cara a cara con el partido liberal a quien debía rendir estrecha cuenta del pasado: frente a frente del bando a quien ha hollado su descanso, a quien ha perseguido, a quien ha insultado no solo en el pundonor del individuo sino hasta en la cantidad de la causa que aquel defendió con su sangre, ¿qué podría prometerse en la refriega? cómo rehuir el bulto a la presión en que tendría que ser aplastado necesariamente?

Mas de nada se cuida quien desea morir batallando: quédele pues, si quiere, la triste gloria de lanzar su último quejido en medio de las maldiciones i de la cólera; pero no por eso parodie el carácter del que defiende una noble causa; pero no por eso alze la voz, pidiendo a la justicia su acento severo ni a la razón ese imponente semblante que hace bajar los ojos a la sinrazón i a la injusticia.

Probada la actitud del partido Montt-Varas, establecido en toda su luz el papel que asume i colocado asimismo el ultra-liberal en el que le corresponde por sus antecedentes i la posición en que ha querido colocarse habrá alguno que estrañe que la política del gobierno se haya separado de ambos extremos, adoptando un sendero neutro, colocándose en una situación en que los combatientes, por pertinaces i encarruzados que se presenten, no pueden herirle en el corazón como lo pretenden con tanto ahínco?

Sin embargo; hai quien pide no conciliación ni templanza, sino rigor; no medias medidas sino decisiones fuertes en que nada se deje que esperar a los combatientes, en que nada quede a los vencidos.

Si, todo eso sería bueno, si la política que se quisiera establecer fuera exclusivamente el predominio de tal o cual sistema, la victoria de tal o cual bando, el esterminio de estos o de aquellos individuos: si, todo eso estaría bien, si el que tiene las riendas del gobierno quisiese hacer de la República un vasto cementerio que llevase solo por inscripción—aquí yace la república, desmaltada en sus hijos, mutilada en sus aspiraciones, por solo el placer de sentarse sobre el monton de sus ruinas!

Ahora pues, si el gobierno no puede darse al partido Montt-Varas, porque sería atacado por la opinión que le favorece unánimemente con su voto: ni tampoco puede entregarse al bando que proclama la licencia por enseñanza, el progreso por anzuelo de pesca i la reforma como escudo del atropello i la violencia ¿qué partido le queda que seguir?

¿Estirpar a uno, matando en sus principales cocifeos a la revuelta producida por el trabajo incesante de reaccion? Matar en otros los alientos de una vitalidad vigorosa que bien dirigida ayudaría la acción del gobierno,

movido por la sensatez i la reserva de la posicion que se supone le es consiguiente?

Triste sería romper por pura rabia, por pura falta de patriotismo los jérmenes del bien que el mal muchas veces ofrece a la mano del que está en el caso de aprovecharlo; sí, triste i mui triste es desgarrar el seno de la patria, sacrificando en unos el odio i la supercheria i en otros la impetuosidad i el delirio. Si no se puede contar con el voto de todos, que tal es el dolor de los que gobiernan; si no es posible dar gusto a todas las exigencias, complacer todas las ambiciones, suavizar toda la acrimonia que llevan en sí las susceptibilidades heridas o enfermas de la hidrofobia del poder; al menos que no se destruya la luz en el foco de donde emana. Si ilumina un fondo sombrío i siniestro déjesele al menos que lleve tambien su moribunda claridad al sitio donde converjen i deben converjer todos los rayos que hace necesarios lo enmarañado de la senda del gobierno.

Gobernar, hemos dicho ya, no es oprimir, no es matar: gobernar es hacer el bien, utilizando los proyectiles que se tiran al rostro de los que mandan: haciendo armas de defensa de las que han sido lanzadas contra ellos como rayos de muerte.

En este concepto, la política de conciliacion que atacan los bandos que disputan la iniciativa o el dominio de los negocios públicos léjos de ser combatida por la opinion pública como ineficaz, es aplaudida por todos como la mejor con que se pudiera hacer frente a enemigos que por sí solos quedarán mañana fuera de combate. Cuando el mal hace crisis, cuando la naturaleza elimina el principio deletéreo de la enfermedad, la tarea del médico se reduce a dejarla verificar por sí sola la curacion. Fundados en esta idea, celebramos que a la violencia del enemigo se oponga la templanza: que a la injuria se responda con razon, i a la intriga i la impostura con las armas de la verdad i la franqueza.

Los que han sabido mirar las cuestiones, los que han logrado darse cuenta de los sucesos, asignándole a cada uno el valor que les es debido, al paso que han aplaudido esta conducta, hálanla considerado como el resultado de la combinacion que ofrece el gabinete que tan descañelladamente se trata de hacer venir al suelo.

Amalgamadas en una, diversas entidades, uniformadas en sus buenos deseos i mui santos propósitos de hacer el bien general, los hombres que asumen hoy el mando ofrecen al pueblo esa armonía que sabe arrancar de cada elemento la fuerza de accion que es necesaria para constituir la vitalidad del conjunto, que es el que debe imprimir la marcha a los sucesos, i el que debe resistir a la fuerza de destruccion que equilibra la accion resistente que está envuelta en todo gobierno.

Sin embargo, los mismos que gozan este beneficio reniegan de la causa que lo produce, i atribuyendo la marcha del gobierno solo a la benignidad del jefe supremo, coartado por la rémora de sus secretarios, establecen como doctrina que el gobierno del país está solo confiado a la buena voluntad de uno solo, rota o impedida por los mismos auxiliares que espontáneamente se ha buscado para su tarea.

Si esto fuese cierto, es decir si el gabinete actual contrariase las disposiciones del Presidente de la república, no necesitaba la cámara ni menos la prensa enemiga revelar este secreto al señor Perez para deshacerse de sus secretarios.

Cuando se ha visto que los sostiene en medio de la encarnizada contienda a que lo ha provocado el mont-varismo en el ejercicio de la lei i el partido ultraliberal por

el órgano de su pensamiento en Valparaíso, es forzoso suponer que el jefe del estado está seguro de llevar a cabo con los ministros que lo acompañan la resolution de todos los conflictos que se le ofrecen. De otra manera ¿por qué habia de removerlos? ¿Cóncebese, por ventura, que pudiendo separarlos no quisiese pasar por la pena de verse a cada instante contrariado en sus buenos deseos, alestargado en su actividad, humillado en la dignidad de que ha dado tantas muestras i por la que debe estar ufano hasta el día?

Nó, el Presidente de la República no quiere ni pretender asumir solo la responsabilidad de los actos gubernativos, ni menos robar la gloria que cabe a sus ministros en la feliz cooperacion que le prestan para hacer frente a la situacion i dominar con la lei a sus adversarios. Si gobernase solo, no gobernaría: si gobernase esclavo tampoco gobernaría por un momento tan indigna servidumbre.—Cuando ha proclamado a la lei por norma i a la justicia por protectora de su administracion, su personalidad ha desaparecido: sus pasiones sellándose en aquel santuario que el hombre honrado no puede profanar cuando no representa intereses propios sino los de la comunidad que está confiada a su prudencia.

Siendo así ¿cómo no hacer solidario el trabajo, común el peligro, fraternal la causa, i mas todavía los reveses i los dolores?

En vano pues se quiere aislar la accion del primer mandatario: inútil constreñirla al individuo, i mucho mas, estamos seguros de ello, hacer entrar a su gobierno en esa via de represion, de dureza i de partidos estremos que le aconsejan artificialmente todos los bandos políticos que le son adversos, i a la que titulan *política vigorosa, política decisiva* para cubrir los instrumentos de guerra que van envueltos en tan sonoras palabras.

En resumen ¿a qué quedan reducidas las quejas i las pretensiones de los Montistas? A qué no se les atiende, a qué no se les llama, apesar del odio de que son victimas, no obstante el terror que inspira su política desde Atacama hasta Magallanes.

¿A qué los del partido ultra-liberal? A que no se le dice: ven, todo es tuyo, persigue, reforma, vence, destruye, que el país por una teoria hermosa, por un sueño hijo de la fiebre, debe sufrir el martirio i cambiar su alba vestidura de contento i esperanza por la mortaja del desengaño i de la muerte.

Los mismos que esto desean, si hubiesen vivido en la antigua Roma habrían desgarrado el seno en que fué enjandrado el jeneroso Británico, olvidando que se puede recibir el bien sin cegar la fuente que lo destila, i sobre todo que en política no hai nada inútil, cuando se sabe utilizar hasta las ruinas de los partidos para levantar el edificio grandioso de la patria.

Si se les escuchase, en fin, ¿a qué quedaría en último resultado reducida la tarea del gobierno? A destruir una parcialidad, a sofocar otra, a levantar otra nueva, i a realizar con este ejemplo en la política el propósito de Claquin, poniendo al bastardo de Trastámara sobre el cuerpo de su hermano para que le enterrase la daga en el pecho.

Los que queremos el bien no queremos la ruina de nuestros hermanos: el gobierno debe como el padre de la escritura recibir al hijo prodigo; Dios señala a sus enemigos este camino. Pero no será así, que los Edipos políticos son i serán de todos los tiempos, mientras que el bien universal no se mire como el primer principio religioso del hombre i la patria como la única divinidad a quien adore.

Escándalo parlamentario.

En nuestro número pasado no solo dimos cuenta de lo acaecido en las sesiones de las Cámaras, con motivo de los proyectos de contestación, sino manifestamos muy claramente cual era la opinión del país respecto a estos i al móvil que los había provocado. Digamos ahora cual es la que ha emitido Santiago en todos sus ángulos, cuando ha visto convertirse al poder legislativo en una plaza de toros, renegando así diputados i senadores del carácter respetable que les es necesario conservar i que hasta este instante no habían desdorado con tanto empeño.

Sabidos son del público los discursos que los senadores Ovalle, Cerda i Mujica dirijieron al señor Ministro del Interior: conocidas de todos son esas piezas que la impotencia armada del sarcasmo i la cólera no supo siquiera confeccionar artificiosamente para medio evadirse de las razones con que el ministro, esponiendo su individuo a todo linaje de insultos, consiguió al fin anonadar en ellos el espíritu estrecho de bandería. Sí, conocidos de todos son la mezquindad i la pobreza de esos hombres que asumen el carácter de representantes del pueblo para ajar la dignidad nacional i hacer pública befa del papel mismo que representan.

Hablar pues del móvil que los ha impulsado a disfrazar sus odios con el espantajo de la lei, a hacer pública ostentación de lo que puede el diabólico sistema de política a que han sacrificado no solo su carácter sino hasta su propia conciencia; sería ya una tarea pesada, i que no hiciera sino repetir lo que todos se dicen despues del escándalo de que han sido testigos.

Sin embargo, cuando el país necesita que la palabra escrita ayude a quebrantar la cabeza empinada de la mentira que la sociedad huella con su planta; nunca estará de mas hacer algunos comentarios i observaciones para probar (si es que se necesita de mas pruebas) que solo la rastrería i el odio han podido llevar al santuario de la representación nacional ese cortejo de malas pasiones, que en revuelta mescolanza han concluido por persuadirnos de que, aun vencido el partido que las alimenta, no por eso ha dejado un solo momento de conspirar contra la tranquilidad del estado.

¿A qué pues se ha reducido todo ese farrago de inspidas chanzonetas alternadas con el sofisma de que han hecho tan copiosa ostentación los senadores i diputados de la protesta?

¿Podrían éstos presumirse por acaso, que el país que los ha visto ya como ministros, ya como representantes del pueblo, ya como depositarios de la balanza de la justicia, llevase hasta ese extremo su ceguedad de creerlos hoy los verdaderos representantes de su dignidad i decoro?

Nó, los hombres que dieron su voto a todas esas leyes atroces que espantaron la conciencia universal: los que confeccionaron todas esas prescripciones de persecucion i de sangre; los que insultaron el dolor de la república, herida en sus mejores hijos por la impiedad de un indecoroso despotismo: los que fueron

en fin, los auxiliares de un poder cuya base fué la vergüenza de la patria; ciertamente que no debieron esperar la ambigüedad pública, ni ménos prometerse hacer bambolear en sus cimientos al Ministerio que combaten.

Sin embargo, con una pertinacia inaudita, con un cinismo que raya en desvergüenza los hemos visto ayer, i volvemos a verlos hoy, retar al gobierno en la persona del ministro del Interior en el terreno mismo de la lei, i no para arrancar un triunfo que nunca debieron esperar, sino únicamente para decir a la faz de todo Chile que es fuerza dejar el puesto i entregar las carteras codiciadas en manos de los que ya tanto lo flajelaron en su prosperidad i en su honra.

La cuestion del decoro nacional, suscitada a impulsos de estos sentimientos, ha venido a ser el tema, quien lo creyera! del combate. Sí, los señores de la protesta no han creído mejor terreno para sus inculpaciones que la dignidad de la República. Con todo, ni el hablar en nombre de ella a quien calumnian, ni en el del patriotismo que los condena, ni en el de la dignidad que manchan, han logrado hacer remover una sola de las fibras del alma comprometida en esta lucha. Nada de eso, todos han permanecido sordos, mudos, ciegos, esquivando el rostro a la artificiosa provocación que se hace al buen sentido, i protestando con su silencio de la perfidia cubierta con las armas que ha arrebatado a la verdad i a la franqueza.

Pero no se crea que en esta lucha el vigor del sofisma i el coraje del despecho han hecho todo el gasto: nó, la mentira ha puesto su arsenal a disposición de los provocadores: el terreno pues ha sido favorable, las armas numerosas i mortíferas; pero la conciencia, armada solo con el broquel de la justicia, ha conseguido parar todos los tiros i salir triunfante de tantos enemigos.

Como no queremos aglomerar declamaciones, hijas de la indignación que causa en pechos levantados la continuación de la ofensa i la injusticia, razonemos por un momento con los que han combatido al señor ministro.

I bien, ¿qué cargo fundamental hicieron al cabo para probar que el gobierno había procedido con flaqueza en el negocio de Witehead? ¿No es la respuesta mesurada de aquel lo único que ha dado motivo a esas inculpaciones gratuitas? ¿No es la manera decorosa, templada la que se critica? ¿O hai por ventura algun hecho que hacer valer como prueba en la pretensa suposición de que el gobierno ha hollado, como se dice, la dignidad de la república?

Nada de eso existe puesto que nada se ha dicho hasta aquí. Luego, ¿a qué queda reducido, en último resultado, el cargo en que se hace tanto hincapié por los señores representantes? Es claro que solo a una culpa de redacción, es decir, a una culpa de palabras, que no por ser ni mas flojas ni mas fuertes hubieran logrado jamás ni aumentar ni disminuir nuestro decoro atacado.

¿I no podía el señor Tocornal repetir siempre para su descargo que la dignidad no estriba en la grosería ni la justicia en las palabras? ¿No podría haberles di-

cho para cerrar el debate lo que el viejo Malesherbes en la causa del rei-mártir—busco jueces i solo encuentro acusadores!

Pero nada de esto se ha querido comprender: lo único que se ha deseado, lo que se ha pretendido es colocar al ministro en una situacion embarazosa, hacerlo apurar toda la amargura que destila la envidia, toda la ponzoña que despide la injuria.

Su palabra elocuente ha dicho ya todo lo que se podia observar en el asunto, todo lo que la razon i la lógica podian ofrecer en apoyo de una causa justa; así, no entraremos a repetir lo que su señoría ha dicho, ni ménos a volver a ocuparnos de lo que alegraron sus impugnadores.

Lo único pues que queda por patentizar en el caso, es que si el poder legislativo ha querido arrojar el guante al gobierno, haciéndole tan injustos reproches en su honra e insultando su carácter respetable en la persona de su ministro; la sociedad entera se ha creído con este proceder ajada en su buen sentido, en su opinion, i en sus aspiraciones.

Si la censura a la conducta del gabinete en este asunto fuese sancionada por unas cámaras, legales en su origen, respetables por su patriotismo, i dignas de confianza por el acertado ejercicio de sus derechos; entonces sí que podía sentirse herido de muerte el gabinete. Mas mientras el voto de reprobacion que reciba no sea mas que el de hombres que dejan a un lado el carácter de representantes para asumir el triste papel de intrigantes políticos; la dicha censura del congreso lejos de ser una mancha para su conciencia será, i con toda justicia, el mejor título que pueda tener para la consideracion pública.

Protestando pues los diputados i senadores montistas del proceder del gobierno, lo han enaltecido; atacándolo como lo han hecho, no han logrado otra cosa que robustecerlo; censurándolo, como lo han censurado, no han conseguido al fin mas que lisonjearlo con el apoyo de todos los buenos.

Cuando se reflexiona en esta estraña conducta i se traen a la memoria los hechos ante que hicieron la vista gorda los mismos que hoy propalan como su primer principio el decoro i el buen nombre de la patria; uno no puede ménos que pasmarse de tanta audacia, lamentando, i muy sinceramente, la postracion a que han reducido las malas pasiones a los hombres que componen los poderes públicos.

En este sentido, i calculando las tristes contingencias que pueden resultar de este conflicto, mas de uno habrá hoy que opine porque se ponga término a la induljencia, i se entronize, ya que a ello tanto se desafia, ese sistema de dureza que tanto se desea, i por el que trabajan tan torpemente los que serian sin duda sus primeras victimas.

Sí, mas de uno habrá hoy que aconsejará al señor Perez valerse de las facultades i recursos de que puede disponer para cerrar ese congreso que altera la tranquilidad pública, provocando a la revuelta por lo insensato i audaz de sus ataques.

Sí, mas de uno habrá que le recuerde el ejemplo de Napoleon, cerrando a bayonetazos el consejo de los

Quinientos, el de Luis XIV amenazando con la huasca al parlamento seducido en su contra por Mazzarino; i de seguro que estos consejos si son exajerados no por eso dejarán de ser bien merecidos.

Sin embargo, la persuasion de haberse conducido honorablemente, de haber cumplido en todo i por todo con lo que requiere la lei i manda el bien del país, son consideraciones tan altas i lisonjeras que bien pueden compensar con ventaja la grita de unos cuantos a quienes la cólera ciega hasta el caso de ofrecerse imprudentemente como presa de sus adversarios.

Las Cámaras, en fin, no son el eco de Chile: lo son únicamente del partido que aun respira para vengarse del triunfo de sus enemigos: son la emanacion de los recursos de éste, son la representacion viva de sus maquinaciones za qué fin pues temer sus fallos, enorgullecerse con sus alabanzas, i entrar a luchar con ellas en el terreno del interes i de la intriga a que llaman tan alevosamente al gobierno?

El honorable señor Torres confirmará lo que decimos: si apela a la conciencia, si recuerda lo pasado, si sondea los secretos de esa negra intriga, si habla como se lo manda su corazon i su deber de representante, lo hace en el nombre de la lei, con el acento robusto de la honradez, a quien se ha querido empujar por el mal camino, i pidiendo prestado al país la indignacion que sufre contra los que usurpan el derecho de representarlo.—Al lado de este prócer, por mil títulos respetable, está el viejo i noble guerrero de Yungai, lo está el honorable señor Larraín, lo está el honrado señor Correa, sujetos todos que bien compensan a los Campo, a los Vergara, a los Ovalle, a los Cerda, a los Ba'maceda, i a todos los demas adalides oficiosos de la causa difunta. Honor pues a estos verdaderos patriotas, a quien no pudieren contajiar con la pegadiza peste de la intriga: honor a los que han sabido cumplir con su deber, volando a protestar de la injusticia, a librar sus nombres i sus votos de la vergüenza que ha caído sobre sus colegas.

El país no necesita que se les recomiende: él sabe mejor que nosotros pagar con elojio su noble entereza, así como ha sabido ya reprobar, i con todo su enojo, a los que lo han herido en la persona del gobierno a quien respetan.

En este concepto no gasten los señores Tocornal i Santa-Maria los bríos de su elocuencia en contestar argucias i dobleces: no, reserven su caloroso lenguaje para el ataque de mas nobles enemigos; i persuadidos, así ellos como el gobierno, de la confianza pública, contentense con decir, cuando se les ocurra el triunfo del Congreso, lo que el caballero Bayardo, herido de muerte, decia al Condestable de Borbon, lleno de vida i de vergüenza: «mas vale mi muerte que tu vida comprada con la ignominia: mas importa el honor que sucumbe que la traicion que vence.»

Pero, sobre todo a quien no le queda el derecho de decir: la república es ultrajada por sus representantes: éstos invocan su honor con hipocrita falsia; pero tambien estos no alcanzarán lo que se prometen.

Si esto dice el país, está demas que el gobierno se tome la pena de confundirlos.

Contestacion al «Mercurio.»

Por una desgracia que hasta hoy no habíamos sabido valorizar, hétenos, sin querer, metidos en polémica con el viejo *Mercurio*. I al decir así, sabe Dios que lo sentimos. Mas como ni el crédito que goza una publicacion ni el merito que puedan alegar sus redactores, podrán nunca justificar que se atropelle la razon i que se hiera la conciencia, no es extraño hayamos tomado, no las alforjas de Sancho, como el *Mercurio* nos dice, sino la pluma del escritor que quiere seguir el rumbo de la opinion.

Vindicase el *Mercurio*, lo primero, de que hayamos dicho que antes de la apertura del Congreso ya habia la guerra, es decir que ya se la hacia al Gobierno por la prensa; que aun antes de ser atacado el Ministerio por los diputados i senadores montistas, ya mediaba un divorcio irreconciliable entre el Gobierno del señor Perez i el bando a que pertenecen estos señores.

Para contestar estos que llama cargos, siendo solo verdades de bulto, no dice otra cosa, sin embargo, que lo que antes habia dicho, confirmandonos así en la conciencia que ya nos asistia al haber acusado a la prensa liberal, i entre ella a él el primero, por haber dado el ejemplo de atacar aleosamente i sin motivo al ministerio.

Despues de querer zafarse tambien de lo que le hicimos memoria para contestar el sacrilejio que cometió al decir que el congreso de Montt iba a hablar en nombre de la nacion i a defender sus intereses heridos por la incuria de los ministros; viéndonos diciendo que él mejor que nadie reconoce que la causa del pueblo no puede asimilarse con aquella farsa de que se ha hecho uso como del último recurso en un mal incurable.

En este terreno, tampoco nada nos dice el *Mercurio* que nos conveza, ni menos que merezca la pena i el honor de la respuesta.

Concluidas todas estas consideraciones, i como para asestarnos un golpe maestro en el pecho, toma el calor de la indignacion, i en estilo levantado, como una perorata militar para aleccionar un rejimiento de reclutas, pónese a declamar contra el *rojismo*, maldiciendo de las malas tendencias de éste i renegando de nuestra mala fé en el modo de buscarle disputa.

No tan fuerte en este punto como pudiera haber sido, el redactor del *Mercurio* trata de envolvernos en los hilos de su discurso, echándonos en rostro que para hacerle perder el buen crédito que goza con S. E. nos hemos valido del lenguaje artero de la prensa mercantil del decenio.

En este campo tampoco el redactor del *Mercurio* ha estado mejor que en el otro. Pero ya se vé! no es posible, por mucho que se sepa evitar el bulto, escarparlo enteramente cuando se entra en la lucha embozado hasta los ojos.

Veamos ahora si lo que nos dice para dar remate a su elocuente tirade tiene siquiera un poco de mas razon i nos hace un tanto mas de justicia.

«El *Condor* se ceba (i lo dice muy estirado) en el enemigo muerto, del cual se alejaba talvez cobardemente cuando aquel vivia armado del garrote de las extraordinarias i de la persecucion!»

Antes de todo ¿no se podría interrogar al *Mercurio* sobre lo que llama *cuero muerto* i sobre el modo como califica el acto de hablar nosotros del partido a quien considera él como finado, estando dando escándalos todavia mas inauditos que los que dió en toda la plenitud de su vida?

Si el partido que ayer estrujó a la República, hirién-

dola mortalmente en su decoro, en su prosperidad i en su crédito, fuese lo que el *Mercurio* dice, daríamos por muy bien empleada su reprimenda. Mas, cuando vemos que jamas ha confeccionado mas intrigas, elaborado mas indignidades, urdido mas artimañas para trabar en su marcha pacífica i honrada al Gobierno que nos ha dado el honor i el bien, robados por los hombres del decenio; no creemos haber exhumado descarnados esqueletos ni haber violado el sagrario de las tumbas para devorar los huesos calcinados de los difuntos.

Aquí tampoco el *Mercurio* dá en bola. Pero perdonémosle esta nueva pifia; el billar en donde juega talvez no dice a la talla i petulancia del jugador.

En lo que respecta a que fuimos el cuerpo en la lucha, a que nos escondimos en la refriega, i callamos delante de la mano que amordazaba hasta labios mas robustos que los nuestros, lo único que le contestaríamos es que ha padecido una equivocacion muy grande el viejo papá de la prensa; pues es sabido de todo el mundo que bajo facultades extraordinarias i estados de sitio, nosotros fuimos los únicos que levantamos la voz en favor de los proscriptos, en defensa de nuestros amigos; (entre los que se encontraba el redactor mismo del *Mercurio*) i eso que nos recibiamos por tan noble tarea emolumentos ni gajes de ninguna especie, i lo que es mas, ni contamos nunca con la gratitud de nadie, ni mucho menos con la de los mismos que defendimos del ministro Alvear que los acababa horriblemente de revoltosos en un pais extraño.

Sobre aquello de *palaciegos i favorecidos* ¿para qué contestar? ¿No es ya una verdad manifiesta que la puerta del favor nos está trancada i lo estará mientras se abre de par en par para todos i aun para muchos que valen mil veces menos que nosotros por muchísimos respetos?

Aquí ya el *Mercurio* no solo da pifia; aquí ya ha roto el paio.

Sobre todo, ¿qué tiene que hacer nuestra desdichada personalidad delante de tantos intereses de importancia? ¿O encuentra por ventura buen terreno de discusion el papel de un diario, para echarse a buscar comparaciones i darse por supuesto en ellas la ventaja, sin perjuicio de la modestia que un escritor i no escritor debe en todo caso respetar a todo trance?

En conclusion, i para no fatigar al público que nos lee solo cada ocho dias, diremos por despedida al *Mercurio*, que nos perdona si es que hemos interpretado sus sentimientos por sus palabras: si le hemos acusado por sus mismos principios, si le hemos echado en cara inconsecuencias de peso; i, que, como amigos que somos de su redactor, aunque a éste le pese esta franqueza, nos permitamos darle por postre un consejo, que bien mirado, nunca podrá estarle demas en su carrera.

Quando se goza del prestigio que disfruta el *Mercurio*, apesar de las altas i bajas que ha pasado: cuando una publicacion como esa, ha dejado de ser exclusivamente Chilena para ser Americana; i cuando en fin, se cuenta de existencia mas años que los que son precisos para obrar con cordura; es fuerza no rebajar el carácter de ella, haciéndola representar un papel que no le viene absolutamente, i que la espone a que el crédito cobrado en tantos años se convierta en desprestijio suyo en el presente i en verdadera pérdida para lo futuro.

Si esto no es así, ¿se atreveria el redactor del *Mercurio* a querer probarnos que un viejo respetable debe de cuando en cuando vestirse de arlequin para mostrarse de gala?

¿Osaríaís, decirnos que a la vejez i a la gravedad se apagan sin chocar la lijereza i el aturdimiento?

Pues si a esto no se atrevería nuestra cólega ¿cómo es que se enoja, porque le hayamos dicho que ha andado vestido de majo, haciendo el mono cuando mas se necesitaba que hubiese usado su traje de parada?

Pero perdonenos, volvemos a decirle, i recibiendo nuestra contestacion con mansedumbre, no nos niegue el placer de volver a contestarnos de cuando en cuando pero, se lo advertimos, que sea *sine rencore*; condicion que desde ahora le prometemos de todo corazon, si es que vuelve a la carga contra nosotros.

PARTE LITERARIA.

La virtud i el dinero.

Salieron de una posada
A un tiempo *virtud i dinero*,
Mas como el uno marchaba
Con caballos de repuesto,
I en coche ingles i seguido
De pajes i caballeros,
I todo lo necesario
Para correr como el viento,
I la otra solo montaba
Un asno de paso lerdo;
No es extraño que al instante,
Tan luego como salieron,
La virtud quedase atras
Sufriendo el polvo *al dinero*.

A cuantas partes llegara
Le salieron, por supuesto,
A recibir cariñosas
Las jentes de mas respeto,
I a ofrecerles sus servicios
Desde el niño hasta el mas viejo.
Este sí, que es personaje,
Decian, es *Don dinero*,
El quebranta corazones,
El que gana hasta los cielos;
El que no encuentra doucella
Que le haga torcidos feos,
Ni casada que le oponga
Dilaciones ni embelecios:
Ni vieja que no deseara
Tener su rostro mui nuevo
Para prender en sus redes
Al altivo caballero.
Como debe presumirse
Se volvió todo el paseo
Balle, comida i fandango,
Placeres, amor i juego;
Resultando de esta danza
Mas de un marido indispueto,
I mas de una virjen bella
Con sendos remordimientos,
Que aumentan la cruel partida
De un huésped tan lisonjero.

La virtud iba entre tanto
Caminando a paso lento,
Pues ni encontraba posada
Ni viera benigno ceño:
Ni consiguió de limosna
Ni un jarro de agua i pan negro.

Llegada al fin a la casa
Donde fué aquel gran buréo,
I creyendo que la jente
Por el ya dicho contento
Le diese abrigo siquiera
Para echar un leve sueño;
Pide permiso, mas al
Con ademanes violentos
La arrojan de sus umbrales,
Llenándola de denuestos.

Resignada como siempre
Sigue su ruta, i perdiendo
Por el hambre i el cansancio
El camino, dijo a un viejo,
Anciano mui respetable,
A quien llaman *el Tiempo*,
I que casi por encanto
Salido habia a su encuentro:
«Hermano, me hallo perdida,
Decidme por donde puedo
Pasar sin perder la vida
Este turbio riachuelo.
No bien oyera el anciano
Tan lamentables acentos,
Le dice: amiga querida
Para vos no hai paso bueno,
Pues lo embarazan i ocupan
Solamente los perversos.
En este sentido, credme,
Moi de veras os lo ruego,
Que os revolvais del camino:
Sí, hermana, pronto volveos,
Dice al fin mui lastimero:
I derramando una lágrima
De sus grandes ojos huecos,
Añade, abriendo los brazos
I estrechándola en su seno:
Adios! Adios! abrazadme
I luégo, luégo volveos;
I no busqueis ya mas patria
Ni mas abrigo que el cielo.

EDGARDO POE,

SU VIDA I SUS OBRAS.

(Continuacion.)

Su conversacion era notable i siempre instructivo. No era lo que se llama un hombre elocuente; su palabra como sus escritos tenian algo de horrible, pero una vastísima ilustracion, una facilidad admirable de espresarse, fuertes i sostenidos estudios i las impresiones estrañas que durante sus viajes habia recibido, hacia sin embargo que agradase i convenciera. Su elocuencia, esencialmente poética, llena de método, abrazando siempre lo desconocido, era un arsenal siempre provisto de imágenes sacadas de un mundo poco frecuentado por los espíritus lijeros, tenia un arte prodijioso para sacar de una proposicion evidente i absoluta deducciones inapercibidas de todos, deslumbrantes perspectivas, en una palabra, arrebatador, hacer pensar, meditar, i sacar a las intelijencias del fango de la rutina; tales eran sus sorprendentes cualidades, que algunas jentes han olvidado demasiado pronto. Pero sucedia a veces, por lo ménos se dice así, que el poeta se complacía en un capricho destructor, arrebatando su auditorio para volverlo a lo mundano, con un cinismo afijente, i destruyendo brutalmente su obra magnífica de imaginacion. Por

lo demás, es de notar que él era harto difícil para proporcionarse auditorio i nosotros creemos que el lector con poco trabajo podrá encontrar en la historia otras inteligencias grandes i orijinales para las cuales toda compañía era buena. Ciertos espíritus solitarios en medio del torbellino de los hombres, i que se entretienen perfectamente con el monólogo, no hallan que hacer con la delicadeza en materia de auditorio. Es una especie de fraternidad basada en el desprecio.

Sobre la embriaguez de Poe tan publicada i reprochada con una insistencia que pudiera hacer creer que todos los escritores de los Estados Unidos, excepto este, son ángeles de sobriedad, es necesario también decir algo. Muchas versiones son admisibles en esta materia i una de ellas no excluye a las otras. Ante todo, sin embargo, es preciso observar que Willis i la señora Oswood afirman que una cantidad insignificante de vino o de licor bastaba para turbar completamente su organización. Además, es fácil de comprender que un hombre tan solitario, tan profundamente desgraciado, i que ha podido despreciar todo el sistema social como una paradoja i una impostura, un hombre que azotado cruelmente por el destino repeta a menudo que la sociedad no era mas que una cobija de miserables, (Griswold mismo es quien cuenta esto, tan escandalizado como un hombre que piensa lo mismo sin tener el valor de confesarlo)—es natural, decíamos, suponer que este poeta, iniciado desde temprano en la vida libre, con su cabeza sofocada por el trabajo continuo i pesado, hubiera buscado de continuo en las botellas la alegría i el olvido de sus desgracias. Odios literarios, vértigos de lo infinito, pesares domésticos, insultos a la miseria, todo lo olvidaba Poe en la noche de la embriaguez como en una tumba anticipada. Pero, cualquiera que sea el mérito de esta explicación, no la encontramos suficiente larga para contentarnos con su deplorable simplicidad.

Sabemos que él no bebía en grandes cantidades, pero sí con una actividad i una economía de tiempo del todo americanas, como para completar pronto su obra homicida, como si tuviera dentro de sí alguna cosa a que dar muerte a *verm that would not die*. Entre otras cosas, se cuenta que un día, cuando iba a contraer segundas nupcias, (los edictos eran públicos i se le felicitaba por esa union que reunía las mas altas condiciones de alegría i bienestar, dijo: —«Es posible que hayais oído las amonestaciones, pero atendid bien a lo que voi a decir: yo no me casaré) había ido completamente ebrio a escandalizar a los parientes de la que debía ser su esposa, habiendo recurrido a tan extraño expediente para evitarse un perjurio contra la memoria de su primera mujer, cuya imagen vivía todavía en él i la había cantado tan admirablemente en su *Annabel Lee*. Creemos que este hecho debe ser considerado en muchos casos, tanto mas cuanto que él ha sido suficientemente constatado.

Por otra parte, hemos leído en el *Southern Literary Messenger*, la misma Revista cuya fortuna había principiado Poe —que jamás la pureza i elegancia de su estilo, lo conciso de su pensamiento ni su ardor infatigable por el trabajo, disminuyeron por esta terrible costumbre; que la confeccion de la mayor parte de sus excelentes trozos han sido precedidos o seguidos de una de estas crisis; que despues de la publicacion de *Eureka*, aumentó deplorablemente su funesta inclinacion i que en Nueva York, la mañana misma en que aparecía *Le Corbeau* mientras su nombre era pronunciado con entusiasmo por todas las bocas, el poeta atravezaba Broadway bamboleándose miserablemente. Notad que las palabras *precedido o seguido* significan que la embriaguez podía servirle de excitante tan bien como de reposo.

Así, pues, es incontestable que semejantes a esas impresiones fugitivas, tanto mas simpáticas cuanto mas fugitivas, que siguen muchas veces a una enfermedad exterior, o a una especie de advertencia como el sonido de una campana, una nota musical, o un perfume desvanecido, a que siguen otras impresiones que se conocen ya i forman los eslabones de la misma cadena anteriormente revelada—semejantes a esas inspiraciones periódicas i singulares que frecuentan nuestros sueños, existen en la embriaguez no solo encadenamientos de

esta especie de inspiraciones sino también series de razonamientos que para reproducirse tienen necesidad de un estado igual al anterior que le ha dado origen. Si el lector nos ha seguido sin repugnancia, vamos a dar nuestra conclusion; nosotros estamos persuadidos de que en muchos casos, no ciertamente en todos, la embriaguez de Poe era un medio que ayudaba su memoria, un método de trabajo, método enérgico i mortal pero apropiado a su naturaleza. El poeta tenía tanta necesidad de beber como un escritor prolijo de hacer cuadernos de anotaciones. No podía resistir al deseo de volver a encontrar las visiones maravillosas, las concepciones sutiles que había encontrado en una tempestad anterior; eran antiguos conocidos que lo arrastraban i para llegar a ellos tomaba el camino mas peligroso pero el mas directo. Una parte de lo que hasta hoy forma nuestros goces fué lo que le perdió.

IV.

De las obras de este jénero extraordinario tenemos poco que decir. El público podrá ver las que quiera. Me sería difícil, talvez, pero no imposible, analizar su método, explicar sus procedimientos sobre todo en la parte de sus obras cuyo mérito principal consiste en un análisis acabado. Podríamos introducir al lector en los misterios de su confeccion i extendernos largamente sobre esa parte de jénero americano que le hace divertirse con una dificultad vencida, con un enigma explicado, un golpe de jénero bien aprovechado; que lo incita a arrojarse con una alegría infantil, pero dañosa, al mundo de las probabilidades i de las conjeturas, i a inventar *causas* en los cuales su arte sutil ha llegado a dárles una vida semejante a la verdadera. Nadie negará que Poe ha sido un admirable autor de cuentos, i nosotros sabemos que él estimaba en mucho mas sus obras de otra clase. Vamos a notar algunas otras breves observaciones.

Sin embargo, no es por estos milagros materiales que ha hecho su fama, ni por ese medio tampoco le fué dado conquistar la admiracion de los hombres pensadores; es por su amor entrañable a lo bello, por su poesia profunda i plañidera, transparente i correcta como un finísimo cristal; por su estilo admirable, puro i hermoso, compacto como las mallas de una armadura; agradable i minucioso, en que la mas insignificante de sus ideas aparece magnífica i llena de encantos para el lector; i sobre todo, por ese jénero especial que le permitía pintar i explicar de una manera perfecta, conmovedora i terrible la excepcion en el orden moral. Diderot, para tomar un ejemplo entre ciento, es un autor sanguíneo! Poe es el escritor de nervio mejor que hemos conocido.

En él toda especie de materia entra sin violencia, como un torbellino. Su solemnidad sorprende, el espíritu duda. Al momento se conoce que se trata de algo grave. I lentamente, poco a poco, se va desarrollando una historia cuyo interes reposa completamente en una imperceptible desviacion de la inteligencia, en una hipótesis audaz o en una mezcla imprudente de la naturaleza con las facultades. El lector, arrastrado por el vértigo, tiene que seguir al autor en sus estrañas deducciones.

Ningun hombre, repetimos, ha contado con mas imaginacion las excepciones de la vida humana i de la naturaleza, las fiebres de la curiosidad i de la coalescencia; el fin de las estaciones cargado de resplandores enervantes, los tiempos reposa completamente en una imperceptible desviacion de la inteligencia, en una hipótesis audaz o en una mezcla imprudente de la naturaleza con las facultades. El lector, arrastrado por el vértigo, tiene que seguir al autor en sus estrañas deducciones.

Ningun hombre, repetimos, ha contado con mas imaginacion las excepciones de la vida humana i de la naturaleza, las fiebres de la curiosidad i de la coalescencia; el fin de las estaciones cargado de resplandores enervantes, los tiempos reposa completamente en una imperceptible desviacion de la inteligencia, en una hipótesis audaz o en una mezcla imprudente de la naturaleza con las facultades. El lector, arrastrado por el vértigo, tiene que seguir al autor en sus estrañas deducciones.

El mismo entusiasmo con que se entrega a lo grotesco por amor a lo grotesco i a lo horrible por amor a lo horrible, nos

sirve para verificar la sinceridad de sus escritos i la perfecta armonía que habia entre el hombre i el poeta. Hemos observado ya que en muchos hombres ese ardor nace de una poderosa enerjía vital desocupada, a veces de una comprimida castidad i tambien de una sensibilidad profunda i contrariada. El placer sobrenatural que el hombre puede gozar al ver destilar su propia sangre, los movimientos repentinos, violentos, inútiles, los grandes gritos al aire, sin que el alma haya dirigido el gáznate, son otros tantos fenómenos que deben clasificarse en el mismo orden.

En medio de esta literatura en que el aire se ha dilatado, el espíritu puede experimentar esa angustia indefinible, ese poder para llorar i esa enfermedad de corazón que habitan en los lugares inmensos i singulares. Pero la admiración es aquí mas fuerte i allí es tan grande el arte! El fondo i los accesorios son apropiados a los personajes. Soledad de la naturaleza, actividad de las ciudades, toda está fantásticamente descrito. Como nuestro Eujenio Delacroix que ha elevado su arte hasta el nivel de la soberbia poesía, Edgar Poe se deleita en agitar sus figuras en fondos violados i verdosos, en que se revela la fosforescencia de la podredumbre i el olor de la tempestad. Los objetos inanimados participan de la naturaleza de los seres animados i como ellos, se estremecen con un temblor sobrenatural i galvánico. El espacio se ensancha con el opio; el opio da una apariencia mágica a todos los colores i hace vibrar los sonidos con una significativa sonoridad. A veces lontananzas magníficas llenas de luz i de variados colores se muestran de repente en sus paisajes i se ve aparecer en sus horizontes ciudades orientales i arquitecturas vaporizadas por la distancia, en donde el cielo llueve oro.

Los personajes de Poe, son siempre hombres de facultades agudas, nervios flojos. Los hombres cuya voluntad, constantemente ardiente desafia las dificultades por grandes que sean, cuya mirada, inflexible como la hoja de un puñal, se dirige sin compasión a todos los objetos, engrandeciéndolos a medida que se fija en ellos; los personajes de Poe son Poe mismo. I sus mujeres, todas hermosas i enfermas, muriendo de enfermedades caprichosas, que hablan en un lenguaje parecido a la música, por sus aspiraciones estráñas, por su saber i su melancolía incurables participan grandemente de la naturaleza de su criador. En cuanto a su mujer ideal, su Titanida, se revela en varios tipos desparrramiados en sus pocas numerosas poesías, tipos en que la belleza se hace sentir de todas maneras, que el temperamento del autor acerca i confunde en una unidad vaga pero sensible i en donde se vé mas que en ninguna parte ese amor insaciable lo bello, que es su mayor título, es decir, el resumen de sus títulos a la veneración i respeto de los poetas.

Encontramos tambien bajo el título de *Historias extraordinarias* otras diversas obras intercaladas en las obras completas de Poe. Estas se componen de un número considerable de novelas, una porcion no menos numerosa de artículos críticos i de otra especie, un poema filosófico, *Eureka*, poesías sueltas, i un romance puramente humano, *La relacion de Alvaro Gordon Pym*. Si mas adelante, como lo esperamos, encontramos ocasion de hablar nuevamente de este poeta, podremos analizar sus opiniones filosóficas i literarias, así como tambien de aquellas obras cuya traducción pudiera tener suceso en un público que gusta mas de los pasatiempos i de la emocion, que de la mas importante verdad filosófica.

C. B.

CORRESPONDENCIAS.

Una hoja de un libro de memorias.

La suerte de Méjico me afecta profundamente, como que soi americano.

Ahora me acuerdo que Coquimbo es un puerto de Chile.

Se me habia olvidado que el Ecuador estaba tambien en nuestro continente en tiempo de la expedición Flores.

Si el Brasil no fuera imperio, seria capaz de confesar que estaba tambien en América.

Se me agolpan a la memoria una porcion de tropelías cometidas en nuestro hemisferio por las potencias fuertes.

No quiero publicarlas porque no se nos caiga la cara de vergüenza; ya que no hemos sucumbido como Puebla, ni siquiera nos hemos suicidado como el jeneral Regulus i sus ayudantes.

Simpatizo apasionadísimo con los mejicanos.

Es una lástima que Pio IX no tenga su soberanía temporal en Méjico. Entonces habria simpatizado tambien con Su Santidad.

Voi a mandar a los hospitales todos mis ahorros; no quiero que suceda por allá lo que ha sucedido en Santiago, que se han despedido los enfermos del hospital por no tener con que asistirlos.

Si la caridad bien ordenada se compensase por sí misma, el goismo seria una virtud.

Quisiera ser Congreso para obligar a la nacion a que tomase una actitud decisiva en la cuestion mejicana.

No hai como los Congresos para las resoluciones terminantes; i yo que me muero por ellas, me despepito por las contestaciones a los mensajes.

Siendo yo Cámaras manifestaría al país, que no hai mas que dos caminos en la cuestion mejicana; la neutralidad o la guerra.

En consecuencia resolvería que se adoptasen las dos, para que nadie quedase descontento.

Nada mas fácil; la nacion declara la guerra a Francia; el Gobierno permanece neutral.

O si nó, el Gobierno i la nacion declaran la guerra al emperador i nos quedamos en paz con los franceses.

Sean los Gobiernos europeos que ha sonado la hora de que la América se arremangue las faldas.

Atras el emperador! Adelante a los franceses!

El ministerio váyase a la porra, ya que no consultó a la nacion antes de obrar i viene a hacerlo después cuando no hai remedio.

Mándeles si quiere al emperador las discusiones de las Cámaras para que otra vez antes de proceder eche su barba en remojo.

Qué es esto pues, ¿no tenemos Cámaras que espalden al Gobierno si se las tiene que haber con la Inglaterra i la Francia a la vez?

Abajo Tocornal por no haber sido portugues.

PEDRO GRULLO.

SS. EE. del Condor.

En honor de la verdad i la dignidad de Chile nos vemos obligados a desmentir del modo mas solemne los embustes i ridiculas supercherias que estampan en el *Ferrocarril* de 25 del pasado los dos comisionados para la colecta de Méjico, asegurando que hai personas que proplan i predicán la monarquía i la conquista de Méjico por los franceses. Nadie hasta ahora ha oído a ningún americano, i mucho ménos a un chileno, espresar semejantes ideas. Lo que han dicho i dicen esos a quienes se

llama los Almontes de Chile es, que no creen en la grito de los que aseguran la conquista de Méjico, porque este es un pensamiento fátno que no puede caber en la cabeza mas limitada, mucho ménos en la de Napoleon III, el hombre extraordinario de la época. I a la verdad, nada sería mas irrealizable que semejante proyecto; 1.º porque se opondrían a él las mismas potencias europeas tan celosas del equilibrio, mucho mas tratándose del engrandecimiento de la Francia; toda la América del sur i la gran república del norte, con quien deslinda Méjico, que de un día a otro habrá terminado la guerra que la distrae al presente; 2.º por que Napoleon III con todo su poder no podría, a tres mil leguas de distancia, hacer la conquista de un país de la estension de Méjico, poblado por nueve millones de hombres libres i en el estado actual de la civilizaci6n del mundo; i 3.º porque aun suponiendo por un momento, que consiguiese la conquista, de ningún modo podría sostenerla, pues para ello serían insuficientes todas sus fuerzas i sus tesoros. Aún ahora mismo, si la Francia ha triunfado en Puebla, no lo debe tanto a la destreza i superioridad de sus fuerzas, cuanto al apoyo ya activo, ya pasivo que le dispensa la parte de la naci6n mejicana que está con ella; a la triste situaci6n de Méjico, que relajados completamente todos sus vínculos sociales, morales i políticos, era un caos en que cada provincia era un estado i cada jeneral un gobierno, sin mas justicia ni mas ley que la violencia, confiscando los bienes de sus enemigos políticos, saqueando i cerrando los templos, desnudando al clero i espatriando a todos sus obispos. Gobiernos que teniendo fuerzas suficientes para despedazarse unos con otros, eran impotentes para contener las bandas de forajidos, que hasta ahora, recorren el país de un extremo a otro, robando i matando a la jente indefensa i pacífica de los campos. La matanza de españoles de que tantas veces nos han dado cuenta los diarios, fué el orijen de los reclamos i últimamente de la intervenci6n del gobierno español.

Tal era el estado lastimoso en que se encontraba esa hermosa i desgraciada república, cuando se han presentado en ella la Francia, Inglaterra i España. ¿Pretendian estas tres potencias la conquista de Méjico? No. Las llevaba allí el deseo de vindicar sus derechos mil veces pisoteados i burlados por los diversos bandos que se disputaban el poder, i el de poner fin a la completa destrucci6n i aniquilamiento de aquel país, favoreciendo el establecimiento de un gobierno fuerte que fuese la verdadera expresi6n de sus habitantes. Los celos entre ellas, i mas que todo, la seguridad del poco provecho que les reportaría una guerra tan distante i dispendiosa, hizo que se retirasen las dos últimas, conformándose únicamente con las mismas promesas con que ya tantas ocasiones habian sido engañadas i dejado a la Francia sola en la empresa. Mas esta, sin arredrarse por eso i con la conciencia de su dignidad i de su poder, prosigue adelante hasta dar cima a su obra, con el objeto que hemos dicho. Nosotros tenemos fé en que así lo hará el que con el aplauso universal i lleno de gloria i desprendimiento, marchó al Oriente a contener el bárbaro degüello i el esterminio de los cristianos; pues si quisiese establecer un gobierno que no fuese conforme con la opini6n del pueblo mejicano, su obra delesnable i misera, no duraría cuatro días i su oprobio ante el mundo entero sería tan grande, como la gloria que lo enaltecera cumpliendo con las promesas que ha hecho a la faz de todas las naciones. Sobre todo, el tiempo, ese juez inexorable de los hechos vendrá a alumbrar a los mas ciegos i cbscados, así como ahora ha des-

corrido el velo a los ilusos que soñaban en la derrota de los franceses.

Ahora preguntamos a los señores comisionados ¿el hombre que piensa así, el que cierra sus puertas para no aumentar el número de los imbéciles (exceptuamos a los que hayan erogado por humanidad) es el de alma vil i desnaturalizada, ¿o son los que apodrados de la prensa i mancomunados en el nefando propósito de engañar al país i derrocar a la actual administraci6n, una de las mas ilustradas, probas i populares que haya conocido Chile, no se paran en los medios para hacerle oposici6n i presentarle embarazos de todo jénero, siendo uno de ellos exaltar la ignorancia del pueblo, con la mentida conquista de Méjico para llevarlo, el día ménos pensado, a cometer un atentado que envuelva al gobierno en una querrela con el de la Francia? ¿O son los patriotas i discurseros de nuevo cuño, que por hablar el estílo hinchado i retumbante de los demagogos, siembran en el corazon de nuestro pueblo el jermen de un odio infundado contra esa gran porci6n de la naci6n francesa, que viviendo entre nosotros inofensiva e industriosa, no tiene otro delito que el habernos traído (con su comercio nuestra ilustraci6n i prosperidad)? ¿Acaso porque somos americanos no debemos hacer justicia al que no lo es?

Por fin, concluiremos aconsejando a los señores comisionados, que desistan de seguir en la colecta, porque en lo sucesivo, despues de lo que dejamos dicho, es mui difícil que encuentren otros benditos que pezequen en el anzuelo.

Soi de UU.

Un chileno.



La siguiente composici6n, es el primer ensayo de un niño que apénas cuenta diez i seis años. Ocioso es decir mas para preveer que el que a esta edad juega tan bien con las cuerdas de la lira pueda ser un buen músico.

Mi primer dolor.

¡Ai! de quien al comenzar
De esta vida la jornada
Siente el alma lacerada,
Siente un inmenso dolor.
¡Ai! de aquel cuyo destino
Decretó para su daño
Que su primer desengaño
Fuera su primer amor.

Haí una edad en el hombre
En que todo es alegría,
I la cruel melancolía
No conoce el corazon.
I es mui triste en esa edad
Sentir de amor las congojas:
Ver marchitarse las hojas
Del árbol de la ilusi6n.

Ver que el corazon es tumba
De su mas dulce esperanza,
Ver que acabó su bonanza
I que sufre sin cesar.
I es terrible en esa edad,
Adorar a una mujer
Su ingrati6n conocer
I no poderla olvidar.

Amor desafortunado
 Es amor que no se olvida,
 Porque del alma se anida
 En la secreta rejion.
 ¡ Si su fatal recuerdo
 De nuestra mente se aleja,
 Es ¡ai! después que nos deja
 Destrozado el corazón.

Son los recuerdos amargos
 Fieras que en el alma viven,
 I su sustento reciben
 De nuestro propio dolor.
 No se calma su fiera
 Cuando lágrimas vertimos,
 I si en silencio sufrimos
 Se acrecienta su furor.

M. Villamil Blanco.



Cuentos de la semana.



Pues, señor, principiemos con una *hurra!* a Mr. Meiggs, sí, *hurra!* hurra! al espíritu de empresa, al jénio del trabajo, personificados en este noble ciudadano de la gran república de América.

Al levantar nuestra voz para celebrar lo que el pueblo todo celebra, espandese el alma, de continuo constreñida por las pequeñeces i miserias de que somos testigos, i la mente alhagada por la ilusión, elabora risueña mil planes hermosos, fecundos, de prosperidad pública, de gloria nacional, de provecho particular; i el corazón responde a este contento con hondas pulsaciones que parecen contar voluptuosamente una por una la cadena de tantas esperanzas.

El ferrocarril que hasta aquí era solo una grata vision, siempre en perspectiva, ha dejado ya de ser una esperanza, haciéndonos sentir ayer sus broncos mugidos; i todos, mujeres i niños, viejos i jóvenes, ricos i pobres hemos lanzado un grito unánime de aplauso que parece decir; ya Chile ha conquistado la corona del trabajo!

Pero en este triunfo sobre la pereza, sobre los obstáculos del suelo, sobre los cortos recursos tambien tiene una parte mi principal la labor de nuestro pobre pueblo, a quien solo se ha dejado hasta hoy el derecho de vivir como los árboles i las malezas que cubren la dilatada estension de nuestros campos.

Pero estaba reservado a Mr. Meiggs la gloria de hacernos este beneficio, de poner la barreta i el combo en manos de esos hijos de la miseria, cuya vida solo se siente cuando echamos la vista a nuestros hospitales o a los establecimientos de correccion para satisfacer la triste curiosidad de saber hasta donde llegan las cifras del dolor i del crimen.

Pero no sigamos haciendo pucheros de contento i de pena barajados por la triste filosofia, de que tenemos tan grande acopio, i vamos a reir, que es lo que se necesita para pasar bien el domingo.

Pues señor, anoche cuando nos recojíamos a nuestra habitacion cavilando sobre los sucesos del día, ólmos a dos mujeres, cuya figura nos dió a entender que no eran del estado llano, una conversacion que creo no ha de venir mal en este caso.

—Pues niño, decíale la mas entrada en años a su compañera, que tendria cuando mas unas veinte primaveras—con el tal ferrocarril has de ver como Mr. Meiggs nos da barato. El otro día cuando estuve a verlo me dió diez pesos i me pidió, lo crerás? mil perlonos por tan corta limosna.

—¿Con qué te dió diez pesos? replicó la mas jóven. Pues a mí tambien me dió igual cantidad i lo mismo sucedió con la Mariquita i la gabacha, a quienes les regaló, hijita de mi alma! su buen condor a cada una.

Ah! qué hombre tan bueno exclamó la otra; mira, a mí me lleva ya dados lo ménos cincuenta pesos i, admírame, sin haberme jamas dicho la menor palabra de amor; i eso que le repetí que era viuda i que vivía sola..... Pero es un hombre muy raro el tal Mister... ni mira a la cara siquiera para dar una limosna.

—Cierto, cierto, pero no es extraño, dado con viveza la interlocutora, que a tí no te haya dicho nada conociéndote bien claro que tienes familia.

—Pero a mí, hijita, que gracias a Dios... nada, nada me dijo, i con la circunstancia que cada vez que me miraba yo le hacia una guiñada capaz de haberlo hecho perder la vergüenza.

—Sí, como el tal hombre no hai, no hai en el mundo, añadió la otra, sobre todo, aquello de no negarse nunca a nadie. Mira, el día que yo estuve habia cinco viudas como yo, dos doncellas como tú i tres casadas como la Anjelita; pues bien, a todas las despidió muy cariñoso i todas salieron enjugándose las lágrimas de gusto.

I no era para menos! Mira que en estos tiempos verse una, sin trabajar ni hacer nada por donde le caiga, con un auxilio de esa clase, es para perder el juicio.

Pero lo que yo me admiro, contesto la otra, es que ni exija que se le dé las gracias.—Ah! si fuesen todos así! Pero qué han de ser! ¿No te acuerdas de don Felipe, no te acuerdas de lo que me dijo cuando fuí por la respuesta de la carta que me escribió Pancho?

—Sí, ya me acuerdo que ese viejo te dijo que te daría, pero con la condicion.....

Qué te habia de haber dado, cuando con migo hizo la conchinería de no darme mas que un javon de Windsor i medio de bollos, i eso que yo le decia que no tenia ni con que comprar velas.

—Los ricos nuestros, hijita, es preciso desengañarse, no afojan sino por interes, i eso si afojan, que lo que es a mí hasta la edad que tengo nadie me ha dado ni con que pagar la pieza.

Al decir esto, viendo que yo me acercaba un poco mas a mis dos interlocutoras, tapáronse con su manton hasta las cejas i tomando cada una distinto rumbo, desaparecieron de mi vista como dos fantasmas.

I bien! qué decís del juicio que tienen de nosotros las mujeres, del concepto que abrigan sobre la caridad de los ricos, i sobre todo de la opinion que goza el benéfico caballero a quien debemos la via férrea entre los dos pueblos principales de la república?

Cuando se abre una estadística inglesa i tropezamos con esos crecidos guarismos de cortesanas, cuyos caprichos son satisfechos por los escéntricos hijos de la Gran Bretaña de una manera que aturdiria hasta en la misma novela; uno no comprende como el vicio entre nosotros, no teniendo ni el oro

por tapadera i por pretexto, pueda haber dilatado tanto sus raíces en los escalones de la sociedad donde reside la verdadera miseria.

Sí, aquí la mujer del pueblo se pierde por puro gusto, por pura ociosidad, i no teniendo siquiera el pretexto de fomentar con su disipación la riqueza pública, como lo sientan los poco escrupulosos economistas que colocan el lujo como el mayor incentivo de la producción i del trabajo.

Si tuviésemos una estadística en que se nos contasen los desperdicios que producen los vicios sociales, o mejor en que se relacionasen matemáticamente la corrupción con el provecho, de seguro que sacaríamos mas lucro de estos datos que de aquellos en que se muestran los *estereros* i *hotaleros* que hai en la república, i las viudo-casadas o viudo-solteras que existen en Lemuy i en Quinchao. Esta es la razon porque no nos gustan esos cálculos secos, descarnados en que ni el médico, ni el juriscónculto, ni el historiador pueden hallar la menor utilidad; i esta es tambien la que tienen muchos para no querer echar la vista encima de esos protocolos que la oficina de estadística nos regala de tiempo en tiempo.

Luego esas cifras que aparecen en los censos nuestros, pintándonos a todos como angelitos, tampoco nos interesan, sino por el contrario, nos asustan al pensar que aquí no hai nadie que atravesase ese linde que Dios ha señalado a la juventud como término de sus locuras.

Hablando de esto con un viejo patriota del año diez, me decía una vez—hombre, no crea usted que aquí el temperamento i el método de vida matan al hombre tan temprano: no, amigo, aquí no hai viejos por la razon moi sencilla de que todos se quitan la edad, i prefieren que se diga que la parca nos ha arrebatado prematuramente a que se la acuse de habernos acuchillado en sazón o un poco mas que sazón, como le sucederá conmigo cuando Dios quiera.

Pero si no hai viejos ni viejas, ni estadísticas de malas profesiones, ni de desperdicios necesarios por economía política, hai plaza de toros, hai toreros, picadores, banderilleros, i todo eso sin gastar un centavo, que es lo principal en toda fiesta.

Si no creéis lo que estoy diciendo ¿cómo juzgais esas sesiones de las Cámaras en que parece no han querido dejar gracia ni lance por hacer los representantes del decenio?

¿No habeis sabido o leído lo que dijo el señor Ovalle Bezanilla? ¿No habeis visto cómo metió la banderilla en los hijos del señor Ministro, i como desgarró la reputación del señor Rosales, a quien por adivinación magnética debió su señoría ver desde su asiento haciendo cortías al Emperador de los franceses por la rendición de Puebla?

¿I dónde nos dejais el calor de ese señor Cerda para protestar del bochorno que le produjo el incienso del señor Tocornal a los funcionarios públicos? ¿I dónde esos chisquetes de elocuencia del prócer Mujica para probar que el señor Ministro habia confeccionado el mensaje del Presidente de la República al congreso?

Pero sobre todo, lo gracioso que hubo en la fiesta fueron los gritos, los aplausos de la plaza, las contorsiones de los que ponían la garrocha, las desvergüenzas de los matadores al pueblo, a quien, según nos cuentan, todos los toreros deparaban elojios.

Mas ya se vé, alguna diferencia habia de haber tambien entre una plaza hecha ex profeso para matar toros i un salon de sesiones para matar ministros.

Esto pues nos hace encontrar en los dichos méns gracia que en Montes, méns garrulosa ocurrencias que en el Salmantino, méns agudeza que en el famoso Corchao; i por supuesto mucho méns entretenimiento que el que tendiramos en una corrida de toros verdaderos de Jarama.

Pero no embromemos con lo que duele, con lo que hai de mas serio en una república, con lo que no debe profanarse por ser el *palladium* de nuestras libertades. No, no embromemos con ese escándalo parlamentario que ha asombrado a Santiago, i hecho temer a muchos que la revuelta no se haga esperar demasiado en venir a visitarnos como en años anteriores.

Mas no sucederá así, que el buen sentido del pueblo o mas

bien la opinion es unánime, respecto al móvil que ha producido esta conflagración en el poder legislativo.

Nada de eso, los diputados i senadores de Montt, no importan monten algunos en sus rocinas para cargar desafortunadamente no solo contra el gobierno del señor Perez sino tambien contra el mundo entero, jamas conseguirán ya alterar la tranquilidad pública hasta el caso de hacernos temer un profundo sacudimiento.

La lucha en que acaban de empeñarse contra el gobierno lo está diciendo: aquí ya no se toma la razon por norma, la justicia por mira, el patriotismo por arma de combate: no, nada de eso, los pujillistas deben ser la mentira i la calumnia, vestidos de armadura, cubiertos con el yelmo de Mambrino, atacando molinos de viento, persiguiendo fantásticos escuderos de carneros, destrozando los titeres de maese Pedro i hablando, a pesar de esto, no el lenguaje: hermoso de don Quijote en la comparacion de las letras i las armas, sino la rampón i vulgar jergonzona de las comadres.

Uno chacean con llamarse *plebeyo*, i al mismo tiempo echan en cara a su adversario que se llame *hidalgo*, como si fuese un delito hablar de hidalguía en el proceder propio cuando se compara éste con los artificios de la felonía.

Otro llama al ministro espadachin de monos pintados, i esclama que protesta en nombre del país, en los mismos momentos en que su voz es ahogada por la rechifla de la barra.

Otro grita que no hai bien mayor que el decoro, que la compostura, i que Chile se ha degradado por no escribirle al encargado de su S. M. B. una epístola de desvergüenzas en regla, como podia salir si se hubiese confeccionado en el salon de descanso de los senadores.

Otro, en fin, se pone en pié, jesticula, grita a las armas! manda la maniobra, dirige a sus soldados una larga proclama, se raspa el pecho i concluye, estenuado de fatiga como Lord Chatam, gritando atras! atras! atras la Europa! atras al universo, atras todos! i mochila al hombre i lanza enristre, i puñal en el cinto, i trompeta en la boca, i escudo en el brazo, i casco en la cabeza, i espuelas en el talon, a las armas! a las armas! sí, a las armas contra Monsieur Bonaparte, el caribe, el estrangulador de la república, el antropófago de los heroicos cadáveres de Puebla!

Luego vienen los presidentes: no quita un diputado la palabra, llamándolo al órden: i el diputado grita, yo os llamo a la justicia. Luego viene otro: esclama: yo tambien quito a mi turno la palabra al señor ministro por haber quemado incienso, i el ministro no le responde porque se habia salido de aquel pandemonium.

Luego gritan cuatro, cinco, seis a la vez, i pasan a votar, levantan: lose atropellados de sus asientos, como si llevasen en sus manos la salvacion de la república, i echando sus votos en la urna esclaman: ya hemos salvado el honor de la nacion: esta es la última ofrenda que le hacemos a la patria!

En esta situacion, los ministros escuchan, los presidentes hablan alto, los secretarios se empuñan, i la barra cubre con sus bravos i silbidos a los votos de censura que como basiliscos ponzoñosos han tirado al rostro del gobierno las mayorías de los representantes en la causa bendita del montt-varisano.

Por supuesto, hasta aquí va toda una tragedia, con sus peripécias, con sus lances, con sus mutaciones de escena, con sus efectos de puñal i veneno; pero el sainete tambien viene despues, i entroveado como en las piezas de Ducange: sí, aquí va a ser lo lindo, la parte bufa del asunto.

Si nos equivocamos, hai alguno que haya contenido la risa al ver al señor Ovalle provocando a duelo singular al pacífico señor Torres, que le lanzó solo algunas verdades un poco coloradas por puro patriotismo, i no por poner a prueba el robusto brazo de su contrario?

¿I qué juzgais de aquello de Monsieur Bonaparte, es decir de aquel coraje para quitarle al emperador de los franceses su nombre de pila, i sobre todo, el número ordinal que le han concedido cuarenta millones de subditos?

Pero tambien ¿por qué no habia de ser el poder legislativo obispo para confirmar de cuando en cuando a los soberanos? Sí, señor, i esto lo hemos hallado tan de nuestro gusto, que desde ahora, por servil imitacion del diputado que peló a Na-

poleon tercero como a una tuna, dejándolo solo en cueros, es decir, en el *Donaparte* del libro de oro de Venecia; no vamos a llamar a don Manuel Montt por su nombre sino por *ño Manuel*; que así le viene tan pintiparado como a aquel soberano el *monseur* del bautismo que le ha echado sobre su corona, i a tres mil leguas del bautizado, el diputado enemigo.

Si, señor, fuera la sagrada ampollita de Clóvis! fuera ese manto real sembrado de flores de lis que Talma enseñó a manejar a Napoleón el grande! Atrás todos esos doseses i cetros i armas reales i pergaminos i títulos i zarandajas de un monarca a quien el dominio absoluto de cincuenta millones de franceses, i sesenta millones de rusos, i otros cien mil mas de Prusianos, Austríacos, Italianos, Españoles etc. saludan con el nombre de *tercero*, para designar sin duda que no han sido mas que tres los que han asumido hasta aquí un poder tan inmenso, i tambien (esta es solo una suposición) de que la Europa está condenada a sufrir despues de las revoluciones *los tercianos* Napoleónicas, como lo acredita ese número maldito de tres, que tanto ha enfurruñado el quisquilloso republicanismo de nuestro congreso.

A pesar de esto i de la tirria que tenemos contra todos esos usos que huelen al olor perfumado de la corrupción aristocrática (i que prefiero no obetane al que exhala el soberano pueblo en las procesiones o sitios en que se reúne), hai todavía quien se complace con la idea de ver establecido el tremendo *juicio de Dios* en la averiguacion de los delitos.

Si así fuese, temeríamos que al provocador del honorable señor Torres le cupiese la suerte que le tocó al conde de Sussex por defender la inocencia de Catalina Howard. *Verdad* es que aquí no hai Eitelvoels abandonados por ninguna *Caladía*, sino simplemente senadores fuera del *catálogo* del gobierno; lo cual, digase lo que se quiera, jamás causa ni puede causar esos estragos que el amor ocasiona cuando se ve ultrajado por la inconstancia.

Pero permosen aquí con las usanzas ridículas de la antigua caballería i vámonos (con la imaginación se entiende) a jugar malilla con unos cuantos próceres de los mas empingorotados del pueblo.

Si os hago este convite, es solo porque sé que os divertiréis con los nuevos naipes que acaban de descubrirse i que en este instante estan en uso en las altas rejiones de nuestra aristocracia.

Pues, señor, figuraos ya alrededor de una mesa cubierta con un rico i aterciopelado tapiz color esperanza, i en frente de dos respetables figuras, de esas que llevan entre las cejas la inscripción de su destino i el letrero de su alma, escritos en caracteres tan claros como en estampilla.

Pues señor, suponéos ya allí bien sentados i barajando en un naipe monstruoso, desconocido hasta ahora, i en el cual no hai ninguna carta blanca sino todas figuras, con sus respectivos *ases*, bien diseñados i mejor iluminados por una mano segura.

Don Francisco, que es el dueño de casa, i que acaba de dar las doce cartas, mostrando el as de bastos por triunfo, esclama: pues señores, mis cuatro tantos i vamos andando.

Como a la primera salida saliese una especie de sota de copas de nuevo cuño, el que debía seguir jugando grita: que sota es esta! ¿No ve Ud. don Francisco que esta figura es la de su amigo el senador de la respuesta? Qué es esto pues, añáde? Yo que he pasado mi mejor tiempo jugando malilla, puedo decir a Uds. que no conozco estas cartas. En qué quedamos, son estas fotografías o son naipes? Don Francisco al decir esto responde soltando la carcajada: si, señor estos son los senadores i diputados, que mi consorte, para felicitar me en mi cumpleaños, ha querido hacer fotografiar a Mythos para formar despues una nueva baraja que se llame *el naipe de la piñata*.

Juegue Ud. pues, mi señor don Juan Agapito, i mire que bastos son triunfos.

Pues señor, si son bastos esclama rabioso el interpelado, ahí va un triunfo para matar a ese montista, i así diciendo fué fallando todas las figuras que don Francisco (que tenia

una larga runfla de ellas) fué soltando una detrás de otra con la mayor pena que pueda suponerse.

Por fin, viendo que aquellos naipes-retratos quedaban todos metidos en las *basas* de don Juan, dice, dando un descomunal puñetazo sobre la mesa, esto mismo es lo que nos ha sucedido en las Cámaras con los ministros; nos han fallado todas las *malillas* i eso que tenían solo dos *triumfos*.

Así diciendo, tira la baraja por el suelo, i echándose de espaldas en un sillón, grita: ni mas malilla, ni mas juego he de sufrir en casa, ni mucho ménos que se profane así las personas de todos los amigos que amo mas en la tierra!

Pero señor, gritaron varios (por lo visto no nacionales) qué tiene uso de nuevo que la suerte le dé a usted tan mal cuando estamos todos de capa caída, o en otros términos, con la cola entre las piernas?

Pero si no es eso, hombre, contesta don Francisco, enteramente amostazado, si no es eso lo que me duele; lo que me lastima es ver la risa barlesca del señor i del señor (aquí señaló con el dedo a dos liberales) que no bien vieron salir al Presidente del senado i al *capellan*, convertidos en rei i caballo de oro parece que les hubiera picado la tarántula... segun han sido sus bromas i risotadas.

Si os suponéis esto lectores, no os suponéis una ficción, sino simplemente lo que en realidad pasó antenoche a uno de mis amigos que, por placer de observar el efecto de la protesta popular en el semblante de los montistas, quisó ir a pasar la noche en casa de un concejero de estado del antiguo réjimen.

¿I lo veis! hasta en la malilla quieren tener la ventaja esos señores sedientos de dominio!

Mas ahora que hablo de malillas i naipes, quiero recordaros lo que me decia un otro amigo que solia hacer pié al inventor de la nueva baraja.

Pues me decia, i no hace mucho, es tanto el amor i el respeto que esos hombres tienen por don Manuel, que cuando juegan con él i les echa *bolos* (como sucede siempre i hasta con carta falsa) ninguno de ellos se atreve a cortárselas: no, señor, se las dejan enteritas, i eso que la *polla* muchas veces es crecida i disputada con enarrazamiento.

Ah! antes que se me olvide: en una casa del color de la ya dicha, hallándose anoche de visita contra mi costumbre de ver jente que no sea de mi pelo, sucedió que la dueño de casa me mostró un cuaderno manuscrito, en que, con el título de *nuevo oráculo*, se hallaban dispuestas i bien combinadas una série de preguntas, con el fin de satisfacer la curiosidad de los que quisieren averiguar por aquel libro el porvenir de su destino.

Un viejo que allí se hallaba, cuyo nombre no recuerdo en este momento, tomó pues el libro, i leyendo las preguntas en alta voz, dijo: voi a ver esta como me sale.

A ver! a ver! ¿qué quiere usted saber don Felipe?—Señores, contestó el preguntado, voi a ver si me responde este libro en esta pregunta.

El partido Montt-Varista
Se enterrará en algun dia?

Excelente, contestaron todos, tire usted pues el dado i veamos. Tirado el número i abierta la página salió la respuesta siguiente:

El partido que ha vivido
A espensas de la nacion
No meterá mas ruido
Que el que ocasiona un raton.

No me satisface, dijo entristecido nuestro montista; pero como la suerte, dicen, no puede decidirse sino a los tres golpes, veamos otra vez.

A ver esta, volvió a decir un poco mas alentado.

¿Comenzará la dureza
I adios la conciliación?

Sin soltar el aliento todos esperan la tan deseada respuesta, la cual, despues de haberse buscado escrupulosamente el número simpático a aquel en que está la pregunta, fué como sigue:

Si no principia el chicote
A hacerles operacion,
No quedará monigote
Que no haga revolucion;

Porque la dicha blandura
Ya se vé que no aprovecha,
I del bueno la cosecha
Son la perfidia i negrura.

Al amigo, bien, confianza,
I al contrario, darle duro!
Que es perdida la templanza
De un gobierno en el apuro.

No bien leyéronse estas palabras del oráculo, todas a una, señoras i niñas dijeron—pues lo mejor es hacernos todas Peristas i Tocornalistas, i decirles a nuestros esposos pongan la proa hacia otro puerto, que lo que es puerto-Montt ya no puede servir sino para los naufragos.

No pudiendo contener mi gozo, tomé mi sombrero, i a pesar del frio que no permite risas vine hasta mi cuarto contemplando aquel cuadro que acababa de ver, i en el que podia mirarse la mayor parte de las jentes que opinan en política, que hacen la política, teniendo empleo que perder o gajes que dejar colgando en las espaldas de su opinion.

Sin embargo, la religion de los partidos no permite muchas veces escapatoria, i el alma mas débil i asustadiza tiene que ser consecante con lo que aprobó, con la comunión política que profesó por miedo o por interes pecuniario en momentos de pobreza i apuro.

En esto está fundado, tal vez, el secreto de toda esa constancia Numantina de los del antiguo gobierno: quizas en esta misma flaqueza estriba ese coraje, ese encarnizamiento de que hacen alarde como en prueba de consecuencia al hombre que en otros días les puso la teta en la boca.

En este sentido, debemos ser induljentes con esos que se llaman *crimenes políticos*, i que no son en realidad mas que los consiguientes de esas premisas de *empleo i conveniencia* que de continuo miramos como la raíz de nuestros raciocinios.

Ah! ántes que se me olvide, i ahora que la voz *crimen* ha venido a los puntos de la pluma, se nos ha dicho por un amigo del jóven don Federico Gana, de quien hablamos el otro día con motivo del comunicado laudatario sobre el señor Rosales, que la causa que se le siguió a aquel no tuvo el carácter grave de criminalidad que le atribuimos, sino simplemente fué un asunto de policía, en que por equivocacion fue enredado nuestro jóven, i en el cual no tuvo en realidad sino muy poca culpa.

Como esta satisfaccion ha sido pedida por un amigo de él i nuestro, i la intencion que tuvimos no fué otra que decir que Rosales no habia tenido arte ni parte, como se sentó, en este negocio, dámosla pues con gusto; reservándonos no volver a ocuparnos de ningun Federico aunque fuese el segundo de Prusia.

Si señor, hacemos este voto, i para ello tenemos por mira aquel mui solicitado doctor que por curar, sin tener nada enfermo, a un hijo suyo, concluyó por cortarle una pierna por pura solicitud i mui acendrado cariño.—Oh! hai amores terribles, es cierto i mui cierto, así como hai odios que hacen mucho bien como, por ejemplo, los de los senadores, que no han servido sino para hacer cobrar nueva vida al gobierno, mostrándole toda la afeccion i el respecto que lo rodean.

Ibamos a ensartar aquí algunas docenas de reflexiones como guindas, pero las guardaremos para hacerlas con motivo de lo que vienen a referirnos.

Es pues el caso que, segun se nos dice, habiéndose sus-

pendido la funcion teatral en que debian relatarse algunas poesias en honor de Puebla, algunos de los interesados en la fiesta, acompañados de unos cuantos amigos, viendo que se les despojaba del salon que habian escogido para su funcion, despues de arengar al pueblo citaron a los concurrentes para oír mañana en la alameda la voz de guerra contra los tiranos, e irse despues de este cristiano intento a la Moneda para protestar de la protesta que hizo el pueblo de Santiago ayer, con motivo del voto de censura del Congreso.

Si esto es cierto, lo que no creemos absolutamente, ¿qué dirán los montistas de sus enemigos los liberales? ¿Qué pensarán los independientes, los hombres sensatos, los que quieren la paz i se congratulaban que habia llegado la hora de descansar de ajitaciones i sobresaltos?

Cuando se piensa que el Congreso dió a don Jovino Novoa un voto de confianza, i ha dado uno de censura al ministerio de Julio, uno de los mas honrados que hayamos tenido jamas; no es extraño que se perore i se grite contra los buenos funcionarios en plazas, teatros i cafés.

La elocuencia patriótica es una epidemia mui contagiosa, i mucho mas cuando se dirige a un pueblo que muchas veces no sabe lo que aplaude.

I no se enoje nadie, pues es sabido que en el período de la revolucion francesa los mismos que aplaudieron la muerte de la Jironda aplaudieron al verdugo cuando les presentó la cabeza de Robespierre.

En España, el mismo pueblo que adoraba al jeneral Solano, lo arrastró por las calles; i Viguri que tambien habia sido mui victoreado, lanzó la vida entre las uñas de las manolas.

En ese constante flujo i reflujó de las opiniones, en ese oleaje de repentinos deseos, de súbitos impulsos de destruccion i de favores, vése siempre la mano de los que burlean la credulidad de los sencillos, de los que explotan la inocencia i los naturales bríos de un corazon virjinal para todas esas emociones.

Así, si hai algo de punible en el hecho (que relatamos solo por lo que se nos ha dicho) los que verdaderamente serian culpables son los que incitan las pasiones, los que vuelven la cabeza del pobre pueblo, cuyo apoyo así se busca para sostener una buena causa como para levantar una mala.

Sobre todo, lo que nos duele, es la pérdida que sufre con estos hechos el partido liberal, acusado siempre de lijereza i miras de revuelta.

Si, lo sentimos de corazon, i mucho mas, cuando se dá con estas locuras derecho a los opresores de otros dias para que griten i digan: ¿no es cierto que nuestro sistema de tirantez fué lo único que pudo salvar al país de los furros de la anarquía?

Creámos concluir con alguna cosa alegre, lectores; pero es fuerza tirar la pluma i decir:

Oh libertad! tus hijos te devoran
I hacen que seas la deidad del crimen!
Oh libertad los mismos que te adoran
El decoro te roban i te oprimen.

No colocan, rabiosos, en tu frente
Coronas de laurel i de azahares:
No, las ofrendas que te da esa jenta
Son victimas i duelos por millares.

En tu nombre sagrado dan la muerte,
Espantan con tu efije tan hermosa,
I despues atribuyen a la suerte
La ruina de tu esclirpe jenerosa.

Oh libertad! tal vez de los tiranos
No recibiste ultraje parecido
Al que te dan tus hijos inhumanos
Hollandando la verdad de tu apellido.

No creáis, con todo, que estos versos son nuestros: no, son tuyos, lector (es decir, de alguno de los que nos leen) pues no hemos hecho otra cosa que imprimirlos al pié de la letra como los recibimos.

Como se corre, que dentro de poco el *Condor* va a volar diariamente, i que sus redactores dejarán su tarda cabalgadura para salir en un corcel ligero, que alcance en su carrera a los otros jentiles alazanes de la prensa, te diré que no hai tal cosa, i que por lo mismo puedes suscribirte al *Condor* semanal, sin miedo de que corra riesgo la suscripcion.

Tan cierto es esto *dicese* como el que nos pinta como vendidos a la causa del gobierno: así no hai mas que decir cuando oigas estos despropósitos:

Es la jente tan bellaca
Que ni a los pobres perdona:
Ya les quita la casaca,
Ya les pone una corona.

I mucho mas cuando el pobre
Es altivo i nada lerdo;
I aunque no posea un cobre
Es mui patriota i mui cuerdo.

Pero que! si en esta vida
La envidia feroz i ciega
Al talento todo niega,
I todo vicio le envidia.

Sobre todo, en este asunto
¿Hai quien no sepa mui bien
Que escribimos sin que den,
Como el ojo de difunto?

¿I que tanto el redactor
Que la gota gorda suda,
Por divertir lo mejor
Hasta la jente mas ruda,

No tiene ni para tinta?
¿Tal es su desolacion!
Pero nó! quien tal nos pinta
Es mezuquina emulacion.

¿I el editor que se enreda
En esto sin ganar medio?
Oh! morder es el remedio
Que a los bellacos les queda.

Así, opinion, con tus lazos
Al pobre *Condor* no ciñas
Sino al contrario los brazos
Estira a

JUAN DE LAS VIÑAS.

El escultor i la estatua.

Cuentan que un escultor mui sfamado
(No sé si era Canova o Miguel Anjel)
Despues de haber labrado
Una estatua de virjen o de arcánjel,
En todo peregrina
Por su espresion divina,
Contornos i ropaje;
Dejando su cincel, dijo con gozo,
O mejor con artístico coraje,
¿Sin mí qué fuera este pesado trozo
De mármol de Carrara?
Una piedra no mas i eso no cara.

¿Mas ahora qué es? Obra maestra
Que vale mas que si de plata fuera.
¿Que consuelo tener mano tan diestra!

Dichoso el que naciera
Como yo, con un mundo en la cabeza,
Con un cielo en el brazo;

I con orgullo puede i con presteza
Formar el dulce lazo

Del amor celestial, i del profano
La voluptuosa union, el suave encanto
De la virjinea candidez, i el llanto
De mísera vindez, i del guerrero
Trazar de un golpe el corazon de acero.
¿I me charlan de Dios! i el mundo todo
Dice que él solo diera a la materia

Inerte, movimiento,
Osado pensamiento;
I que solo él pudiera en su grandeza
Hacer un hombre, en fin, de cieno i lodo.
Pero ¿yo no he hecho mas con este mármol?
¿No le he dado a placer cuanto queria,
Virjinal candidez i gallardia?
Anjélica espresion, dulce ternura,
Celestial hermosura;
I puedo hacer, si quiero,
De dioses solamente un mundo entero?

En medio de su arrobo i parleria
Tropezó con la estatua ¿quién diria!
I fue, segun se dice, tan violento
El sacudon, que aquella en el momento
A los suelos cayó rota en pedazos,
Aunque opusiera el escultor sus brazos,
Robustos como acero, i pretendiera
Que su ídolo salvase aunque él muriera.
Rompióse pues, i al espirar doliente
Le habló de esta manera sorprendente:

Porque blasfemabas
Torpe i atrevido,
Como hombre engreído
De orgullo feroz;
Por qué así cegado
Nada conocias,
I solo ya oias
Del diablo la voz;

Por eso los cielos
Quisieron airados
Ver despedazados
Tu orgullo i amor.
Para que aprendieras
Con este escarmiento
Que solo un momento
La dicha duró:

I que aquellas obras,
Orgullo del hombre,
Se van cual su nombre
En humo veloz;
I que nada eterno
Hai de cuanto viste
Sino lo que existe
Como obra de Dios.

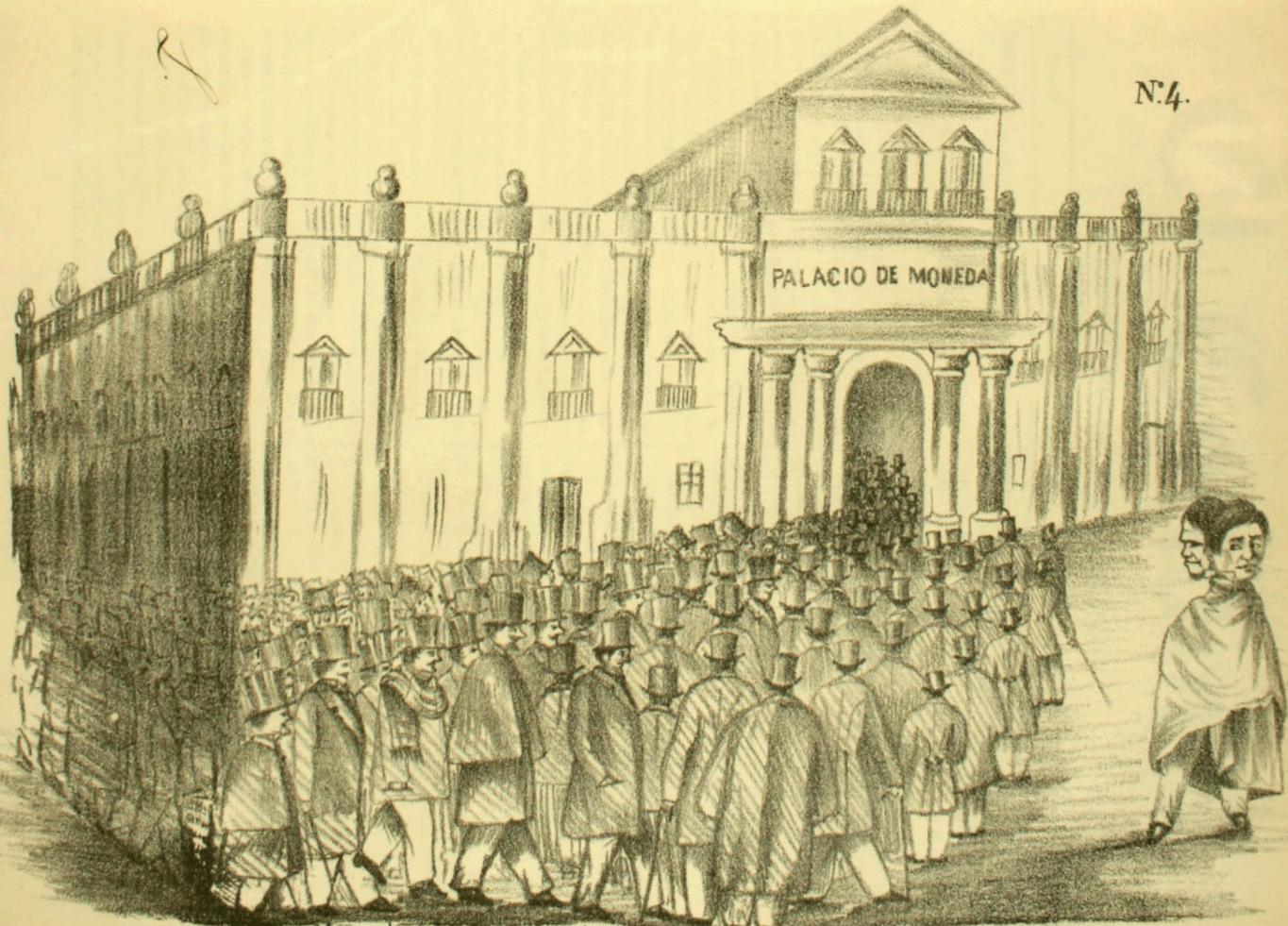
M. B. C.

Atas la Europa



Atas la Europa!!! — Á las armas!!!

La Europa domina al mundo.



Voto de constanza del pueblo al proceder del Gobierno.

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Julio 12 de 1863.

Núm. 5.

Derecho de asociacion.—El gobierno ha estado en su derecho.

La cuestion que mas ha ajitado a la prensa en esta semana ha sido la de tratar si el Presidente de la República ha obrado en consecuencia del reconocimiento que hizo del *derecho de asociacion* a las personas que se dirijieron a su casa para interrogarlo.

Dejando a un lado la intencion o el motivo que llevó a los señores de la comision a dirijirse al Presidente de la República para indagar de sus lábios lo que S. E. no tenía absolutamente obligacion de contestarles, pasemos a averiguar si la prensa enemiga del Ministerio ha andado en razon o descaminada en las apreciaciones que de estos actos ha sacado para atacarlo.

Desde luego, i despues de sentar el derecho que todos los ciudadanos tienen para emitir su opinion en clubs, *meetings* o reuniones populares, entra de mancomun a apreciar o, diremos mejor, a censurar la conducta del gobierno, echándole de paso entre adu-laciones, no mui escasas i del mejor gusto, unos cuantos consejos con sus respectivas profesías, que a ser mas bien coordinados, de cierto que habrian podido haberlo entrar en mas de una zozobra i arrepentimiento.

Para ver si la conducta criticada merece censura, entablemos la cuestion en esta forma.

¿El derecho de asociacion no tiene ni debe tener limite que lo contenga? ¿La autoridad en ningun caso puede coartarlo?

A lo primero, nadie habrá tan lerdo que sea capaz de negar que en los países representativos el pueblo tenga el derecho de juntarse o para deliberar sobre los asuntos públicos, cuya solucion interesa a la jeneralidad, o para uniformar sus opiniones que puede hacer valer, si quiere, haciendo uso del derecho de peticion que le concede la carta fundamental con mas o ménos limitacion o ensanche.

Pero no porque estén acordes todos en esta verdad reconocida por los tratadistas de política constitucional, deben estarlo, ni lo están en realidad, respecto a la latitud que ha querido concederle la prensa en la cuestion que nos ocupa.

Si tomanos por modelo a la Inglaterra, a quien se concede el nombre de país clásico de la libertad, i nos atenemos a lo que nos dicen los escritores que han vivido allí por largos años, pocos serán los que

puedan decir que en aquella tierra en donde cada derecho es una realidad provechosa para el pueblo en todas sus jerarquías, la tal facultad de asociacion no tenga limite alguno que se le oponga ni lei que no la regularize decidida i previsionariamente.

Blanco Wilhe hablando del modo como se verifican allí esas reuniones populares que se quiere parodiar en este momento, se explica así:

«En España creese vulgarmente que en Inglaterra el *Jonh Bull* tiene la facultad de formar sus *meetings* cuantas veces quiere i para lo que mejor le plazca. Pero no es así, por cuanto los sesudos hijos de la Gran Bretaña no hacen uso de ese derecho sino cuando se aproximan las elecciones o se presenta alguna cuestion en que su voto pueda influir en las decisiones del Parlamento.

«De los doscientos cincuenta *clubs* que ahora están abiertos en Londres diariamente, lo único que podrá decir es que *politiquean* ménos que cualquiera de esas reuniones nuestras del café de la *calle ancho*.

En España se reunen para conspirar, en Inglaterra para discutir, para aprender, para saber cumplir en cuanto es posible con el ejercicio de todos los derechos que este pueblo reverencia hasta el grado de perderlos muchas veces por no atropellarlos violentamente.»

Esto que decia este sábio escritor en 1827, lo dicen todavia todos los que han querido tomarse la pena de estudiar las instituciones liberales en ese gran pueblo; i por cierto que su autoridad, apoyada en el conocimiento histórico que tenemos de aquella nacion, no puede ménos que ser decisiva en el asunto.

Quando en Inglaterra, pues, se reunen es para tratar de asuntos o referentes a los intereses de la corporacion que forma el *club*, o para ocuparse de los asuntos políticos; pero de ninguna manera para exaltar las pasiones por medio de apasionadas vociferaciones que pueden ora mover el pueblo al sereno de las instituciones que deben serle sagradas, ora poner en conflicto (como se ha querido con las tales peroratas i los dichos discursos) a las autoridades con los gobiernos con quienes están en amistoso comercio i buena intelijencia.

Quando se dice que el ministerio permitió que se reuniesen quinientos o seiscientos ciudadanos con el fin de dirijirse al palacio i manifestar allí al Presiden-

te i sus ministros, que el pais estaba satisfecho de la conducta que habia observado en las relaciones estranjeras, (que tanto motivo han dado a sus enemigos para censurarlo) se dice una inexactitud, se comete una injusticia; pues ni el gobierno en conjunto, ni sus ministros por separado, movieron a esos ciudadanos a este paso, ni de ninguna manera pudieron, una vez hecha la reunion, impedir que aquella consiguiese el objeto que se habia propuesto.

¿Qué hai de vulnerable pues en este hecho? ¿O es digna de censura la conducta del gabinete, porque acoció como debia a los ciudadanos que tan espontánea i justamente quisieron hacerse en ese acto el eco de toda la jente sensata de la república? ¿I qué debieron hacer, se preguntan todos? ¿Podria el gobierno haber cerrado sus puertas a aquella reunion, cuyo objeto no era otro que asegurarle la confianza pública, que robustecer con su voto el proceder que tanto se habia criticado como desdorado para el orgullo nativo de la república?

Por otra parte, en la aprobacion que aquellos ciudadanos prestaban tan franca i pacíficamente, ¿hubo una sola palabra que ofendiese la dignidad del Congreso, que censurase su opinion, que hiciese creer al gobierno que la aquiescencia manifestada era una verdadera protesta contra la atentoria e injustificable conducta de las Cámaras?

¿Se vertió, por ventura, en los discursos de la comision alguna palabra que envolvese un ataque contra el poder legislativo, que vulnerase la inviolabilidad de sus opiniones, que atentase contra la libre voluntad que le es inherente, i que debe siempre respetarse por caprichosa que se manifieste?

Luego si nada de esto que se dice hubo en realidad ¿cómo es que se quiere bautizar con el nombre de *tolerancia* el hecho lejítimo de parte de los asociados, i en el cual la autoridad no podia intervenir de ninguna manera sin pasar por la culpa de hollar la libertad del ciudadano sin la menor escusa?

Pero bien sabido fué esto de todos los que presenciaron aquella reunion, a que también se ha apellidado *poblada* para rebajar su importancia; pero bien al cabo de lo sucedido se hallaban los miembros del Congreso para no formar, como lo hicieron, esa retahíla de inculpaciones a los ministros, disfrazadas con el especioso pretexto de un celo i moralidad que nadie ha querido ni podido comprender despues de haberlo visto casi provocar a la revuelta desde el santuario donde se asila.

La interpelacion de los presidentes de las Cámaras son el compendio de lo que despues ha dilatado la prensa: sí, allí están i bien patentes todos los sentimientos que animan al partido que las dirige: sí, allí se ve toda la hiel del despecho que ha producido en el bando que solo escucha rechiflas i maldiciones, la grata i consoladora confianza que la capital de la repú-

blica ha querido ostentar sin coaccion ni compadrazgo a los honorables ciudadanos que componen el gobierno.

¿I obraron, preguntamos, los diputados i senadores por solo el deseo de conservar ileso el poder que invisten? ¿Se atreveria alguien a decir que el señor Varas i el señor Cerda fueron movidos al alzar la voz, pidiendo esplicaciones al ministro del Interior, por la mira única de reclamar un inviolable respeto hácia el poder público que dirijen a voluntad, i en cuyo descrédito han tenido una parte tan grande i un empeño tan decidido i manifesto?

No, lo que pudo impulsarlos o, mejor, lo que movió a hablar a sus señorías, remedando el lenguaje de la dignidad ultrajada, parodiando la voz del patriotismo i de la fortaleza, fué el dolor que debió causarles la reprobacion unánime del pueblo, manifestada tan elocuentemente en la aprobacion que ofrecian al Jefe Supremo.

El dardo que llevaban clavado en el pecho por la mano de la opinion, era forzoso lanzarlo a la cara del dichoso que habia sabido encadenarla con el afecto: la herida era demasiado profunda, demasiado violenta, demasiado pública para callar el quejido de angustia; se vengaron, pues, i sus imprecaciones i sus lamentos son los mas elocuentes testimonios de la popularidad que goza el gobierno a quien detestan, i del ódio que ellos se han atraído a fuerza de supercheria i despotismo.

Probado pues que el gabinete no tuvo arte ni parte en la reunion que se critica: que su conducta fué la que debia observar, atendido el carácter de la reunion que fué a darle ese voto de confianza (que tanto ha lastimado al partido montt-varista i al ultra-liberal mancomunados hoy en el odio) pasemos a averiguar si ha obrado atentatoriamente, como se dice por el *Ferrocarril i el Mercurio*, en la prohibicion que sufrieron los señores que quisieron echar a volar al aire libre sus simpatias por Méjico i sus odios contra el Emperador de los Franceses.

En primer lugar, el derecho de asociacion, tal como debe comprenderse, puede ejercerse como se pretonde, es decir, para exasperar los ánimos en contra del soberano de un gobierno amigo, i al que no es posible insultar por el doble motivo de la conveniencia i del deber?

Se nos dirá que cada ciudadano es libre para expresar su voto de la manera que mejor le plazca; que cada cual puede trabajar por inculcar en los otros las opiniones que juzgue convenientes: que la soberanía de la conciencia individual es un sagrario ante el cual deben estrellarse todas las pretensiones de los gobiernos; i con esto, i aun mucho mas que se dijera, no se habria dicho nada que comprobese la justicia de lo que se pretende.

Cuando se reconoce el derecho de enunciar el pensa-

miento o por escrito o de palabras, se reconoce simplemente el derecho que tiene cada individuo para decir a la comunidad con quien vive la manera como piensa; pero de ninguna manera se establece la facultad de provocar a la sedición, como lo sería siempre que se intentase valerse de la fuerza popular para imponer como leyes sus deseos a los gobernantes.

En tal caso, ya no sería usar de un derecho, cuya existencia se debe al bien que se supone resultar de la conformidad de opiniones, del esclarecimiento de la verdad, de la luz que naturalmente debe brotar del choque de los diversos pareceres: no, ya no sería usar de una facultad lejitima sino arrogarse un derecho que no podemos suponer en ninguna asociacion social por contravenir abiertamente con el fin que lleva en sí mismo todo gobierno constituido.

Por otra parte, en el hecho de declamar contra Napoleón III, a vista i paciencia de su ministro plenipotenciario ¿no era hacer mas que esto todavía? ¿no era provocar abiertamente un conflicto, colocando al gobierno en la embarazosa situacion de dar satisfacciones sobre insultos en que no habria tenido la menor parte? I no se diga que el gobierno podia alegar al ministro del Emperador de los franceses, en el caso de un reclamo, que estaba inocente de toda participacion en el hecho acusado, pues era sabido de todo el mundo que las piezas prohibidas envolvian esos agravios i habian, así como eran, merecido la aprobacion de parte de la autoridad a quien competia su revision.

Ahora pues, si el Intendente, como autoridad inmediata i competente en el asunto, habia suspendido la funcion por los motivos que ya van dichos ¿qué estrafño tiene que mandase impedir que las mismas piezas, que habian dado lugar a la prohibicion, se relatasen al aire libre, es decir, haciendo todavía mas grave el insulto i la responsabilidad todavía mas estrecha?

Sobre todo, lo que no podia decirse en un teatro por envolver ofensas contra una potencia poderosa, cuya rabia íbamos a provocar por un capricho ¿podría racionalmente declamarse a la luz del sol, escitando, como es natural, la grita del pueblo contra la nacion a quien iban dirigidos esos denuestos?

Claro está, pues, que si el deseo de insultar a un gobierno amigo en la persona de su soberano no pudo ni debió permitirse en un teatro, con mucha mas razon debió la autoridad impedir, como lo hizo, que se le agraviase en la plaza pública, i con todo el aparato de su consentimiento, cuando no de su aprobacion o de su negligencia.

Cuando se dice que la accion del gobierno no es esensiva hasta ese caso, i se citan las reuniones que se han formado en París para socorrer a la Polonia, i en Londres para ayudar la cruzada de Garibaldi contra el reino de Nápoles, no se habla la verdad; pues jamás se pronunciaron, ni pudieron pronunciarse en los teatros de aquellas capitales, alocuciones que hubieran

sido sinónimas de una declaracion de guerra a las potencias amigas.

Que en Inglaterra haya meetings para ayudar a los Italianos, para socorrer a los polacos, para impulsar extrajudicialmente cualquier movimiento político, no quiere decir que los haya permitidos ex-profeso por el gobierno; porque en tal caso, no sería conceder un derecho de discusion, sino uno de guerra, que no puede ni debe confiarse al pueblo sino a los poderes públicos que estan al frente de la administracion, i que por su naturaleza son los que deben fallar en tan árdua materia.

En las cancillerías europeas la cortesía diplomática ha llegado a una severidad tan grande, que muchas veces de un acontecimiento el mas pequeño e insignificante han resultado conflictos que solo se han logrado vencer a costa de trabajos indecibles, i eso que el mútuo respeto, producido por el equilibrio de poder, podia muy bien haber autorizado cualquier abandono. En los mismos Estados-Unidos, la circunspeccion no abandona nunca a la diplomacia, con la circunstancia de que allí el hábito del derecho parece que hubiera exajerado un tanto las pretensiones del pueblo. Pero no es así. Cuando la declaracion de guerra hecha a la Inglaterra, el mismo Washington guardó una mesura i reserva tan dignas, que hizo todavía mas imponente la actitud de la república en este acto que lo que hubieran podido pueriles vociferaciones o denuestos hechos sin contestacion inmediata de parte del ofendido.

Si el Congreso nuestro hubiese declarado, por ejemplo, la guerra a esta o aquella potencia, con razon o sin ella, entónces sí que el derecho de asociacion hubiera sido bien aplicado al asunto, porque así no se arrebatara al gobierno ni al poder lejislativo prerrogativa ninguna, sino simplemente se dilataba o robustecia su pensamiento.

Luego pues, si el intendente no pudo consentir en la declamacion de las piezas dichas por los motivos que ya hemos enunciado ¿cómo es que se censura que el Presidente haya restringido el derecho de asociacion, de que querían valerse para colocarlo en una posicion tan critica como dolorosa? Sin embargo, se dice, el gobierno que confesó i reconoció el mismo derecho por boca de sus ministros en el Congreso, que toleró la reunion que venia a felicitarlo o apoyarlo, ha negado dos dias despues lo mismo que habia reconocido i aprobado la vispera. Atroz inconsecuencia ¿no es verdad? Pero tambien ¿cómo no debia hacer-se diferencia entre una manifestacion conciliadora i una declaracion de guerra, entre un acto que no podia impedirse i otro que debia coartarse; entre un hecho, en fin, sin trascendencia ninguna maléfica i otro que traería necesariamente tan fatales consecuencias?

Cuando no se tiene con que acusar, es forzoso

idear el motivo, cuando la verdad no da apoyo, se pide a la injusticia su cooperacion, no es cierto? Pero tambien lo es, que cuando se buscan pretensas culpas que atacar, soñadas tropelías que combatir, se quita uno el derecho de motejar las que realmente puedan presentarse mañana.

Si los partidos fuesen prudentes en sus ódios, a los gobiernos costaria mucho mas vencerlos, i a ellos mucho ménos conseguir cualquier triunfo.

Cuando el *Mercurio* llama este hecho como la primera injusticia cometida por el gobierno del señor Perez, nos autoriza para que le preguntemos; i si es así ¿cómo es que habeis acusado sin descanso, desde hace dos meses a los miembros del gabinete; si esta es, por vuestra confesion misma, la primera culpa ¿porqué no ha sido vuestra primera inculpacion?

Pero el *Mercurio* obedece a otras creencias: deduce de otras premisas: no es extraño que el resultado a donde llegue sea el que ahora espone.

Respecto a la prensa del decenio, que ahora parece hacer gala no solo de patriotismo sino de un americanismo casi extravagante, a fuerza de encumbrado i puntilloso ¿qué se puede decir de nuevo i que no sea una repeticion enojosa i superflua?

Al propalar gritos de guerra constantes, al llevar el ardimiento hasta querer bloquear a la Europa en su misma grandeza, hasta pretender ahogarla con su misma excesiva pujanza, ya es pretender lo que nadie pretende, ya es pensar lo que nadie piensa, ya es gritar lo que nadie grita; i por supuesto, equivale a usar el derecho de no ser contrarrestado en tan filantrópicos propósitos.

Sin embargo, la patriotería no seria suficiente para impedirnos un embarazo diplomático, para hacernos salir de uno solo de los muchos atoladeros a que provoca al gobierno por puro americanismo: no, su vocinglería, acompañada de la del Congreso, no seria suficiente para evitarnos, ya que no descalabros, al ménos la vergüenza de la debilidad: no, la charla i la declamacion de nada valdrian en un conflicto; i sabe Dios si esas mismas pruebas de desaforado coraje, de intempestivo entusiasmo no harian mañana, lo que el cielo no quiere, mas que cubrir de desprestijio i burla nuestra misma debilidad en una lucha desigual i terrible.

Cuando se vive de corta vida es preciso ahorrarla, de lo contrario el estambre delicado de ella se gasta, se rompe, i no hai para mañana ni siquiera lo que hoy se tira por un lujo inexplicable i estúpido.

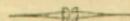
Mui reciente está la cuestion que, segun dicen los señores representantes, ha cubierto de oprobio a la república.

Sin embargo, ellos buscan nuevos lances con empeño, tratan de producir a toda costa otros escenas todavía mas complicadas, i en que tal vez no lograríamos resultados tan felices como en la anterior.

I todo esto por qué? I de todo este trabajo cuáles

son la causa i el móvil? Cuáles? digámoslo de una vez—el deseo de buscar pretextos para acusar sin descanso al gobierno, el de procurarle todos los conflictos imaginables para que cargue con toda la odiosa responsabilidad que solo debe haber a sus autores; i sobre todo, el de hacerle, aunque no se saque provecho ninguno, todo el mal que aconseja el odio, cuando no reconoce ni miramiento ni consideraciones.

Entre tanto, el pais sigue animoso las peripecias de la lucha, i en cada triunfo obtenido por la lei sobre la injusticia celebra una esperanza para lo futuro i una pena los enemigos del bien público.



Ataques al ministro del Interior.—Conducta de los ministros.

No contenta con aglomerar cargos, a cual mas riesgos i desatinados, la prensa del decenio toma ahora por su cuenta al señor ministro del Interior, haciéndole reproches que, en sentir de aquella, deben abrumar a su señoría hasta el caso de postrarlo rendido i sin defensa en manos de sus enemigos.

Despues de discutir largamente sobre todas las generalidades que se deducen de premisas supuestas a placer, entra en apreciaciones que así atañen a la cuestion presente como a cualquiera de las muchas que ventila todos los dias, para embrollar mas i mas el intrincado laberinto de la discusion.

Pero tambien es cierto que de otra manera no sería posible poder ensartar tantas reflexiones, ni ménos enlazar un programa de recriminaciones matizadas, o mas bien entreveradas, con el dogmatismo pedantezco que solo puede ofrecer a la pluma la vaguedad de los deseos i lo poco robusto de las convicciones que se profesan.

Con todo, sigámosla en el enmarañado círculo vicioso en que se encastilla para disparar desde allí sus bombas contra el gabinete. Desde luego, como base del ataque, la ruptura de la armonía entre el poder lejislativo i el ejecutivo atribúyela al ministerio que, armado como pudiera un maton de sainete, se presenta amenazador i terrible ante los representantes del pueblo, que, en su sentir, solo han entrado en la lucha por el honor de defender el decoro empañado de la lejislatura.

Por supuesto, sin pasar mas adelante, ya lleva el *Ferrocarril* una piedra mui colosal para el edificio de falsedades que levantará mas tarde para desplomarlo contra el ministro.

Si no es así, i lo que dice es la verdad, como lo pretende hacer creer ¿no nos probaría cuál es esa armonía que el gabinete ha roto por puro placer de quebrar lanzas con los miembros del Congreso? ¿O llama romper lanzas por puro gusto el responder con la irritacion severa de la verdad a la injusticia i a la superchería?

Si esta conducta no fuese conocida por todo el mundo, si el proceder del gabinete entero fuese un secreto, de seguro que el desprestijio que ha caido sobre

la representacion nacional no hubiera sido tan completo, ni la reprobacion al partido del decenio habria llegado ya hasta el caso de hacer intolerable todo raciocinio sobre sus miras i sus pretensiones.

Cuando vimos que desde el primer momento de asumir las carteras, los ministros ofrecieron respetuosos su cooperacion al poder legislativo, apesar del conocido propósito que se le conocia de contrariarlos en todos sus proyectos, se congratularon todos de una conducta tan política i conciliadora, i se prometieron que con este paso lograrían, sin duda, cerrar, cuando menos, los labios de sus enemigos, por muy encarnizados i pertinaces que los consideraban.

Las palabras primeras del ministro de la Justicia, acatando reverente las decisiones del Congreso, manifiestan lo que decimos, i aun cuando no hubiese mas prueba de lo que sentamos, bastarian ellas para desmentir victoriosamente a los que afirman que el ministerio es el que ha provocado a la lucha, el que ha roto la buena inteligencia que debe existir entre los poderes públicos.

I fué tal esta creencia, que muchos de los mismos que estaban interesados en que se estableciese una alianza entre el gobierno i sus enemigos, llegaron a acusar a los ministros de escesaiva blandura, de un inmerecido respeto para con ese cuerpo a quien no podia ménos que envalentonar esta prueba de jenerosidad i templanza.

Muchos, pues, llegaron hasta acusar a los ministros de falta de intrepidez en la lucha que ya preveían o, mas bien, miraban iniciarse, esperando que el tiempo vendria a convencerlos de que no es posible en política esperar jenerosidad de un enemigo, que todavia hace fuegos desde la zlmna en que se ha encastillado para enterrarse con su propia obra, i en la cual no ha de ofrecer capitulacion de ningun linaje.

La prediccion cumpliése tal como se habia imaginado: a la magnanimidad i la compostura correspondiése con las arremetidas insidiosas, con el sarcasmo armado del sofisma, con la chabacanería puestas en circulacion parlamentaria como lejitimos recursos de oratoria, o como instrumentos de ataque no vedados por el decoro propio, ni repudiados por el pudor anexo a toda corporacion que se apellida una palanca en el edificio político de la república.

Los que esto vieron siguieron no obstante en todos sus pasos a los combatientes: contaron sus recursos, examinaron sus armas, midieron sus fuerzas, sondearon el terreno; i solo despues de un detenido exámen, para no ser acusados de parcialidad o lijereza, dijeron que el ministerio habia sido provocado alevosamente, i justificaron, apoyados en la opinion, todos los ataques, por rudos que fuesen, contra un poder que dejaba de serlo desde el momento que hollaba la conciencia de sus comitentes, asumiendo el carácter de bandería a que habia debido su injerencia en los negocios públicos.

Si la prensa a quien respondemos niega estos hechos ¿cómo nos explica la conducta de ese senado en que rebullen las pasiones bastardas de un club de conspiradores, en que se hace armas de todo lo

que cae a las manos de los que se proponen cubrir con el Sanbenito el augustó traje del lejislador: en que nada se ha respetado, en que ni siquiera el lenguaje del libelo i del pasquin se ha guardado para los negros conciliábulos de la intriga; i en que, por último, se ha tiznado con el negro hollin de la pasion hasta los arranques del odio, hasta los ruidos de la cólera, imponentes siquiera cuando son pronunciados por corazones robustos i labios que, aunque juren venganza, no destilan la ponzoña de una alma que se nutre con lo que arrojan rabiosos la vanidad lastimada i la superchería desenmascarada por sus mismos ardidés?

Cuando se aprobó por las cámaras la contestacion al mensaje del Presidente de la República; ya se divisaba lo que venia detras: ya se sentían los abullidos que exhalaba la rabia por tanto tiempo comprimida; pero no por esto, imaginóse nadie que la contestacion que formulase el congreso, ni ménos la discusion a que diese esta lugar, fuesen de tal naturaleza que llegasen, como ha sucedido hoy, hasta arrancar la reprobacion de la misma prensa que ha sostenido sistemáticamente que la dignidad del país estaba vinculada en los miembros de la representacion nacional, de quien debiamos esperar el último esfuerzo en la salvacion de las instituciones.

Ahora bien, ¿quién ha sido el agresor i quién el agredido? ¿Lo ha sido el senado o lo han sido los ministros?

A la destemplada grito de los senadores Ovalle, Cerda, Mujica, ¿no se ha contestado con la verdad, con el raciocinio, con la franqueza? ¿No se han medido los agresores i los agredidos hasta en el terreno de la personalidad, a donde llevaron pérfidamente a los ministros para comprometer su circunspeccion i su paciencia?

I bien, ¿cuál ha sido la lucha, cuáles las armas, de quién la victoria? Provocado el ministro del Interior hasta por el sarcasmo de mala lei, ha respondido con dignidad i con entereza, anegando a la injusticia con el torrente de una elocuencia, a que no han prestado sus brios ni su brillantéz los recursos de la oratoria sino la conciencia de la buena causa i la miseria de la patrocinaida por sus contendores.

Acosado el de la Justicia por el mismo gladiador que habia rotado a su vigoroso adversario, i que suponía en aquel una derrota delante del aparato de la diatriba i de la mofa, supo hacer pedazos al envalentonado espadachin, convenciéndole de su misma ignorancia, refregándole, puede decirse así, por el rostro las mismas estrafalarias sinrazones que le arrojó para vencerlo, i con las cuales lo aplastó para no dejarle respiro en tan desatentado combate.

Vencido el Senado en su orador de parada i en su hidrófobo presidente, no quiso, sin embargo, dejar de quemar su último cartucho en la refriega con el ministro de Hacienda. Fué así; mas éste con un coraje que en nada empañó la dignidad del cargo que ocupa, con una razon que no pudieron hacer vacilar ni la desvergüenza ni la arteria, habló claro, levantó la voz, descorrió el velo de aquel indigno complot; i a sus

acentos la única respuesta que se juzgó oportuno el oponerle, fueron los campanillazos que la mano trémula de aquel presidente de facciosos creyó bastante fuerte para apagar la verdad que había pasado de los labios del ministro a los corazones de todos los oyentes.

I en esta lucha, volvemos a preguntar, ¿qué cargo no se ha hecho a los ministros? ¿Qué indignidad ha quedado por achacarles? ¿Ha habido paso alguno que no se haya prestado a la impugnación i al reproche? ¿Se ha dejado una sola palabra sin comentar, una sola supuesta intención sin censura, un solo entrevisto o presumido deseo que no haya llevado sus golpes i sus calumnias?

Sí, desde las intenciones hasta los hechos, desde el pasado hasta el futuro, desde la suposición hasta la realidad, desde lo conjeturable hasta lo posible, todo ha sido puesto en tela de juicio, de todo se ha hecho argumento; cayendo muchas veces los impugnadores hasta en la inconsecuencia de herir a sus mismos partidarios con las armas que descargaban frenéticos contra sus enemigos.

Probados pues estos antecedentes, como lo están en la conciencia de todos, en el voto de todos los hombres que piensan, ¿cómo es que se pretende todavía cubrir con el bochorno de esta escisión a los que han sido atacados hasta en la inviolabilidad de su carácter, hasta en el santuario de su alma?

Sin embargo, el *Ferrocarril* halla razones, i de mucho peso, para probar lo que pretende en la interpe-lación hecha a los ministros por los presidentes del Congreso.

Sí, en estas piezas artificiosas encontrará todo ese arsenal de motivos para convencernos de que el gobierno ha sido el provocador, el que no quiere la franqueza, i sobre todo, el que ha acaudillado una poblada para imponer silencio o poner espanto a impertérritos autores i defensores de las leyes.

Cuando se vió que el señor Varas, despues de aquel implecable silencio, alzaba la voz para acusar a los ministros de culpas que él mismo en su interior no podía presumir racionalmente, comprendiése bien claro entónces hasta dónde debería ir a parar el conflicto, hasta dónde debería llevarse la animadversión, i hasta qué grado, que es lo que mas importa, puede subir en sus pretensiones i maléficis propósitos el bando que domina, i a quien presta en este momento esa acrimonia i esa audacia.

Sin embargo, el horizonte se aclara: los enemigos todos se desembozan, las filas todas se divisan, i por supuesto pueden verse ya las armas de que pueden usar mañana los que se han propuesto echar abajo al gobierno en el terreno de la lei, para adjudicarle despues el título de *administración de hecho* por contraposición al título de *Congreso de derecho*, que quieren conservar hasta el último aliento para no hacer tan ridícula su derrota i tan faltos de mérito a sus pujilistas i sus animadores.

Con todo, el *Ferrocarril* asegura que el país juzgaba que la era de la discusión había llegado por la razon de tener al frente la administración a un orador ya experimentado, i a quien la palabra podía

pedirle cuenta de su abandono. Si este era un motivo para esperar la discusión, para congratularse con este beneficio ¿cuál es la razon que hai para decir que ese mismo orador ha renegado de sus principios, para asegurar que ha sido ingrato con el don a quien ha debido sus mas esplendentes triunfos?

Sobre todo, ¿a quién se ha negado discutir? ¿a quién se ha dicho que se rechazaba la discusión con un funesto sistema de administración gubernativa?

O es protestar de la discusión, abrazarla en todos sentidos, arrostrarla, sufrir todos sus avances, ser herido por ella, ser atacado en todo lo que hai de mas sagrado para el hombre, i verse obligado a aplastar con ella misma a todos los que se dicen sus promotores o sus héroes?

Ahora pues, ¿dónde está la negación de lo que ántes se concedía?

¿Dónde la protesta de lo que ántes se confesaba como un dogma?

Pero no, si se habla alto, si se desenmascara la intriga, si se repudia la doblez, si se confunde la falsía, si se irrita el alma de los tiros de la envidia, si se asestan golpes contra la felonía, i se derrumban todas esas barricadas formadas ex-profeso para trabar la marcha por la calumnia, envalentonada por la moderación; es fuerza gritar i desgajitarse llamando: perjurio a los principios, inconsecuencia a las ideas, abjuración de las teorías, inconsecuencia en fin i versatilidad en las opiniones, a causa de la diversa perspectiva que ofrecen los objetos ya mirados desde lo bajo, ya desde la cumbre empinada del poder que todo lo oscurece i trasmuta.

Para fundar esta gratuita suposición se copia un trozo de discurso, i se cree que se ha conseguido hacer una gran cosa.

Pobres! ¿! qué hai en ese trozo copiado que pueda revelar que el que hablaba desde los bancos del Congreso como diputado, haya podido pensar de otra manera como ministro?

¿O con decir que se ha confesado que un hombre no debe reconocer bando para acatar la justicia; que no debe desechar ideas por pura bandería, que no debe exigir de los demas el sacrificio de la conciencia, es bastante para comprobar que el que esto sentó como principios, ha cambiado hoi de modo de pensar i protestado abiertamente de esta doctrina?

De ninguna manera.—Pero, dejándonos de charla ¿dónde está la inconsecuencia? ¿Cuál es el acto que la manifiesta? ¿En dónde la prueba de esa mutación que se echa en rostro al Ministro? En dónde, en fin, la oposición de ideas, el contraste de pareceres entre el diputado de 1857 i el Ministro que va a hablar allí como entónces por la conveniencia pública?

Pero aun dado caso que las obras o las palabras desmintiesen lo que entónces se dijo ¿no sería escusable obrar i pensar de otro modo en circunstancias tan anormales como las que atravesamos, las cuales no podían preverse absolutamente, ni era posible que se previesen sin hacer un ultraje al buen sentido, sin ofender al corazón, por malo i empedernido que se le conociese?

Los que en realidad han cambiado, los que han soltado hasta el último harapo para vestir un traje nuevo i completo, no son ciertamente los que vemos hoy figurar en el gobierno: no, los que han trocado sus opiniones, los que han querido hacer esa farsa, prohibiendo principios que combatieron a sangre i fuego, adoptando ideas que sellaron con la mordaza, opiniones que ahogaron en los calabozos i los patibulos; sí, esos, i no otros, son los que ahora vienen hablándonos el lenguaje que oyeron cuando el pobre pueblo pedía discusión, i se le respondía con el látigo, cuando el pobre pueblo quería que se le dijese siquiera el por qué de esas leyes atroces que estirpaban en su alma hasta el jermen de todas las virtudes i el orijen de los mas nobles sacrificios.

¡I se habla de apostasía! Yo no conozco nada mas asqueroso que las apostasías revolucionarias, esclamaba Berrier en la cámara de los Pares, i por cierto que habría dicho aun mayor verdad si hubiese hablado para el congreso de Chile en este momento; para ese congreso en que se apostata no solo de las creencias i los principios, sino en que se reniega hasta del decoro que debe siempre conservarse hasta en el caso de echar a rodar todos los dogmas de justicia i pisotear todos los intereses de los que estan confiados a su palabra.

Sí, los apóstatas, los que han desertado de sus filas, los que pueden llamarse traidores, por la razon de estar rejimentados como una milicia de jenizaros, son los que provocan desde el templo de la lei a la revuelta, al desorden; los que tocan la campana de rebato, finjiéndose los defensores de las instituciones i de los intereses del pueblo, aun despues de haberlo acuchillado cuando estuvieron en el caso de defenderlo i dirigirlo.

Pero la obra no es buena, pero el plan es falso: así todo es inútil. La prueba de esto se mira en todos los semblantes, en todos los labios, en todas las conciencias, que unisonas en este instante lanzan un voto de reprobacion unánime contra todos los que, para hacer todavía mas odioso su pasado, corren a revestirse con la máscara que les ofrece un mentiroso patriotismo, i hacen uso del lenguaje de grandeza que no conocieron, cuando se imploraba su jenerosidad para los que cansados de sufrir ofrecieron sus cuellos a la esterminadora cuchilla de sus enemigos.

No es posible, estando tan reciente el luto, hacer olvidar el dolor de los que sufrieron: no es dable convencer de interés al que no ha conocido mas que dureza: no es posible persuadir de buenos deseos al que ha sido victima del odio. En este sentido, tarea inútil es la de la prensa del montt-varismo: sí, tarea inútil, cuando la opinion sensata la refuta a cada momento, cuando a cada principio enunciado por ella, le responde con una lágrima: cuando a cada elojio a sus hombres, se escucha una maldiccion; i cuando todos, en fin, podian ofrecer por refutacion victoriosa a todos sus ataques, a todas sus alabanzas i como testigos irrecusables en la demanda a la conciencia del pueblo entero, a quien ha traicionado cuando

hablaba para los vencidos i a quien ahora insulta cuando habla para los vencedores.

Calle pues, emudezca siquiera ante este espectáculo, i recapacite que no es dable, ni seria racionalmente permitido, jugar con la razon de todos, puesta hoy a prueba o, mejor, sacada ya de quicio a fuerza de injusticias i desacatos.

Sí, lo mejor es que se acuerde del dicho del poeta, cuando quiera invocar en su apoyo las razones de sus enemigos, cuando quiera usar sus armas: sí, recuerdo que se le puede decir ¡alto ahí! guárdate de tocar las armas de Rolando!

CORRESPONDENCIAS.

Pensamientos de un casi filósofo del decenio.

Si las palabras fueran las que venciesen en las luchas políticas, un Vergniaud o un Isnard serian los primeros hombres de estado.

Mas como las palabras se borran ni mas ni ménos que las inflexion que forma sobre la espalda de los mares el a'a de una gaviota, estoi por los hechos, estoi por todo lo que queda, por lo que no puede pasar como las sombras.

Los hechos son los que importan, i por lo mismo los prefiero firmes; que firmeza i razon parecen darse la mano en todos los negocios.

Esto no quiere decir que quiero fuertes medidas, no, pues hai *medias medidas* que *miden* perfectamente a los que las provocan.

Cuando la tolerancia es hija de la debilidad, estoi por la intolerancia; mas cuando es obra de la magnanimidad intempestiva, estoi por la intolerancia; vicio que viene a ser en política una verdadera panacea para los males incurables.

Cuando un enemigo me provoca, i es mas débil que yo, lo aplasto, si es igual, trabajo por estrujarlo; i si es mas fuerte i vigoroso, procuro que no me estruje ni me aplaste, como sucederá, si no suplo con mi maña su fortaleza.

Cuando veo un rival feliz procuro desbancarlo, i si es desdichado góstaime conservarlo como muestra de mi fortuna i como testigo ocular de mis triunfos.

Si fuera Ministro, lo primerito que haria era formarme un círculo propio, desistuyendo sin piedad a todos los hombres del bando contrario i repartiendo entre los míos lo que ellos disfrutaban.

De esta manera habria llenado dos necesidades: la primera mi conveniencia, i la segunda la justicia de repartir, conforme al derecho distributivo, los favores i las cedes.

Si me amaban mis partidarios, si me eran fieles los premiaria, que la largueza es condicion precisa del goberna; pero nunca los pondria en el caso de que se rebelasen contra mí haciéndose independientes.

Napoleon, que sabia muy bien lo que puede el poder, decia: —si me han traicionado mis mariscales es porque ya estan rellenos de honores, de oro i no tienen nada que esperar.

Federico el Grande aco isejaba a su médico Zimmerman que no le quitase las aprensiones para tener siempre fé en su ciencia.

Si mis contrarios me hacian ojos de terciopelo, si que-

rían con la lisonja cubrir el mal que licieron a mi causa, mas rigorosa que nunca, no solo les arrebatava lo que debían al favor de otros, sino que los aventaba como mala semilla,

Si me hacían la guerra abierta los batía, si me la hacían solapada i encubierta los esterminaba. Esto no es decir que si entre ellos habia alguno que pudiera servirme, siguiese la misma suerte que los otros: no, pues de un terrible enemigo puede formarse un buen amigo.

Como sé que todos se venden, procuraría comprar a los que podrían ofrecerme ventajas; pero nunca sería tan estúpido que comprase jéneros podridos que al ménor refregon se quedasen en la trama.

A los que se me ofrecieran baratos, los compraría, si quería, con el desprecio; pero si buscados por mí se apreciaban en mucho, no regatearía el valor, pues lo que cuesta caro suele ser mejor que lo que tenemos casi de valde.

Si fuera ministro, vuelvo a decir, i gobernaba con todos (lo que es un absurdo) sería blando; pero si me hacían oposicion sería terrible, espantoso, fundado en el precepto de Galeno—*a fiebre fuerte larga sangría i dieta rigurosa.*

Si tenía congreso favorable, le dejaría seguir el rumbo que le trase su conciencia o su conveniencia; mas si fuese hostil, yo me valdría de todos los recursos para allanarles el fuero i hacerles tomar las de Villadiego o por mar o por tierra, segun mejor me conviniese.

Si el poder judicial, que es el mas omnimodo, el mas terrible, el mas irresponsable, me era adverso, no faltarian extraordinarias i estados de sitios para ahuyentarlo, ni recursos, como los que sujere el poder herido, para quebrantarle la cabeza como San Miguel a la serpiente, madre del pecado.

Si las arcas nacionales estaban agotadas, restringiría las mercedes, acortaría las gracias, suprimiría los empleos de lujo, quitaría todas las socallúas i traba-cuentas, pondría, en fin, una compuerta poderosa a los pedigueños, i cerraría el tesoro con doscientas llaves de chapa inglesa con campanilla.

Si el ejército me era adicto, lo ascendiría, pero siempre teniendo presente el consejo de Napoleon, i si por acaso no lo era, no quedaba desde el capitán hasta el jeneral sin cambio de charreteras.

Si los intendentes, gobernadores, subdelegados, inspectores no me eran adictos, fuera! i si me eran mucho, siendo capaces de venderme por puro amor, fuera tambien: quedando solo en sus puestos los que hubiesen probado en la pobreza, que es la verdadera piedra de toque, la lealtad i el mérito.

Si tenía palacios exigentes, me libraría de ellos, no jugando malilla ni rocambo, i si no tenía, procuraría tenerlos, pero a la distancia, i sin que pudiesen pedirme entre *solo i solo* ni *ningun favor ni para ellos ni para sus ahijados.*

Si tenía empeños, haría lo que dice don Quijote, no permitiría que la belleza me agarrase entre sus redes ni la inocencia en sus suspiros.

Si tenía prensa contraria le dejaría la libertad de elojarme como hace Napoleon III, i sino quería aprovecharse de esta omnimoda facultad, haría que cerrase el pico como canario importuno i perturbador del sueño de la siesta.

Si tenía prensa mía, la dirijiría, que no siempre se puede confiar a la voluntad ajena lo que a uno mas le

importa, i así tendría la ventaja de que no me elojiese cuando no quisiera, ni me apuntara lo que no me convenia que me apuntase.

Comulgaria, por supuesto, cada ocho dias i me confesaria cada año, haciendo de cuando en cuando mis visitas a los conventos para que desde el púlpito inoculasen el respeto por el ministro en todas las conciencias.

Por decontado, jamás daría un baile, que un ministro debe ahorrar la renta para los tiempos en que no lo sea, ni ménos comida a ningun embajador, sino cuando mas algun pastel de chocho o una fuente de lentejas en el dia de mi santo, para mantener sin estorbos el camino de las ofensas.

Si tenía coche mio, lo guardaba i usaba los del gobierno i tomaba, por derecho de *abandajo*, todas las buenas parejas del Estado para mi servicio i propiedad, colocándolas con tiempo, es decir, antes de dejar la cartera o la banda, en lugar seguro de donde no pudiesen salir sino para mi casa.

Vestiría de negro, con zapatos hechos por el maestro Morales, con levita cortada i cosida por algun maestro hijo del ama de mis hijos, i por supuesto no me pondría guantes por cuanto hai en el mundo; que guantes i zarandajas son para los ministros de Europa, i no para los que han vivido en el *Instituto comiendo toda la vida* arroz con papas i papas con arroz, anegadas en sendos vasos de agua aclarada con tuna.

A mis hijos los vestiría lo mismo, pues mi mujer compraría en casa de algun compadre una o dos piezas de paño, i de allí saldría como para el ejército un buen vestuario completo i uniforme.

Tendría cuantos compadres i comadres se me ofreciesen, con tal de que todos ellos tuviesen hacienda i me mandaran sus regalillos de cuando en cuando para la olla. Oh! las comadres cocineras valen mucha plata!

Sobre todo, procuraría intervenir hasta en los capitulos de canónigos i frailes, haciendo capellanes i provinciales i dignidades a los que mi mujer me apuntase; que para esto ella tiene buena puntería.

Para establecer mis hijas, por decontado, lo primero que buscaba era que mi yerno fuese literato, i medio hábil i medio tonto, con dos fines; uno para que me defendiese con malicia, i otro para que yo lo manejase como a perro de aguas enseñado a hacer gracias.

No leería ningun libro sino el de mis entradas i el boletín de las leyes para tener de memoria todos los gajes que el Congreso me soltara i que no fueran a trasconsejarse por olvido.

Ah! para hoy ya llevo escrito mas de una teoría, mas de un deseo: *esperemos hasta mañana, a ver como pinta mi fantasia ayudada de la esperiencia.*

Oh cartera! Oh banda! ¿no te verá algun dia en mis manos? no te contemplaré algun dia en mi pecho? Quién sabe! Nadie puede decir de esta agua no beberé.



SS. EE. del Condor.

¿Cuál es la actitud del país en presencia de los rudos golpes que descarga el congreso al gabinete? ¿Cuáles son los esfuerzos de los partidos? ¿Cuáles los de los buenos patriotas para defender nuestro porvenir comprometido? Cuesta el decirlo.... o no comprendemos la situacion que atravesamos, o es tan débil en nosotros el sentimiento patrio que no hagan eco en nuestras almas, las tris-

tes pero útiles lecciones del pasado. Ayer no mas la República era un cadáver desangrado por el látigo con que el presidente Montt la flajelo. Cada uno de sus satélites era un reyezuelo en su intendencia o gubernatura i la libertad del individuo habia sido proscripta de nuestra constitucion..

Aun está palpitante el sacrificio de la libertad en aras del despotismo i el fantasma ensangrentado de la revolucion del 59 todavía acecha el sueño de los opresores.

En presencia pues de los recuerdos de esa era de desgracia i de sangre deben todos los corazones patriotas unirse i emplear todas sus fuerzas para que no vuelvan a tener lugar los hechos que en ella se verificaron. Montt ha descendido de la presidencia sin que por esto haya descendido del poder el partido que lo apoyaba. El congreso, las municipalidades i todos los ramos de la administracion son ocupados por sus sectarios. Ellos, no son los representantes ni del talento, ni de las ciencias, tampoco lo son de las clases acomodadas del pais i ménos todavía del pueblo i sus intereses; ¿de qué son representantes entonces sino de las simpatías o rencores de sus amos? Pues bien, llegala ha sido la hora en que estos idolos deben caer destrozados del altar de sus adoradores. La llegada de las elecciones es la de su proscripcion; por ella se renuevan casi todos los poderes que dirijen la marcha de la política i su renovacion constituye la desgracia o felicidad de la patria durante muchos años. Por eso conociendo el inminente peligro que les amenaza les vemos desde su lecho de muerte desplegar las fuerzas de la desesperacion por derribar al gabinete, i obtener un resultado favorable. En tal situacion ellos conocen que para la realizacion de sus planes necesitan asociarse i vijilar; i vijilan i se reunen en clubs, se dan la voz de alarma i se adiestran para la lucha. Igualmente conocen que en los combates nada tienen que arriesgar i que de sus victorias depende todo su porvenir; que si triunfan en las elecciones tendrán mas tarde un presidente de su comunión, aun cuando sea elevado sobre las ruinas de la República, i he aquí las razones de sus provocaciones i altanerias de su guerra a muerte al ministerio. Si, estas son las razones porque el congreso montt-varista se esfuerza por arrojarse de sus sillones a los ilustres miembros del gabinete. Tal es la táctica que despliega en la contienda parlamentaria de que somos espectadores.

Veamos ahora la conducta del pais en la presente situacion, veamos su actitud. No podemos ménos de elogiar a la mayoría sensata de la nacion, que haciéndose el eco no de mezquinas ambiciones, sino de los intereses bien entendidos, ha manifestado al gobierno las simpatías i adhesión que su marcha política le inspiran. Esta manifestacion ha sido digna de las honorables personas que la encabezaron i honra a su patriotismo el asociarse en causas tan nobles i justas, les honra, sí, ponerse del lado del orden i legalidad contra los tiránicos dominadores de diez años.

Mas, ojalá que solo estos nobles sentimientos hubieran sido objeto de nuestras consideraciones i que no hubiéramos visto a los corifeos del liberalismo haciendo causa común con los sectarios de Montt en su oposicion al gobierno. Parece que estos señores han olvidado muy pronto las lecciones del pasado; ayer no mas, eran enjuiciados, encarcelados i proscritos del bello suelo de su patria; ayer no mas, eran sacados de los clubs i conducidos a los cuarteles por los mandatos del ex-presidente Montt i ya hoy azuzados por los partidarios de éste, forman bochinches, i asociados con ellos se dirijen en tuiotezca algarazara a la casa de S. E. donde se introducen descortes-

mente causando desórdenes. ¡ ¡ ¡cuál es la causa de tanto tumulto i vociferacion! ¡ triste i ridicula en verdad! El no habérseles permitido declarar, o talvez habérseles impedido levantar ejércitos i electriziar las masas con su elocuencia dauntiana en favor de la república de Méjico.

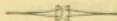
Tales son los hechos, tal es lo que ha pasado, i quiera el cielo que los sectarios de Montt no se unan jamas con los que al ménos llevan en su corazón el noble sentimiento de la libertad; si, él quiera que de este impio enlace, no se arrojen tempestuosas nubes que oscurezcan el limpio cielo de la patria.

Los mas sinceros votos del patriotismo son por la prosperidad de Chile, por su engrandecimiento en el porvenir. Mas, para conseguir esta prosperidad, este engrandecimiento, se necesita la prudencia que requiere la situacion presente. Sin ella, haríamos irrealizables los copiosos bienes de la paz para entregarnos en manos no diré de la anarquía, pero al ménos de la lucha. Con ella, vivimos tranquilos i ensanchamos la esfera del progreso, al par que alejando del inmovimiento político las causas de perturbacion, echamos los cimientos del edificio de nuestras libertades sin la licencia, de nuestro progreso, sin el atropellamiento de la impremeditacion.

Unanse, pues, todos los hombres honrados i patriotas en torno del gobierno, sosténgalo, i serán el muro insuperable donde se estrelen los moribundos esfuerzos del montt-varismo.

La guerra ha sido declarada, el gabinete insultado, apóyelo el pais, que así abreviará los dias del coloso agonizante.

Un patriota.



LA PRENSA CHILENA

O SEA

TIO BLAS Mercurio, ISIDRO Voz de Chile i TORIBIO Ferracarril.

«.....Ese plan será bueno: mas yo le encuentro el inconveniente de que, si en un pais en que tan poco prestigio tienen la literatura i los literatos, en vez de darnos honor unos a otros, nos damos en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, i nos hacemos el hazme reir del publico..... i a mi me da vergüenza!»

FIGARO.

Estoy ya con la pluma en la mano i en el deseo de teñir uno o dos pliegos de papel dándoles la forma de artículos; pero héme aquí que me asaltan mil ideas, que no así como quiero, puedo hermanar en mi pobre cerebro. Primera: ¿me querran imprimir? i en caso afirmativo ¿me querran crear? i creyéndome ¿me querran apalear? No es nada, un chichon o dos... ¡Esto último me incomoda.

Pues, señor, no escribo; tengo miedo. Figúrese Ud. que venga uno de las islas de Chincho o, lo que es peor todavía, del otro lado del Maulo i, sin mas acá ni mas allá, tras un duelo encima. No señor, para mí por lo que tengo de estudios, existe una suave diferencia entre almorzar con hambre un buen trozo de estomaguillo, a sufrir la indigestion de unas cuantas onzas de plomo, i nadie hai que me mantenga estar indigestado cuando puedo pasarlo lleno.

Ahora, supóngase Ud. que apañándose de mi susto se les antoje (antojo feliz por supuesto) dispensarme la vida o algunas contusiones en el espinoza i la nuca, i me lleven a buen tranco a lo que modestamente en Chile se llama *jurado*. ¡No vé Ud. qué aprieto para mí! Primero, tendría que buscarme un abogado entendidamente atrevido i liberal, primera materia por donde se principia la defensa, para que digi

(cosa que ha de tener mejor sabida que yo) cómo tuve razon e hize bien escribiendo tantos i tales disparates, cuyo silencio no me habrían perdonado la patria ni los Americanos del Norte, inclusive los Portugueses del Brasil; que lo que yo dije eran unas verdades solemnemente soberanas; que el jurado, la lei, el pueblo i el gobierno deben estarle agradecidos segun lo comprueban los lejtistas alemanes, los teólogos de Rusia i los novelistas franceses, concluyendo por que al jurado le niego la razon i yo debo pagarle la defensa. Nada es todavía si no me meten a la cárcel i sin contar un centenar de duros, en que por el artículo tantos vengo de ser condenado.

Nó, señor, ya lo tengo dicho, yo no escribo nada; mui bien me estoi sin palizas, ni confusiones, ni desafíos, ni multas, ni cárceles, ni abogados. Así que, por mas comeezon que tenga, yo me sabré llevar la mano a otra parte. Todo lo mas que haré, i esto sin agregar nada de mi cuenta, será transcribir de mi memoria aquí, algunos apuntes de una conversacion habida entre los Sres. que encabezan este artículo, contando con algo de otros que se fueron introduciendo i aun así glo creera Ud., señor? tengo miedo! Por que si es verdad que en otros lugares i otros tiempos ha existido este negocio del miedo, i aun ha llegado a mis oidos que alguien murió de él, por haberse visto no se que qué extraño seria que yo me muriese (ni Dios lo permita) de verme no sé donde?

Constipado, catarrieto i hecho una persona llegaba a mi pieza despues de haber dado una vuelta por la plaza, como mui mal se dice, a lo menos no sé que los baratillos hayan cambiado de nombre. El fuego ardia en la chimenea. Tomé una silla junto a ella para calentarme, toser i estornudar sin tener que guardar mas miramientos que los que me debo a mí, i que hablando claro, esta vez fueron pocos. Cuando en medio de un regular *achuz, chaz*, siento la voz de mi criado que sonaba para anunciarme que tio Blas i Toribio aguardaban desde temprano una entrevista, i que esta vez, llamaré el repaso ordinario. Mi contestacion fué: decídeles que entren, tenia yo tambien deseos de verlos.

En efecto, entraron i estábamos ya en los saludos de costumbre i ceremonias consiguientes, cuando Isidro se nos cuela de sopetón, metiéndose nos tal buelta i algaraza i esforzándose por sentarse encima de todos para absorber mejor el calor de la chimenea, inter los otros disputaban ya, metiéndose tal alboroto i confusion que al fin hube de decirles: Caballeros, paso a paso; estoi enfermo; yo nada podré hablar jstos constipado! mis palabras serian estornudos i sobre todo, si Uds. quieren que les oiga, ménos algarabia, no tanto grito i un poco de buena intencion.

Isidro.—Ya está, ya está, convengo en todo; pero convenid primero en que yo tengo razon.

Toribio.—Razon! razon! i razon de qué, mentecato?

Isidro.—Razon de qué, monti-varista intrigante, monti-varista dilapidador, monti-varista piñatero i cabulista, de qué ha de ser? de qué tengo razon!

Toribio.—Mentis! mentis cien veces, rojo, vago, calumniador sin fin, aspirante miserable!

Tio Blas.—Silencio, silencio, caballeros! Es verdad que, Isidro, por lo que lleva dicho i lo que le falta probablemente que decir, no carece de razon, a Toribio no le escasea tampoco, porque habiendo sido aplicado a la uña....

Toribio.—Calle el viejo deslenguado, traficante indigno, viejo nulo, viejo falaz, viejo mercantil!

Tio Blas.—[Empinándose súbitamente sobre la punta de sus pies i dejando caer la capa] ¿Quién debe callar, a quién? mendrugo servil por dos partes, matador infame, sepulturero de diez mil hombres!

El asunto iba ligero i yo no queria que en mi casa hubiera una muerte, luego el juez, luego las indagaciones, luego... No señor. Así entre todos i estornudos les dije: señores, mas respeto. Discutid si queréis, pero discutid, discutiendo; volvámos a la cuestion que, o no habeis iniciado, o a mí indudablemente se me ha olvidado con este catarro!

Segados un tanto, continuaron.

Isidro.—Sí, señor, mui bien dicho! discusion! discusion! pero discusion franca, sencilla, digna, noble, grande, como el

asunto de que tratamos i sobre todo sin doblez, sin insultos.

Toribio i Tio Blas.—Sí, sí, discusion! discusion!

Iban a abrazarse ya probablemente, de lo que no me alegraba en extremo, porque si bien es cierto que con la enfermedad este de estar enfermo....! cuando con una regular calma dice:

Toribio.—I bien, señor, ¿de qué tratábamos?

Tio Blas.—Se trata del huano, del comercio, de....

Isidro.—De ilustrar al pueblo, de civilizar las masas, del derecho de asociacion, del derecho de ser libres, del derecho de prosperar, del derecho de ser grandes.

Toribio.—¡Patriñas! ¿No estais bastante libres i suficientemente garantidos con estar en vuestras casas sin que nadie os incomode? ¿No estais ya bien civilizados i barto ilustrados con tanto viaje al Perú, Magallanes, Juan Fernandez i la Europa? No estais todavía....

Tio Blas.—Nó, señor, queremos justicia, queremos buenas leyes, queremos paz, trabajo i libertad....

Isidro.—Queremos asociarnos, queremos reunirnos, queremos mostrar a la faz del pueblo i la América, que Chile es grande, grande por la union, grande por la democracia!

Toribio.—Nó, señor, nó! se trata solo de probaros que sois unos aspirantes que queréis gloria, encumbrándoos a costa de un partido que uo os comprende i que traicionais.

Isidro.—Quite allá el asarado cobarde, vuestros insultos sucios i groseros, quedan abajo; no alcanzan a herirme. Esa opinion publica que ultrajais con vuestros lábios, no os pertenece, os llama su falsador, su azote, su mengua, su....

Tio Blas.—[gritando a todo pulmón.] Mentira, señor! Mentira! la opinion publica no os hace caso, no os conoce, moros de ayer; ella es mia por el derecho de decamo.

Isidro.—Sellad el lábio, viejo flecle, viejo fanfarron, la opinion os desprecia i solo es representada por mí que guardo sus fueros, respeto sus derechos, proclamo sus principios; por mí que....

Toribio.—Farsantes, vociferos, vanidosos, la opinion dice, lo que yo digo; la opinion quiere, lo que yo pretendo; la opinion hace, lo que yo enuncio....

Isidro i Tio Blas.—Mentis! sobrantista desvergozado, monti-varista, monti-varista! la opinion es mia, mia....

La opinion, soi yo! yo soi Chile, yo que formo parte de la comision! gritaba un hombre figura; es decir un hombre vacío, que entrándose por la puerta del costado repetía estas voces con eco estentóreo. La opinion es nuestra! la opinion es la justicia i la justicia somos nosotros! esclamaban con aire de estiramiento i voz retumbante muchos hombres que, si bien con sable en mano i toga majistral, no temian invadir mi aposento en busca de esa señora de tantos dueños i ya bastante comprometida.

Mi pieza se llenaba, yo no conocia a los concurrentes i sofocado ya, llamaba a mi criado: Juan! Juan! ¿qué has dejado, imbécil, la puerta abierta, que se me entran todos?—Nó señor, nó; quedan muchos todavía.—Bribon...! La opinion soi yo, señores! héla aquí clavada en mi frente, junto con este letrero que dice: representante del pueblo! decia otro que tambien se me entraba, con lengua de diputado i barba decenal.—Falso! falso! repetía uno que con frac puntiagudo i calzon bombacho, desevolvía a toda prisa un rollo de papel.—La opinion está aquí i yo la tengo; leed: «Los infascritos, artesanos de la capital, comisionamos a don fulano para que nos represente como opinion publica.»—¡Dios mio! esclamé irritado ¿quién será esa señora? van a matarla! estos hombres estan enfurecidos ¡para qué se habrá comprometido con tantos? De todos modos es menester salvarla, pobre mujer! si es carne, se la engulle; si agua, se la tragan; si casa, la incendian; si planta la arruinan. ¡Santo cielo! salvémosla. En efecto, levantandome i animado de una fuerza descomunada, cual nuevo Hércules, tomo comprimiendo en mis brazos a los tres primeros, voi a arrojarlos ya en el fondo de la chimenea, cuando ¡ah! ánimas benditas! de tres que eran solo diviso una figura chica, currutaca, escualida, que parecia un esqueleto i de una voz chillona i atronadora, que me ha dejado sero hasta la fecha, esclama: «Somos la prensa de Chile»—Jesus...!

Dije, abriendo mis brazos i atónico contemplaba que tres periodicos se desprendian a la vez. Volví a mirar al rededor de mi estancia i solo oía las voces convulsivas que desaparecian instantáneamente: yo . . . so . . . i . . . se . . . na . . . dor! yo . . . so . . . i . . . di . . . pu . . . ta . . . do . . . ¡Clavo del Señor! iba a pronunciar cuando los de toga i sable me dicen: «mosos la justicia!» Recobrado por esta inesperada suerte, corro a ellos i echándome en sus brazos, les digo: llevaos todo, llevaos todo lo que tengo! Ellos tambien desaparecieron al compás de un canto que decia: «gracias por tu prudencia.»

Aun no aliviaba de mi letargo funesto, cuando apercibo una voz en un rincón—¿algó que componer?—Sí, maestro, una levita; vuelva Ud. mañana.

Santiago, junio de 1863.

PEPE.

PARTE LITERARIA.

El amor i la amistad.

¡Cuanto me debes *Amor!*
Dijo la *Amistad* un dia;
I el *Amor* se sonreía
Al parecer con candor.

Picada entónces replica
A hacértelo voi patente,
I él con tono indiferente
Habla, dice, no me pica.

«Si no es cierto lo que asiento
¿Por qué cubres con mi manto
La risa, el juego i el llanto,
I plajias mi sentimiento?»

«Cuando ves que la casada
Te opone faz rigorosa,
I que la virjen virtuosa
Te escucha sobresaltada.»

«Dices tomando mi tono,
Copiando mi sencillez,
Es mi amistad sin doblez,
No me guarde usted encono.»

«Ah! bribon ¿te atreverías
A negarme lo que digo,
Cuando te finjes amigo
I haces tantas picardías?»

I lo malo es que mui pronto
El mundo se desengaña
I dice: solo se engaña
En la amistad el que es tonto.»

«Ya ves tú, pues, picaruelo,
Si me debes gratitud:
Por mi burlas la virtud
I te trepas hasta el Cielo.

«I entre tanto beneficio
¿Qué bien a mí tu me prestas?
El posponerme en las fiestas
Que yo misma las iniço.»

Encargarme de mensajes
Que sola yo puedo hacerte,
I por mí el entremeterte
En bailes, juegos i viajes.»

«I despues de tanta brega,
De tan pesado trabajo,
Me tratas como estropajo
Con el primero que llega.»

«Enamoras a quien amo,
Seduces cuanto yo quiero,
I me sacas el dinero
Si un servicio te reclamo.»

«Amor! Amor! no me engañas,
Ya conocido te tengo,
I adios gracias me mantengo
Libre ya de tus patrañas.»

«Es verdad que todavía
Me pretendes embaucar,
Pero, hijo, sin alcanzar
Me burle tu pillería.»

«Con qué así mui majadero
Debe ser si aun solicitas
Pagar por mí las visitas,
Hacerte el manso cordero.»

«Darte por mui fiel amigo,
Por sensato preceptor,
Pues saben que no hai peor
Que tú ningun enemigo.»

Esto dijo la *Amistad*,
I soltó la carejada
El *Amor*, i dijo: nada
Nada de eso es la verdad.

Al contrario tú mil veces
Cuando topas con un viudo
Viejo, feo, testarudo,
I que su mano apetezes,

Aunque te sientas helada
Le dices: es tal amor
El que siento, que mejor
Quisiera estar condenada.

Ademas, cuando te casas
I tu esposo te incomoda,
Juras que le dieras toda
Tu sangre porqué te abrasas.

De este modo, amiga mia,
Me copias a mí tambien
Mi jestito i mi desden
I alegre melancolia.

I consigues que te quieran,
Que complazcan tus antojos,
I que tu rabia i enojos
A tu frialdad las prefieran.

Ya ves hija, que sí quiero
Sacar los trapos al aire,
Puedo hacerlo con donaire;
Pero callarme prefiero;

Pues qué juzgo que los dos
A un tiempo mismo nacimos,
I que una mision cumplimos
Por el mandato de Dios.

El mundo que estaba oyendo
Esta vana parlería,

Le dijo:—ya lo sabia;
Tiempo hace que lo estoi viendo.

Sin embargo, aunque engañado
Yo no puedo prescindir
Del Amor para vivir
Del mundo en cualquier estado.

Ni tampoco, lo aseguro
Hablando en toda verdad,
El romper con la Amistad,
Pues hai dolores i apuro.

Sinsabores i agonias,
Que ella sola nos los calma;
I vive, en fin, muerta el alma
Sin esas mismas falsías:

Sin esas bellas ficciones,
Sin esos dulces consuelos,
Que han inventado los cielos
Por bien de los corazones.

Esto escuchando el Amor
I la Amistad, se sonrieron,
La mano tiernos se dieron,
Prometiéronse favor;

I al despedirse un profundo
Saludo entre ambos trocaron,
I a un tiempo los dos clamaron:
¡Miren, pues, lo que es el mundo!



Cuentos de la semana.

¡Qué tarea, lectores, la del pobre escritor de periódicos que escribe por puro gusto, por pura inclinación, i sin que para ello lo aliente ni la gratitud de los que son el objeto de sus escritos!

Este es el prefacio de una obrita que un cierto mi amigo trájome esta mañana para que se la revisase; i al decirlos así, no creais que quiero tomarne los aires de literato, aunque sé mi bien que muchos de estos hai que no tienen mas que el aire.

Pensando en esto sin duda, fué cuando un chusco, que conocéis, bautizó nuestra literatura con el nombre de aérea i a nuestros literatos con el epíteto de *ventosos*.

En esto puede haber injusticia no hai duda, atendiendo a los muchos trabajos que desde diez años a esta parte han venidos lloviéndonos como bendiciones del cielo; pero en lo que no la hai, es cuando se reconoce la envidia que aquí los que se dicen hombres de letras sienten i no esconden contra todos los que a su turno se califican como ellos.

Julio Janin llamaba a Dumas ignorante, pluma venal, zurzidor de desatinos, avutarda de todos los huevos hallados al acaso etc, etc., i éste a su vez decia a su desvergonzado rival: escritor de embustes, escritor de *boulevards*, jenio para las grisetas i otras cositas mas, a cual mas finas i apetitosas.

Sue apellidaba a Balzac el Sterne de la Salpetrière, i Balzac a Sue el cirujano de la Literatura.

Guizot decia que leía a Thiers para desahogar su cabeza, para hacer mejor la digestión, i Thiers replicaba—yo leo a Guizot para saber como caen los ministros.

Girardin contestaba a Philarete Chasles—yo soi hijo del jenio i vos el hijastro del talento.

Victor Hugo leía a Lamartine i exclamaba—este poeta no debería haber salido del Cielo.—Lamartine contestaba, i él no debía haber abandonado nunca la tierra.

I así por este tener son en todas partes los literatos, los que se dicen sacerdotes de las musas, sacerdotes de minerva, hijos de Clio i de qué sé yo cuantas mas divinidades paganas.

Pero entre nosotros no solo tenemos los odios i lo que los franceses llaman *apropos, bons mots*, sino otras cositas mas, que así nos pintan como nos retratan fotográficamente la sociedad en que vivimos.

Para que no se nos diga que hablamos de pamporreta, permitidme que os estampe ad *pedem literæ* un diálogo de que fuimos testigos no hace muchos dias en uno de nuestros cafés mas concurridos por la jente de tono.

Pues señor, decia un jovencito, que el único título que podia alegar para ser ciudadano de la patria de Espronceda, era una composicion a los *risos de Amelia*, a otro que no sé si tendria mayor hoja de servicios.

I bien ¿qué dices de los versos de M? A ver, dame tu parecer que necesito indagar cual es el concepto de que disfruta para decirlo así claro en el juicio literario que estoi escribiendo (miento que voi a escribir) sobre sus poesias.

—Hombre, te diré la verdad, a mi no me gusta; es cansado, monótono, indijesto, i sobre todo, tiene unas cosas que no se entienden.

Pero amigo, aquí son todos como los carneros, cuando uno salta, saltan todos. En fin, si yo fuera crítico reconocido como lo es Amunátegui, le daría el tercer lugar entre los vates de Chile al tal M. de tus simpatías.

—¡I quién te ha dicho que tengo simpatías por él? yo amigo, soi hombre de justicia, i a quien merece una peluca no se la niego por cuanto hai en el mundo.

En este concepto, pienso no solo como tú, sino peor acerca de ese jóven: así, en mi libro, que será poco mas o menos que el de Ramirez (con la diferencia de que yo, tomo las cosas de una manera mas profunda) le daré una tunda tal, que proberé hasta a él mismo de que no es un vate como se cree sino un simple coplero.

—I de L. qué decís? —De L. hombre, parecerá raro; pero no puedo mentir; así te diré lo mismo que del otro: no me gusta mucho, ni creo que merezca la pena de ocuparse de él en un libro sério de crítica i de ciencia.

—I de B. G.—De es., me parece que podría decirse algo, tiene dulzura, algo de.... suave, de unctuosos; pero, con todo, tampoco me parece gran cosa.

—I de B. i de T. qué me cuentas? Te pregunto esto, a pesar de que valen ménos que los otros, porque quiero que dejemos en su puesto a todos los que pasan por poetas, no siendo en realidad mas que unos pobres rimadores a quienes la ociosidad ha hecho hacer versos como pudieran haber hecho cualquiera otra diablura.

—De esos me pides parecer? ¿Ahorá estamos en eso? Oh! oh! esos pobres ni merecen siquiera que se les critique. Mira, si a mí me pusieses en tu historia poética al lado de semejantes pajarracos, te juro que me harías un agravio que no te perdonaría nunca.

Ya ves, lector, como se juzga a los únicos que pueden llamarse poetas en esta tierra, en que la poesía viene a ser tan rara como lo son los plátanos i las chirimoyas.

Pero lo curioso del caso es que el voto viene de los mismos que se dicen poetas, i que por lo mismo deberían ser mas induljentes con sus cofrades.

Si de la poesía i de los juicios de mozalvetes en los cafés i los billares, pasamos a otros trabajos mas serios, a otros hombres mas importantes, hallaremos sino la misma envidia i la misma mezquindad, mayor pequeñez, mayor emulacion, aun mas grande miseria en opiniones i sentimientos.

Tomemos al diarismo por primer ejemplo.

¿Qué dice usted, amigo don Joaquín del *Mercurio*? ¿Qué tal le parece a usted su marcha? ¿No es cierto que su redactor es un excelente escritor de periódicos?

—Sí, pero entre lo que usted dice i lo que es en realidad, hai una gran distancia. Es cierto que el mozo es vivo; pero tambien no puede ménos que confesar a usted que no tiene pizca de juicio.

Sobre todo, no tiene instruccion ninguna, i ya sabe usted que el talento solo no es suficiente para una obra como esa.

—Cierto, cierto, eso es lo mismo que digo yo: sin saber, amigo, es tiempo perdido. I qué piensa usted de la *Voz de Chile*?

—Oh! eso no vale nada.

—Sí, pero allí se reúnen todas las mayores capacidades intelectuales de nuestra juventud.

—¡Qué disparate! Es cierto que N. hace buenos versos, que a F. no le falta saber, que a Q. no le son estrañas las cuestiones políticas; pero qué sacamos con eso? Todos ellos juntos no valen lo que Ud. i yo, que escribimos siguiendo paso a paso la actualidad de los sucesos, recorriendo a vuelo de pájaro el teatro de la política, echando una mirada de águila sobre los hombres sin detenernos, o mejor sin empantanarnos en reflexiones estemporáneas, que la máquina del diarismo no puede ménos que aplastar en lo alijero de su marcha.

—Verdad, verdad, esa es mi opinion. Oh! no hai aquí escritores de diarios sino dos o cuando mas tres, los demas son embadurnadores de papel a quienes el hambre pone la pluma en la mano.

Veamos a la historia juzgada por los historiadores.

¡I bien P. qué juicio del libro de A? No es cierto que es el mejor historiador que tenemos, el mas concienzudo, el mas exacto en la relacion de los sucesos?

—Sí, es cierto ¡pero qué quiere Ud., no es un A: sino dos, es decir cuatro manos para comprobar documentos, cuatro ojos para leer apuntes, cuatro piernas para correr en busca de datos, dos cabezas en fin para pensar i coordinar las ideas.

Pero con todo, si son exactos no tienen vigor, si son

prolijos les falta criterio histórico, si son verdaderos les escasea mucho el coraje para hacer pinturas decididas, retratos enteramente parecidos.

Ademas, no tienen estilo, el lenguaje es desteñido, poco numeroso, les falta brillo, elegancia, donaire, hechizo, gracia i ese no sé qué que hace se lea a Thierry con interer i Gibbon con gusto.

—Muy verdadero. Por eso yo digo siempre lo que Ud. me oye, para la historia amena, divertida, enteramente a la Francesa, conforme al nuevo jénero Lamartínico no hai como Ud. i si Ud. me apura, yo, apesar de que aun todavia no llevo sino dos ensayos; uno sobre el primer álamo que importó el reverendo padre Guzman i otro sobre el fundador del reñidero de gallos de Santiago.

¿I qué juicio ha formado Ud. de V., de ese escritor que lleva mas tomos escritos que años cuenta de vida, de ese jóven que sin llegar a los treinta años entre viajes, vedas, historias i juicios lleva ya toda una biblioteca hecha i derecha?

Sí, escribe con una facilidad inmensa, es cierto, escribe como habla, es decir a vapor, pero lo incompleto de sus apreciaciones, lo pueril de sus juicios, lo acrimonioso de sus pinturas me hacen no estimar en nada su talento.

—Cierto, para la historia se necesitan otras dotes, como por ejemplo las mías i las de Ud. etc. etc.

Para finalizar este diálogo, concluyamos con los periódicos i con ese jénero de literatura que se llama ahora de revistas o crónicas o como quiera llamarse.

Ahorá bien Sampaio, ¿qué va a decir Ud. del *Condor*? ¿Le dará Ud. una buena tunda al redactor? Lo merece, por meterse, sin que nadie lo llame, a defensor del gobierno. ¿No es cierto que Ud. desde su tripode le asestará como conviene unos golpazos para que no se vuelva a levantar en su vida?

—Toma! que sí, ya he mandado a la *Voz de Chile* un artículo bravo, terrible, allí le acuso de poca fantasía en las caricaturas, de Almonte Chileno, de corto ingenio i otras cositas que, ya sabe U. como yo las digo.

¿Qué mentecato, venirse a escribir revistas, sabiendo que yo estoi aquí encargado de la correspondencia, i sobre todo teniendo tan poco chiste.

Oh! me apesta, no tiene gracia, sus chanzas son vulgares, forzadas; en fin, es todo un impávido que sin instruccion ni jécio ninguno se presenta diciendo—vengan a oír mis gracias a toda una sociedad como la nuestra en que brotan los chistes como las callampas!

Pues no faltaba mas! Fuera él, así como yo, nutrido de ideas, avezado en la investigacion, fuerte en el razonar, dogmático en el decir, estrepitoso en el juzgar, i sobre todo pues, chistoso, decididor incisivo, tajante, chispeante etc. etc., como nuestro humilísimo servidor, vaya con Dios que se metiera en el pantano i exigiera que lo leyese de pico a rabo.

Yo, es verdad, sé poco, poquísimo de la lengua castellana; pero a gala lo tengo i a gala lo he de teatier mientras escriba para la *Voz de Chile*, dónde me recomiendan que sea un poco galó i sobre todo que conserve mi *allure* frances que me ha servido ya para todos mis múltiples carreras.

Si de estos poetas, literatos, historiadores, diaristas, periodistas i revisteros saltamos a la sociedad entera, es decir, a los que leen i no escriben, a los que todo lo juzgan sin presentarse nunca como modelos, aquí la cosa cambia de aspecto, aquí ¡ya la envidia se convierte en calumnia: aquí ya la censura se trasmuta en sentencia difamatoria e inapelable.

Sino creis, preguntad al primero que pilleis con el Condor en la mano—bien, i le gustaa Ud. ese escrito? qué tal? sabe el mozo menear la pluma?

—Sí, está bueno; pero si es tan diablo, tan enamorado, tan pelador, que ni su padre se le escapa. Sobre todo ¿lo ha visto Ud. jamas con un empleo?

—I no soi yo solo el que paga el pato; no lo creais: preguntad por otros i a otros, i os dirán—es cierto que fulano escribe bien, que tiene talento, pero hombre si está quebrado—es verdad que ha hecho un gran servicio a la historia, pero si tiene tantas deudas i sobre todo, no se recoje nunca a su casa hasta que apunta el alba.

—Pero no hablemos mas de la envidia, i considerándola como un gaje de los oficios, de todas las carreras i condiciones, despertémosla con esta franqueza si es que duerme en algun corazon por una casualidad que no creemos. Ya que os he pintado pues este pecado capital que se llama, segun el padre Astete, *pesar del bien ajeno*, os advierto que no vayais a atacarme con mis propias armas, al hablaros del Senado, objeto hoy de todas las miradas i de todas las conversaciones.

—¿I qué decis pues, de la actitud que acaba de tomar, del temperamento que ha adoptado para verse sin barra?

—Si hemos de creer a lo que se cuenta en los corrillos, parece que el que maneja la rondana de los *barriletes*, *bolos* i *papas* que desde tanto tiempo están queriendo hacer comision con el gabinete, ha dispuesto que se recojan a su lugar para *parcharlos*, como dicen los colejiales, en los agujeros que han sacado en la refriega.

—Si es así, ¿en dónde hai parche que tape el hoyo que le hizo el ministro Güemes al orador del patronato?

—Pero lo que nos parece mas gracioso es el empeño que toma el señor Cerda en probar que no hai conflicto ninguno: que el Senado solo ha hecho observaciones al Ejecutivo por el caritativo deseo que se le conoce de enderezarlo por el buen camino, de dirijirlo por la senda del bien, de quitarle hasta las piedrecitas en que pueda tropezar desapercibido. Sin embargo, para tan buena obra ha quitado la entrada libre repartiendo a los señores senadores boletos de entrada, que éstos repartirán a sus conocidos, como sucede en las filarmónicas i los bailes.

Bueno, excelente medida, así al ménos, en vez de un senado plaza de toros, *tendremos un senado concierto*: lo que ya es una ventaja.

—Pero si se quita la orquesta cómo van a cantar los *patres conscripti*? Cantarán a secas, no hai remedio. Mas aun cuando sea así, ¿qué tiene que cada uno de ellos eche a rodar esas notas melodiosas, esos gorjeos, esos pios, esos reclamos, con los que han atraído mas concurso que la Malibran o la Pasta en los teatros de Londres i San Petersburgo?

—El senador Mujica, ha sido todavía mas celoso de ocultar sus buenas intenciones, ha sido aun mas modesto que el señor Cerda, haciendo que se prohiba por tres sesiones la entrada a todo ser que no sea de la colmena.

—Si bravo fue aquel expediente, bravísimo es el de este prócer, i con la circunstancia de que él confiesa que no teme ni debe a nadie ni a nada.

—Con todo ¿cómo olvida el señor senador que debe al gobierno decoro, al pais verdad i buenas intenciones i al gobierno buena fé i apoyo verdadero?

—O no será deuda para su honorabilidad esos piquillos que los salta como el esquinero deja de apuntar en la lista de sus gastos, las *yapas* de chancaca que ha dado a sus compradores?

—Si estas son deudas, i en estas estan mancomunados los demas de la respuesta, deben tener presente que ni

el pais, ni el gobierno, ni la razon, ni su propia dignidad se las han perdonado todavía.

—Ah! Se me olvidaba, ya sabreis que el señor Mujica, hablando de su entereza, dijo al señor Torres, que él era hijo del Cid, i que por lo tanto no temia ni silbidos ni se arredraba por los aplausos.

—Al pensar en la jenealojía que ha querido darse el señor senador, no hemos podido ménos de asombrarnos, pero no de que sea hijo del Cid como sienta; sino de que el Cid sea i quiera ser uno de sus proponentes.

—Si tal fuera, con igual razon podríamos decir que el Presidente del senado descendia de don Pela yo, i el señor Ovalle de don Rodrigo i hasta los taquígrafos de Rui Pero Mendoza, de Lain Calvo, de Antonio de Leiva i de los siete infantes de Lara.

—Como queda, pues, sentado, segun el señor Mujica, que cada uno puede descender de donde mejor le plazca, hubiera sido mejor buscarse un padre mas a propósito que el de Vivar, un padre ménos retumbante, i lo que es mas, ménos enamorado i ménos rompe-lanzas, como fué aquel dechado del valor i de la caballería.

—Sobre todo, el señor Mujica debió tener presente que Jimena (de quien debe descender tambien su señoría por ser esta la amante esposa del Cid) no dió a luz hijo ninguno senador ni que pudiese procrear próceres para Chile.

—Ademas, debió meterle miedo aquello de aquel Judío que, viendo al campeador tendido en su ataúd, quiso arrancarle, como le arrancó, un cadejo de la barba. Verdad es que al senado no han de pelarle las barbas nunca; pero tambien puede ser que venga algun judío mañana que no le deje ni las cejas.

—Pero hasta de jenealojías, de cunas, de alcurnias, de cuarteles, de infanzones i caballeros; i contráiganse por Dios! los senadores al trabajo, miren que ya ha corrido mes i medio i no han hecho mas que disparates, i no han dicho mas que desvergüenzas; que escritas en los diarios volarán por todas partes como aljeros mensajeros de la vergüenza i del envilecimiento a que han llevado la representacion nacional, debiendo ilustrarla en su patria i en el extranjero.

—Sin duda, por esto será que los bolivianos han mandado o van a mandar *doscientos hombres* para que azoten a los pobres chilenos que se hallan en Cobija.

—No puede ser por otra causa. Juzgándonos tan contraidos a tonterías, como estamos, mirándonos tan divertidos con nuestras propias flaquezas, dijéronse sin duda: vámonos allá que cuando recuerden se hallarán con que no solo les hemos vapulado a todos sus nacionales, sino héchonos dueños de las huaneras, que es lo que debian atender i desprecian como cosas de poco momento.

—Estando pendiente la lei sobre su esplotacion, i no habiendo todavía hecho nada por ella, no solo creeran esto, sino que nosotros ya no tenemos necesidad de plata, que todos nos hallamos podridos en ella, i el gobierno nadando en un océano de oro como el de las minas de Golconda. De huano, es verdad, no necesitamos, porque aqui lo hai en abundancia en todos los estramuros; pero da la casualidad que necesitamos de ese de Mejillones, que es el que puede tornarse en barras de oro, en piñas de plata i ejes de cobre.

—Pero qué fatalidad! Ya que Dios queria darnos la riqueza por medio del huano ¿por qué no dispuso que esos pájaros de Mejillones viniesen por aqui i los de la calle del *Peumo* i los de la *Ceniza* se fuesen allá donde no los tuviésemos tan a la mano?

—Pero, en fin, los Bolivianos se persuadirán de su error,

se convencerán al cabo que no porque nos estamos tirando con los platos, hemos de votar el oro por las ventanas.

Las facultades extraordinarias i estado de sitio que el Presidente Achá ha logrado hacerse conceder por el Congreso, no serán, sin embargo, tan omnímodas que hagan del *Cul-de-sac* de Bolivia un pueblo franco, abierto, en cuyos puertos se miren al menos flotantes para custodiar la entrada dela impetuosidad de sus enemigos.

Mande pues el gobierno a la *Esmeralda* o al *Maule*, aunque estén sin carenarse i en avería, i esperemos si doscientos cholos, tienen el atrevimiento de venir a quitarnos lo que nos pertenece o es fuerza que nos pertenezca.

Pero talvez sea todo uno de esos cuentos que forja la fértil inventiva de los ociosos, i los bolivianos, a quienes consideramos en este momento armados con sus escopetas de chispa, ¡comiendo coca para salirnos al encuentro, estén a estas horas ocupados en cambiar de Presidente i en formar algun otro plan de gobierno.

El código Napoleon que hizo adoptar Santa Cruz, figurándose que Chuquisaca, Oruro, la Paz, etc. eran la Francia, ha sufrido ya mas comentarios i correcciones que la contestacion al Presidente de la República.

El señor Olañeta, juez de aquellos tribunales, decia que el tal Código Napoleon habia sido mas adicionado que una carta de huaso, llevándose en cada post-data unos parches que casi no se conocia el orijinal primitivo.

¡Pobre Sienes, pobre Cambaceres, pobre Convencion Nacional! ¿cómo no pensásteis en que el protector de la Confederacion Perú-Boliviana habia de venir a enmendar la plana? En esto parece que fuera *cuico* el senador Ovalle, pues poco le ha faltado para establecer una nueva doctrina de derecho canónico.

Una persona muy digna de respeto nos asegura que en dias pasados tratóse en un club montt-varista de hacer una tentativa para ver si por el miedo a la revolucion e señor Perez cambiaba de ministros o cesaba un tanto arte las exigencias de los *nacionales*; pero que, como la esposa de uno de los *catilinas* tiene un miedo horrible a que su esposo deje la toga i se presente armado como Richelieu en el sitio de la Rochela, todo se desmenuará en medio de las risotadas de los que lo descubrieron. Cualquiera al ver la conducta del Congreso, de seguro que creeria que la conspiracion venia detras; mas como se sabe que el partido ese tiene pendiente la cancelacion de la responsabilidad civil, i se conoce que el principio de autoridad se robustece mas cada dia, i que el gobierno gana en opinion a medida que se le ataca; la idea se disipa i los temores vienen a quedar en puros sustos i habladurías.

Voltaire decia a uno que le preguntaba el porqué de no darse la *conjuracion* de Bruto i oirse siempre con gusto la Zaira—¿Sabeis por qué? porque hoy nadie conspira i todos aman.

Esto no quiere decir que creamos que todos son unos pichones, i que los Abelardos i las Heloissas estan hoy carteándose en latin, para hacer su pasion todavía mas secreta i solemne, nó, nada de eso, lo decimos porque no juzgamos que los tales conciliábulos sean otra cosa que sueños o deseos; lo que, no pasando de ahí, no tiene nada ni de nuevo ni de temerario.

Hemos hablado del amor i sin querer vamos a volver a hablar de el.

Pues bien, sabemos que uno de nuestros literatos de nuevo cuño, es decir, de esos que principian a plajiar, por no tener nada suyo que contaros, tiene ya en prensa

una obra titulada *Doscientas maneras de amar platinicamente*, en la cual el galan, despues de haber obtenido la platinica muestra de una cita, repite la siguiente cuarteta, tomada de don Juan de Iriarte.

Es el amor sustantivo
En cuya declinacion
Los únicos casos son
El *jeniteo* i *dativo*.

Por la muestra ya se puede saber hasta dónde llegará el idealismo, i hasta qué grado alcanza entre nosotros la filosofia de la única pasion que puede tener escusa en sus delirios.

El haber citado un verso i el hablar tanto de amores, llévanos sin querer a recordar a nuestros lectores que el mártir será el beneficio de la graciosa dama doña Analia Perez. Iremos ¡no es verdad lectores, i arrojaremos sobre la beneficiada un diluvio de ramilletes i palomas i coronas, haciendo sonar nuestras palmas como si estuviésemos en el Senado?

Quando se ve tanta hermosura unida a tanta gracia cómica, a tanta maestría escénica, da ganas de decir como Arriaza a la Rita Luna:

Si algun mortal tan insensible vive,
Que de esa tu espresion siendo testigo
Dolor igual al tuyo no recibe;
No le pidas al cielo otro castigo
Que aquel mismo dolor que le prohibe
El dulce bien de suspirar contigo.

Ya habrá llegado a vuestra noticia que en la calle de Alumada se ha establecido una oficina en la cual os darán (por muy poca recompensa) criados i criadas, cocineros i anas de leche, i todos con su correspondiente informe i garantía.

Dícese que el autor de esta oficina de nueva invencion entre nosotros, consultándose para esto con un amigo entendido en el asunto, recibió el consejo de poner una muestra, en que, despues de bien detallados todos los artículos, se leyese:—aquí tambien se dará cuenta a los electores de los que quieren entrar a servir al pais en el Congreso.

Si esto se llevase a cabo, la oficina sería completa, i presentaría la ventaja de tener uno diputados i senadores sin encargarlo a los intendentes.

Uno de los cargos en que mas se han afianzado los del senado, ha sido la pereza que se nota en todos los intendentes de provincia, a quienes se supone rascándose el hopo sin tener la menor fatiga en los quehaceres de su comision.

A torpezas como estas, ya contestó el señor ministro de la Justicia; pero sin duda, sin convencer al señor Ovalle, que cree que un intendente no tiene otro trabajo que ganar elecciones, i *capitulear* con los vecinos mas influentes de la provincia para que todo esté sazonado i dispuesto.

Quando se piensa que los intendentes nombrados por el señor Perez no han hallado un solo enemigo (no contamos a los nacionales) ni merecido un solo reproche, uno se promete que la vida de provincia va a cobrar calor, que sus costumbres van a seguir el rumbo del tiempo, que sus hábitos se purificarán sin esfuerzo para ofrecer una vida propia, que es lo único que puede descentralizar el poder favorablemente.

El general Aldunate, ese viejo lleno de honores i de glorias, allí está, trabajando sin descanso, robando al reposo necesario a sus años horas que consagra al servicio público.

Don Anjel Prieto, hombre de corazon i de ideas, allí se ve tambien, ideando planes de puentes, de caminos, de trabajos para esa pobre Colchagua, a quien los intendants del decenio consideraron como un potrero bueno solo para engordar caballos i hacer peticiones (con la mayor parte de las firmas a ruego) porque Dios la siguiese manteniendo en su soñolienta ventura.

I bien, como estos funcionarios son los otros, todos trabajan, todos piensan en la felicidad de sus gobernados, todos se afanan por merecer bien del pais i complacer al gobierno que ha sabido confiar a su celo la prosperidad de las provincias.

Sin embargo, se dice que no trabajan, sí, no trabajan en mandar con el látigo, en imponer a sus súbditos la voluntad que recibieron, en ganar elecciones, en corromper la libertad del ciudadano, en violar la santidad de su conciencia: sí, en todo esto no trabajan, es cierto, pero en cambio, como ya lo hemos dicho, atienden las escuelas, vijilan los hospitales i hacen cumplir exactamente i sin rigores oficiosos las órdenes que dan a sus inferiores.

Es cierto que no tienen, como los del régimen pasado, prensa subvencionada para que los alaben; pero tambien, cómo nos han de negar los mont-varistas que en esto que critican va envuelta la mas satisfactoria alabanza que pudieran recibir por sus esfuerzos.

El *Nacional* de Talca, periódico único en su especie, periódico sirena en cuanto desde la mitad del cuerpo para arriba es Perista i hasta la cola, que suponemos bien enroscada, montista neto, nos prueba lo que sentamos.

Pero ¡qué ha de ser la prensa cuando está bajo el hábito de malas pasiones, cuando no respira mas que las influencias deletéreas de los pantanos que hasta ahora no ha podido secar el patriotismo!

Pero dejémosla en paz con su baturrillo de editoriales que elojian i sus correspondencias que denigran; con sus lisonjas que apestan i sns diatribas que mueven el estómago, con ese tira-i-afloja, en fin, en que no se sabe qué clase de chorizo es el que toma en la mano para no venirse al suelo desde la maroma.

En Aconcagua siguen las suscripciones i los discursos. En uno de ellos se nos dice que somos hijos de Lautaro, Colocolo, i esto al mismo tiempo que el señor Mujica se dice hijo del Cid i lo cacarea en pleno senado.

¿En qué quedamos pues, somos hijos del Cid i de Gonzalo de Córdoba o lo somos de Galvarino i Leucoton? Yo por mí quiero mas bien ser de los primeros, aunque hablen castellano i profesen la religion cristiana i sean súbditos de reyes, i éstos coman carne de caballo i no obedezcan mas que a sus instintos de rapacidad i de sangre.

Pero ya se ve! cada uno tiene su gusto i entre gustos ya se sabe que no hai disputa.

El furor de las fotografias ha vuelto. Ayer nos ha contado un fotógrafo, que ha tirado cien retratos, i todos de jóvenes i damiselas en todas actitudes i en todos trajes i modas recién venidas.

Esto prueba que aquí no hai nadie que no esté enamorado de sí mismo. Si esto no fuere así no nos miráramos tanto, como lo hacemos, pues es sabido que aquí nadie manda retratos por tarjetas, sino que todos se hacen fotografian para hacer albums de notabilidades contemporáneas i gozarse en las figuras que forman esas galerias.

Se espera que dentro de poco tendremos máquinas nuevas más perfectas que las hasta ahora conocidas, i por las cuales no solo saldremos con todos los pelos i señales sino hasta con el sonrosado del pudor i el livido verdoso de la euidia.

Si llega, cuidado pues lectores con descuidaros con la tal máquina; pues puede muy bien ser que os atrape en el color de la culpa, que por cierto mas bien está para e confesonario que para un retrato.

Aquí doi fin, ¿i desde dónde os parece que os escribo? Desde la cama, i con una fiebre tan brava como la del presidente de la honorable Cámara de senadores.

JUAN DE LAS VIÑAS.

El zapallo i el músico.

FABULA.

En una huerta de malezas llena
Un zapallo gritaba entusiasmado:
¿Hai fruta i gual a mí? La berenjena,
La calabaza, el nabo tan buscado,
La patata, el camote perfumado
Se pueden comparar, digan! conmigo?
Haben pues, i verán si yo consigo
Probar al mundo entero
Lo que importa un zapallo verdadero?

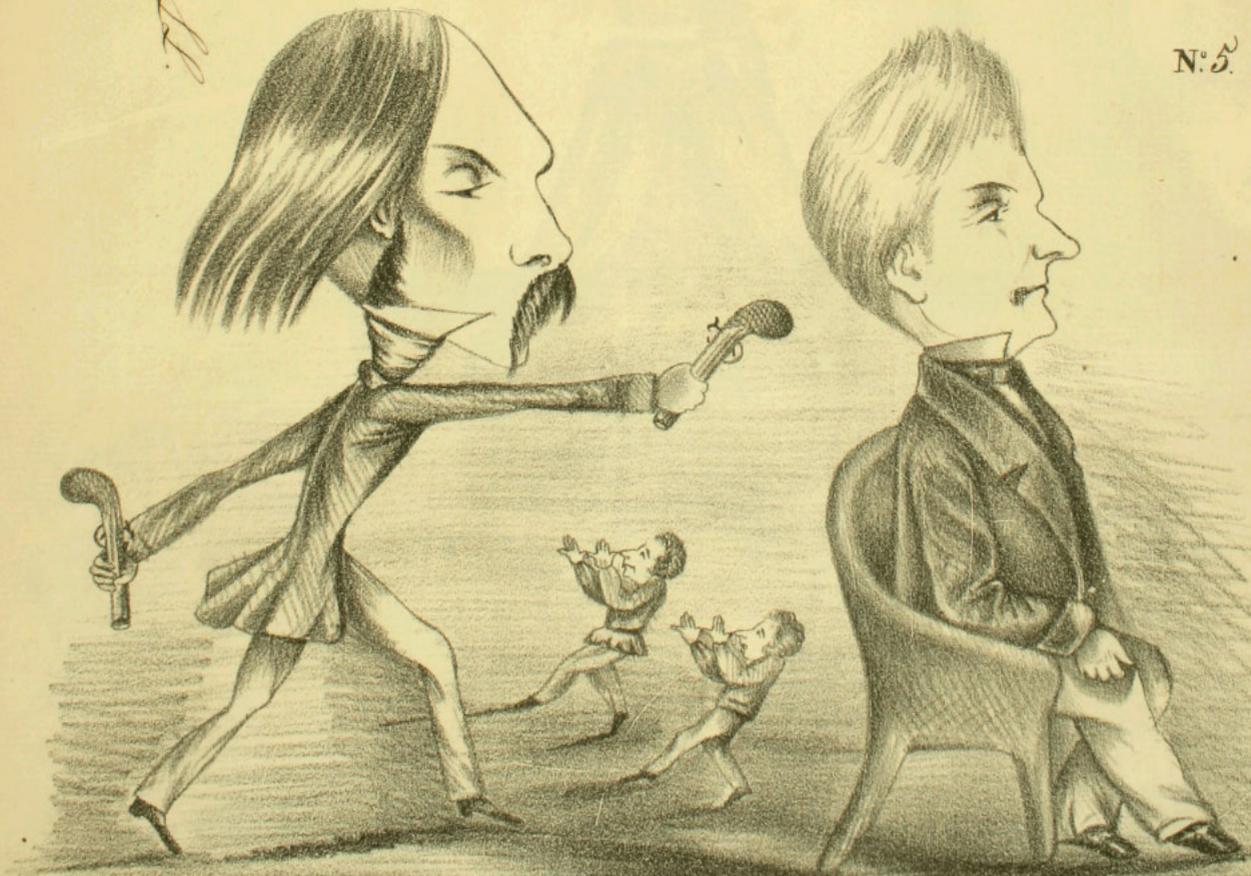
Un vendedor de coles que esto oía,
Le dice, amigo, bueno! yo querría
Comprar a Ud. para venderlo luego
A un guitarrista, que parece quiere
Comprarlo con ventaja
Para hacer un piporro de su caja.

Está bien, contestó nuestro zapallo,
Con tal de que me hagais un instrumento
No de cuerda, eso nó, si no de viento.
Llevado pues al maestro guitarrero,
Dijo cabal, eso es lo que yo quiero;
I poniéndose a la obra en un minuto
Compos del zapallo un buen canuto!
A ver veamos como suena, hermano,
I soplando en el tubo muy ufano

Dió un resoplí d o
Cielo santo! i qué fué? solo un bramido
Parecido al del cuerno.

Capaz de hacer correr al que lo oyera
Por evitar su son hasta el infierno.
¿Qué demonio me traje Ud. compadre!
El músico replica enfurecido,
¿Hai oido infeliz que no taladre?
Hai canuto mas malo o parecido?
Ah! mi amigo, contesta el vendedor,
Eso ya lo sabia yo mejor;
Mas como vi que Ud. se prometia
Componer de zapallos sinfonia,
Le traje el que encontré mas a la mano.
Que culpa pues en esto yo he tenido?
Conque así, se acabó, trato concluido:
Ud. ya lo rompió, lo hizo canuto,
Pague Ud. por lo tonto su tributo,

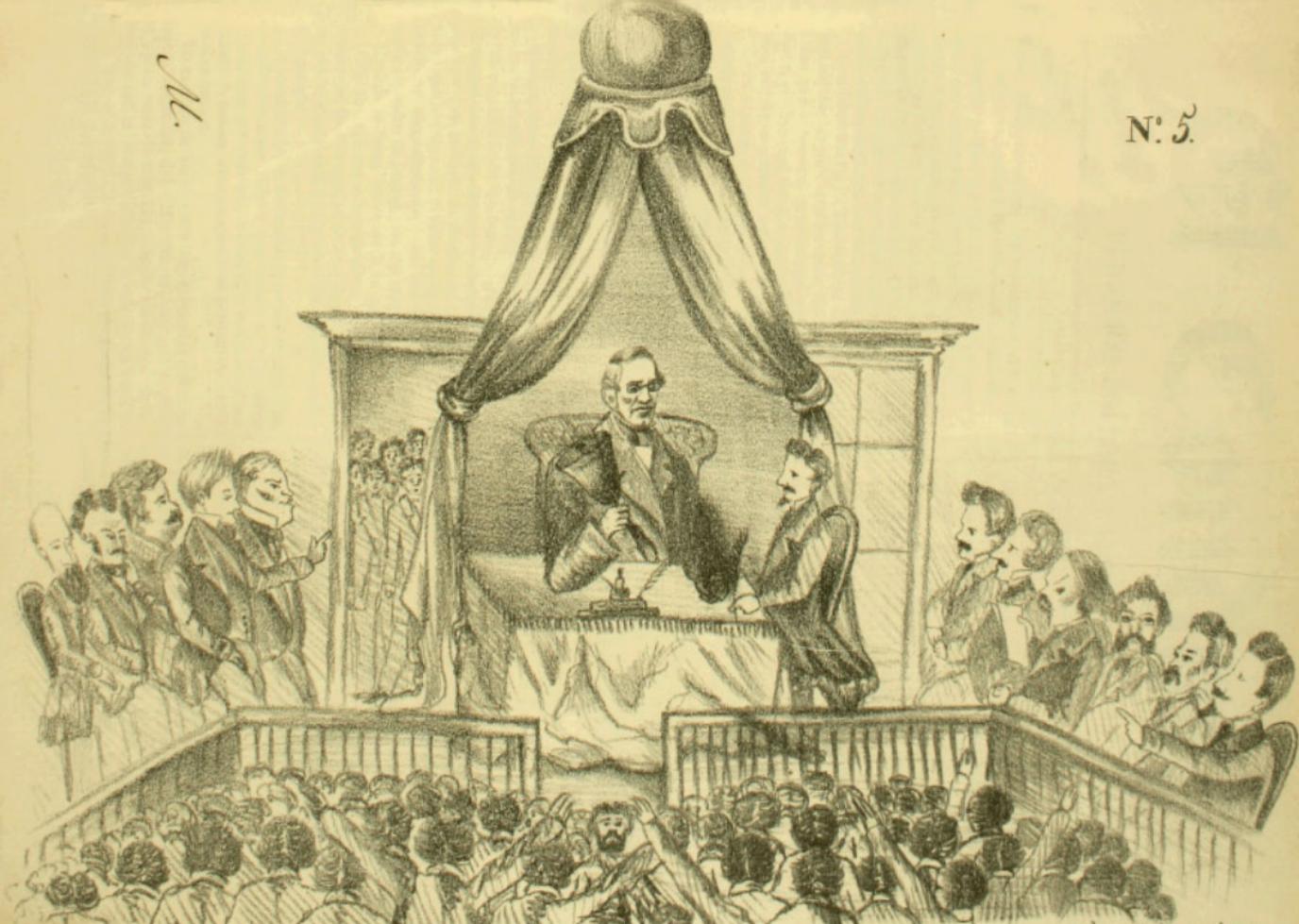
¿I no podría alguno que ha querido
De un zapallo formar hombre lucido?
Escritor elegante,
Erudito, político i pedante,
Corresponsal firmado,
Encontrarse mañana avergonzado
De haber como aquel músico indiscreto
Formado en un minuto,
En vez de un instrumento
Sonoro, aunque de viento,
Un cuerno nada mas, solo un canuto?
Ah! si hubiera en las letras podadera
Zapallo de esa especie no se viera!



Un desafío parlamentario.

M.

N.º 5.



Sesion del 8. Un prócer dice tener miedo...El pueblo viva al ministro... El presidente se asusta, toca el cencerro i levanta la sesion.

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Julio 19 de 1863.

Núm. 6.

Los Ministros en su carácter de administradores i hombres de estado.

Cuando se dice que la administracion está paralizada, i que los hombres que deben animarla i dirigirla no hacen otra cosa que mecerse blandamente en la indolencia, no solo se comete una notoria injusticia sino que se sienta un contrasentido, de manera alguna disculpable en personas a quienes no es permitido por su situacion desbarrar tan locamente.

Los discursos de los Ministros en la sesion del lunes son suficientes para convencernos de lo que decimos, i eso que, desviados arteramente por sus enemigos, fuéles preciso mas de una vez no seguir estrictamente el hilo de la cuestion como lo pretendian.

Pero veamos si el señor Ovalle, que es a quien ha cabido el honor de encabezar la impugnacion a la conducta administrativa del gabinete, ha andado como siempre fuera de los rieles, i si la prensa, que parece hacer *duo* a su señoría en los despropósitos, ha sido mas acertada que lo que acostumbraba en el tema de sus inculpaciones.

Desde luego, lo que quisiéramos saber es de qué manera entienden el señor senador i el *Ferrocarril* lo que llaman pereza, flojedad o inercia administrativa.

Los que conocen que en la máquina del gobierno hai un sin número de ruedas, cuyo acorde movimiento es el resultado de un trabajo uniforme i continuo, de seguro que no se dejarán embaucar hasta el grado de creer que, por que una de ellas no corra con la celeridad que le conviene, el resto de la máquina deje de funcionar absolutamente, i que los operarios en ella estén cruzados de brazos i sin tomarse la menor fatiga.

Cuando se llama perezoso a un gabinete, cuando se tilda su conducta administrativa, es forzoso comparar con hechos que los asuntos en que debe ocuparse, i en los cuales está comprometido, dormitan deplorablemente.

De lo contrario, la acusacion es un tiro al aire, i los acusadores o unos ciegos que fallan al bulto sobre colores que no conocen, o unos mal intencionados a quienes la pasion avasalla hasta no permitirles obrar de otra manera.

En muchos de los diversos departamentos que caen bajo la inspeccion de un Ministro, la labor que en ellos se opera pasa de continuo desapercibida, por cuanto pocos son los que se hallan en el caso de ser testigos de lo que se trabaja i, lo que es mas, de poder darse cuenta de lo que han visto.

Si tal no fuese, el silencio aparato que muchas veces ofrece una oficina, sería el síntoma mas seguro para pensar que allí no se hacia nada ni se pensaba siquiera en hacer algo.

En la faena que puede llamarse mecánica del servicio público acontece esto que vamos diciendo, i sin embargo, los que conocen los resortes ocultos de la fábrica se hallan muy distantes de atribuir a inmovilidad lo que en realidad muchas veces no es mas que el resultado de la misma rapidez de sus evoluciones.

La tarea de un jefe de gabinete, dice Laferrière, es una tarea doble, es un trabajo en el cual caminan la mano i la cabeza en acorde movimiento: un ministro, en fin, es un oficinista i un hombre de estado.

Si esto es asi, si reconocemos en todo secretario del presidente de la república esta dualidad tan pesada, ¿bajo qué aspecto se mira a la administracion para bautizarla con los epítetos con que se la denigra?

¿Acúsase a los ministros como oficinistas, o acúsaseles como hombres de Estado?

Si es a lo primero a dónde van dirigidos todos los tiros, la injusticia es descarada, llega a ser ridícula, pues son conocidos los afanes de todos ellos en el ejercicio de sus departamentos i los desvelos que les merece el servicio público.

Las fatigas del ministerio en el desempeño de su cargo se ven bien claras en la esposicion que ha hecho en la refriega a que lo han provocado las Cámaras, llegando con esta a probarnos matemáticamente cuales han sido los obstáculos que han entravado su marcha, i cuales los esfuerzos que han sido puestos en obra para superarlos.

La administracion interna a que se atribuye tanta flojedad ha costado, pues, improbas labores a los secretarios de Estado, i la prueba es que el del Interior no solo ha continuado con empeño en los trabajos que quedaron pendientes con la caída del gobierno pasado, sino arreglado muchos de ellos, por no decir enderezado, de una manera capaz de satisfacer hasta los mas exigentes i descontentadizos.

La decidida proteccion que le han merecido los trabajos del ferrocarril del norte, cuando otra prueba no hubiese de su laboriosidad, era mas que suficiente para acallar la grito de la envidia, i reconocer, aunque fuese en un adversario odioso, un interés el mas solícito i discreto por la prosperidad pública. Los demas negocios, tales como obras públicas, en especial los caminos, tambien han merecido de su señoría una atenta consideracion, llegando a obtener ventajas en este ra-

mo que casi era imposible esperar, considerando lo angustiado de los recursos i la prudencia con que se procede para no recurrir a arbitrios que puedan sernos gravosos en el porvenir.

El cuidado i vijilancia en la administracion de justicia provincial, ya se ha visto con el ejemplo dado hace poco en Concepcion, de qué manera estima el señor ministro la moralidad pública i el esmero que le merece la conservacion de la vida i propiedad del ciudadano, amagadas cada dia mas por la impunidad de los delitos.

En los trabajos ejecutados en la frontera, como su señoría lo dice con tanta razon, estriba, en verdad, una parte de la gloria de la administracion que los ha llevado a cabo, i ciertamente que para tal obra no habrá nadie (a no ser el senador Ovalle) que ponga en duda que hayan dejado de ser precisos un trabajo i una constancia dignos de todo elogio.

Si de la administracion interior pasamos a las relaciones esteriore, no hai uno solo que ignore lo complicado de las reclamaciones, lo dificil de los asuntos que han estado i aun están pendientes en este departamento, i que, por lo mismo, no reconozca en el señor Tocornal un celo i una discrecion libres de toda censura.

Respecto a los demas ministros ya los hemos visto a todos en las cámaras estender el mapa de sus trabajos, ya los hemos oido dar cuenta de las lucubraciones que les merecen los proyectos que tienen entre manos, del empeñoso afan con que miran todos los ramos del servicio que están confiados a su custodia.

Sin embargo, nada de esto es trabajo, nada de esto es patriotismo, nada de esto es sacrificio para los que quieren exijir de ellos una omnipotencia que ni las circunstancias les permiten asumir, ni se lo permitirian a nadie tampoco, por talentos superiores que tuviere en momentos tan criticos como los que atravesamos desgraciadamente.

Ahora pues, considerada en toda su latitud la primera entidad que hemos reconocido en un ministro: *la voluntad que ejecuta* ¿qué se puede alegar racionalmente para probarnos que este gabinete se halla dominado por la pereza, i cediendo a las influencias del tiempo i de las necesidades como la tabla que arrastra caprichosamente el curso de las aguas?

Si de la mano que traza, pasamos a la cabeza que piensa, al jenio que crea, a la paciencia que elabora, aquí ya los cargos toman una forma mas abultada, aquí las inculpaciones cobran proporciones colosales. Sí, aquí ya no se buscan hombres, pobres ministros adaptables a un país esquilado por la bandería, herido en su crédito por un gobierno corruptor i despótico: no, aquí ya se exigen jenios colosales como Turgot, como Sully, como Colbert, como Pitt; i no hallándolos se sujeta a los infelices que se han sacrificado a servirnos con lo que tienen, con lo que pueden, con lo que saben, al suplicio de Procasto, i a todas las demas torturas con que paga de continuo la ingratitud i la villanía a la jenerosidad i los buenos sentimientos.

Quando se pide que un ministro sea hombre de

Estado, es decir, que obre no solo como administrador pasivo en el ramo de su injerencia, no debe negársele la cooperacion en el trabajo, no deben cerrarse los ojos i los oidos para no verlo ni escucharlo, sino, por el contrario, tratar de ayudarlo a desarrollar el plan que medita, trabajar por protegerlo i hacer que su pensamiento logre al cabo ser una realidad provechosa para el pueblo.

Quando se piensa en esto i se vé el desacuerdo que existe entre el Congreso i el Ejecutivo, cuando se mira no solo un divorcio pasivo entre estas dos grandes entidades de gobierno, sino una hostilidad abierta, que casi no puede comprenderse, uno no puede ménos que confundirse al pensar que se exija de parte del ministerio cosas que solo el esfuerzo mancomunado de los poderes públicos puede conseguir con provecho.

Sobre todo, si el Ejecutivo, es decir el Presidente de la República i los Ministros, no pueden concebir planes para el presente, sistemas para lo futuro, desenvolviendo esa grandeza de jenio que se demanda como una obligacion forzosa ¿por qué las cámaras no le muestran el camino, supliendo con su inventiva lo que hace falta a la administracion en este momento?

Segun las doctrimas del derecho administrativo i, sobre todo, segun la constitucion que nos rige, a ellas compete tambien la iniciativa en la formacion de las leyes, a ellas remover los obstáculos que les opongan las resistencias del Ejecutivo, a ellas, en fin, suplir la actividad que falte en la accion del poder supremo. Ahora pues, si el congreso, como poder vijilante, como centinela avanzado del progreso público, como custodio siempre en vela del cumplimiento de las leyes, está obligado no solo a declamar por la observancia de las proscripciones de la carta i del estricto cumplimiento de la accion gubernativa ¿cómo es que nada propone, que nada inventa, que nada crea, que nada dispone, debiendo, ya que se manifiesta tan solícito, dar al gobierno una leccion con su ejemplo?

¿O le está cerrada la senda del bien? ¿O le están obstruidos los caminos, prohibida la accion i coartada su iniciativa en la proposicion de medidas saludables para el país?

Quando se critica de pereza es necesario dar muestras de dilijencia: cuando echamos sobre otros inculpaciones de dejadez i falta de interes público es fuerza probar actividad i patriotismo.

Pero en nada de esto se piensa, lo que conviene es amontonar cargos indecisos, inculpaciones indeterminadas, i encerrarse, cuando a uno se le provoca a que compruebe lo que asienta, en la imperturbable impavidez de decir—nada me convence: he dicho que nada se hace, pues nada se ha de hacer, ni nada se hará, por mucho que Uds. se afanen.

En el año de 1861 la Cámara de los Comunes no recibió sino cinco proyectos de lei del trono; i a pesar de esto la reglamentacion sobre la industria algodoneera se completó, i una porcion de disposiciones accesorias sobre la fabricacion del lino i del hierro fueron redactadas segun las mociones que muchos miembros de la Cámara presentaron como motivo de discusion,

i por puro interes de la industria inglesa, a la que los disturbios de los Estados-Unidos de América habia colocado en una situacion escesivamente embarazosa.

Lord Jonh Rusell en un discurso elocuentísimo, probando el agradecimiento que habia merecido la Cámara de parte de la Corona por la aprobacion del presupuesto del 59, que al principio habia encontrado dilaciones para ser aprobado, decia:—el trono os es deudor de haber hecho por él lo que estaba confiado a sus ministros.»

En los Estados-Unidos, dice Tocqueville, la accion ejecutiva es admirablemente secundada por el Congreso, i hasta tal grado que parece establecerse entre ambos poderes una emulacion por el bien, que solo se concibe en un pueblo como ese, en que el pensamiento administrativo no es la propiedad de un solo poder público sino de todos los que componen ese maravilloso gobierno.

Sin embargo, ni en Inglaterra ni en los Estados-Unidos a nadie se le ha ocurrido todavía decir que los ministros no hacen nada, que la marcha es floja, pues no solo se consideran allí como trabajos de administracion lo que crean los secretarios de Estado, sino lo que éstos ejecutan, venga de donde venga la inspiracion que produce los negocios.

En cada poder público hai pensamiento i accion, deliberacion i obra, idea i práctica, en fin; agentes todos que ora se hallen divididos o mancomunados en la accion comun, siempre testifican que se trabaja, que se camina, que se administra, en una palabra, dando a esta espresion el significado que le corresponde.

Por otra parte ¿cómo podrian los ministros elaborar proyectos, cuando para hacerlos leyes aplicables era forzoso contar con los medios de cumplirlas de que carecen absolutamente?

El Ministro de la Justicia dijo, i dijo muy bien, cuando sentó la proposicion de que trabajar no era escribir, de que administrar no era idear planes para que quedasen en las carpetas de los ministros: sí, dijo muy bien su señoría, pero no por eso se convenció el Senado que exige no obras sino pensamientos, no bienes de sesos sino aparato, no bienes positivos sino oropel i fátrándula, i todo barnizado con ese betun de la charlanería de que tanto partido se saca cuando se tratar de ofuscar con fantasmas a la opinion pública.

Al presentar el gabinete el memorandum de sus propósitos, al revelar su proceder sin velar siquiera lo que, no decimos el hombre de Estado guarda siempre como una reliquia, sino que escatima hasta el individuo particular en sus negocios privativamente domésticos, ha hecho ostentacion de una franqueza que en cualquier parte habria sido contada como un sacrificio inestimable i una prenda de confianza para lo futuro.

Pero nó, cuando revela la carencia de medios en que se halla para hacer verdad sus cavilaciones, para volver en sustancia nutritiva sus pensamientos, estendiendo a la cámara el cuadro acabado en que se manifiesta palmariamente la situacion de las entradas fiscales, se le responde—pero qué nos importa eso, lo que queremos es que creéis dinero, que saqueis

recursos de vuestra cabeza, como se estraen lingotes de oro de las minas de Golconda.

Si se le dice: en la hacienda pública no es posible hacer de golpe innovacion ninguna, por cuanto muchas veces el atropello defrauda las mas puras medidas administrativas i pone hasta en duda las mejores intenciones, ella responde—no señor, nosotros no tenemos nada que ver con las dificultades sino con los resultados: venga oro, i allá os campaneis como podáis con la opinion pública, i con lo que os importa mas que todo, con vuestra buena fe i vuestra conciencia.

Si se le dice, el ferrocarril de que es empresario el estado, será uno de los elementos que contribuya poderosamente a llenar el déficit de un millon de pesos que dejásteis por puro capricho, como la espada de Damócles pendiente sobre nuestra cabeza, contesta—ese no es recurso aconsejado por la ciencia, esa esperanza es una mentira que no puede producir sino desengaños.

Si se le habla de economía, atribuyendo a la cordura lo que nadie puede negarle, es decir, prometiéndose beneficios positivos del propósito de no gravar con mas gastos el erario público, se replica—un hombre de estado no debe hablar por una vieja que cree riqueza en donde solo existe tacañería: no, el hombre de estado no debe economizar: la economía no consiste en ahorrar sino en crear valores a medidas que estos se gastan.

Si se le espone, como espediente para llenar la brecha que formó la dilapidacion, sistemar el impuesto, manifestando los temores que se abrigan al imponer un sistema tributario que pese sobre la agricultura i la minería, atacadas por la crisis general, se grita con mas fuerza—no, señor, en materia de impuestos es necesario no cargar la mano: la ciencia económica no oprime sino que alienta, no descarga peso sobre el capital i el trabajo sino vivifica a un tiempo ambas fuentes de riqueza.

Si se confiesan por fin los obstáculos con que se tropieza i se muestran las llagas que corroen al gobierno, si se descorre el velo i se deja la verdad desnuda en toda su tristeza i desencanto; entónces si que la grita se vuelve declamacion i la declamacion amenaza: entónces sí, que se pone casi el puñal al pecho del ministro, gritándole—puesto que sois un haragan estúpido, abandonad el puesto, i vengan otros de los vuestros a ver si saben evadirse de nuestras acechanzas i escaparse ilesos de nuestras embestidas.

I despues de todo esto, habrá todavía alguno que culpe al gobierno en sus ministros, o a éstos en el gobierno, de que no sean hombres de estado capaces de dominar la situacion en que se hallan e imprimírle una marcha decidida i segura?

Desengañémonos, los motivos de acusacion son frívolos, pueriles, indignos: los acusadores enemigos alvosos, i los acusados, unos hombres probos, patriotas que han venido a pagar las culpas de otros, de los mismos que los recriminan, i recibir en premio de los servicios que prestan al país con su talento i sus virtudes la bofetada de desprecio dada por los que debieran

poner la mano en sus lábios en señal de conciliación i misericordia.

Si las garantías que la constitucion da al pueblo, haciendo efectiva la responsabilidad de los ministros en el ejercicio de sus cargos, pudiesen aplicarse a los que ahora gallean desde los bancos de la representación nacional, en que han venido a ser jueces debiendo ser juzgados, a buen seguro que mas de uno de ellos tendria que pasar por la vergüenza de Lord Hastings ó Lord North arrojándose delante de la representación nacional por las culpas tremendas del pasado.

Sobre todo, i para concluir de una vez con la responsabilidad a que se sujeta al gabinete actual, ¿en dónde estan los jueces que pueden juzgarlo, en dónde esas virtudes incorruptibles que pueda mostrarles el senado como modelo? ¿En dónde esas lumbreras esplendorosas, esos jenios que puedan guiarlos por el camino sin vacilaciones ni tropiezos?

¿Dónde, en fin, esos hombres de Estado que puedan enseñarle como se gobierna con la lei, como se respeta la opinion, como se crea riqueza del apuro, cómo se vuelven en flores las espinas, i todo esto sin que el pueblo pierda una sola de las libertades que le son mas caras?

Pero; qué contraste entre esa turba de hombres, a quienes se calificó con el nombre de *ad hoc* no ha mucho, i los que ahora se ostentan en los primeros puestos del gobierno! Pero, ¡qué contraste, por Dios! entre esos ministros que mentan a sus mismos amigos, a un tiempo que escandalizaban la sociedad con sus actos de un esquisito despotismo, i éstos que hablan la verdad a sus mas encarnizados enemigos i ofrecen a la nacion un modelo de benevolencia i de sacrificio!

Pero ¡qué contraste entre los que repartian la riqueza pública entre sus paniaguados, privando al servicio comun del sustento que le era preciso, i éstos que desembolsan de su propia caja para pagar los compromisos del gobierno!

¿Habrá alguno que no haga esta diferencia, que no establezca una barrera entre los hombres de ayer i los de hoy? No, todo Chile está conforme con nosotros en este pensamiento; i todos, asimismo, esperan con ansia la remocion del Congreso actual como una esperanza de salud i de prosperidad para la república.

Cuando no hai mas que individuos en la lucha, dice Benjamin Constant, no hai mas que polvo, i cuando llega la tempestad, este polvo se vuelve fango.

Digamos ahora la Cámara de Senadores i la prensa de su bando, si es verdad este axioma, i si el cieno en que hoy se quiere empantanar al gobierno deberá caer algun dia sobre el rostro de sus mezquinos provocadores.

Reparacion del partido Conservador.

Estrañeza i no corta fué la que manifestó el *Mercurio*, dando cuenta hace dias de la reaparición del partido Conservador en la liza de la política.

Nosotros que no somos tan asustadizos como el cólega de Valparaiso, i que conocemos que en política no hai entidades que sucumban completamente, no

hemos visto en el hecho, que pareció delatar como una calamidad, mas que la vuelta a la escena pública de un partido cuya existencia está vinculada a la vida física del pueblo i a la estabilidad de todo gobierno.

Cuando se reconoce el espíritu que empuja a las masas a la consecucion de los derechos que viven encarnados en su alma, i cobijados por esa entidad que llamamos *libertad política*, es fuerza reconocer asimismo el que domina a los individuos que, por su fortuna i una sucesion necesaria i no interrumpida de acontecimientos, están llamados a equilibrar la impetuosidad de los que inician el movimiento en el teatro de la política.

En esta virtud, no hai sociedad ni gobierno, sean cuales fueren su organizacion i su forma, que no abriegen en su seno un partido que represente las tendencias de orden i estabilidad, i contrapeso ventajosamente las que llevan en sí mismos los que representan el progreso i la reforma en todos los países del mundo.

Cuando se ve que la sociedad se divide en ricos i pobres, en dichosos e hijos desheredados de la fortuna, se ven, i bien claro, diversos agentes, opuestas tendencias, cuya existencia antitética se hace necesaria a medida que las aspiraciones i pretensiones de los unos chocan o atropellan con las que naturalmente deben sentir los otros.

En la reunion de fuerzas políticas el alma que las sostiene i vivifica es el mismo contraste que las separa, verificando así la milagrosa amalgamacion que en el mundo químico vemos producir tan admirables como benéficas combinaciones.

Desde que la revolucion francesa de 89 fué el triunfo de los *derechos del hombre*, los pueblos que copiaron esas instituciones, que fueron la consecuencia necesaria de aquel grandioso movimiento, no pudieron ménos que entrar en la lucha a que fatalmente los animaba el deseo no satisfecho, por una parte, i la conservacion de los beneficios obtenidos, por la otra.

Mas, de este choque constante entre la libertad que se rebela siempre contra toda fuerza restrictiva i la coaccion inherente a todo poder a quien se amenaza i atropella, han resultado siempre en todas las asociaciones políticas ventajas que sin esta pugna no habrian podido conseguirse absolutamente.

Sabido es que las masas populares no se mueven sino a impulsos de lo que llaman sus *derechos*, i que para conseguir el triunfo les ha sido forzoso muchas veces desquiciar el edificio que la razon i la cordura lograron levantar a fuerza de trabajos.

Las revoluciones políticas nacen de las revoluciones sociales, i ya se sabe que las causas de ambas no son otras que la carencia de bienes i de luces que Dios parece no haber querido repartir sino a pocos.

Este sentimiento del bien innato en el corazon del hombre, es el que lo lleva a hacer de sus derechos un arma de combate, i a batallar con ella corriendo casi siempre el riesgo de perderla.

La impetuosidad, pues, el movimiento, el entusiasmo, el coraje obligan de continuo a los que sufren a

rebelarse contra los dichosos i contra todo lo que juzgan encadenar su voluntad indómita.

Ahora bien, si a los muchos que piden imperiosamente, si a los muchos que quieren el trastorno, la caída de todo lo existente, no se contrapusiesen la energía i la templanza de los que quieren conservarlo todo, ¿a dónde iría a parar la sociedad? cómo podría existir gobierno alguno, o mejor, cómo se podría no decimos cimentar asociación política de ninguna especie, pero siquiera concebir la existencia de un poder cualquiera constituido regularmente?

El poder pues de resistencia es inherente a toda sociedad, a todo gobierno, i destruirlo sería tan imposible como querer que las leyes a que está sujeto el mundo físico se rompiesen solo por el placer de acomodarlas a nuestro antojo.

Si aplicamos esta teoría a nuestra historia no podremos ménos de convencernos que si en todas partes el partido que se denomina *conservador* ha ejercido una benéfica influencia en la política, entre nosotros, apesar de todo lo que digan los que no han querido comprenderlo, ha obrado mayores beneficios. Pero como en muchas ocasiones, por no decir las mas, las opiniones se malean, desviando al criterio público del verdadero sendero en que debieran sostenerlo los que están llamados a ilustrar el pueblo, hase visto que las pasiones exaltadas por la desgracia i el encono han llegado a desconocer todo miramiento i pervertido hasta los mas santos principios de la justicia.

Este es el motivo porque muchos hombres de corazon, sedientos de reformas i animados por la esperanza del bien, compañera inseparable de todo pecho jeneroso, tuvieron que cortar las alas a su entusiasmo, aterrados, como era natural, por la imájen espantosa de las revoluciones a mano armada.

El bien divisado a lo lejos i al traves del rosado prisma del deseo no era por cierto causa suficiente para desbaratar tan fundados temores, i, lo que es mas, para que se corriese, arriesgando una mediana felicidad presente, el albur de un resultado funesto.

Decimos esto, porque a ninguna otra causa puede atribuirse la inercia i el retrogradismo con que se acusa al partido que ayer no mas supo batallar tan noblemente contra la tiranía.

Si, esta causa i no otra fué la que impidió hasta el último período del gobierno Montt que el *partido conservador* militase con valentía en favor del derecho contra la fuerza, de la libertad contra el despotismo, de la verdad contra la mentira. Sin embargo, nada de esto se ha querido ver, porque con dificultad nos prestamos a convencernos de lo que no nos gusta, porque casi siempre nos hallamos dispuestos a no encontrar razon sino en lo que halaga nuestro amor propio.

Las consideraciones que jeneralmente nos hacemos cuando divisamos a un individuo gozando de todos los favores i halagos de la fortuna, pocas veces son favorables a la calidad del hombre; porque el corazon humano, de suyo propenso a mirar de reojo la felicidad ajena, parece que no quisiera conceder sino a la

desgracia los títulos de la jenerosidad i del desprendimiento.

Tan cierto es esto, que la historia nos recuerda a cada paso que el pueblo, entendiendo bajo este nombre las multitudes de una nacion, ha tomado por sus enemigos, por sus depredadores o tiranos a los mismos que hicieron tal vez mas por él que lo que pensaron nunca sus ídolos i sus apóstoles.

En los tiempos del terror en Francia, la calidad i la fortuna eran sinónimos de corrupcion i tiranía, i las turbas heridas en su famélico ardor de bienestar i derechos, al solo espectáculo de la opulencia sacrificaron las mas veces en los altares de la venganza a las virtudes mas puras i gloriosas.

Como estos ejemplos tenemos a centenares en cualquiera de los libros que nos cuentan las convulsiones políticas de los pueblos.

I sin necesidad de ellos, cualquiera podria formarse el mismo juicio sobre la opinion de los hombres en jeneral, con solo echar la vista a la historia, cualquiera que haya sido, de su propia patria.

Si leemos la nuestra ¿qué de pruebas no hallamos para lo que decimos? ¿qué de cosas no tenemos que reprocharnos? ¿cuántas ideas que desechar, cuántos juicios erróneos o pervertidos que corregir?

El partido *conservador* ha sido pues el que ha debido pagar no las culpas de sus ideas, porque jamas fueron mezquinas, ni mucho ménos las de sus actos, porque jamas propendieron al mal de la república, sino las faltas imperdonables de su riqueza i de su necesaria i lójica influencia.

Si no han sido la prosperidad i el engrandecimiento de la nacion los que ha tratado de consultar i promover siempre ¿cómo es posible que hubiese aceptado muchas veces el cargo de retrogradismo por solo oponerse a lo que juzgaba dañoso a nuestro bienestar i nuestra gloria?

Sustentante poderoso e incansable en los primeros días de las instituciones que nos rijen, opuso al embate de los elementos de discordia una abnegacion i valentia que no pueden negarse, ni que podrán racionalmente ponerse en duda, atendida nuestra situacion actual, i teniendo en cuenta que los bienes que disfrutamos son la consecuencia necesaria de ellas.

Portales echando los cimientos de nuestra organizacion política en medio del caos que envolvia nuestra miseria i descrédito, trazando con líneas imperecederas el edificio político que miramos todavia en pie, no obstante las atléticas fuerzas que lo han combatido, apesar de los sacudimientos que lo han hecho bambolear en estos últimos tiempos; no habria podido seguramente proceder a su construccion, ni mucho ménos dar cima al edificio, si el *partido conservador* que lo sostenia no hubiese secundado tan heroicamente sus esfuerzos.

La riqueza, la gloria, el prestijio, el crédito que disfruta la república, bienes supremos para todo chileno, ¿de quién son hijos, a quién se deben? ¿Con qué se pagan ni de qué modo pueden pagarse? Pues bien: en ese destino tan dichoso, en esa prosperidad de la

patria tan envidiada por los demas pueblos de la América i tan admirada por la Europa, el *partido conservador*, a quien se ha acusado siempre de enemigo de la libertad i del progreso, tuvo una parte tan principal, que sin su cooperacion, como ya lo dijimos, la obra no habria podido absolutamente llevarse a cabo.

I si nuestras ideas i las razones que emitimos para vindicarlo, no tienen, a pesar de todo esto, la fuerza de una verdad inconcusa, ¿qué mas prueba de la pureza de sus intenciones, de la elevacion de sus miras, de la justicia de sus propósitos, que la conducta que ha observado en estos últimos años?

Si se duda todavía, échese una ojeada a aquella Cámara de Senadores de 57, compuesta casi en su totalidad de los hombres mas venerables de ese partido, i allí se verá a esos ancianos virtuosos tomar valerosamente la defensa de nuestras instituciones, amagadas cada dia por el poder, la de nuestros compatriotas que jemian de hambre en el extranjero, i medio conseguir al cabo libertarlos de los acerbos dolores de la proscripcion i la miseria, en que habria querido conservarlos para siempre el gobierno paternal del decenio.

Recuérdese lo que dijeron aquellos hombres, a quienes se creía gastados por la edad e insensibles a las dolencias del pueblo, i no se recordará otra cosa que la defensa continua de las leyes, del bien real i positivo del país, escarnecido por aquel gobierno, i contrariados ¡quién lo creería! por la mayoría de la Cámara joven, que se llamaba entonces representacion jenuina de Chile.

Al llamado del señor Correa, que fué el primero que rompió el fuego contra la arbitrariedad caprichosa del gabinete, escitándolo a la misericordia, a la razon, a la decencia, respondieron, no ménos ardorosos que él, sus honorables compañeros; i la dignidad de la cámara i la dignidad de la república, representada entonces solo en ella, lograron salvarse del borron con que queria mancharlas indeleblemente el gobierno.

Dando a entender a la funesta administracion aquella con una entereza incontrastable que no queria concederle su aprobacion a las inicuas medidas restrictivas de que queria hacerlo cómplice, que no queria creerle en sus palabras, por haber sido ya burlado por él con tanto descaro, hizo comprender a la nacion que vijilaba por ella en la defensa de sus fueros i estaba dispuesto a sacrificarlo todo por su ventura.

La amistad, la libertad del sufragio, i en fin, la conservacion de todas las garantias del ciudadano, la estabilidad del órden público, el respeto a nuestra carta, la veneracion por la relijion de nuestros padres, todo esto i mucho mas fueron los objetos que defendió con su virtud i sus principios, que protejió con su fortuna, i por los cuales fué traducido hasta las cárceles sufriendo todo jénero de agravios i vejámenes.

A la vista de esos hechos, en presencia de estos datos, ¿qué se puede decir ahora del *partido conservador*, de ese partido a quien se calumnia en su pasado, a quien se ultraja en el presente, i a quien la historia no podrá ménos que hacerle mañana una justicia cumplida?

Cuando se separó de las filas del gobierno Montt, a

quien habia elevado creyéndolo un buen patriota i un grande hombre de estado, se pudo ver que no abdicaba el papel que siempre habia conservado en el país, que no renegaba de sus principios, que no transijia con la corrupcion, ni ménos sacrificaba a los compromisos de una amistad falaz, como la que lo habia traicionado, lo que le prescribia su conciencia como un deber sagrado e inquebrantable.

Su hoja pues de servicios en favor del pueblo la conocen todos: negarle seria no querer ver la luz, no querer pagar siquiera con justicia a secas lo que debe agradecerse con el elogio.

Por otra parte, al fusionarse al partido liberal, dió una muestra, i mui clara, que no reconoce como dogma político esa restriccion que se le atribuye, ese retrogradismo en que tanto hincapié hacen los demagogos, sino que participa tambien de todos los principios de reforma i progreso que pide el tiempo imperiosamente, i a los cuales no puede volverse la espalda en estos dias.

Ahora pues, ¿cómo el *Mercurio* i sus correligionarios se manifiestan tan asustados por su reaparicion en la arena política, en la que no se le habia visto por tanto tiempo?

Si los que así piensan, si los que así se asustan, trajesen a la memoria los antecedentes del partido que defendemos, sin pedir prestado a la mentira un solo concepto, de seguro que no estrañarían volverlo a ver en el campo de la política ofreciéndola la administracion presente todo el influjo de que puede disponer.

Para amparar las leyes, para ayudar a los que gobiernan con ellas, para hacer el bien de la nacion, jamas se le ha visto esconderse: nó, i si durante diez años de ominoso recuerdo para el país, no quiso prestar su voto ni su prestigio a los que tiranizaban al pueblo, i pretendian ajarlo todavía mas con su apoyo; hoy vuelve a la escena para rodear con su influjo al Presidente Perez i sus Ministros i poner a sus órdenes el contingente de prestigio i de fuerza con que cuenta.

El célebre Ministro Guizot decia en la Cámara de los Pares combatiendo a los que calumniaban al bando a que pertenecia el orador atacado:

«Aquella lejion Tebana de seis mil hombres que nos cuenta la historia, reunidos por la amistad i los juramentos del amor a la patria, se llamó *Escudo sagrado*.

«En Leuctres i Mantinéa triunfó del valor Lacedemonio, i aunque pereció toda entera en la batalla de Cheronea no por eso dejó de purificar con sus ejemplos las costumbres viciosas i los hábitos corrompidos, alejando al pueblo griego de la molicie, de la esclavitud i de la cobardia.»

«El partido conservador, señores, ha hecho pues en nuestra patria lo que aquella lejion Tebana: ha sido diezmado, ha sucumbido si se quiere; pero la historia no podrá negarle el alto lugar que le corresponde.»

Pero si en Francia casi ha desaparecido o desaparecido absolutamente, el *partido conservador* chileno puede decir con orgullo: pero mi obra no ha muerto, pero la república se sostiene i se sostendrá con las instituciones que labré para ella; i ya veis que treinta i tres

años de prueba no han podido ni siquiera demoler una sola de sus piedras.

Si esto dice, repetirá lo que le confiesan los hombres que piensan i, sobre todo, lo que le concederán mañana los mismos que hoy lo calumnian o lo olvidan.

¡Entre nosotros la posteridad llega pronto!

CORRESPONDENCIA.

Cartas del «Duende» a Juan de las Viñas.

CARTA PRIMERA.

Mi querido Juan:

Como no es posible recibir noticias tuyas en el mundo que vivo, he me sido preciso abandonar mi naturaleza aérea e impalpable, para poder saber de ti i lo que ocurre en ese teatro de las realidades i de las mentiras.

Pues hijo, desde que abandoné la crónica de aquel papeletito llamado *Mosaico*, que tantos tiros me costó, no he hecho otra cosa que revolotear de ilusión en ilusión, de fantasma en fantasma, encerrado, como debes suponerme, en ese espacio infinito en que los seres de mi naturaleza se rebullen sin poder dar forma a sus deseos, voz a sus palabras i forma precisa a sus pasiones.

Pensando un día en que era forzoso salir otra vez a la tierra de los vivos, tomé mi pasaporte, i soltando la nube de gas en que de continuo me envuelvo, me hallé de repente habitante de la bella ciudad de Santiago, i, abonado, por mas señas, al hotel de Savin, a que tomé afición cuando empuñaba la copa contigo i magullaba con mis dientes buenos trozos de jarrón i de pavo.

Una vez vestido por Pujo (con quien tenía una cuenta sin cancelar como buen duende) lo primero que hice fué averiguar tu paradero, informándome de todo aquello que puedes ya figurarte, conociendo lo mucho que te quise cuando estábamos juntos, cuando recorriamos las tertulias, tú con tu frac negro de provinciano i tu corbata de diez colores, i yo con mis guantes color de inocencia sorprendida en la primera culpa.

Por supuesto, al primer amigo a quien interrogué sobre tu destino fué Jacinto, quien me respondió que estabas a cargo de la redacción del *Condor*, periodiquito poco mas o ménos como el que yo llevé en aquellos tiempos.

Por decontado, me sorprendió saber que te hallabas hecho todo un literato i defendiendo al gobierno; cosas que aun no acabo de comprender, conociendo tu carácter independiente, i lo que es mas la ojeriza que has debido siempre i sin motivo a los ministros.

Indagué, como era natural, si estabas pobre, si para la obra en que te hallabas metido contabas con la proteccion de algun partido o de algun magnate comprometido en la política; i díjoseme que tu suerte era la misma, que estabas a la cuarta pregunta, i que para tu tarea no contabas sino con la ayuda de tu jenio i tus inclinaciones.

Recordando lo que me habia pasado a mi cuando saqué la cara por el partido conservador i el liberal hechos pedazos por Montt, no pude ménos que manifestar mi disgusto al verte en esas andanzas políticas, en que todo se pierde i nada se gana, en que todo lo que a uno le molesta queda esculpido indeleblemente, i todos los servicios que prestó se evaporan como los sueños que produce una noche de buró.

En este concepto, i con la esperiencia que largamente la ingratitude me dió a saborear, sentime, de veras, contrariado hasta lo sumo al saber el partido que habias tomado, i prometí escribirte una carta para ver modo de retraerte de tu malhadado propósito.

Por el poco tiempo que llevo de correr a Santiago ya veo, lo que no me figuraba cuando lo dejé, que el montvarismo está de capa caída, i que sus principales corifeos están para despedirse de la escena pública en que lucieron tan tristemente por espacio de diez años su diabólica influencia.

Indagando lo que habia sido del partido liberal (a quien suponía una homogeneidad de intenciones i miras políticas indestructible) he sabido que se fracciona, tomando algunos trozos de él el color rojo, que aquí como en todas partes ha sido la divisa de los que quieren a sangre i fuego plantear el sistema de las nivelaciones sociales que trajeron a Napoleon III, i que traerán, a donde quiera que se le mire, la represión i el despotismo por final i por fin de fiesta.

Informándome asimismo por el partido conservador, a quien presté voz elocuente, altas miras, nobilísimos propósitos etc. etc. cuando no sonaba ni tronaba, i parecía haber abdicado el importante papel que está llamado a ejercer siempre en la política; se me ha contado tambien que resucita de su letargo, que compone sus filas, que organiza sus batallones i asume otra vez el carácter que le corresponde, atendida la natural influencia que le dan sus tallegas i sus antecedentes.

Indagando el espíritu del gobierno, averiguando que clase de tendencias manifestaba el señor Perez, cuales eran los hombres de que habia querido rodearse para sistemar su política, supe que su sistema desde el instante de su elevacion habia sido el de no tener sistema, es decir, el de gobernar con la lei sin compadrazgos, sin camarilla, sin aduladores i sin hacer diferencia de bandos, buscando en todos ellos los hombres que pudiesen ayudarlo ventajosamente en su administracion.

Como por el conocimiento del mundo que tengo i lo que sé a fuerza de estudio, ya no puedo pensar como un niño, desde luego me imaginé que este plan era irrealizable, por cuanto no se puede llamar a todos sin llamar en ellos a todas las pasiones, las que puestas en estado de codearse no pueden ménos que contrarrestar la marcha del gobierno en todo lo que alternativamente las choque o contrarie.

Cuando se hace abnegacion del espíritu de partido, cuando se quiere hacer alarde de una imparcialidad o indiferentismo, que a la razon parece como inconcebible, teniendo presente los naturales instintos del hombre; es cierto que se hace una buena accion, que se da muestra de una grandeza de sentimientos que cautiva los corazones inocentes, que halaga las esperanzas de los buenos, que consuela a los que lloran porque no saben conformarse con la flaqueza conjénita del ser humano.

Si, amigo, todo eso es mui bueno, mui noble, mui santo; pero tiene el defecto de ser irrealizable de todo punto en la administracion de un gobierno cualquiera, i sean cuales fueren las entidades con que camine.

Cuando recuerdo que Juan Jacobo Rousseau dice en su contrato social que la república, tal como debe comprenderse, es una forma de gobierno solo posible de plantearse en una sociedad de ángeles; me convengo de que ha dicho una gran verdad, i que bien comprendida habria ahorrado muchos millares de victimas a la especie humana.

En política, hijo, las pasiones son las que toman la iniciativa, las que dirijen el timon, las que empujan la barca del Estado, ora viento en popa sobre apacibles corrientes, ora por entre escollos i arrecifes terribles en que muchas veces, i a sabiendas, el despecho quiere estrellarse para tener el gozo de hacer temblar a sus enemigos con su propio espanto.

Ahora pues, cómo prescindir de las pasiones, cómo desterrarlas, cómo estirpalar, diré mejor, siendo éllas el alma de todos los propósitos, de todos los proyectos, de todos los deseos?

Para que te convenzas de lo que digo, i lo aproveches ahora que te ha dado el demonio por meterte a periodista, permíteme que te recuerde algunos sucesos de nuestra propia historia. Escucha pues:

Cuando el partido liberal llegó al apoje de su poder i de su gloria, echando los fundamentos de la organizacion política de Chile en el mas bello monumento que quizas presente la América Española, creyeron los hombres que dirijian el timon del estado, que con la constitucion que habian sabido elaborar habian conseguido el triunfo de su causa no solo en el presente sino en el porvenir.

A la pureza de las intenciones, a la grandeza del talento, a las virtudes patrióticas de aquellos varones ilustres, añádiase el amor del pueblo por las instituciones liberales i el entusiasmo que produce en todo pecho jeneroso la victoria sobre enemigos que se consideran terribles, i a quienes solo se vence con el coraje que inspira el patriotismo.

Si, señor, los hombres del año 28 tenían todo, todo lo poseían, de todo podian haber sacado partido para hacer estable el sistema político que les habia costado tantas vijilias idear, tantos trabajos ensayar en un pueblo nuevo todavía i que no estaba acostumbrado al freno de las leyes: sí, esos hombres, para siempre venerables, todo lo habian conseguido en teoria, todo lo habian alcanzado con el espíritu, con la esperanza, con el deseo; pero, olvidados de lo que es el hombre o, mejor, posponiendo los consejos de la esperiencia a los sueños dorados en que se recrean por lo jeneral las almas puras, tuvieron forzosamente que sucumbir delante de las realidades, que dejar sus bellas teorías ni mas ni menos que la oveja el albo vellon de su lana en los ajros del camino o entre los dientes del lobo que atisa su presa.

Ahora bien, ¿no habrian podido Freire i los hombres eminentes que lo rodeaban hacer frente a la situacion, doblegarla, dirijirla e imponerle el sello de su voluntad hasta convertir la organizacion política del pais en una realidad, sino indestructible, al ménos fuerte para resistir los embates de una jeneracion, por turbulenta que se la supusiere?

¿I por qué, ni él, ni Pinto ni todos esos jefes del partido liberal de entónces fueron potentes en el combate i dejaron, por último, el poder en manos de sus adversarios?

Por qué? Porque éstos conocian mas el mundo, porque estos contaban mas con las pasiones i sabian de todo lo que son capaces cuando se las regula i dirije atinada i previsoramente.

Si tal no hubiese sido, el jenio de Portales no habria podido desarrollarse absolutamente, ni ménos reducir a sistema fijo lo que habia principiado por una revolucion i debia por lo mismo finalizar trájicamente.

Pero no fué así, el órden en el gobierno, la actividad provechosa en todas las esferas sociales, la estabilidad en el sistema político, el carácter, en fin, duradero de las ins-

tuciones resultaron de aquella tormenta, en que si succumbieron bellísimas teorías, virtudes eminentes i muy altas i jenerosas ideas, triunfaron realidades benéficas, actores mas positivos, jenios mas de la situacion, i por último, hombres e ideas mas conformes al tiempo i a la época en que viviamos.

Todo lo bello, todo lo hermoso, Juan, no es lo que mas dura: nó, i por eso es que esas esperanzas, rosadas como el pudor de la virjen i pegajosas como las notas de un canto de Bellini, nunca se realizan, haciendo cobrar al filósofo esa acrimonia contra el hombre, es decir, contra sus propias pasiones, i esa desconfianza o desaliento en todo lo que halaga por un momento su chasqueada fantasia.

Si venimos a los sucesos del día, i quieres que te dé mi opinion decisiva sobre la situacion que atravesamos, te diré que, despues de haber estudiado lo mejor que he podido los sucesos i analizado las causas que los producen, he llegado a convencerme que vamos bien; pero no como podriamos ir, si el gobierno, desengañado de la inutilidad de su benevolencia, caracterizase mas su política, es decir, se decidiese a hacer triunfar su sistema, no importa que pisase i atropellase los obstáculos que travan su camino.

Apoyado como está por la opinion pública así en la capital como en las provincias: rodeado de todo el crédito que da la pureza i la rectitud de los hombres que lo acompañan en su administracion, i, sobre todo, ayudado por la actitud pública, por esa atmósfera en que nos ajitamos todos, i que el político debe consultar como el médico el pulso que ha de guiarlo a la averiguacion del estado interior de la enfermedad; ¿cómo es posible que una tentativa bien dirijida para hacer entrar de una vez en el órden al partido insurrecto dejase de producir el bien que todos se prometen para mas tarde?

Cuando el partido montt-varas, que es el que se le opone apoyado en la influencia que todavía ejerce en el Congreso, en la judicatura i en las municipalidades, manifiesta, como lo ha hecho, que quiere la batalla, que reniega de la conciliacion, que está dispuesto a sufrir las consecuencias de la lucha i que anhela, lo que es mas, por un pronto desenlace ¿por qué pues no ha de admitirsele el reto combatiendo con él hasta postarlo en tierra?

Si en realidad fuese temible i se prometiese un triunfo, no haria lo que hace, no descenderia hasta donde ha llegado, no tocaria los últimos recursos como ha hecho, no se entregaria como se entrega a discrecion de su enemigo.

Su actitud misma está revelando su derrota, ¿a qué pues permitirle que se robustezca con la tolerancia, a que se envalentone mañana hasta el grado de hacer preciso anonadarlo, pudiendo hoy desarmarlo sin causarle en su persona el menor daño?

La antigua esgrima de los caballeros permitia al vencedor mas ventajas que la que alcanzamos hoy tiñendo los floretes en sangre. Los gavilanes de aquellas largas tizonas ofrecian al mas fuerte poder engavilinar la espada del contrario, poniéndole en el caso de conseguir el triunfo muchas veces sobre su adversario sin necesidad de derramar su sangre estérilmente.

¿Por qué pues el gobierno, que está cubierto con la armadura invulnerable de la lei i el casco de la justicia, no podria desarmar a su contrario, evitándose el dolor que tendrá mas tarde cuando se vea obligado a destruirlo?

He visto, mi querido Juan, que Ud. en sus cuentos (que para ser los primeros no están muy zurdamente escritos) es de opinion contraria a la mia, i que se prome-

te que de la conciliación i la templanza ha de obtenerse seguramente lo mismo que yo quiero. Pero, si he de ser franco con Ud. le repetiré que por lo que ya le he dicho se convencerá que va errado de medio a medio.

Yo, es verdad, he pensado como Ud. hasta hoy; pero cuando he visto la actitud de la Cámara i me he convencido por este i otros hechos que la tolerancia es imposible, me he decidido por las medidas fuertes a las que aconsejo vuelva Ud. para crédito de su buen criterio.

Pensar de otro modo, amigo, es ser político a la manera del Abate San Pedro, i ya ve Ud. que la *paz perpetua* del cuento no pasará de honrar al autor de la teoría i santas pascuas.

Si Ud. no se convence, tienda la vista al Perú, i despues de meditar un instante sobre sus múltiples revueltas, sobre sus inacabables discordias, estoy cierto que me dirá que todo ello es solo orijnado por la falta de un sistema político que imponga, que desarme como el caballero de la edad media a su contrario.

Si Castilla ha podido ser un grande hombre, es porque ha sabido ser firme: de lo contrario sería como Orbegoso, Salaverry, Echeñique i todos los que hasta ahora se llevan en perpetuo viaje de la silla al destierro i del destierro a la silla.

Como esta carta se alarga mas de lo que quiero, la finalizaré, encargando a V. escriba en este sentido, sin recibir influencia ninguna forzosa, i sobre todo pensando en que el que saca la cara por otro de puro oficioso es el primero que lleva los golpes, i el último que alcanza a obtener ventaja, esto es si la alcanza alguna vez por carambola.

Me han dicho, Juan, que V. hará de su *papelito* un *papel*; i le aseguro que lo siento, pues no es lo mismo escribir lo que uno siente a ser el eco obligade de lo que sienten muchos.

Pero no me parece que eso será. Cuando yo escribí el *Mosaico* se dijo lo mismo, se me prometieron iguales cosas; i lo que logré a la postre, i en premio de todos aquellos esfuerzos, fué que los mismos para quienes había escrito, esperando ser mandado en la *Olga* a Magallanes a refrescar mi entusiasmo, ni siquiera me saludaban despues, cuando por acaso me encontraba con ellos en la calle.

No, amigo, no se haga V. ilusiones, no queme como la mariposa sus alas en el fuego de la vela: nó, recuerde lo que le digo, estudie su posicion i solo despues de un maduro exámen dispóngase a continuar en el tono en que ha montado su instrumento. Los escritores son como los peones del Ajedrez, especialmente aquellos que rompen la marchan: ellos son los primeros que caen: tenga V. presente i medite en lo que le aconsejo.

¿Qué es del Editor del *Mosaico*? ¿Habrá ya salido de apuros, siendo como es el editor obligado de los conservadores i liberales, el paga-patos de todos los escritores? Pero qué! si el pobre está condenado a entonar aquellos versos de la *perdi*:

La lechuga en el huerto,
Llueve, i se moja,
I el viento la sacude
Hoja por hoja.

La lechuga en el huerto
Tiene dos penas:
El viento la sacude
I el sol la quemaa.

Pobre Nuñez! no ha de decir otra cosa, no, estoy seguro; pero si V. lo vé encárguele paciencia, que aunque no es lo mas cómodo cuando há hambre, es una de las virtudes mas amadas de Dios en sus hijos.

En fin, mi querido Juan, reciba V. un apretón de mano i no se olvide de su amigo

El Duende.

PARTE LITERARIA.

La Realidad i la Esperanza.

Señora *Realidad* arrellanada
Estaba una mañana en su poltrona,
Vestida ya i peinada,
Cuando apénas el alba jugueta
Riza la flor, i el arroyuelo leve
Desata murmurando ea jiro breve
Sus ondas diamantinas, i las flores
Al sol saludan, despidiendo olores.

Por supuesto, zahumada suavemente
Por la aromosa brisa, su cabeza
Estiende negligente;
I en brazos, como veis, de la pereza
En su mente diseña muchos planes
De riqueza; mas luego en los afanes
Pensando que costarle debería,
Dice todo está bueno, mas quería,

No este corto provecho aunque seguro
Sino a raudales oro, mucho oro,
Con que oponer al porvenir oscuro
Tupido valladar; solo un tesoro
Hallado fácilmente halagaría
Mi inquieta i vividora fantasia.
Lo demas no me mueve, ni quisiera
Calentar por lograrlo mi mollera.

En tanto cual revuela mariposa
En derredor de perfumada rosa,
Así jira graciosa sin tardanza
En torno de la dama la *Esperanza*;
I acariciando su rosada frente,
Astuta le interroga dulcemente:

¿Quiéres seguirme, vaya! a aquel cerrito
Qué divisas allí? Oro infinito
Te ofrece por mi mano la fortuna,
I sin labor que el ánimo importuna:
Allí verás el suelo tapizado
Del diamante i del oro tan buscado.

¿Qué te espera, dirásme, en buena cuenta
Despues de mil trabajos? una renta,
Unos cuantos doblones cada día,
I a fuerza de penar i de porfia;
Mientras que si me sigues al momento
Tendrás lo que te ocurra al pensamiento.

Tan sentidas promesas, la codicia
Despiertan de la dama, la avaricia
Viene luego a tentarla, se figura
Ya poseedora de inmortal ventura;
I delirando con montañas de oro
Se prepara a encerrar ya su tesoro.

*Lo que me ofreces tu me desvanece,
Contesta entonces ella ¿más merece
Una entera confianza? Si así fuera
Hasta el confin del mundo te siguiera.
—Si es verdad lo que digo? Ten confianza
I vamos, le replica la Esperanza.*

*Monta en mis alas de carmin i de oro,
Abandona tus joyas, tu tesoro,
Que nada es eso, i solo a mi confiada
Verás como te llevo a una morada,
Dó cada instante es gozo, i dó la vida
Verás por el placer solo mecida.*

*Al oír esto, sube sobre el ala,
Haciendo de la dicha necia gala,
La incauta Realidad, i tiende el vuelo
Con élla la Esperanza; mas del suelo
No bien se separó cuanto tenia
Para siempre perdió, mas todavía:*

*El porvenir de gozo, la ventura
Tan soñada no fué mas que figura;
I queriendo volver ya escarmentada
A su antigua mansión, la carejada
Oyó de la Esperanza que reía,
Que con burla infernal le repetía:
«Tu mal es incurable, la confianza
Te cegó, pues existe de Esperanza.»*

LA CARTA ROBADA.

POB EDGARDO POE.

Me encontraba en París en 48... Después de una sombría i tempestuosa noche de otoño, gozaba de la doble voluptuosidad de la meditación i de una pipa de espuma del mar en compañía de mi amigo Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudio, calle de Dunot, núm 33, arrabal de San Jermain. Durante una larga hora habíamos guardado un profundo silencio: para el primer observador que hubiera llegado, cada uno de nosotros, habría parecido profunda i exclusivamente ocupado de los remolinos de humo que cargaban la atmósfera del cuarto. Yo discutía entre mí sobre ciertos puntos que en la primera noche habían sido el objeto de nuestra conversación: me refiero al suceso de la calle Morgue, i del misterio relativo al asesinato de María Roget. Pensaba en la especie de analogía que ligaba estos dos acontecimientos, cuando la puerta de la alcoba se abrió i dió entrada a nuestro antiguo conocido M. G..., prefecto de policía en París.

Le dímos cordialmente la bienvenida porque aunque el hombre tenía su lado despreciable al mismo tiempo era encantador, i no lo veíamos hacia algunos años. Como estábamos a oscuras, Dupin se levantó para encender una lámpara; pero tornó a sentarse *sin hacer nada al oír decir a G....* que había venido a consultarnos, o mas bien a pedir la opinion de mi amigo relativamente a un suceso que le habia ocasionado un pesado embarazo.

—Si es un caso que necesita de reflexion, observó Dupin, absteniéndose de encender la mecha, lo examinaremos mas cómodamente en las tinieblas.

—Ved ahí una de vuestras ideas estravagantes, dijo el prefecto, que tenía la manía de llamar estravagancia todas las cosas situadas mas allá de su comprension, i que vivía tambien en medio de una multitud de estravagancias.

—Eso a fé mia, es verdad! dijo Dupin, presentando una pipa a nuestro visitante, i rodando hacia él una excelente poltrona.

—I bien, cuál es el caso embarazoso? dije: espero que no será siempre en el número de asesinatos.

—Oh! no. Nada de eso. El asunto es verdaderamente sencillito, i no dudo que podría salir de él con felicidad; pero he pensado que Dupin no se molestaria al saber los detalles de este suceso, porque es realmente estravagante.

—Sencillo i estravagante, dijo Dupin.

—Si, i esta espresion no es sin embargo exacta; lo uno u lo otro si os agrada. El hecho es que nos hemos encontrado sumamente embarazados por este suceso; porque por sencillito que sea nos tiene completamente confusos.

—Puede ser que la misma sencillez del asunto os haya inducido al error, dijo mi amigo.

—Qué falta de juicio nos atribuis! replicó el prefecto riendo de buena gana.

—Puede ser que el misterio sea demasiado claro, dijo Dupin.

—Oh! bondad del cielo! que jamas haya oído hablar de una idea semejante!

—Demasiado evidente.

—Ha! ha! ha! ha! oh! oh! exclamó nuestro huésped, que se divertía profundamente. Oh! Dupin, vos me hareis morir de risa.

—En fin, pregunté, cuál es el asunto en cuestion?

—Yo os lo diré, replicó el prefecto, soltando una larga, sólida i contemplativa bocanada de humo, i acomodándose en su poltrona. Os lo diré en pocas palabras; pero antes de principiar, dejadme advertiros que es un asunto en que es necesario el mayor secreto, i que perdería probablemente el puesto que ocupo si se supiese que yo lo habia confiado a alguien.

—Comenzad, dije.

—O no comencéis, dijo Dupin.

—Pues bien, voi a principiar: se me ha informado personalmente, i en muy alto lugar, que un cierto documento de la mas grande importancia habia sido sustraído en los departamentos reales. Se sabe quien es el individuo que lo ha robado; esto es sin la menor duda: se le ha visto apoderarse de él. Se sabe tambien que este documento está siempre en poder del que lo sustrajo.

—Cómo se sabe eso? preguntó Dupin.

—Es muy claro deducirlo por la naturaleza del documento, i desde que no han aparecido ciertos resultados que surjian inmediatamente si saliera de las manos del ladrón; o en otros términos, si se hubiese empleado en vista del fin que éste debió proponerse evidentemente.

—Querriais ser un poco mas claro? le dije.

—Bien! me atreveré a decir que este papel confiere a su detentor un cierto poder en un lugar dado en que este poder es de un valor inapreciable. El prefecto estaba trastornado con el asunto diplomático.

—Todavía no comprendo nada, dijo Dupin.

—De veras, nada? Vamos! Este documento revelado a un tercer personaje, de quien supe el nombre, pondría en cuestion el honor de una persona del mas alto rango; i ved ahí lo que da al detentor del documento un ascendente sobre la ilustre persona cuyo honor i seguridad están de esa manera en peligro.

—Pero ese ascendente, le interrumpí, depende de eso: el ladrón sabe que la persona robada conoce al robador? Quién se atreveria....?

—El ladrón, dijo G.... es D...., quien se atreve a todo, a lo que es digno o no de un hombre. La manera de robar ha sido tan ingeniosa como atrevida. El documento en cuestion es una carta, para ser mas franco, recibida por la persona robada cuando se encontraba sola en el retrete real. Al tiempo de estar leyendo fué repentinamente interrumpida por la presencia de otro ilustre personaje a quien deseaba particularmente ocultarla. Después de haber ensayado en vano el arrojársela rápidamente en una gaveta, se vió obligada a depositarla completamente abierta en una mesa. La carta estaba con sobrescrito encima i el contenido habia quedado oculto de modo que no atraía la atencion. En este momento llegó el ministro D.... Sa ojo de lince apercibió en el instante el

papel, reconoció la letra del sobrescrito, advirtió la turbación de la persona a quien estaba dirigida i penetró su secreto.

Después de haber tratado algunos asuntos, despachados a tambor batiente, como era su costumbre habitual, sacó del bolsillo una carta casi semejante a aquella de que os he hablado, la abre, finje leerla i la coloca al lado de la otra. Se pone a conversar durante un cuarto de hora sobre negocios públicos. Al fin se despidió i guarda la carta a la que él no tenía ningún derecho. La persona robada lo vió, pero naturalmente no se atrevió a llamar la atención sobre este hecho en presencia del tercer personaje que se hallaba a su lado. El ministro se fué dejando sobre la mesa su propia carta, la que no contenía nada de importancia.

—Así, dijo Dupin medio volviéndose hácia mí, ved ahí precisamente un caso para cobrar el ascendiente completo: el ladrón sabe que la persona robada conoce a su robador.

—Sí, replicó el prefecto, i desde hace algunos meses se ha servido ampliamente, i hasta un extremo peligroso en un asunto político, del imperio conquistado por esta estratagemas. La persona robada cada día está mas convencida de la necesidad de retirar su carta. Pero naturalmente esto no se puede hacer abiertamente. Al fin, desesperada me ha encargado de esta comisión.

—No era posible, supongo, dijo Dupin en una aureola de humo, elegir, ni aun imaginarse un agente mas sagaz.

—Me lisonjeais, replicó el prefecto; aunque es muy probable que se haya formado de mí una opinión semejante.

—Es claro, dije, como lo habeis notado que la carta está siempre en poder del ministro; pues que es el hecho de la posesión i no el uso de ella lo que ha creado ese ascendiente. Con el uso el ascendiente se desvanecería.

—Es verdad, dijo G.... i bajo esta convicción he obrado. Mi primer cuidado fué hacer un registro minucioso en el palacio del ministro; i ahí estaba mi primer embarazo, de buscar sin que se apercibiese de ello. A mas que yo estaba en guardia contra el peligro, de modo de no darle motivo para que sospechara nuestro designio.

—Pero, dije, estais en vuestro derecho en esa especie de investigaciones. La policía de Paris ha practicado eso mas de una vez.

—Oh! sin duda; i es por lo que tenía buena esperanza. Las costumbres del ministro me dan ademas una gran ventaja. Casi siempre se ausenta de su casa de noche; sus criados no son numerosos; i duermen a cierta distancia del departamento de su amo, i como son napolitanos, tienen muy buena voluntad para dejarse embriagar. Tengo, como sabeis, llaves con las que puedo abrir todos los gabinetes, todos los aposentos de Paris. Durante tres meses no ha pasado una noche que no la haya empleado la mayor parte en escudriñar yo mismo el palacio D.... Mi honor está interesado en ello, i para confiar un gran secreto os diré, que la recompensa es enorme. Así es que no he abandonado las pesquisas sino cuando me he visto plenamente convencido que el ladrón era aun mas fino que yo. He registrado todos los rincones i escondrijos de la casa en los que creía fuese posible ocultar un papel.

—Pero no sería probable, insinué, que aunque la carta esté en poder del ministro, éste la tuviese oculta en otra parte que en su propia casa?

—Eso es poco probable, dijo Dupin, la situación particular i presente de los negocios en la corte, principalmente la naturaleza de la intriga en que D.... se ha metido como se sabe, hacen de la eficacia de lograrlo en el momento, asunto de una importancia casi igual a su misma posesión.

—¿La posibilidad de lograrla? le pregunté.

—O, si gustais de aniquilarla, dijo Dupin.

—Es verdad, le observé. Esa carta está evidentemente en la casa. Pero en caso de que se encontrase sobre la persona misma del Ministro, lo consideraremos enteramente fuera de la cuestion.

—Absolutamente, dijo el prefecto. Dos veces lo hice atacar por falsos saltadores, i su persona ha sido registrada con mucho cuidado bajo mi vista.

—Trabajo escusado, dijo Dupin, D.... no es tan loco, su-

pongo i ya debe haber considerado esa asechanza como una cosa natural.

—No es del todo loco, es verdad, dijo G...., sin embargo, es un poeta, lo que segun me parece, es algo parecido.

—Es verdad, dijo Dupin, despues de mirar la humareda que salia de su pipa de espuma, aunque yo tambien soy culpable de alguna rapsodia.

—Vamos, dije, relátenos Ud. los detalles precisos de sus investigaciones.

—Lo seguro es que hemos aprovechado el tiempo, i hemos buscado en todas partes. Tengo mucha experiencia en esta clase de negocios. Hemos registrado la casa entera, cuarto por cuarto; a cada uno de ellos hemos consagrado las noches de toda una semana. Hemos examinado los muebles de cada uno de ellos. Hemos abierto todos los cajones posibles, i no ignorais que para un agente de policia algo diestro, un cajon con secreto es una cosa desconocida. Un hombre qué, en una perquisición de esta naturaleza, deja que se le escape un cajon secreto es un bruto. ¡La tarea es tan facil! Hai en cada aposento cierta cantidad de volúmenes i superficies que luego se pueden conocer. Para eso tenemos reglas invariables, la centésima parte de una línea no se nos puede escapar.

De los cuartos hemos tomado los asientos, los cojines han sido tanteados con esas largas i delgadas agujas que ya Udes. conocen. Hemos quitado las cubiertas de las mesas.

—¿I para qué?

—Algunas veces la cubierta de una mesa o de cualquier otro mueble parecido es quitada por alguna persona interesada en esconder algo; ahuecando el pie de una mesa en la cavidad se introduce el objeto que se desea volviendo a ponerse la cubierta. Del mismo modo se puede servir uno de las columnas de un catre.

—¿Pero no se podria conocer la cavidad por medio de la auscultación?

—De ningún modo, si al esconder el objeto se ha tenido el cuidado de envolverlo en una mota de algodón. Por lo demas en el caso presente, teniamos que proceder con el mayor silencio.

—Mas, no habeis dejado de desarmar todos los trozos del amueblado en los cuales se pudiera ocultar un objeto de la forma del que estamos hablando. Una carta puede enrollarse en espiral muy delgado, asemejándose por su forma i su tamaño a una aguja colchonera i introducirse en el palo de una silla, por ejemplo. ¿Habeis desarmado todas las sillas?

—Ciertamente que no, pero hemos hecho mejor, hemos examinado todos los palos de las sillas de la casa, asimismo las juntas de todas las piezas del amueblado con la ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiese habido la menor señal de un trabajo reciente no hubiese podido escaparse. Un solo grano de polvo dejado por el barreno nos lo hubiese descubierto al momento. La menor alteración en la cola, la mas simple abertura en las juntas eran suficientes para descubrirnos el escondite.

—¿Sin duda habeis examinado los espejos entre el vidrio i el fondo, i asimismo registrado los colchones i almohadas de las camas, como las cortinas i los alfombrados?

—Naturalmente; i luego que hemos concluido de revisar todos los objetos de esta clase hemos examinado la casa en sí misma. Hemos dividido toda su superficie en compartimientos numerados para no olvidar a ninguno; cada pulgada cuadrada ha sido el objeto de un nuevo examen con el microscopio comprendiendo en él las dos casas inmediatas.

—¿Las dos casas inmediatas? le grité yo, mucho trabajo os habra dado.

—¿Sí, por Dios! Pero las albricias ofrecidas son muy grandes.

—¿En las casas, habeis hecho caso del suelo?

—El suelo en todas partes es de ladrillo. Poco trabajo nos ha dado reparando el musgo entre los ladrillos, era intacto.

—¿Sin duda habeis registrado los papeles de D.... i los libros de la biblioteca?

—Ciertamente; hemos abierto cada paquete i cada artículo: no solamente hemos abierto los libros, sino que tambien los hemos revisado hoja por hoja; no conformándonos con sacudirlos como hacen la mayor parte de los empleados de policia.

Hemos también medido y registrado la tapa de cada libro con la mayor exactitud, y hemos aplicado a cada una la escrupulosidad del microscopio. Si recientemente se hubiese introducido algo en medio de las tapas, era imposible que escapase a nuestras observaciones. Cinco o seis volúmenes recién salidos de casa del encuadernador fueron minuciosamente sondeados longitudinalmente con las agujas.

—¿Habeis explorado los entablados bajo los tapices?

—Sin duda; hemos levantado cada alfombra y hemos examinado cada tabla con el microscopio.

—¿Los papeles de las paredes?

—También.

—¿Habeis visitado las bodegas?

—Hemos visitado las bodegas.

—Así, dije yo, habeis errado el camino y la carta no se encuentra en la casa, como lo pensabais.

—Temo que tengais razon, dijo el prefecto. ¡Ud. ahora Dupin, ¿qué me aconseja.

—Hacer una perquisicion completa.

—Es absolutamente inútil contestó G... Tan cierto como estoy vivo, la carta no se encuentra en la casa!

—No tengo ningún consejo mejor que daros, dijo Dupin. Sin duda tendreis señas exactas de la carta?

(Conchuid)

Cuentos de la semana.

No sabemos si fué el principe de Ligne el que dijo—la política es la ciencia en que son eximios los tontos; pero lo que sí sabemos es que no hai nada que se preste tanto a la conversacion, a la censura, al elogio, a la mentira de los nécios y de los discretos como esa que se llama *ciencia del gobierno*, debiendo no bien apellidarse: *sistema de embucar a los pueblos, o arte de perder el tiempo.*

Sin embargo, en Inglaterra dos mil clubs politiquen diariamente, pasando los negocios de estado por el alambique de miles de ciudadanos, que aplican al gobierno de su reina Victoria el cartabon de su oficio e industria; i en quienes, apesar de esto, no puede ménos que notarse el verdadero espíritu público que tanto enaliece el grau carácter de la nacion Británica.

En Paris (se entiende ántes que Napoleon III se declarase en contra de la oratoria) también se *hacia*, como dicen los franceses la *política*, i se ventilaban todas las cuestiones en reuniones rejimentadas como en Londres; pero desde que al César no le gustaron estos inocentes entretenimientos, los discursos han quedado reducidos al estrecho teatro de los cafés i las peluquerías.

En España se política, como todos sabemos, en el Prado i en las botillerías; i no es raro ver allí hasta los toreros ocuparse de la cosa pública, como lo hacemos nosotros en nuestros salones i conciliábulos.

Un amigo nuestro, que ha residido por muchos años en Madrid, relatábanos un día, que al pasar los Pirineos un poeta i dos o tres personajes de lo mas empingorotado que tiene aquella tierra, i despues de haber dicho cada uno de ellos su nombre i titulos a los agentes de la aduana, un torero que también iba a Francia, i que se llamaba Muzelina, dijo al que le interrogaba—*étes-vous aussi une Excellence ou un poète, Monsieur?* Si, señor, mi oficio es el mismo de todos estos señores.

Cuantos Muzelinas no dirian hoy otro tanto si se les interrogase por su oficio. ¿No es verdad, lectores, que el corresponsal en Valparaiso de la *Voz de Chile* está pintiparado en el torero Muzelina, que acompañaba en aquella correría a Martínez de la Roza i a Zorrilla?

Por lo dicho se ve que solo en Inglaterra se política

para bien del pueblo, se *charla con ventaja del gobierno*, i que en España i las demas naciones de la raza latina la política no es mas que la manía de los ociosos, i el alimento de los que viven esperando el *mañá que promete* el árbol de la anarquía a todos los infelices, a quienes Dios les ha dado en compensacion de todo lo que les ha prohibido, un buen pico i mucha curiosidad por único patrimonio.

Madama Tastu, a quien debeis conocer como uno de los primeros filólogos de la nacion francesa, decia un dia a Chateaubriand—*«la política sin las mujeres es una ciencia sin principios,»* i el autor de Atala respondió: es cierto señora, i por eso es que mi ministerio fué tan desgraciado.

Madama Krudner, novelista famoso, i que segun dicen las malas lenguas dominó con su amor a Metternich como a un borrego, aseguraba asimismo a éste que la política no era mas que una epidemia, en que las mujeres eran las cadenas eléctricas del contagio.

Hemos traído a colacion toda esta charla para disculparnos siquiera a los ojos de los que nos ven perder el tiempo en ociosas conversaciones, en insulsos comentarios, debiendo asumir el carácter de los ingleses o de los yankees, que no hacen otra cosa que ocuparse del bien público, poniendo cada ciudadano en la esfera en que rueda el contingente de que puede disponer para servir a su patria.

Pero nosotros entendemos la política i las costumbres del gobierno representativo de mui distinta manera: aqui no se trata de ilustrar la opinion, de dirigirla por el buen sendero, de fomentar al gobierno cuando cumple con sus deberes, o combatirlo cuando atropella las leyes: nó, lo que hacemos es vocear en la estatua de Freire, i cambiar en los corrillos algunas majaderías sobre los hombres públicos que en nada influyen ni pueden influir en el bien de la cosa pública.

Para que veais que no miento, id a cualquier salon, i os hallareis necesariamente con que una matrona os pregunte de buenas a primeras: i bien!—¿qué dice Ud. de Mausimo? ¿No es verdad que ha estado mui bueno?

«Pero como no debía estarlo cuando es tan leido, tan hábil, tan bien hablado, etc., etc.»

Si, a estas habladerías está reducido todo el politiquen de nuestros salones, todo ese ardor que la Baronesa de Staël explotó en su favor cuando hizo rebelarse contra Napoleon a lo mas selecto de la sociedad de Europa.

En esto, pues, consiste que nosotros no tengamos *opinion pública*, que no haya aqui esa fuerza que en algunos paises de Europa empuja al poder a quien ha sabido cautivar los votos de los que piensan, i echa por tierra a los que desgraciadamente han perdido, justa o injustamente, su popularidad.

Sabido de todo el mundo es la influencia que las mujeres han tenido en los tiempos modernos sobre la política de Europa: conocidos son todos esos detalles biográficos de esas grandes damas que obligaron con su terneza i sus desdenes a salir o a entrar en los negocios a sus ídolos o sus enemigos; i al decir esto, no se crea que pretendamos que el amor venga a darnos lecciones de política, ni a gobernar el estado como en los tiempos de Luis XIV o XV.

Nó, por Dios! recordamos esto, para hacer resaltar la diferencia que existe entre nuestra sociedad i esa a que copiamos solo en los *bandas* i las *crinolin*as.

Cuando se medita que la Lavalère se arrodillaba ante el amante que la habia despreciado, implorando misericordia para los protestantes, es decir, suplicando al

monarca que no revocase el edicto de Nantes con que Enrique IV había garantido la vida i las propiedades de los Calvinistas i Luteranos; uno llega a sentir que nuestros próceres no tengan una Lavalière o una Chateaux para que les dulcificquen sus instintos, para que les pulan las costumbres parlamentarias, para que los hagan caballerosos i elegantes en el desempeño de sus funciones públicas.

La mujer del marques de Pombal decia a éste con las lágrimas en los ojos: no persigais, señor, a los jesuitas: mi corazón me dice que hareis una mala obra, que pagareis irremisiblemente.

La misma Pepa Tudó, según Escoiquiz, decia al príncipe de la Paz: no os hagais el favorito del rei, i seréis el favorito de la España.

Sí, es preciso desengañarse, las mujeres han tenido casi siempre una benéfica influencia en la política, han hecho que el jenio de los hombres públicos se amolde a las circunstanCIAS, i cobre el espíritu del hombre de Estado esa blandura, esa elasticidad que hacen muchas veces tan necesarias la misma aridez de los negocios del gabinete.

Cuando dijimos, pues, que sentiamos que los senadores no tuviesen como Ali Bajá una Vasiliky, o como Soliman II una Roxelana, o como Luis XIV una Maintenon, o como Luis XV una Pompadour, o como Francisco I una Diana de Poitiers, lo dijimos, porque en realidad jamas los hemos visto mas zurdos, mas *gauches*, como dicen los franceses, que en las últimas sesiones en que se ha tratado de la discusion del proyecto de respuesta al Ejecutivo.

Como ya conoceis lo que ha pasado en esas sesiones memorables, creo inútil narraros todo lo que en ellas se dijo, todo lo que en ellas pudo fabricar la malevolencia para hacer perder la paciencia a los ministros.

Pero lo mas curioso del caso ha sido la actitud asumida por el presidente Cerda i los senadores Ovalle i Mujica.

Sí, jamaz talvez desde que hai Cámaras se habia ofrecido un escándalo semejante, al que nos han regalado, para edificación nuestra, estos jueces i padres conscriptos, a quienes la casualidad, por no decir la compadrería, ha querido colmar con los honores i la doble responsabilidad de lejisladores i ejecutores de las leyes. ¡Preciosa dualidad en individuos como ellos!

El cardenal Ascanio, hablando de César Borja, decia —une a la bilis cardenalicia, la impavidez del *condotiero*, i por cierto que decia bien, i que algo mas habria dicho si hubiese visto al vice Presidente de la Corte Suprema i al jefe de la de Apelaciones tomar el aire de unos harenguistas de café, olvidando hasta la toga que invisten, i que debe mandarles la compostura i la dignidad del oficio.

Pero lo gracioso era, que si el senador Torres (a quien según se ha visto, no le toca ninguna regalia por el reglamento) hablaba una palabra, salia el señor Cerda—cállese el señor senador la boca: el reglamento no permite que ningun senador califique las palabras de otro senador.

Si volvía a replicar aquel, nuestro iracundo presidente tornaba a tocarle el cencerro i a gritarle—entienda el señor senador que no le es permitido chistar sin pedir la palabra.

Si el infeliz señor Torres, cansado de tanta brega, i viendo que ya no podia hacerse oír, recurría al expediente de toser i sonarse en medio de aquella refríega, el Presidente, sin soltar la campana, no de orden, sino de rebato, gritaba:—sepa el señor senador, que el reglamento manda que ningun prócer dé muestras de reprobacion

con las narices ni con ninguna otra parte del cuerpo que suene.

Sin embargo, apesar de este religioso respeto a las disposiciones reglamentarias del Senado, el señor Cerda, convertido en el Thriot de nuestra convencion, ha levantado la voz, ha pateado, se ha enfurecido como un energúmeno, i llevado su audacia hasta pedir de voz en cuello la separacion del ministro Güemes del ministerio de la justicia; apoyándose en que con un ministerio de esa especie ya puede verse lo que esperará al pais en las negociaciones con la Santa Sede.

Sin duda, por este ardor regalista mereció su señoría del gobierno de don Manuel Montt los títulos de ministro especial cerca de Pio IX; embajada que por cierto le habria permitido lucir sus talentos político-canónicos en la corte de los Antonellis i Mezzofantis.

Pero el presidente del Senado madrugó demasiado, i sus despachos no tuvieron mas fin que hacerle conjeturar el bigado, de suyo cargado de bilis, i quedar como prueba en las carpetas del ministro de lo que puede ese favoritismo escandaloso del decenio hasta en los momentos en que se despedía de la escena.

El senador Mujica tambien estuvo admirable. ¡Qué de gracias, qué de monadas, qué de *réparties* soltadas a volar como flores a la cabeza de los ministros! oh! el senador-rejente se ha cubierto de gloria, i ratificado con el señor Cerda una amistad tan pura i verdadera, como aquella que juraron a trompadas Enrique VIII, Francisco I i Carlos V en el campo del Paño de Oro.

Verdad es que aquí no habia campo de oro, ni los contrincantes eran soberanos, sino simplemente odios añejos entre dos jueces, presentados hoy como prenda de alianza en el combate contra el gabinete que ha de concluir por meterlos en cintura.

Pero dejemos esta zarzuela jurídico-político-canónica, i para concluir de una vez con este ya tan pesadísimo asunto, recomendamos a los señores senadores de la respuesta que recarran al jarabe pectoral que acaba de inventar como infalible el boticario Morales de Valparaiso.

Como los suponemos roncós de gritar, ajitados por el papel que han representado, les damos este consejo, sintiendo no poder encargárles que consultasen al Dr. Derambarré, que actualmente tiene una oficina en Paris, en donde ofrece, por la módica suma de cinco francos, hacer fértiles a las esposas de los hombres de estado, i estériles a la que traen al matrimonio, en vez de una dote confortable, la fertilidad que tanto admiramos en las heroínas del antiguo testamento.

Quien puede dar remedio para esto, bien podia darlo para el despecho ajado, para el amor propio herido, para tener dignidad, para lucir elocuencia i ser, en una palabra, un verdadero hombre de tribuna.

Pero ¡qué remedio puede haber para los que están de retirada, para los que ven evaporarse esa influencia con que espantaron a los enemigos i alentaron a los que se afiliaban como partidarios!

Cuando el señor Cerda i el señor Mujica anunciaron a la Cámara que se repartiría un cuaderno en que se continviesen los discursos de los señores senadores en toda su integridad i pureza, todos se congratularon de esta noticia, i en especial nosotros que tanto placer sentimos en leer esos modelos de ciencia parlamentaria i de elocuencia política con que de algun tiempo a esta parte nos viene regalando el senado por pura munificencia.

Sin embargo, es mui diferente tomar leche en la cama a tomarla al pié de la vaca: en este concepto, i a pesar de las ventajas que hemos señalado, siempre preferire-

mos tomarlos al pié de los senadores a beberlos ya fríos o recalentados.

El finado don Victorino Garrido decía un día a un antiguo amigo, a quien la desgracia habia llevado a ser secretario de la Cámara de los Cerdas i de los Ovalles, — «pero Ud. estará encantado con esos canarios, pero Ud. estará, como Voltaire, sofocado por las rosas.»

Ahora que hablamos de flores, ya habreis oido hablar de un libro que don José Domingo Cortés está para dar a luz con el título de Flores Americanas.

Como ya debeis conocer el que hace pocos dias dió con el apodo de *Flores Chilenas*, no tengo que recomendaros lo obra en prensa: el nombre del autor es una garantía. Lo único si que puede encargarse al jardinero es que espurgue bien las flores, para que no se vayan entre ellas las muchas espinas que se le fueron en el libro pasado.

Le decimos esto, porque cuando se tiene la pretension de recoger ajenas producciones para plantarlas la marca propia, es forzoso tener la diligencia de Ochoa o de cualquiera de esos otros literatos que saben escoger, que tienen la sagacidad de entresacar lo bueno, i sobre todo el cuidado de no estropear lo que cae en sus manos, como sucede siempre a los que coleccionan poesias sin saber ni cuantos pies tiene un verso.

Pero no son solo las Flores Americanas las que tenemos en campaña, nó, tambien tenemos guerras americanas que nos amenazan, que nos desacreditan, que nos roban el corto crédito que aun gozamos, i que nos impedirán mañana realizar esa fraternidad que haria de la América Española un continente poderoso.

Bolivia sin puertos, sin hombres, sin dinero, sin elementos, en fin, que poner en la lucha, ya lo veis, acaba de decretar la guerra a Chile, porque su ministro Bustillos le ha escrito el cartapacio de títulos sobre Mejillones, i sobre todo, porque se le ha metido en la cabeza de que para nosotros deben haber sido i ser estílicos los pájaros de aquella rejion i sueltos de cuerpo para los bolivianos. Flores invade al Uruguay, i este apresada buques a Buenos-Aires i confia a la piratería el resultado de la contienda.

En Venezuela se rompen todavia los cascos los caudillos, i las derrotas no parece sino que sembraran otras, para que en perdurable esterminio se desangre esa preciosa república, a quien oímos el primer grito de guerra contra la Metrópoli.

El pobre Brasil no se sabe que hará con la Inglaterra ni ménos que hará consigo mismo, no teniendo mas que deliciosas *meninas*, perfumadas naranjas i cotos en todas las glándulas.

El Perú cuando apenas volvía de sus quebrantos, tiene que pagar, talvez, un brazo parecido al que nos tuvo en conflictos, i por supuesto que evalentonar a los ingleses, que sacan partido hasta de los rasguños que se les hace en América.

El Ecuador i Nueva-Granada ahí están todavia con sus caudillos, retrógrados unos i liberales otros, monarquistas desaforados algunos de los que avasallaron al primero, rojos hasta el punzón muchos de los que dominan la otra.

Centro América esperando dia por dia que los yankees se desocupen para entrar otra vez en dimes i direts con el filibusterismo.

Méjico ya lo vemos a la merced del vencedor, sin saber si se volverá monarquía Austriaca o Danesa o Franco-Hispano-Inglesa, o se quedará república monda i lironda como estaba, i con su bandalaje i su anarquía, como era de regla desde que proclamó su independencia.

Sin embargo, en medio de este baturrillo, de este laberinto de ambiciones, de celos, de delirios, de locuras, de crímenes, de necedades i despropósitos, nosotros nos unimos en sociedades, protestando, como el loco del cuento que gritaba en medio de un temporal deshecho; «pero no tengam miedo, que yo voi a mandar mañana que no llueva.»

Cuando se ha sentado como principio que todas las naciones americanas quieren la paz, la armonía, que todas se desvelan por realizar esa confraternidad evangélica, i que solo sus gobiernos son los que tienen la culpa de que ellas se encuentren en perdurable entredicho, es preciso ciertamente unirse en la comunión del espíritu, juntarse en esa misteriosa comunicación que los repúblicos encuentran en sus instantes de arroboamiento i espasmo.

Sí, es preciso que cada dia formemos un nuevo círculo, una nueva sociedad, un nuevo plantel de union i concordia, para que así sepan esos gobiernos todos, que estan haciendo fechorias contra la voluntad de los gobernados, a quienes ni siquiera consultan en el espíritu que los vivifica i los domina.

La teoría que esplana todos los dias el *Ferrocarril*, pintándonos ese divorcio que, según él, existe entre todos los gobiernos, no solo de América sino de Europa, i las naciones que obedecen a sus mandatos, es buena i no solo buena sino nueva; pues a nadie se le ha ocurrido que la nacion francesa que ama i venera en Napoleon los recuerdos gloriosos de su pasado, esté en abierta pugna con él en los propósitos que le vemos desde tanto tiempo venir desarrollando con tanta astucia.

Si así fuese, si la teoría del *Ferrocarril* pasase por cierta, es decir si todos los pueblos estuvieren obedeciendo por fuerza, traicionando por medio de sus gobiernos los deseos que abrigan, las opiniones que estiman, los principios que respetan (por que ninguna de esas naciones, a quienes suponemos divorciadas de sus reyes, emperadores i presidentes, no se levantan, haciendo uso de ese derecho que Dios ha puesto en manos de los pueblos cuando se ven aherrojados i envilecidos?)

Pero el *Ferrocarril* no dice lo que siente, o no ve bien lo que dice.

Para un ruso, sea cuales fueren su clase i sus ideas, la Polonia, apesar de la santidad reconocida de sus martirios i lo sagrado de sus derechos, siempre será una presa que debe estar bajo la férula del Czar, haciendo parte de ese imperio en cuya grandeza cree tener una gloria i un buen derecho.

Para un ingles, sea cual fuese, el suplicio de Napoleon I, apesar de la villanía que recayó sobre el gobierno de su patria, siempre será disculpable la perdida del principe rejente, i se regocijará de haber tenido bajo sus garras al primer capitán de los tiempos modernos.

Para un frances, sea legitimista, orleanista, republicano, i con los matices que queráis, como rojo o azul o verde, siempre será un dia de gusto aquel en que la bandera francesa tremole en cualquier almena, sea o no justa la causa que ha motivado el ostentarla como señal de triunfo.

Un español, bien pertenezca a don Carlos o a Cristina, bien sea partidario del rei neto, bien representativo o republicano, siempre se complacerá que sus batallones arrasen al enemigo i arranquen de ellos, aunque sean mas inocentes que una paloma, la presa que disputan o por que la conveniencia se los aconseja, o porque el amor propio se los manda, ¿por qué creéis pues que es esta ausencia de justicia, esta carencia de sentimiento moral?

Por qué? Porque un ingles será siempre mas ingles que frances, español, etc., i un frances i un polaco i un ruso querrán siempre mas para su patria respectiva que lo que pueden querer para el jénero humano.

La moral de esta triste leccion es cierto que es desencantadora, cruel, desesperante; pero ¿cómo arreglar el mundo de otra manera que como está, como acomodarlo todo a nuestro paladar, amoldarlo a nuestras creencias i nuestros gustos?

En esta virtud, para nosotros no hai esas diferencias que sienta el *Ferrocarril*, ni es posible que las haya para nadie por mucho que se individualizen los intereses i se disquen las pasiones.

No sabemos si esta opinion que combatimos, para no vernos dando tajos i reveses a los gobiernos i elojios a las naciones a que pertenecen los censurados, será prohibida por la prensa de Talca que se titula la *Opinion*; i si querría sacar la cara, como lo hizo hace poco, por todos los partidos, a quienes en su opinion juzgó atacados por nosotros desapiadadamente.

Lo gracioso, sin embargo, de esta *Opinion* de Talca (que segun se nos dice, no cuenta ni con la opinion de un gato) es que en un articulo pesado e indigesto como una tortilla de grasa, nos viene sermonando con un aplomo que, a no haber visto de quien venia, nos habriamos de veras intimidado por vuestras injusticias.

Con todo, en el número siguiente, olvidándose de la compostura que habia predicado la víspera, i de la conciliación que nos habia aconsejado en forma de resposno, sale echándole toda el agua al montt-varismo i descarándole los golpes mas furibundos que pudiera haberle dado jamas enemigo alguno.

Guarde, pues, la *Opinion de Talca* su opinion para lo sucesivo, i busque, si es que le falta material para llenar sus columnas, algun argumento mejor que el que tomó para peinarlos el tupé, cuando ménos lo esperábamos, no sabiendo siquiera que en Talca habia un papel que usurpase el título de la opinion de aquel pueblo.

¡Qué triste son esos nombres retumbantes!

¡Qué ridicula se hace la persona que quiere bautizar a sus hijos con los nombres de Napoleon, de Alejandro de Scipion, de Paulo Emilio! ¡Qué tontos son los que apellidan un periódico, usurpando el voto i la opinion de todos, i echando a volar por conceptos de la mayoría de un pueblo las ocurrencias que se les vienen al majín!

Pero, para que afanarse, si no hemos de remediar las tonterías ajenas, así siga la *Opinion* de Talca, llamándose opinion, i nosotros aporntándonos para volver a decirle que en Talca no hai tal opinion escrita, si es que vuelve a buscarnos camorra por puro gusto.

Como por desgracia tenemos un para-rayos, o mejor un para-tontos, el corresponsal de la *Voz de Chile* en Valparaiso vuelve a la carga contra nosotros diciéndonos: que no se jacta de literato, que no se envaneca de su pobre prosa, que no se deslumbra con el brillo de su individualidad i que, por último, vale, así como es, mucho mas que esos prostituidos de la prensa que venden su conciencia al mejor postor.

En esto, sin embargo, ha dicho muy bien el corresponsal, ha hablado con mucha cordura, pues nadie hai en este mundo que pudiera envanecerse con producciones como las que él suelta, ni ménos quien se atribuyese por ellas *cortos méritos literarios*, como los que él se asigna con tanto aplomo.

Sobre aquello de los vendidos, prostituidos, etc., etc. tambien tiene razon i grande, pues nada hai mas despreciable en la tierra que esos seres a quienes el oro puede

manejar como el iman al hierro a quien ha comunicado su magnetismo.

Mas, como puede ser muy bien que en las palabras del corresponsal de la *Voz de Chile* vea alguien un tiro a nuestra persona, para descargo de la conciencia, le diremos, que desde que principiamos a escribir para el público en el diario la *Tribuna*, que defendia al partido Conservador, hasta hoy que escribimos en el *Condor*, que tambien lo defiende, no hemos recibido un centavo fuera de lo que naturalmente debiamos percibir por aquella i el diario *El Conservador*, únicas publicaciones que escribimos a sueldo; i en que cualquiera, por desinteresado que fuera, habria hecho lo mismo, no teniendo bienes de fortuna, ni pluma tan mala para que escribiésemos enteramente de valde.

Sabido es de todo el mundo, i particularmente de los escritores de la *Voz de Chile*, que ni por el *Mosaico* ni por el *Condor* hemos tenido ni tenemos sueldo ni gaje de ninguna especie; i eso que aquel periódico fué el único eco de la oposicion al gobierno en aquella época aciaga, de extraordinarias i estados de sitio, i éste defiende a los hombres que mas pueden hoy en la política.

Ahora pues, ¿dónde está la venalidad, dónde la prostitucion que se nos achaca por el que tal vez haya pesado mas que nosotros para sus motines i bellaquerías?

Sobre todo, en la *Tribuna*, en el *Conservador*, en el *Mosaico*, en el *Condor*, que son los únicos diarios i periódicos que hemos redactado, i por los que respondemos, ¿cuál es la contradiccion de principios que pueden achacárse nos, cuál la apostasia, cuál la idea que pueda atribuirse con justicia al móvil de la venalidad supuesta?

Si de estas publicaciones pasamos a lo que hemos escrito en todas las demas que ha habido en Santiago ¿quién puede hallar un solo concepto que revele la mano que obedece, i no la fantasia o la pasion que empuja la pluma de quien se siente capaz de escribir para el público?

Desengañese, pues, el señor Sampaio, el lado por donde quiere tomarnos es invulnerable: nuestras manos no han recibido jamas oro ni para el elojio ni para la censura: hemos escrito, en fin, desde catorce años acá por puro gusto, por opinion, o, si se quiere, por cascarle a los necios como él que vienen a estorbarnos en nuestro camino.

En este concepto, i para concluir de una vez con este adversario gratuito, que se nos ha descolgado como un gato montés desde el tejado de la *Voz de Chile*, le diremos que nosotros no le hacemos el agravio que nos ha inferido, suponiéndonos vendidos al ministerio; porque sabemos que lo calumniariamos, atendiendo a que nadie querrá pagarle un centavo para leerlo: nó, señor, el señor Sampaio debe tener la gloria de escribir de valde, de dar gratis sus opiniones, ni mas ni ménos que esos ciruelos silvestres que arrojan en las arboledas sus ciruelas sobre las cabezas de los paseantes.

Se nos cuenta que por el último vapor ha recibido el doctor don Lorenzo Sazie la condecoracion de la Lejion de Honor con que ha querido honrarlo el emperador de Francia.

Jamas talvez esa cruz, que llaman los franceses *estrella del honor*, habrá adornado un pecho donde reside un corazon mas noble, mas jeneroso, mas humano que el del agraciado.

En su larga permanencia en Chile, en su dilatada carrera de médico tenemos la prueba; si, en ese martirio diario impuesto al doctor Sazie por su filantropía, no solo han podido conocerse sus eminentes dotes como facultada-

tivo, sino la jenerosidad de su alma, siempre dispuesta a hacer el bien a todo el mundo, i por solo amor a la humanidad i a la ciencia.

Profesor irremplazable, cirujano i médico capaz de figurar en otro teatro mas grande que el nuestro, hombre en fin, caballeroso como no puede pedirse mas, el señor Sazie ha logrado ya ser contado como chileno. ¿I quién podia tener mas títulos que él para esta naturalizacion que le ha concedido todo Chile sin necesidad de lei ninguna que lo favorezca?

Hermosa recompensa! ¿no es cierto? Oh! jamas un soberano ha tenido mas motivos para condecorar la honradez i la ciencia del sábio!

Reciba, pues, el doctor Sazie nuestro saludo, i recuerde que en él va envuelto un voto de cariño i respeto que solo puede abrigar el corazon de quien ha aprendido a estimarlo desde niño.

Ibamos ya a derramar una lágrima de gozo, cuando el editor nos pide esta revista, haciéndonos con este llamado descender desde la altura del sentimiento a la mezquina prosa de la vida.

Pero, qué se ha de hacer! La tierra, segun dice Lamartine, tiene su cadena que arrastra: dejémonos pues tirar por ella, i vamos andando.

JUAN DE LAS VIÑAS.

Señor redactor del *Condor*.

Mi señor mio:

Como usted se interesa en tener motivo para sus crónicas, le participo que varios de los amigos de los senadores Ovalle, Cerda i Mujica, han pensado en estos dias en la formacion de un cuadro-monstruo, en que se verían retratados de cuerpo entero, i en la tribuna, los dichos próceres que han impugnado al ministerio.

El pintor que debe hacer el cuadro les ha pedido su parecer sobre la clase de alegorías que conviene emplear en el asunto, i se le ha respondido que ponga en el fondo de este retrato monstruoso un báculo i una mitra, que el señor Cerda debe hacer como que va a colocar en las sienes de don Máximo, hecho pontífice como Henrique VIII por la gracia del parlamento.

Lucirán así mismo en perspectiva los despachos o diplomas que aquel iba a recibir, o recibió en efecto, de su compadre Montt; pero llevando por sobrescrito una inscripcion latina traducida de la que, segun me parece, no es otra que aquella frase que dijo un obispo Frances con motivo de haberle dicho un cardenal italiano—*mucho canton estos gallos!*

Sí, señor, dicen que se pondrá este lema.—*I ojalá que al canto del gallo se levantasé i arrepintiese Pedro.*

Si es así, los gallos que cantan no son ellos sino los Ministros, i el que se ha de arrepentir no es el Senado sino el Ministerio.

Vea usted, pues, de que modo explotar esta idea para sus cuentos, añadiendo como apéndice este versito:

Ya que en la corte romana
Hubo una papisa Juana,
Tambien de Chile el senado
A Mujica ha consagrado,
Para que eche sin misterio
Rayos contra el ministerio;
I queden por su malicia
Con escomunion mayor
El ministro de Justicia
I el que lleva el Interior.

José Felipe Delgado.

El Ganso i el Condor.

FABULA

(Dedicada al cronista de la *Voz de Chile* para que la ponga entre sus hechos locales.)

Un ganso le dijo a un condor

Quita allá! necio, pelmazo,

Que con tus alas no puedes

Ni volar hasta el tejado.

A este insulto repentino

De aquel orgulloso ganso,

Contestó el condor ¿no sabe,

Mi mui apreciado hermano,

Que para privar de gracia,

De vuelo, pujanza i garbo

Es fuerza ser como el águila,

I no como usted que es ganso?

Logogrifo.

Descompuesto mi todo a mi albedrio,
Tendrás lo que a las cuerdas les da son,
Una monja tambien, un hilo, un rio,
Lo que contiene al viento con teson.

Una sombra fatal de una comedia,
Una parte del cuerpo, i no mui linda,
Un héroe no de fábula i tragedia,
I un instrumento que a llorar nos brinda.

Un adorno precioso en las mujeres,
I el orijen que siempre enaltecemos,
Un epíteto cruel que aborrecemos,
I un signo que nos mata los placeres.

En fin, mi todo al femenil antojo
Ha venido a llenar la fantasia:
Llena el cuerpo, va bien, agrada al ojo
I lo llevan las hembras a porfia.

Charada.

Es mi primera vocablo,
Preposicion por mas señá:
Mi segunda a mas de un mártir
Ha conducido a la leña.

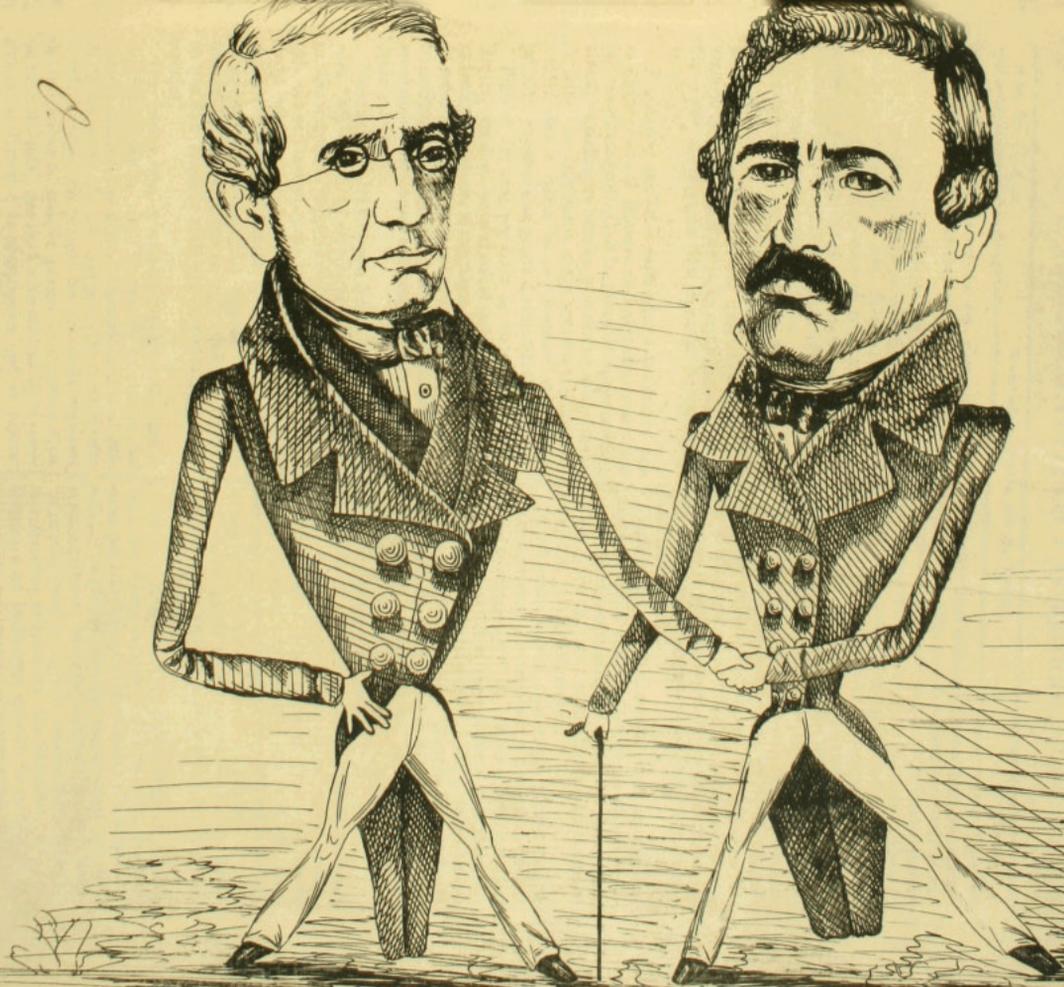
Son mi tercera i mi cuarta,
Con cambiarles solo un rabo,
Línea que el globo divide
Desde un polo al otro cabo.

Mi quinta en fin va a perderse
O entre el suelo o en la mar:
Lleva dichas, lleva muertes,
I tesoros a la par.

Mi todo es el espantajo
Con que el mundo se equivoca,
I a la crítica le cierra
Como con cera la boca.



¿Con que no sabes lo que es patronato? Pues toma! toma! que así traerás la leccion bien sabida.



«No es cierto, Catías, que nuestra amistad será eterna? Sí, Pilatos, mientras no sacrifiquemos a este ministerio.

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Julio 26 de 1863.

Núm. 7.

El Ministro de Justicia en presencia del Senado.—Imputaciones de la prensa.

Mui pobres son ciertamente los recursos con que cuenta la oposicion al gobierno, desde el momento en que para combatirlo se vale de argucias i sofismas, cuyo valor principal consiste en venir aparejados con la vocinglería patriótera, a que de continuo recurren los que se figuran que todo se consigue con deslumbra- r arteramente la opinion pública.

En prueba de esto que decimos, recordáremos la sesion aquella en que los senadores de la respuesta acribillaron al señor Güemes, concluyendo por presentarlo desde el trono de la lei como un hombre indigno por sus ideas de estar a cargo de un ministerio.

¿I qué es lo que habia dado lugar a la Cámara para dirigir contra el Ministro de instruccion pública tan furibundos ataques? ¿Cuál la razon de esa tumultuosa acusacion contra un hombre en quien no solo se miran la labor i la intelijencia como prendas mui sobresalientes, sino a quien hacen altamente venerable su probidad i patriotismo nunca desmentidos?

Pero el Senado, por boca de los señores Cerda i Mujica, nos dice:—que el actual ministro de la justicia es indigno de ocupar el cargo que desempeña (a juicio de todos con tanto lustre), por cuanto por sus ideas ultramontanas esclaviza el estado, condenándolo a una servidumbre indecorosa e inconstitucional respecto del poder eclesiástico.

Sin embargo, para todo este *tole-tole* parlamentario, para toda esta farsa ridicula en que se ha ajado tumultuariamente la dignidad de la representacion nacional, solo se cuentan como motivos plausibles el discurso que pronunció su señoría en contestacion al que relató de memoria el senador Ovalle.

¿I qué dijo en resumidas cuentas el señor Güemes en el tal discurso que ha dado tanto que hablar, i en que se ha fundado al fin esa furibunda protesta del senado?

Que interpretaba el artículo constitucional, que se suponía infringido, como lo manda el espíritu del derecho canónico, es decir, conformándose en el modo de comprenderlo a lo que prescribe la conciencia a todo hombre que profesa los principios religiosos del catolicismo en toda su pureza, i sin apartarse en un ápice del móvil que llevó a los autores de la constitucion al formular la prescripcion que se supone vulnerada.

Sin pasar mas adelante, ¿no nos dirán los regalistas de nuevo cuño, cuál es la manera como deben interpretarse las disposiciones constitucionales, cuando éstas versan sobre puntos de disciplina de la iglesia o mejor, sobre prescripciones en que la doctrina que respetan los católicos debe ser el fundamento de toda interpretacion i la mira principal de todo raciocinio?

Interpretada pues el señor Ministro de la justicia el artículo constitucional como era forzoso que lo hiciera, i deduciendo que su aplicacion no podia tener lugar a la *bula de cruzada i carne*, no siendo esta una verdadera contribucion, que es a lo que se refiere i prohíbe imponer al Ejecutivo la carta fundamental, ¿qué cosa es entonces la que se le censura? ¿Haber interpretado mal el artículo o haberlo aplicado arbitrariamente?

Para probar que de cualquiera manera que se considere el asunto, el señor Güemes ha obrado legalmente, dividamos la cuestion en las dos faces únicas en que puede ser vista: examinémosla bajo el aspecto económico i el aspecto religioso.

Considerada bajo la mira en que pueden tomarla los economistas, ¿en dónde está la doctrina que señala como contribucion civil los indultos eclesiásticos, tales como aquel en que la iglesia dispensa de la obligacion de comer pescado en dias de vijilia a todos los que profesan la religion católica? ¿Cual de ellos es el que llama *contribucion* a un impuesto que puede burlarse impunemente, es decir, sin mas pena que la que puede imponer la conciencia, por lo jeneral tan elástica en los tiempos que alcanzamos?

Cuando en economia se da el título de *contribucion* a un impuesto cualquiera, se supone tenerse en vista aquellas cargas en que el que las infrinje no puede ménos que experimentar una pena real, como una multa u otro gravámen cualquiera, aplicados necesariamente contra el infractor del precepto.

El mismo Olindo Rodriguez, uno de los mas famosos fourieristas escribia en el periódico el *Globo*, que tenemos a la vista:

«Para que la ciencia económica llegue a ser una verdadera ciencia reguladora del bien social, es necesario que las reformas no se estienan a la esfera material de la política, sino que lleguen hasta ese viejo armazon religioso que la ignorancia de nuestros abuelos respeta todavia: i que en materia, como diezmos, contribuciones eclesiásticas, beneficios, etc., etc., ha obligado a los lejisladores de todos los pueblos de la desgraciada raza latina a posponer sus grandes mi-

ras, encadenando el poder civil en asuntos puramente materiales a las estrechas cortapisas de la Sede romana.»

Ahora pues, si uno de los apóstoles del socialismo, uno de los mas fervorosos patrocinadores del *falinsterio*, de la division niveladora del trabajo, del aumento del salario sostenido por la rebelion en el obrero, de la libertad o, mas bien, licencia absoluta en todas las disposiciones legales de administracion, supone que la iglesia ha tenido i tiene su legislacion aparte; legislacion que el poder civil en todos los pueblos que pertenecen a la comunion romana no ha podido hasta ahora romper por estas o las otras razones, ¿cómo es que los señores senadores, a quienes confesamos una fé religiosa algo mayor que la del adalid mas imperterritido del socialismo, se atreven a culpar al ministro por haber dicho, fundado en los cánones, disciplina de la iglesia i disposiciones canónicas, todas vijentes en el orbe católico, que la *bula de cruzada i carne* no es una contribucion, como se supone tan arbitrariamente por el senado, sino un indulto concedido por la iglesia a los que se dicen súbditos de élla?

Sobre todo ¿quién tiene razon en esta contienda? ¿La tiene el senado que opina, como no opina. (a juicio de todos los hombres doctos en la materia.) ninguno de los canonistas, o la tiene el Ministro que se funda no solo en uno sino en ciento de los autores mas acreditados en la jurisprudencia?

Pero dando de barato que esas tales bulas de cruzada i carne sean una contribucion, como se pretende, ¿puede acusarse a nadie de que piense de distinta manera de la que manifiestan los senadores regalistas, enemigos del señor ministro?

Si el asunto es controvertible, si su solucion está confiada a la conciencia individual ¿porqué formar proceso a ésta, atropellando los principios en que se apoya, los sagrados fundamentos en que descansa, i que la hacen invulnerable a los ojos de la moral i del buen sentido? Para acusar al señor Güemes por el modo de interpretar no solamente el artículo 148 de la constitucion sino por la manera de considerar económicamente el indulto a que nos referimos, seria forzoso que la lei fuese clara como la luz, i que no se prestara por lo mismo a ninguna interpretacion arbitraria, como puede suceder sin implicar culpabilidad ninguna; a no ser que se juzgue como un delito la disparidad de opinion en un individuo que puede profesar libremente las ideas que mejor cuadren a su conciencia i sus instintos.

Por lo dicho se ve que ni económicamente, ni bajo el aspecto religioso ha podido el senado acusar con fundamento al Ministro de Justicia, por cuanto para fundar la culpa, como ya lo hemos dicho, es preciso deslindar las ideas, definir la cosa disputada, i poner en via de aplicacion forzosa la disposicion legal; cuyo espíritu, aplicacion i alcance pueden ser muy diversos mientras la disposicion constitucional no demarque fíjamente el poder del congreso i el del ejecutivo en esta materia.

El mismo *Ferrocarril*, despues de haber acusado al señor ministro siguiendo el rumbo que le señaló

la oposicion parlamentaria, viene diciéndonos en su editorial del martes de esta semana que conviene ise necesita resolver la cuestion definitivamente.

Ahora bien si, segun el sentir de nuestra cólega, la cuestion no está definida, si no se sabe todavía si el ministro ha violado o nó la constitucion ¿cómo es que lo ha inculpado ántes de saberlo, como es que le ha hecho recriminaciones que solo pueden formularse cuando se tiene la certidumbre de poder comprobar el delito?

Para que se vea como juzga las cuestiones i como falla sobre la criminalidad i la ciencia de los hombres públicos el partido del decenio por el órgano escrito que sostiene, oigámosle:

«Conviene i se necesita resolver la cuestion;

«Basta para alcanzarlo con una lei que esplice el inciso 14 del artículo 82 de la constitucion.

«Un proyecto con tal fin ha sido presentado en la legislatura de 1862 a la cámara de diputados. Su debate se va haciendo cada dia mas urgente para los dos altos poderes en el comprometidos. Mientras no venga la lei a decidir lo que la constitucion entien-de por *disposiciones jenerales*, no es posible el acuerdo; de año en año vendrá la cuestion a la cámara; de año en año se ventilará largamente, i de año en año se concluirá por no hacer nada. Porque, es preciso fijarse en el terreno en que hoy se halla colocado el negocio; ya ni el gobierno puede dejar de reivindicar para en adelante como una atribucion suya el pase de toda bula como la de cruzada i carne, ni el congreso desentenderse de actos que *hacen sospechar* un ataque a sus prerrogativas, una inconstitucionalidad.

«La lei interpretativa desata el nudo.»

Hemos copiado todo este largo trozo con el fin de que estas mismas palabras sirvan de castigo al *Ferrocarril*, como lo servirán indudablemente, si reflexiona que por seguir ciegamente los intereses de bandería ha atropellado en su conciencia al honorable funcionario que ha conseguido atraer sobre su cabeza los rayos del senado por solo el hecho de saber mejor que él las disposiciones canónicas, i ser mucho mas sabiamente católico que lo que son todos sus impugnadores.

Si existia pues en los archivos de la Cámara de Diputados una lei que, como dice el *Ferrocarril*, desataba el nudo: si hasta aquí no puede saberse si el gobierno está en su derecho al dar el pase a las bulas, o si infrinje la constitucion, dándolo como lo ha hecho, siguiendo la costumbre entablada en este negocio por las administraciones anteriores: si, en fin, los ataques al ministro no pueden hacerse sino apoyándose en suposiciones gratuitas, escudadas por el especioso pretexto de defender la constitucion de los avances del poder ejecutivo; claro está que cuanto dijeron en contra de su señoría los senadores, i lo que repitió el *Ferrocarril* no debe merecer atencion ninguna de parte de la jente que piensa sino ser considerado únicamente como un bostezo de ese espíritu indigno de partido a que no solamente se inmolan

las propias convicciones si no se sacrifican las virtudes mas puras i venerables.

Cuando el presidente del senado se mostró abogado tan caloroso de las regalías del poder civil, cualquiera habria creído que el Ministro habia sentado como doctrina gubernativa una de esas herejías que hacen temblar a los pueblos con la imájen del esterminio de sus libertades; pero, por fortuna, la calidad de las acusaciones, la frivolidad del asunto i lo desatentado de los acusadores han venido a dar nuevo lustre a las firmes convicciones de su señoría, haciendo resaltar en toda su luz las bastardas pasiones de los que, sin siquiera asemejarsele en probidad i talentos, alzan el grito para presentarlo como un descarado infractor de la constitución i las leyes.

Si el gobierno pasado no tuviese mas culpas que malas interpretaciones de los artículos constitucionales, que por su confusión se prestan a opiniones vagas o conjeturables, de seguro que no habria nada que reprocharle; pero el caso fué que sus culpas no se ciñeron a mala interpretación sino a violaciones abiertas, a infracciones escandalosas no solo de la carta fundamental, de la que se decia defensor, como Henrique octavo, de la Iglesia, sino de todas las leyes que la razon manda respetar como sagradas.

Cuando se espatriaba a ciudadanos no juzgados como criminales, sino dignos de castigo por hallarse el poder revestido de las facultades que amordazaban el derecho en los lábios de las victimas, i hacían de la lei una cuchilla esterminadora en manos de los verdugos; el senado i el *Ferrocarril*, convertidos hoi en vestales del fuego sagrado del patriotismo, no chistaban delante del horror de los suplicios impuestos al valor del ciudadano, ni protestaban, como era de su deber hacerlo, contra el despotismo de un hombre que así mancillaba la dignidad de la república como azotaba en sus hijos todas las virtudes que brotan necesariamente del amor a la patria escarnecido i pisoteado a cada instante por la violencia.

Se encarceló, pues, a ciudadanos ilustres, se deportó a los hijos de Magallanes a centenares de patriotas, se fusiló a muchos inocentes, se aumentó el catálogo de las leyes atroces; i sin embargo, ese senado, hoi rebelde contra una autoridad que solo peca de benevolencia i conciliadora, no dijo una sola palabra en contra de tanta arbitrariedad, sino, por el contrario, dió prosternado su voto a todo lo que transgredia la lei i desacreditaba para siempre la majestad lejislativa.

Cuando don Waldo Silva i don Jovino Novoa eran los pilotines de la nave, las cámaras aplaudían a los ministros intejerrimos, a los ciudadanos que reunían a la pureza de Sully los talentos de un Colbert o Turgot.

Si, entónces el senado nada decia, ni se le ocurría siquiera interpelar a ese ministro a quien la sociedad entera acusaba de mentir a la representacion nacional, como podia un impostor osado a un concurso de patanes: nó, ni para un Novoa, ni para los Silvas, etc., etc. hubo interpelaciones, ni se inquietó, ni se pensó en averiguar de qué manera habian dispuesto de los siete millones del empréstito, de qué

modo habian cumplido con la lei, ejercido la justicia, cómo, en fin, representado el alto cargo de secretarios de estado en la república.

Pero al que conoce la historia esto no puede asombrarle: las injusticias i los crímenes son de todos los tiempos, i las victimas aquí i allá nunca han de faltar para que espíen con su inocencia las culpas de los grandes criminales a quienes sucedieron.

Luis XV murió en su cama rodeado de sus queridas: Luis XIV acostándose en su lecho de muerte como el sol que reposa su frente en la espalda de los mares: Fernando VII, de España, en los brazos de su voluptuosa consorte: Fernando IV de Nápoles rodeado de las consideraciones que presta el miedo a los tiranos; i sin embargo, el pobre Luis XVI pagaba con el cuello los crímenes de sus mayores, como los habia pagado ya Carlos I los de su seductora i desgraciada estirpe.

Si de ese teatro bajamos a nuestra escena, tambien veremos a Bolívar muriendo de dolor por no haber podido hacer la felicidad de su patria, a Dorrego espirando en el patíbulo, a O'Higgins en los dolores de la proscripción, a los Carreras en el banco de los forajidos; i por contraste mui singular a los Monagas, a los Santanas, a los Ballivianes, a los Belzus, a los Obandos, i toda una mas larga fila de mandarines tan odiosos como insignificantes, o en el destierro disfrutando los tesoros que arrebataron a los países que esquilmaron, o muriendo mui cuidadosos i atendidos como el justo de la escritura.

Ahora bien, ¿qué extraño tiene de que el ministerio actual, compuesto todo él de lo mas selecto que existe en nuestra sociedad por su honradez i sus talentos, tenga que sufrir los rudos ataques con que lo castigan sus enemigos?

La causa si no es lójica, es natural; así el país entero que conoce hasta dónde puede llegar el odio de los mont-varistas, i hasta qué grado alcanzan en virtud i patriotismo los miembros del gabinete; no ha visto en la escision provocada por el Congreso un sintoma de perturbacion administrativa sino, por el contrario, encontrado un agente que debe producir mas tarde efectos mui distintos a los que se prometen sus incansables adversarios.

En presencia, pues, del poder lejislativo el honorable gabinete de julio, es la imájen de esos inocentes a quienes se traducía en Venecia delante del tribunal del Concejo de los Diez para espíar entre los *posos* i las torturas la indiscrecion de haber revelado los negros secretos de la inquisicion política.

El resultado no es el mismo por cierto; pero la causa es idéntica, i los actores los mismos. Pero ¿cómo perdonar al Ministro del Interior que ahorrase a la república el dolor de una ruptura con la Gran-Bretaña, si de ese conflicto se esperaba su descrédito, i se podia mui justamente acribillarlos a fuerza de acusaciones de todo linaje? ¿I cómo perdonarle que en el asunto de Méjico no haya sido un héroe por fuerza, un maton de sainete, si así no ha podido gozarse el placer de verlo presa del ridiculo, ser el objeto cuando no de la re-

probacion universal de la piedad de todos sus enviados?

¿I cómo perdonarle que haya mantenido dignamente las relaciones exteriores, cuando de cualquier descaballo se habria podido gritar, presentándolo como un mal patriota, como un imbécil que tomaba por honor nacional i dignidad de un gobierno lo que solo era la quisquillosa altanería del hombre privado?

¿I cómo perdonarle, en fin, que no haya destituido, que no haya perseguido, que no haya hostilizado a los mismos montt-varistas, para haber así logrado la coyuntura de presentarlo ante la faz de todo Chile como el mas encarnizado enemigo de todo lo que no era su bando político, de todos los que no querian ser sus paniaguados o sus compadres?

¡O supuesto que las culpas estas son graves para el bando que quiere hallar en él no un hombre de Estado sino un presuntuoso, no un hombre de gobierno ilustrado i legal, sino el agente de un partido perseguidor i odioso, no el hombre de la situacion, sino un aventurero, cuya popularidad se evaporaria como el humo a las primeras arbitrariedades i descomercios.

I al Ministro de Hacienda, ¿cómo disculparle tampoco que nos haya quitado la venda de los ojos, mostrándonos el verdadero estado de la hacienda pública, descifrándonos ese logogrifo en que el famoso prestidijitador del decenio lució su habilidad, como Hume en la evocacion de los difuntos? Oh! esto es horrible! hablarnos así la verdad, con esa pureza, con esa sencillez es un crimen que no tiene perdon para los que quieren que el pais siga creyendo en esa prosperidad financiera que tanto se cacareó, i con la que casi se llegó a tapar la boca a los que deploraban la ruina de la riqueza pública.

Pero si al Ministro del Interior se le ha acusado, se le han prestado intenciones de abatir el pabellon nacional, de avillanar la altivez de la república: si al de Hacienda se le han hecho, i se le hacen cargos de no haber trabajado nada absolutamente para salir del conflicto del déficit que nos legaron las revoluciones sofocadas, los favores indecorosos a particulares i las artimañas de la bandera, a nuestro distinguido i digno Ministro Güemes, al mas inofensivo de los mortales, a quien nadie puede prestar un solo mal deseo, una sola intencion pumible, un solo acto capaz de censura, no solamente se le ha colmado de las mismas imputaciones gratuitas que a sus colegas, sino que se le ha presentado como un escándalo viviente, a quien el presidente de la república debia por honor del gobierno obligar a hacer su renuncia sin pérdida de tiempo.

Si, todo esto se ha dicho contra el gabinete; todo esto contra el Ministro a quien hemos presentado ante el Congreso para que resulten en todo su contraste la pureza i la buena fe con la malicia i la impudencia.

Con todo, la prensa del decenio seguirá acusándolo: seguirán en igual tarea las Cámaras; i el pais en medio de esta lucha no hará otra cosa que esperar resignado el momento en que pueda tener en la representacion nacional hombres dignos que lo representen,

i no los delegados de las bayonetas de Montt o, mas bien los cómplices de su negra política.

Contrayéndonos al tema de este artículo, i del que nos hemos desviado intencionalmente para abarcar los demas puntos del ataque que se hace pesar sobre el gabinete, diremos que nada nos ha parecido mas curioso que la solucion con que remata el *Ferrocarril* el editorial en que censura la inconstitucionalidad del gobierno en el asunto de las bulas.

Si, no hai nada mas curioso que verlo dirimir la contienda, diciendo que bien sea el pase de la bula de cruzada i carne una atribucion del Ejecutivo, o bien una prerogativa del Congreso, i que ésta requiera o nó una lei o un decreto, o ambas cosas a la vez; lo que importa es que se esclarezca cuanto antes el negocio, para que así se disipen hasta las sombras que hayan podido empañar el proceder de la administracion a este respecto.

Sin embargo, el *Ferrocarril* ha atacado por este negocio, no esclarecido todavia, al gabinete, ha presentado al señor Ministro de la Justicia como un descarado infractor de la Constitucion, i desatádose charlando sobre las consecuencias funestas que trae la arbitrariedad a los gobiernos. ¡Magnífica justicia! ¡Soberbio modo de esclarecer la verdad!

¿Qué ha hecho la Cámara de Senadores? Obrar idénticamente a la prensa montista: sin saber a punto fijo como debe interpretarse la prescripcion constitucional, sin tomar en cuenta que el proceder del gobierno en la aplicacion de la lei al negocio de las bulas de cruzada i carne no podia ser forzosa, por no haber disposicion ninguna que corte resueltamente la duda; no solo ha hecho lo que el *Ferrocarril*, sino llevado la furia hasta presentar al señor Güemes como un transgresor de las leyes, como un violador de la Carta a que ha jurado respeto i apoyo i, por consiguiente, como un funcionario merecedor de un ejemplar castigo.

Pero, ¿para qué charlar mas en esta supuesta acusacion, en este escandaloso e injusto reproche, cuando el pais está de acuerdo con el Ministro calumniado, i aprueba su conducta observada no tan solo en este negocio sino en todos los que estan sujetos a su incumbencia?

El discurso que pronunció su señoría combatiendo al senador Ovalle bastó para convencer a todos de lo que vamos diciendo: pero si todos nos hemos convencido de la justicia del Ministro, de la constitucionalidad en la conducta del gabinete; todos asimismo hemos tenido la pena de ver que la representacion nacional se haya degradado en esta contienda, echando un borron indeleble sobre la majestad que le es inherente.

Conténtese, en fin, el señor Güemes con tener por acusadores a los que lo han combatido: regocjese de ser impugnado por la prensa montt-varista; i recuerde que los hombres de bien, los hombres puros jamas levantan su frente con mas orgullo que cuando se les calumnia por odio o envidia, i los acusadores o calumniadores no tienen otro punto de ataque que la misma pureza i el esclarecido mérito del que es objeto de sus tiros.

CORRESPONDENCIAS.

Cartas del «Duende» a Juan de las Viñas.

CARTA SEGUNDA.

Mi querido Juan:

Como no quiero interrumpir la correspondencia que he principiado contigo, verásme hoy tomar por tema de esta segunda epístola—la remoción de los intendentes montistas, que aun estan al frente de las provincias por una benevolencia casi indisculpable e inconcebible del gabinete.

Pues, amigo, vamos charlando.

Cuando el gobierno del señor Perez pensó que de la conciliación podían prometerse la amalgamación de los partidos, la uniformidad de esfuerzos i propósitos en todos los hombres que se hallan investidos del poder; todos pensaron asimismo que la induljencia debería producir tales beneficios, imaginando talvez que el corazón humano es mejor que lo que realmente es i será mientras el interés individual sea la divinidad a que todo en este mundo se sacrifique desapiadadamente.

Yo entre todos esos optimistas, te lo diré francamente, fui quizás el que me prometí mayores bienes, pues creía, juzgando por mi propio corazón, que nada enfrena tanto las malas pasiones como el reconocimiento.

Error de cuenta! fatuidad sin disculpa en los que, como tu seguro servidor, deben estar ya curtidos por el desengaño, i, por lo mismo, exentos de esa flaqueza de espíritu, a que las mas veces debemos en la vida esas amargas horas de arrepentimiento, en que la vergüenza viene a acibarar todavía mas el recuerdo de nuestra ceguera o torpeza.

Confesando, pues, mi tontería, quiero enmendarla, suplicándote dejes de una vez esas vacilaciones i esos miramientos que a nada bueno han conducido hasta aquí, ni con los que se podrá ya, por lo que ves, arribar a mejores resultados.

Tu sabes, que lo que debe ser el punto principal de nuestros deseos, la mira única de nuestros trabajos, es conseguir que en las nuevas elecciones la voluntad nacional pueda enunciar de una manera favorable a la prosperidad de la república.

Ahora bien, si estos deseos son los que deben animar a todos los buenos patriotas, principiando por los que estan hechos cargo de la administración de qué manera, cómo i cuándo podrán realizarse tan lisonjeras esperanzas, conservándose en el mando todos esos hombres, cuyos antecedentes se conocen, i cuya actitud, una vez empezada la lucha electoral, no puede ser otra que la que les aconseja el partido a que debieron su influencia, i por el que deben tratar, como es natural, de batallar hasta el último instante?

Yo sé muy bien que se nos objetará, que nuestros temores son infundados, que nuestras sospechas no son de todo punto justificables, por cuanto el interés aconseja a esos funcionarios guardarse muy bien de provocar el encono de la autoridad, a quien deben su subsistencia en el poder, i cuyo ojeriza debería arrebatarles talvez para siempre su valimiento.

A esto agregarán que la gratitud no es la prenda que mas caracteriza a los que una vez han sido sayones del despotismo, i que ese mismo ardor que manifestaron cuando fueron los agentes del montt-varismo, es una garantía de conducta para el gobierno, siendo éste el único iman a quien obedecen i deben obedecer por propia conveniencia.

Sin embargo, hai un refran español que dice:—moro viejo no puede ser buen cristiano; i como yo soi uno de esos que siguen la doctrina refraneza al pié de la letra, todo esto, i aun mucho mas que me dijeras, lo consideraría siempre como una paparucha propia solo para engañar inocentes i contentar a los crédulos i a los insensatos.

Si no es así, si lo que digo no es verdad i solo un engaño de óptica, producido por el verde de mis anteojos, ¿cómo se explica esa conducta del congreso, ese proceder de los primeros i mas responsables corifeos del partido que combate al ministerio?

Si no hubiésemos sido testigos de esta villanía, si aun no se hubiesen ostentado en toda su luz esa mezquindad o, si me quieres permitir llamar las cosas por su verdadero nombre, esas porquerías en que se han zabolado hasta el pescuezo los primeros hombres del decenio ¿habrías tú ni nadie imaginado que las pasiones de partido pudiesen llevar hasta ese grado su avilantez i su desenfreno?

Ahora pues, si los senadores, hombres de fortuna independiente, si los diputados en su mayor parte acomodados, como se dice, han llegado hasta allí, han alcanzado hasta esa raya en que paran jeneralmente la ambición i el odio del partidario i comienza el cinismo del intrigante ¿cómo crees, ni puedes imaginarte que los intendentes a quienes elevaron, i con quienes están en correspondencia íntima, dejen de trabajar un solo momento porque el nuevo congreso sea una cursal del presente, es decir, una reunion de facciosos que provoque desde el santuario de la lei a la revolucion armada, que es lo único que podría darles el imperio que han perdido?

Por otra parte, i aun suponiendo que los mandatarios de Chiloé, Maule, Talca, Valdivia, i algun otro que no queremos nombrar, no quisiesen ostensiblemente por su propia conveniencia seguir a los cabecillas del partido montt-varas, ¿cómo es posible presumir que no trabajarán a la sordina por el triunfo de la causa a que lo deben todo?

En este concepto, Juan, lo que debes hacer es escribir largo a favor de mi idea, esforzándote en probar a los ministros, que lo que les conviene antes que todo, es remover esos funcionarios a quienes ahoga en este momento su impopularidad, a quienes el solo hecho de ser tan mal vistos, cuando no odiados como son, debiera ya haberlos obligado a hacer la dimision de sus cargos sin necesidad de que se les apuntase esta medida.

De lo contrario, llegará la crisis electoral, se batallará por tener un Congreso que sea la verdadera representación de los intereses del país, i lo único que lograremos será que se vuelvan a llenar los bancos de la representación nacional con esa gavilla de decenistas; a quienes el mismo hecho de triunfar sobre la voluntad de los pueblos hará cobrar un arrojio que no reconocerá mañana ni márgenes ni vallas, colocando entónces a la administración en el duro trance de dar golpes de estado contra su voluntad i sus principios.

En política tambien se puede aplicar el adagio vulgar: mas vale pouser una vez colorado que ciento amarillo; i por cierto que si lo aplicase el actual gabinete se ahoraría muchos dolores i embarazos para lo sucesivo.

Cuando se cuenta con la opinion pública, entendiendo por ella, no un círculo de hombres afiliados masónicamente, ni una pequeña parcialidad sin principios fijos, i solo aunados por los intereses particulares, sino el voto unánime de todos los hombres que piensan, de todos los que con su fortuna e ideas ejerceu una reconocida in-

fluencia en todos los rangos del pueblo; es indudable que no hai porque asustarse en el presente, ni ménos porque arredrarse delante de las dificultades que ofrecerán en lo futuro los enemigos del bien público.

Además, contando el gobierno para el caso en que se quisiese (esta es una simple hipótesis) recurrir a la violencia, con un ejército cuya lealtad se ha probado ya cumplidamente en diez años, i pudiendo echar mano de todos aquellos recursos que le ofrece su posición, i que le traería copiosamente el patriotismo en el menor conflicto, ¿qué puede temer? ¿qué causa habria que racionalmente lo intimidase? ¿qué motivo que pudiese alejarlo prudentemente del camino de la firmeza?

Si el montt-varismo es fuerte todavía, razon i mi grande para que no se le deje robustecerse mas: si es débil, si está ya espirando, como lo suponemos, apesar de las manotadas de alagado con que nos ha golpeado i golpea todavía, mas imperiosa se hace la necesidad de cortar el mal de una vez para ahorrarle las dilatadas convulsiones de la agonía.

En este dilema, pues, me encierro cuando quiero, suponiéndome un hombre de estado, acomodar las cosas; pero como mi criterio no es infalible, i mi posición no es la mas propia para alumbrarme todas las sinuosidades de la política, te encargo trates esta cuestion en tu periódico, embebiéndote ántes en el espíritu de la jente sensata, observando atentamente el voto de todos aquellos a quienes el hábito de los negocios ha afilado las facultades intuitivas, dándoles ese golpe de vista tan necesario en los que gobiernan el timon de la nave del estado.

Sofocado el montt-varismo conforme a los consejos que da la medicina en la hidrofobia: destruidos sus planes, echadas al viento sus maquinaciones, sujetas a la publicidad, es decir al escarnio de todos, las artimañas de que se vale para aferrarse todavía al timonel; las demas rémoras que pueden ofrecer al gobierno las otras entidades aisladas que pueden serle desafortadas, caerán de por sí, agotadas de la fatiga de sus mismos impotentes esfuerzos, replegándose, al fin, al partido del gobierno; única tabla que les quedaria despues de la tormenta, i de la cual su misma conveniencia les obligaria a agarrarse para no perecer tontamente en el naufragio.

Digo esto, porque no supongo que los repúblicos exaltados se hallen poseidos de ese pudor de la Virginia de Bernardino de Saint-Pierre, que por no dejarse asir por el seno, consintió en que las olas la robasen para siempre a su idolatrado Pablo.

Si, estos virjinales tribunos no querrán, se me figura, llevar su fidelidad para con el *Pablo* de sus simpatías, (entendiendo por esté la democracia pura) hasta la raya que lo llevó aquel modelo de las amantes.

Nó, nó, ellos saben mejor que yo i que tú i que el gobierno, que con utopías no se gobiernan los pueblos, ni los partidos se forman, crecen i echan raíces en las naciones con ilusiones de colejo, con sueños poéticos, hijos de una fantasia juguetona, a quien no ha regulado todavía en su empuje la razon fria del que ha llegado a conocer la especie humana.

Convertido pues a nuestra comunión el liberalismo exaltado ya quién le quedaria por combatir, qué enemigo quedaria en pie que mereciese los honores del combate? Claro está que ninguno.

I si esto es tal como te lo digo, i si esta es una verdad que todos reconocen ¿porqué no principiamos de una vez a espurgar el camino, a quitar las piedras grandes, las piedrecillas, los cascotes, los huscos (permíteme

esta alegoría) de esos durazos de zaragoza del montt-varismo que aun estan en medio de la línea?

Sé muy bien que la máquina no se tumbará con estos obstáculos, pues ya sabes que hasta los bueyes que pilla en su tránsito quedan hechos una tortilla; pero, sin embargo, siempre es bueno alejar el peligro para tranquilidad de los viajeros, para que el camión sea mas rápido, i los conductores no tengan que estar haciendo dar esos buñidos que al fin i al cabo llegan a ser oídos sin espanto por los animales indiscretos que se atraviesan en la carrera.

No concluiré esta carta sin pedirte me espliques que es lo que ha dado lugar a los escritores de la *Voz de Chile* para que te suelten: al corresponsal i al cronista como perros rabiosos.

Como sé que tu eres amigo i sincero de los redactores de este periódico, i he visto que siempre que has podido les has tributado elogios, me sorprende, i muy de veras, que te sacudan por sus ministriles; i mucho mas desde que tú no les has dado el menor motivo por ello.

Pero, hijo, este es el gran defecto de los liberales: mucha parola sobre el respeto a la opinión ajena, mucho voceo i cháchara sobre la inviolabilidad de la conciencia, i al menor triqui-traque, zas! se te vienen encima como gatos a bofe.

Lo que mas me ha sorprendido en este cuento es que se llamen calumniados por tí, cuando, segun lo que he leído, no he visto sino que los has llamado a la discusion, haciéndoles de paso aquellas reverencias que siempre son consiguientes entre hombres que se estiman.

Tanto mas raro me ha parecido esta conducta, quanto sé que te has peleado con muchos de tus correligionarios por no quererles insertar en el *Condor* una porcion de artículos en que se les zahiere, ni ménos conceder a éstos que tienen razon cuando atribuyen sus ataques a la administracion i sus opiniones todas, en una palabra, a secretos móviles de partido no muy nobles ni jenerosos.

Este proceder de tu parte, i recordando que tu has alabado siempre sus talentos, ponderado sus servicios a la causa de la libertad, i exajerado los que pudieran haberte prestado en tus largas i no interrumpidas relaciones con ellos; me parecia que era mas que suficiente para que hubieran hecho siquiera justicia a tu corazón, i no, como me dicen ha sucedido, inculpaciones gratuitas i hasta ofensas que desdican del carácter elevado de esos caballeros.

Pero al fin, supongo que se entenderán ustedes, i que el señor Sampaño i el cronista suspenderán sus fábulas i sus denuetos, ahorrando a los lectores de su diario esas tonterías que ni siquiera pueden disculpar la agudeza del chiste i lo ingenioso de la inventiva.

Pero tambien, i es esto lo que todos dicen, ¿para qué diablos dar pluma i papel a los que todavía no saben hacer ni un capitulo de crónica? En la poesia, vaya con Dios que se ejercitasen, que allí en el teatro de las mentiras todo se permite; pero en lo serio, en asuntos que envuelven principios, eso ya no tiene disculpa.

Sin embargo, como esto ya está aceptado, pase.

Con todo, te suplico encarecidamente que no les contestes, que sufras sus desvergüenzas si es posible; i no atropelles por nada la amistad que siempre te he conocido por ellos, i a la que debes hoy sacrificar hasta la susceptibilidad de tu amor propio herido.

Chacun se dit ami,

Mais fou qui s'y repose:

Rien n'est plus commun que le nom,

Rien n'est plus rare que la chose.

Esto decía Lafontaine hace doscientos años i esto mismo gritaba Horacio hace dos mil, i esto lo diremos hasta el fin de los siglos.

¡Qué fatalidad! ¿no es cierto, Juan, que es trite volver la espalda a los recuerdos cariñosos de oros días, cerrar los ojos para no ver frialdad o encono en los que nos saludaron ayer no mas con interés i blandura?

¡Que trabajo de no poder ser Baraica para pintar en metros nunca vistas tan nunca vista ingrátitud! I apelarán a la filosofía i al patriotismo! Ah! no es la primera vez que estos sirven a ingratos.

Sin mas, queda hasta el próximo número tu afectísimo.

EL DUENDE.

El arte culinario aplicado a la política.

Un amigo nuestro muy dado al arte que cultivaba Luis XV en sus habitaciones reales, mientras el gran Federico batía en Rosbach al príncipe de Soubise i al duque de Richelieu, há-nos remitido un pequeño cuaderno, bautizado con el nombre que lleva este artículo, suplicándonos que pongamos en el *Condor* algunos capítulos para tantear por el éxito de ellos la manera como será recibido el folleto cuando aparezca por separado.

Para cumplir pues con el encargo de nuestro amigo, transcribimos los siguientes trozos:

«El famoso Brillat Savarin, autor del mas ingenioso libro que se haya publicado sobre la fisiología del gusto, sienta por axioma «que el hombre de talento es el único que sabe comer.»

«Yo, como estoy persuadido de esta verdad, digo otro tanto, con la sola diferencia de que concedo aun mas latitud al aforismo en cuestion que la que le asigna nuestro sabio.

«Si, el hombre de talento es el único que sabe comer, [aunque muchos talentos hai que no tienen ni con qué engañar las tripas] pues sin talento no puede apreciarse del todo la fragancia del camote, la succulenta suavidad de un trozo de tocino, i ese no sé qué voluptuoso que hallamos en un manjar en que las trufas han venido a ser el principal elemento.

«Si, señor, el hombre de talento es el único que puede decir:—sepulto en mi estómago todas las entidades fisiológicas del gusto: placer que los tontos, por mucho que se atraquen, no podrán conseguir en toda su vida.

«Pero si dice todas estas cosas tan consoladoras, i goza de todas estas escelsas prerrogativas, sucede, i no pocas veces por desgracia, que sus facultades gustadoras tienen que ejercerse en lo que cualquiera engulle sin el menor dispendio.

«Desarrollando pues esta teoría, ¿no se podrá decir que, supuesto que el hombre de talento es el que mas goza en el acto de comer, el que mas provecho obtiene de sus instintos o apetitos reparadores, sea así mismo el que dijera mejor los alimentos que saborea?

«Pero no es así: los poetas i los sábios siempre sufren de dispesia, como lo acredita Zimmerman con sus polvos llamados *solamen hypocondriacorum*. I de esto la razon que puede darse es que los fines nunca dicen a los principios, o mejor que las incógnitas que despeja el jenio no son sino desengaños elevados a una potencia de dolor infinito.

«Traduciendo ahora el apetito físico de alimentacion en la necesidad de nutrir la mente por el estudio ¿no podría sentirse tambien que tal vez los que mas encajan en la mente son los que ménos fuerzas digestivas tienen para asimilar a su propio quilo la sustancia ajena?

«No hai duda, los avestruces de libros nunca serán poetas como Byron o Espronceda, jamas historiadores como Gibbon o Prescott, nunca filósofos como Cousin, nunca pensadores como Guizot, nunca perodistas como Larra, nunca cronistas como Sampaño, ni nunca tampoco versificadores como Baraica.

«Es preciso pues desengañarse i sentar este axioma para go-

bierno de los *polifagos* de libros—a grandes tarascas literarias, indigestiones terribles de ideas i principios, cólicos de misere-re de doctrina, hérnias estranguladas de convicciones políticas i morales.»

Pasando el autor de este folleto a concretar sus pensamientos i a aplicar las recetas de sus platos a las que hace necesarias el condimento de los negocios públicos, continúa mas adelante.

«Si para hacer un *filet* se necesita dejar la carne macerándose en vinagre, embebiéndose en todos esos que en cocina se llaman *olores*; así para ser candidato a la presidencia de una republica es preciso llevarse, como se llevó don Manuel Montt cuatro o cinco años antes, anegado en el vinagre de la opinion i zahumado por todos esos perfumes pestilentes de la adulacion i la mentira. Para que el *filet* salga luego jugoso es preciso tiempo i trabajo: véase ahora si la presidencia del dicho dió jugo aurífero para los suyos i si dió lágrimas para la república.

«Si para hacer una tortilla, enteramente conforme a aquella de aquel cura de Brillat Savarin, es forzoso batir los huevos hasta que cambian de color, echándose unas cuantas gotas de agua que disuelvan bien la albumina, i luego freir el líquido en mantecilla fresca, cuidando de remover los bordes para que no se peguen a la sartén, i forme el conjunto esa blandura cremosa tan agradable ¿quién habrá que no atine ahora con el porqué de aquella Candidatura que se frustró por no batir los huevos de la opinion pública, disolviendo con aquellas actas a ruego la espesa capa de odios insolubles en el agua, i solo quizas en sangre, i por derramarse, en una palabra, antes de echarlo en el aceite (en que debíamos freirnos todos como unos condenados en la caldera de Satanás) que tan mal preparado se tuvo que llegó a pringar a cuantos se acercaron al tiesto, ¿dígase ahora que las tortillas política no son las tortillas del cura del cuento!

«Si para confeccionar un chanchó, de esos que llaman *arroglado*, es de que rellenarlo de aceitunas, *pio*, pasas i demas sabrosas impertinencias antes de cocerlo en uno de esos baños, que bien podian aplicarse a la gota-artética ¿cómo es que me negaréis que para ser Ministro de Hacienda, como lo fué don Jovino, es preciso que a uno le rellenen el vientre de antemano, i que lo cuezan, como a él lo cocieron, o se cocio por puro gusto, en esos clubs en que los olores de la plebe montista era capaz no decimos de aromatizar a un pichon de ministro, sino de reducir a polvo impalpable la dignidad de todo caballero? La única diferencia pues, que existe entre un chanchó arrollado i un ministro del decenio, es que cuando se le aprietta la barriga al primero, le salen aceitunas por la post data i cuando se quiere estrujar al segundo le salen *sobrantes aéreos*, que por cierto no son de lo mas nutritivo para la digestion de la república.....

«En fin, si la manteca no ha de escasear para las frituras, para las torrijas, para los pasteles llamados de moron en España i de mas real entre nosotros, siendo republicanos; idénticamente puede sentarse que para hacer *costillos*, *carlotas*, *Rusas*, *vol-aux-vents* i *chimbos* en el Ministerio de Hacienda, se ha de menester manteca *condoricia* como la que tuvieron los que manejan el erario público, i no hicieron al fin mas que los fritos de don Isidro Allessas, que, como el lector sabe, se componian de lana betunada de harina con huevo, i fritos en la mantequilla de los candiles.

«Esto supuesto, sentemos como aforismos, reasumiendo lo dicho que...

«El que come mas con la boca i el bolsillo, es el mas injenioso i el primer Ministro de Hacienda en la América Española.

«Que el que quiera hacer una buena tortilla i una buena candidatura debe tener todo pronto i no derramar la *cofaina* antes de que chirree el aceite.

«Que el que quiera hacer un buen arrollado i un buen financiero, no debe taparle la salida a los *sobrantes reales* sino desparramar el mismo *pio* con que lo rellenaron.

«Que para hacer, en fin, cosas sustanciosas, i no *merengues*, *bestios*, *buñuelos* i *panales*, es preciso tener plata con que verificar todas estas cosas; porque de lo contrario, lo hecho no

pasará de esas frioleras que lo único que acreditan es la habilidad del culinario o repostero i la carencia de la materia primera.»

Para no fatigar a nuestros lectores no seguimos adelante; pero les suplicamos que mediten en este gran pensamiento de nuestro Wattel (se entiende que hablamos del cocinero.)

«El que descubre un plato nuevo hace mas beneficio a la humanidad que el que descubre un planeta.»

En este sentido, el que descubra el modo de hacer brotar oro a nuestras arcas, dar una disenteria a los pájaros de Mejillones, i quitar todos los empleos inútiles que agotan el erario nacional, habrá hecho mas bien que Necker i que todos los que se acuestan soñando con la prosperidad pública i se levantan sabiendo que sin los menesteres dichos ella, aquí i en todas partes, no podrá ser nunca mas que un sueño interrumpido por las carcajadas i los sollozos.

Ah! quién fuese gobierno por una hora! oh! seriamos los mejores culinarios ¿o es verdad lectores? Pero si no hemos de serlo, roguemos por que otros lo sean como nosotros lo quisiéramos.

PACIENTE DE LA VERDAD.

PARTE LITERARIA.

La cómoda i la maleta.

Una Maleta Inglesa
Charlaba ufana,
I decia a una Cómoda
Que al lado estaba:
«Eres tu mas lujosa
Que yo i galana;
Pero por tí, con todo,
No me cambiara.
A tí no te permiten
Que al campo salgas,
I visites ciudades
Puertos i aduanas,
Hoteles i palacios
I lindas casas,
I que navegues siempre
Llena de gala,
I recibas de todos
Cariño i gracias.
A mí el mozo me pone
En la antesala
Cuando salgo de viaje
Siguiendo a mi ama;
I luego me acomodan
En la recámara
De mi dueño querido
Junto a la cama.
Oh! que vida tan bella!
¿De buena gana
No es cierto, dime, niña,
Que tu cambiaras
Por mi alegre existencia
Tu sedentaria
Vida, que ni por pienso
Tener deseara?»

Espera, dijo la Cómoda,
No hables tanto, charlatana,
Que a contestar voi tu arenga
I a dejarte avergonzada.
¿Qué has sacado de tus viajes?
¿Dónde están esas ventajas
Que andando de seca en meca

Has conseguido, insensata?
De cada viaje que vuelves,
Te miro mas estropeada,
Mas llena de rasmillones,
De pellicos i de rajás;
De modo que si viajando
Un poco mas te llevarás,
En breve ya no tendrias
Ni el pellejo de la cara.

A cuantas mujeres
Que corren el mundo
No vendria a pelo
Este mismo asunto.
Mui llenas de vida,
De gracia i orgullo
De casa salieron;
Mas despues de muchos
Rudos contratiempos,
Afares i sustos,
De miseria llenas,
Cubiertas de luto,
A su hogar volvieron
Sin remedio alguno:
Renegando en valde
De aquel necio orgullo,
De aquellas locuras,
Que dieron por fruto
Oprobio tan solo
Vergüenza i disgustos.

O'Higgins i la Fama.

«Mi espada fué terror de los tiranos;
Con ella di yo a Chile independencia,
Consolidé su frajil existencia,
I padre fui, mejor, de mis hermanos.

«¿I por tantos esfuerzos sobrehumanos
Qué premios recibí? Ríjida ausencia
De mi tierra natal por la violencia;
¿I hasta una tumba niéganme inhumanos!»

Así del héroe la terrible sombra
Airada se levanta i alto esclama:
O'Higgins va a decir; mas no se nombra

Al oír que la fama así lo llama,
I le repite: duerme, duerme amigo,
Tu sueño para Chile es un castigo:

LA CARTA ROBADA.

POR EDGARDO POE.

(Conclusion.)

—Oh! sí.

Aquí el prefecto sacando su agenda nos leyó en alta voz una descripcion minuciosa del documento perdido, de su aspecto interior i especialmente del exterior. Poco despues de haber concluido la lectura de esta descripcion, este escelente hombre se despidió de nosotros, tan abrumado i tan desalentado como no lo habia visto hasta ahora.

Pasó un mes poco mas o ménos cuando nos hizo una segunda visita, i nos encontró ocupados como la primera vez. Tomó una pipa i un asiento i habló de varias cosas. Al fin i entre otras cosas le dije yo:

—¿Bien que hai, G.... i vuestra carta robada? ¿Me parece

que al fin os habeis resignado, que no es poca cosa, a temerosa con el ministro?

—Que se lo lleve el diablo. Sin embargo, he vuelto a principiar esta pesquisa como me lo aconsejó Dupin; pero, como me lo figuraba ha sido tiempo perdido.

—Cuántas son las albricias ofrecidas? Nos habeis dicho.... preguntó Dupin.

—Mas... Son muy grandes... Unas albricias verdaderamente magníficas. No puedo deciros a punto fijo a cuanto ascienden; pero si os diré una cosa, i es que me comprometo a pagar de mi bolsillo cincuenta mil francos a la persona que me encuentre esta carta. Lo cierto es que el negocio se hace de dia en dia mas urgente i que la recompensa ha sido doblada últimamente. Pero en verdad, aunque se triplicase no podría desempeñar mi deber mejor que lo he hecho hasta hoy.

—Sí... sí... dijo Dupin, echando una bocanada de su pipa, creo... realmente G.... que no habeis hecho... todo lo posible... que no habeis ido al fondo de la cuestion. Vos podríais hacer... un poco mas; a lo ménos así me parece.

—¿Cómo! En qué sentido?

—Mas, (una bocanada de humo)... podríais... (bocanada sobre bocanada) tomar consejo en esta materia, hé?... (tres bocanadas de humo). ¿Os acordais de la historia que se cuenta de Abernethy (1)?

—No; al diablo vuestro Abernethy!

—Seguramente! al diablo, si eso os gusta. Pero, una vez un cierto rico muy avariento concibió el proyecto de sonsacar a Abernethy una consulta médica. Con este objeto, en medio de una sociedad entabló con él una conversacion ordinaria, en la cual refirió al médico su propio caso como si fuera el de una persona extraña.

—Supongámos, dijo el avariento que los síntomas sean tales i tales; ahora doctor, ¿qué le aconsejaríais que tomase?

—Qué tomar! dijo Abernethy, tomar consejos es lo mas seguro.

—Pero, dijo el prefecto un poco aturdido, estoy muy dispuesto a tomar consejos i a pagar por ellos. Daria verdaderamente cincuenta mil francos a quien quiera que me sacase de este negocio.

—En este caso, contestó Dupin abriendo un cajón i sacando de él un libro de apuntes, podeis desde luego hacerme un vale por la cantidad susodicha. Luego que le hayais firmado os entrego la carta que buscáis.

Esta contestacion me dejó estupefacto. Por lo que toca al prefecto, parecia herido de un rayo. Durante algunos minutos se quedó mudo e inmóvil, mirando a mi amigo con la boca abierta, con un aire incrédulo i losojos que parecian salirsele de sus órbitas. Al fin pareció volver en sí, agarró una pluma, i despues de algunas hesitaciones, la mirada absorta i vacilante escribió i firmó un vale de cincuenta mil francos, i lo entregó a Dupin poniéndolo encima de la mesa. Este lo examinó minuciosamente i lo encerró en su cartera; despues abriendo su escritorio sacó de él una carta i la entregó al prefecto. Este funcionario la agarró con una especie de locura agonizante, la abrió con mano temblorosa, echó la vista sobre su contenido, i despues, tomando con precipitacion la puerta, se lanzó sin mas ceremonia fuera del aposento i de la casa, sin haber pronunciado siquiera una sola palabra precisa desde el momento en que Dupin le habia rogado que llenase las formalidades del vale.

Cuando ya hubo partido, mi amigo entró en algunas esplicaciones.

—La policia de Paris, dijo, es excesivamente hábil en su profesion. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos, astutos, i poseen a fondo todos los conocimientos que se requieren para el desempeño de sus funciones. Así, cuando G.... nos detallaba su manera de indagar en el palacio D.... tenia una entera confianza en sus talentos, i estaba seguro que habia hecho una investigacion mas que suficiente en su especialidad.

—En su especialidad? dije.

—Sí, dijo Dupin: las medidas adoptadas no eran solo las

mejores en su especie, pues que fueron llevadas a una absoluta perfeccion. Si la carta hubiera sido ocultada en el círculo de su investigacion, estos valientes la habrian encontrado, no me cabe la menor sombra de duda.

Yo me contentaba con reir; pero Dupin parecia decir esto con mucha seriedad.

Aunque las medidas, continuó, eran buenas en su especie i admirablemente ejecutadas, tenian el defecto de ser inaplicables en este caso i mucho mas para el hombre en cuestion. Hai en eso una circunstancia singularmente injeniosa que es para él una especie de lecho de Procusto, en que adopta i sujeta todos sus planes. El yerra sin cesar por demasiada profundidad o por demasiada superficialidad para el caso en cuestion i mas de un estudiante razonaria mejor que él.

He conocido un niño de ocho años, cuya infalibilidad en el juego de pares o nones era la admiracion universal. Este juego es muy sencillo, i se juega con bolas. Uno de los jugadores tiene en la mano un cierto número de bolas i pregunta al otro: ¿pares o nones? Si este adivina gana una bola, i si se equivoca, pierde una. El niño de que hablo ganaba todas las bolas de la escuela. Naturalmente habia un modo de adivinacion el cual consistia en la sencilla observacion i en la apreciacion de la delicadeza de sus adversarios. Supongamos que su adversario fuese un badalague perfecto, i levantando su mano cerrada, pregunta: par o impar? nuestro estudiante respondia: impar, i habia perdido. Pero a la segunda prueba ganaba, porque él decia para sí: el inocente habrá apostado por la primera vez, toda su astucia no consistirá sino en poner impar la segunda; yo diré, impar; él dijo impar i ganó.

Mientras que con un adversario un poco ménos sencillo habria razonado así: este muchacho ve que primero he dicho impar, i en el segundo se propondria la primera idea que se le ocurrió, una simple variacion de par a impar como habria hecho el primer tonto; pero una segunda reflexion le dirá que es un cambio muy sencillo i finalmente se decidirá a poner par como la primera vez. Diré entonces par. Dijo par i ganó. Ahora, este modo de razonar del escolar que sus camaradas apellidaban fortuna, por último, qué es, qué es?

Eso es simplemente, dije, una identificacion del intelecto de nuestro hablador con el de su adversario.

—Es lo mismo, dijo Dupin; i cuando pregunté al muchachito por qué medio efectuaba esta perfecta identificacion que hacia toda su fortuna, me dió la respuesta siguiente:

Cuando quiero saber hasta qué punto alguno es circunspecto o estúpido, cuando es bueno o malo, o cuales son sus actuales pensamientos, acomodo mi cara despues que él, lo mas exactamente posible, i espero entonces para saber que pensamientos, o qué sentimientos naceran en mi espíritu o en mi corazon, como para igualar i correspondier con mi fisonomía.»

Esta respuesta del escolar envuelve toda la profundidad sofistica atribuida a La Rochefoucauld, a La Bruyère, a Machiavel i a Campanella.

—I la identificacion del entendimiento del hablador con el de su adversario depende, segun os comprendo, de la exactitud con que es apreciado el intelecto de este último.

—Para el valor práctico esa es, en efecto, la condicion, replicó Dupin, i si el prefecto i toda su jente se engañan con tanta frecuencia, es desde luego por falta de identificacion, i tambien por una apreciacion inexacta o mas bien por la no apreciacion de la intelijencia con la que ellos se miden. No ven sino sus propias ideas injeniosas; i cuando buscan alguna cosa oculta no piensan sino en los medios de que se hubieran servido para ocultarla. Tienen mucha razon en eso, pues que su propia injeniosidad es una representacion fiel de los demás; pero cuando se encuentra con un criminal particular, cuya sagacidad difiere en especie de la de los otros, este naturalmente los burla.

No sucede esto jamas cuando su astucia es superior i si muy frecuentemente cuando es ménos. No varian su sistema de investigacion; solo cuando son incitados por algun caso raro, por alguna recompensa extraordinaria, exageran i llevan hasta el último extremo sus viejas rutinas; pero no cambian nada en sus principios.

(1) Médico Ingles muy célebre i muy escéntrico.

En el caso de D..., por ejemplo, qué han hecho para cambiar el sistema de operaciones? Qué significan todas esas perforaciones, esas escavaciones, esas sondas, ese examen con microscopio, esa división de las superficies en pulgadas cuadradas i numeradas, qué es eso sino exajeración en la aplicación de uno o de los muchos principios de investigación que están basados en el orden de ideas relativas a la injeniosidad humana i de que el prefecto ha tomado costumbre en la larga rutina de sus funciones?

No veis que él considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren ocultar una carta, se sirven sino precisamente de un agujero hecho con barreno en una silla, al ménos de algun rincón, de algun agujero enteramente singular cuya invención es sacada del mismo registro de ideas que el agujero hecho con barreno?

¡No veis también que escondidijos tan orijinales no son empleados sino en ocasiones ordinarias, i que no las adaptan sino las inteligencias muy comunes! en todos los casos de objetos ocultos, esta manera ambiciosa i forzada de ocultar el objeto está en el principio *imaginable e imaginado*; así, el descubrimiento no depende de ningún modo de la perspicacia, sino simplemente del cuidado, de la paciencia i de la resolución de los buscadores. Mas cuando el caso es importante, cuando la recompensa es considerable se ven frustrarse todas estas buenas cualidades. Comprenderéis ahora lo que yo quería decir al afirmar que si la carta robada hubiese estado oculta en el círculo de perquisición de nuestro prefecto,—en otros términos, si el principio inspirador del escondidijo se hubiera hallado comprendido en los principios del prefecto, lo habría descubierto infaliblemente. Sin embargo este funcionario se ha chasqueado completamente, i la causa principal de su derrota consiste en la suposición que se ha formado de que el ministro es un loco, porque se ha hecho una reputación de poeta. Todos los locos son poetas, este es el modo de pensar del prefecto, i no es culpable sino en una falsa distribución del término medio colijiendo de ahí que todos los poetas son locos.

—Con que es el poeta? pregunté. Yo sé que son dos hermanos i que ambos se han formado una reputación en los letras. El ministro, creo, ha escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial e integral. Es matemático i no poeta.

—Os engañáis, lo conozco muy bien; él es poeta i matemático. Como poeta i matemático ha debido razonar justamente; mas como matemático simplemente no habría razonado muy bien i se habría puesto a merced del prefecto.

—Una opinión semejante, dije, me causa admiración; es desmentida por la voz del mundo entero. Creo que no tendréis la intención de mirar en nada una idea madurada por tantos siglos. La razón matemática es desde largo tiempo considerada como la razón por excelencia.

—Há en eso que apostar, replicó Dupin, citando a Chamfort, *toda idea pública, toda convención recibida es un disparate cuando ha convenido en ella el mayor número*. Los matemáticos, os concedo eso, han hecho lo posible por propagar el error popular de que hablais, i que aunque haya sido propagado como verdadero, no por eso deja de ser un perfecto error. Por ejemplo, nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a aplicar el análisis en las operaciones aljébricas. Los Franceses son los primeros culpables de esta tráfala científica; pero si se reconoce que los términos de la lengua tienen una real importancia, si las palabras sacan su valor de su aplicación, ahí entonces concedo que análisis se traduzca aljebra, lo mismo casi que en latin *ambitus* significa ambición, *religio* relijion, i *homines honesti* la clase de las jentes houradas.

—Veo, dije que tendríais que disputar con un buen número de aljébristas de Paris; pero continuad.

—Yo afirmo la validez i por consecuencia los resultados de una razón cultivada en todas partes por un procedimiento especial diferente de la lógica abstracta. Afirmo particularmente el razonamiento sacado del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas i de las cantidades; el razonamiento matemático no es otra cosa que la sencilla lógica aplicada a la forma i a la cantidad. El grande error

consiste en suponer que las verdades que se llaman *puramente* aljébricas son verdades abstractas o generales. Este error es tan enorme que me he maravillado de la unanimidad con que es acogido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que hai de verdad en un producto de forma o de cantidad es muchas veces un grosero error relativamente a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia es comunmente falso que la suma de las fracciones sea igual al todo, lo mismo en química, el axioma es injusto. En la apreciación de una fuerza motriz en igualmente injusto; por que dos motores, siendo cada uno de un poder dado, no tienen necesariamente, cuando se han asociado, un poder igual a la suma de los poderes tomados separadamente. Hai una multitud de otras verdades matemáticas que no son verdades sino en los límites del producto. Pero el matemático argumenta incorreiblemente según sus verdades demostradas, como si fueran una aplicación general i absoluta, valor que entonces el mundo le atribuye. Bryant, en su notable mitología, menciona un orijinal análogo de errores, cuando dice que, aunque nadie crea en las fabulas del paganismo, no obstante nos olvidamos hasta el punto de sacar deducciones de ellas, como si fueran realidades existentes. Hai algunos de nuestros aljébristas que son también paganos, i ciertas fabulas paganas a las que se les presta fe, i de las que se han sacado consecuencias, no tanto por ausencia de entendimiento como por una incomprendible turbación del cerebro. Jamas he encontrado puros matemáticos en quienes se pueda tener confianza fuera de sus principios i de sus ecuaciones.

Quiero decir, continuó Dupin, mientras que yo me contentaba con reir de sus últimas observaciones que si el ministro no hubiera sido sino un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de firmarme este billete. Yo lo conocia como matemático i poeta i habia tomado mis medidas en razon de su capacidad, teniendo presente las circunstancias en que se habia colocado. Sabia que era un hombre de corte i un intrigante determinado. Reflexioné que un hombre semejante debía indubitablemente estar al corriente de las prácticas de la policía. Evidentemente debió preveer, i el resultado lo ha probado, los acechos, que le han sido preparados. Me imaginé que él habria previsto las perquisiciones secretas en su palacio. Esas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen prefecto habia acalado como ayudantes positivos de su futuro buen éxito, yo las miraba simplemente como astucias para facilitar las libres pesquisas de la policía i persuadiria mas facilmente que la carta no estaba en el palacio. Pensaba también en toda la serie de ideas relativas a los principios invariables de la acción policial en el caso de perquisición, ideas que os explicaré en seguida, no sin ningún trabajo.

Todo esto debió precisamente inducirlo a desdeñar todos los escondidijos vulgares. Este hombre no podia ser tan fácil para no adivinar que el escondidijo mas complicado, el mas profundo de su palacio, seria tan poco secreto como una antecámara o un armario, para los ojos, las sondas, los barrenos i los microscopios del prefecto. En fin, yo veía que él debió elegir necesariamente la sencillez. Recordareis sin duda con que carcajadas de risa el prefecto acogió la idea que manifesté en nuestra primera entrevista, sobre que si el misterio lo embarazaba tanto era a causa de su absoluta sencillez.

—Sí, dije, me acuerdo perfectamente de su hilaridad. Creí verdaderamente que iba a caer en un ataque de nervios.

—El mundo material, continuó Dupin, está lleno de analogías exactas con el inmaterial, i este es el que da un colorido verdadero a ese dogma de retórica, que una metáfora o una comparación puede fortificar un argumento tan bien como embellecer una descripción.

El principio de la fuerza de inercia, por ejemplo, parece idéntico en las dos naturalezas física i metafísica; un cuerpo grueso es mas difícil penerlo en movimiento que uno pequeño, i su cantidad de movimiento está en proporcion de esta dificultad; i esto es tan positivo como esta proposición análoga: los intelectos de una vasta capacidad son al mismo tiempo

mas impetuosos, mas constantes i mas accidentales en su movimiento que los de un grado inferior, estos se mueven con ménos facilidad i se encuentran mas embarazados i vacilantes cuando se ponen en marcha. Otro ejemplo: habeis notado cuales son las muestras de tiendas que atraen mas la atencion?

— Jamas he pensado en eso, dije.

— Existe, replicó Dupin, un juego de adivinación que se juega con una carta jeográfica. Uno de los jugadores pide a cualquiera de los otros adivine una palabra dada, un nombre de ciudad, de rio, de estado o de imperio, en fin alguna palabra comprendida en la estension pintada i confundida en la carta. Una persona novicia en el juego busca en jeneral modo de embarazar a sus adversarios dándoles a adivinar nombres escritos en caracteres imperceptibles; pero los iniciados ya en el juego elijen palabras en grandes caracteres que se estenden de un lado a otro de la carta. Estas palabras, como las muestras i los carteles en letras enormes, se escapan al observador por el hecho mismo de su excesiva evidencia; i el olvido material es precisamente la análoga inatención moral de un espíritu que deja escapar las consideraciones demasiado palpables i evidentes hasta la banalidad. Pero esto es un caso, a lo que parece, un poco superior o inferior a la inteligencia del prefecto. Jamas ha creído probable o posible que el ministro haya depositado su carta justamente a vista del mundo entero, como para impedir mejor que un individuo cualquiera la apercibiera.

Pero mientras mas reflexionaba en el adivaz, en el distinguido i brillante espíritu de D...., en el hecho de haber conservado siempre a mano el documento, para usar de él inmediatamente que lo necesitase, i en el de la confesion decisiva dada por el prefecto de que el documento no se encontraba oculto en los límites de una perquisición ordinaria i en regla, me sentí mas convencido de que el ministro para ocultar la carta habia recurrido al expediente mas injenioso del mundo, al mas fácil i en el que no era posible ni aun ensayar el ocultarla.

Penetrado de estas ideas, coloqué sobre mis ojos un par de anteojos verdes i me presenté una mañana, como por casualidad, en el palacio del ministro. Encontré a D.... en su casa desalentado, distraído i manifestándose abrumado de un supremo fastidio. D.... es quizá un hombre realmente enérgico, pero eso es solamente cuando tiene la seguridad de no ser visto de nadie.

Para no hacerme sospechoso me quejé de la debilidad de mi vista i de la necesidad de llevar anteojos. Pero tras de estos anteojos yo inspeccionaba cuidadosos i minuciosamente todo el departamento, fingiendo estar completamente ocupado de la conversacion de mi huésped.

Fijaba una atención especial en un vasto escritorio cerca del cual me hallaba sentado, i sobre el que habian mezclados varias cartas i otros papeles con uno o dos instrumentos de música i algunos libros. Despues de un largo examen hecho con prolijidad, no ví en él nada que pudiese excitar particularmente mis sospechas.

A la larga, mis ojos dando vueltas por el cuarto, se fijaron sobre una miserable papelerá adornada con bricho i suspendida por un lazo de cinta azul muy vieja a un botoncito de cobre encima de la campana de la chimenea. Esta papelerá con tres o cuatro divisiones contenia cinco o seis tarjetas i una sola carta. Esta última estaba muy sucia i ajada. Casi estaba dividida en dos por el medio, como si al principio se hubiese abridado la intencion de despedazarla enteramente, por ser un objeto sin valor; pero probablemente se habia cambiado despues de idea. Tenia un gran sello negro con cifra de D.... muy marcada i estaba dirigida al ministro mismo. El ser era de una letra muy fina de mujer. Se la habia arrojado con mucho descuido, segun parecia, desdenosamente en una de las divisiones superiores de la papelerá.

Apénas hube arrojado una mirada sobre esta carta, que conocí que era la que yo buscaba. Evidentemente era ella, por su aspecto, enteramente diferente de la que el prefecto nos habia leído una descripción minuciosa. En esta el sello era grande i negro, con la cifra de D.... i en la otra era pequeño

i rojo, con las armas ducales de la familia S.... En esta el sobre era de una letra menuda de mujer, i en la otra, llevando el nombre de una persona real, era de una letra arrogante, clara i caracterizada; las dos cartas no se parecian sino en un punto, en el tamaño. Pero el carácter excesivo de estas diferencias, fundamentales en suma, lo ajada, i el deplorable estado del papel despedazado que contradecian las verdaderas costumbres de D.... tan metódicas, que denunciaba la intencion de desviar a un indiscreto ofreciéndole todas las apariencias de un documento sin valor, a todo esto se agrega la situación imprudente del documento puesto a la vista de todos i concordando así exactamente con mis conclusiones anteriores; todo esto, dije, estaba acomodado para corroborar decididamente las sospechas de alguno que hubiera ido con la intencion de indagar algo sobre el asunto.

Prolongué mi visita todo el tiempo que me fué posible, i siempre sosteniendo una discusión muy viva con el ministro sobre un punto que sabia era para él de un interés siempre nuevo, pero con mi atención invariablemente aiestada sobre la carta. Al hacer el examen de ella, reflexionaba sobre su aspecto exterior i sobre la manera como estaba colocada en la papelerá, i al fin hice un descubrimiento que vino a sacarme de la ligera duda que aun podia quedarme. Al analizar los borbos del papel noté estaban mas cargados que lo natural. Presentaban el aspecto quebrado de un papel duro, que habiendo sido doblado i apremiado, se habia vuelto a doblar en el sentido inverso, pero en los mismos pliegues que constituian su forma primitiva. Este descubrimiento me bastó. Era claro para mí que la carta la habian vuelto como a un guante, i que la habian doblado i sellado de nuevo. Desdeñando un buen dia al ministro me despedí de él olvidando una tabaquera de oro sobre su escritorio.

A la mañana siguiente volví a buscar mi tabaquera i renovamos muy vivamente la conversacion de la vespera. Pero mientras se empeñaba la discusión, una detonación muy fuerte, como un balazo, se hizo sentir bajo las ventanas del palacio, i fué seguido de gritos i vociferaciones de una multitud espantada. D.... se precipitó hacia una ventana, la abrió i miró a la calle. Al mismo tiempo fui derecho a la papelerá, tomé la carta, la puse en mi bolsillo i la reemplacé con otra, una especie de fac-símile (en cuanto al exterior) que habia cuidadosamente preparado falsificando la cifra de D.... ayudado de un sello de miga de pan.

El tumulto de la calle habia sido ocasionado por el capricho insensato de un hombre armado de un fusil. Habia descargado su arma en medio de una multitud de mujeres i niños; pero como no estaba cargado con bala, se creyó que era algun loco o ebrio, i se le permitió continuar su camino. Cuando ya se hubo alejado D.... se retiró de la ventana, a donde yo lo habia seguido inmediatamente despues de haberme asegurado de la preciosa carta. Pocos instantes despues le dije adios. El pretendido loco era un hombre pagado por mí.

— Pero cual era vuestro objeto, pregunté a mi amigo, al reemplazar la carta por otra falsificada? No hubiera sido mas sencillo que desde vuestra primera visita os hubieseis apoderado de ella, sin otras precauciones?

— D...., replicó Dupin, es capaz de todo i de mucho mas, es un hombre sólido. Ademas, hai en su palacio servidores a su devocion. Si yo hubiera hecho la estravagante tentativa de que habeis no habria salido vivo de su casa. El buen pueblo de Paris no habria oído hablar mas de mí; pero a mas de estas consideraciones yo tenia un objeto particular. Conocéis mis simpatías políticas. En este asunto obro como partidario de la dama en cuestion: hace diez i ocho meses que el ministro la tiene en su poder; i es ella mientras tanto quien lo tiene, pues que ignora que la carta no está en su casa, i va a proceder con su cautela habitual. Va a operar infaliblemente i al primer golpe su ruina política. Su caída no será ménos precipitada que ridicula. Se habla muy desdenosamente del *facilis descensus Avernus*; pero en materia de escaladas, se puede decir lo que el Catalani decia del canto: es mas fácil subir que bajar. En el caso presente no tengo la menor simpatía, ni aun piedad por el que va a bajar. D....

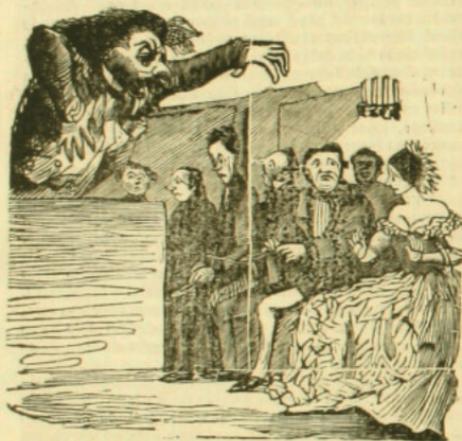
es el verdadero monstrum horrendum, un hombre de jenio sin principios. Os confieso sin embargo, que no me desagradaría conocer el carácter exacto de su pensamiento, cuando, provocado por la que el prefecto llama una cierta persona, se vea obligado a abrir la carta que he dejado para él en su papetera.

—Como! que habeis puesto en ella alguna cosa de particular?

—No me ha parecido conveniente dejar el interior en blanco, eso habria tenido el aire de un insulto. Una vez en Viena, D.... me jugó un ruin chasco i yo le dije con un tono alegre que no lo olvidaría. Así, como sabía que experimentaría una cierta curiosidad relativamente a la persona que lo habia burlado, pensé que sería mejor no dejarle el menor indicio. El conocia muy bien mi letra, i copié lo mejor que pude en la hoja en blanco estas palabras:

.....Un designio tan funesto,
Si no es digno de Atrea es digno de Thyesto.

Encontrareis esto en el Atreo de Crebillon.



Cuentos de la semana.

Bendito sea Dios! no solo una sino cien veces por habernos dado una semana tan preñada de acontecimientos como el presente.

I despues nos saldrán diciendo que Santiago es un cementerio, en donde no se ven mas que inscripciones mortuorias i algunos cuantos mausoleos para saciar la curiosidad de los vivos.

¡Qué mentira! Santiago es la ciudad de los placeres; i sino, ahí están esos veinticinco teatros, llenos todas las noches: ahí esas serenatas a la veueciana, esas funciones, esas tertulias, esos banquetes, esos bailes, en que cada mariposa deja unos cuantos polvos dorados de sus alas, cada inocencia algun jiron de su túnica de pureza; i cada padre i marido una de sus venerables insignias, que la naturaleza parece haberles dado para que el amor tenga alguna cosa mas con que jugar en sus picarescas travesuras.

Si, Santiago es la ciudad de los deleites, i testigos de esta verdad son esas elegantes amazonas que vemos en el pasaje Tagle i Búlnes revolotear brindando a la jugue-

tona inajinacion de los picaflores esos tesoros de encanto que halla en Paris o en Londres el que vive atisbando el goze en todas las esquinas, i las angustiosas emociones del amor encontradizo en cada plaza o callejon sin salidas.

Pero si es la ciudad de los prestijios en cuanto a gustos, es la reina en cuanto al movimiento de la intelijencia; sí, señor, la Atenas de Sud-América, el centro de las Luces de este pobre continente, acostumbrado al tufo del velon, como su heroica madre a los candiles apagadizos en todo lo que no se alumbra por quemar, como sucedió en el piadoso reinado del segundo Felipe, i en el de todos los descendientes de aquel famoso Fernando, a quien se llamó *Católico* para disimular su perfidia i sus veleidades con tan simpático epíteto.

El que no quiera confesarnos lo que vamos diciendo, al ménos no nos negará, ni podrá negarnos, se nos figura, que Santiago es la capital de la política, el foyer de los acontecimientos que afectan al mundo, el corazon de la diplomacia, i el cerebro de todo este hemisferio al que todo se concede ménos el tener sesos.

En prueba de esto, quiero decir, de todo lo que llevamos relatado, os citaré esos dos Casinos en donde se reúne esa multitud de literatos, de dilettanti, de Tenorios, de fashionables, que dejan atras a esos aliados del Jockey-Club, de quienes decia Dumas hijo: en cada boton de su casaca llevan preñada una conquista, i en cada rizo una idea del demonio de la perversidad parisiense.

Si esto os parece poca cosa todavía, ahí está el teatro Municipal, relleno todas las noches de aficionados elegantes que hacen retumbar sus bóvedas con el ruido de sus aplausos, i volver en prado inglés el escenario a fuerza de cintas i coronas.

Si de aquí nos apartamos para dirijirnos al teatro de los sucesos serios, como son las Cámaras, ya nuestra atencion tiene otra cosa mas sustancial en que fijarse, ya nuestros ojos tienen que mirar por fuerza esa aristocracia del talento, que tanto vale en Inglaterra, i a cuyo aspecto hasta los mismos demócratas tienen que sentirse poseidos de admiracion i respeto.

Si, señor, el extranjero que aborde a nuestras playas por deseos de conocer la América i quiera saber lo que es un poder legislativo en regla, es decir una de esas entidades a que deben todo su esplendor los gobiernos representativos; no tiene mas que dirijirse a la Cámara de Senadores, i hallará allí una media docena de hombres cuyo aspecto, palabra, voz i majestuosa compostura estan revelando de a legua que han sido educados para el oficio, i por lo mismo dignos de representar a una nacion en el derecho que tiene de fabricarse su prosperidad por medio de las leyes. Verdad es que de quando en quando suelen dejar nuestros próceres el grano para ocuparse de aventar la paja; verdad, i muy gorda, que mas de una vez se han dejado llevar de sus *petites misères* posponiendo los intereses de sus comitentes; pero ¿en qué parte del mundo no hai senadores que disparaten, que desbarren, que digan desvergüenzas, que se opongan como barricadas delante del poder ejecutivo para que éste se rompa la nuca al pretender salvarlas?

Sobre todo, cuando se ha llegado a una perfeccion de instituciones como las que hemos alcanzado, i adquirido esos hábitos políticos que traen consigo la civilizacion i el interés de todos los instantes por la pública felicidad: uno o dos lunares, como esos que nos afean, no hacen sino aumentar nuestro crédito, así como a aquellas hermosuras hacen todavía mas graciosas i picantes esos lunarcitos que vienen a colocarse caprichosamente o sobre

el labio aterciopelado de rosa o en el hoyito maligno de las mejillas.

Sin embargo, hai hombres que nada perdonan, i a quienes hace intolerantes el mismo hábito de observar las instituciones en todos los pueblos. Uno de estos es el marqués de Custine, quien afirma que lo que mas le sorprendió en su mansion en Rusia, fué la disciplina militar de aquel ejército a que calificamos de hordas vándlicas de Cosacos, o hijos de la niebla.

Pues bien, este dicho marqués para probar su admiracion por el réjimen militar de aquel imperio, cuenta que estando él al lado del Emperador Alejandro en una revista que éste pasaba a sus tropas, antojósele al Cesar atravesar con su espada el pié de uno de los soldados, el cual ni siquiera levantó los ojos para acusar recibo de esta fineza de su adorado monarca i pontífice.

Os digo esto para que no extrañéis que un frances recién llegado, con quien tengo ya mas que mediano conocimiento, me diga, como sucedió el último dia de la contestacion al mensaje del Presidente de la República, que aquí no tenemos hombres de tribuna, hombres de oposicion, sino simplemente hareguistas indignos de figurar en cualquiera de los parlamentos de Europa.

Diciéndole yo, que se fijara en la actitud del presidente del senado para que viese que tambien nosotros tenemos Vergniauds i Lanjuinais, me decia—mais, monsieur, comment est-ce que vous pouvez dire cela, quand ce gaillard de président n'a ni la mine d'un orateur ni meme l'habit d'un homme de robe.

En fin, mi frances se mantuvo firme, i me negó no solo cuando yo le decia, sino que a mas acusó a todos los oradores del senado de falta de costumbres i maneras oratorias, de decoro parlamentario, i de todos esos ribetes que hacen precisos, en una posicion tan elevada como esa, el carácter siempre respetable de un elejido del pueblo.

Pero no se desengañarán todavía, i por decir amargas mentiras dejarán de ocuparse de lo que es urgente i no admite dilaciones.

¿I por qué no abandonar esas tonterías, esas imprudencias, esos desahogos de un torpe amor propio herido i contraerse de una vez a lo que importa.

Abi está el proyecto de las huaneras, el del reglamento de Aduanas, el del impuesto del papel sellado i de patentes, el de demarcacion de limites de la provincia de Valparaiso, el de instruccion secundaria, el de jubilacion i otros mil mas pensamientos que podia explotar el Congreso para que se le perdonaran las vacaciones tan largas en que ha estado metido.

La prensa de provincia dice esto mismo i recuerda que las Cámaras prometieron ocuparse de la creacion de un nuevo departamento en Coquimbo, i que aun todavía no han hecho ni pensado hacer nada sobre el negocio.

¿I luego saldrán diciendo que dicen desvergüenzas i buscan camorra a los Ministros porque éstos no les traen nada en que distraerse?

Cuando se quiere trabajar no hai disculpa, i mucho mas cuando el Congreso, para vengarse dignamente de lo que ha llamado pereza administrativa, ha podido haberle mostrado al gobierno con el ejemplo que no solo censura su dejadez o miseria, sino que suple ventajosamente su falta de inventiva i empuje.

Cuando los partidos se estrechan en la lucha, tratan de dejar ilesos la bandera que llevan, de dejar sin mancha los estandartes que les sirven de escudo i por los que se afanan en arrebatarlos los unos a los otros. Mas, entre nosotros, el partido montista no ha querido conservar el

suyo, por lo que parece, sino entregarlo a sus contrarios salpicado de lodo i hecho un verdadero harapo.

Cuando los poderes públicos, como ha sucedido muchas veces, se empujan a su turno, llevando el Lejislativo las intenciones de destruir al Ejecutivo, como sucedió con los Estados jenerales i asambleas nacional i constituyente en Francia, hacen la guerra, asestan todo jénero de proyectiles contra el adversario; pero jamás descienden a la arena en que se baten los individuos particulares que no quieren confiar al honor o a la justicia la redencion de sus agravios.

Si esto hubiesen tenido presente los oradores del decenio, a buen seguro que habrian querido dejar consignados en la memoria de todos los chilenos esos actos de menuda hostilidad que tanto han logrado hacer descender en importancia i respeto al partido que dominan.

Sobre todo, ¿puede desear el señor Cerda o el señor Mujica, o el señor Ovalle que el gobierno, hallándose en una situacion, como se dice imposible, principie a dar golpes para abrirse el camino que se le cierra por pura malevolencia?

De seguro que no querrian estos señores Senadores tal fin de fiesta; pero si no lo quieren, como lo creemos, ¿para qué obran como lo hacen, para qué provocan de la manera que lo han hecho, para qué hostigan al poder hasta el grado de colocarlo en una situacion tan violenta?

Si por el contrario, lo que quieren es que el gobierno comience a separar de la escama a todos los que lo estorban, principiando por los de mas abultadas proporciones, para poder así, con el espectáculo de la persecucion, evolucionar a todo su partido i conseguir al cabo que este recurra a la revolucion ¿no sería una temeridad tal pensamiento, un crimen imperdonable el solo querer poner en planta tan nefando proyecto?

La revolucion! ¿I a dónde irian a parar entónces ellos i todos los montt-varistas? ¿A dónde todos esos hombres a quienes la sociedad odia, i a quienes el pueblo, una vez hecho soberano, atacaría irremisiblemente?

¿O quieren ser los Sansones en el sacrificio? Si tal fuese su idea, recomendaríamos al Ministerio que tomase las tijeras de Melilla.

Esta tan seria protesta que elevamos en virtud de nuestra soberania como ciudadanos, si no merece ser atendida, como regularmente no lo será, al ménos es tan digna de leerse como la que acaban de hacer los Estudiantes de Pavia contra Napoleon III por los asuntos de Méjico.

Por lo visto, la Italia guarda todavía en sus universidades esas pandillas de tunantes quijotezcos que en la edad media ya invadían el castillo de un gran señor para robarle su castellana, ya asaltaban un convento por solo tener el placer de ver el espanto en las ancianas reverencias de aquellos pacíficos asilos, o ya se juntaban en las plazas públicas para volcar el coche de un preboste, o llenar de décimas insultantes i zurriagazos desafortados a toda la escolta de un ministro odiado.

Si esto es así, los tiempos de Pedro Gringorio i los de aquellos estudiantes Salmantinos que eran el terror de las rondas i de los maridos, estan todavía de moda; lo que ya es algo para la Italia, a quien, desde que Garibaldi le dió por querer irse al Quirinal, no le queda ni el respeto al soberano Pontífice.

Pero ¿qué habrá dicho Napoleon III de aquella grita estudiantil i de la que se formó en Aconagua en que nos dijeron los oradores que toditos éramos descendientes de Coipi i Catrileo?

Por supuesto se habrá aterrorizado el Cesar de Fran-

cia; i no es para ménos. Miren, que unos estudiantes como los de Pavia i unos oradores como los de Aconagua son capaces de quitar el sueño a cualquiera, i mucho mas a Napoleón, que, segun se dice, no duerme sino con un ojo.

Lo curioso, sin embargo, de esto es que la jente estudiantina, despues de haber protestado contra los negocios de Méjico, ha dicho que no quiere ir a romperse los cascos por Juárez sino dirigirse a fabricar la unidad Italiana que le ofrece aribaldi desde Caprera.

Pues, señor, que así sea: que se vayan a hacer unitaria a la Italia, a quien dividen ochenta nacionalidades rivales, a quien la misma topografía ha puesto en el tálion de su bota—territorio un reino, ayer no mas victima de los feroces monstruos de la raza Borbónica Italianizada, i hoy i tal vez mañana, presa la mas disputada por las hordas de la anarquía i del crimen.

Mucho mejor sería, sin embargo, que los estudiantes aquellos de Pavia, se fuesen a pelar la pava, como dicen los Españoles, o a cantar serenatas delante de los balcones de las damas de quel museo-monasterio, como llamaba Carlos V a la ciudad que prestó su nombre para engalanar la memoria de Francisco I.

Sí, mucho mejor sería esto como lo sería tambien que nos dejásemos ya de tanto clamoreo inútil por la cosa de Méjico i pensásemos en organizarnos para tener un buen Congreso en las próximas elecciones.

De lo contrario, podrá muy bien sucedernos lo que le aconteció a una tía mia, que por estar cociendo los agujeritos chicos de una bolsa en que guardaba sus doblones, estos se iban saliendo por los grandes i cayendo en mis manos muy callandito.

Bueno pues sería dejar ya tantas niñadas i trabajar en cosas de provecho como las que hemos dicho, uniéndonos fraternalmente para resistir al moult-varismo que a la hora de estas está esperando hacer con el gobierno lo que hice yo con los doblones de mi pobre tía.

Sino nos sentimos animados de este deseo tan natural i tan santo ¿por qué no aprovechamos la ocasion que se nos presenta para aprender filosofía de la música en el cuaderno que el maestro Alcedo acaba de confeccionar para sacar ideólogos musicales de todos los que se dediquen al solfeo?

Vamos, nuestro viejo maestro de capilla ha hecho lo que decía o aconsejaba el *soprano* Farinelli a Isabel la Católica: sí, señor, ha reducido a cuerpo las ideas de aquel famoso cantor que aseguraba a la mas seria i noble de las reinas, diciendo: «vendrá día, señora, en que la música se aplique a todos los ramos del saber humano.»

I tenía razon, el cardenal Cisneros apretó a los españoles, haciéndoles chillar hasta el *do* de los tenores, i Alberoni hasta el *fa* sepulcral de los bajos.

Pero si la música está llamada a producir estos beneficios, es fuerza que nos hagamos todos *melómanos*, que así al ménos ganaremos elecciones con *partituras*, i tendremos senadores i diputados i municipales que nos anden a la *grupa*, mientras nosotros afinamos las cuerdas o llenamos de resina los arcos de los violones.

Damos pues, i muy de veras, los ramos a nuestro maestro Alcedo por su *filosofía elemental* de la música, prometiéndole consagrar algunos ratos de nuestros ocios al estudio de esa *filosofía* cuyos principios están impresos en la larinje o en la yema de los dedos.

Ahora que me acuerdo, os diré que un amigo nuestro nos ha pedido nuestro parecer sobre una obrita que, con el título de *arte de conocer a los hombres por las uñas*, piensa dar al público como un ensayo.

Por supuesto, la idea es *ingeniosa*, *nueva*, *atrevida*, i podría prestarse aun a mas consideraciones que las que le asigna nuestro jóven amigo; pero como entre nosotros son muy pocos los de *uñas largas*, especialmente en el ministerio de hacienda, nos parece que su arte no puede tener las aplicaciones que en otra parte pueden darle con facilidad los entendidos en el asunto.

En Brusélas, no hace mucho tiempo, un escritor se empeñó en probar que la caligrafía podía servir para conocer las pasiones i los instintos en el hombre tan bien como la fisiognomía de Lavatter o la Craneoscopia i frenología de Gall o Spurzheim.

Sin embargo, sus ensayos no han conseguido todavía, segun él mismo asienta, un resultado bien ventajoso, por la razon de que la letra no ha sido el objeto de una atencion sostenida de parte del profesor, o mas claro, porque aun no se ha estudiado la manera de enseñar a cada uno los garabatos que mejor cuadren con los del alma. Así, si la letra como hormiga, dice, es señal de un corazón pequeño, no siempre pueden averiguarse los sentimientos por ella, por cuanto el maestro pudo volver chico lo que naturalmente habria sido grande.

Si la letra pues i las uñas pueden llegar con el tiempo a ser sistemas de indagacion para el hombre, así como la música, segun Alcedo, es ya una filosofía elemental; tendremos, no hai que dudarlo, por facultades morales al *re, do mi fa*, i por móvil regulador de las acciones humanas a una *Cavatina* de Donizeti, i por escarpelo de indagacion anatómica i fisiológica los garabatos encrespados de una rúbrica i las uñas funerarias del escribano o del mercader de chancaca. En el siglo de los *telégrafos terrestres i submarinos*, de la electricidad, del vapor, de los buques blindados, de los cañones Armstrong, parecen, con todo, raros estos experimentos; pero qué demonios! no por eso tambien se ha de tratar de impedir que se conozca al ser humano por todos sus recobesos.

¿Para qué estudiar al hombre, dicen, sin embargo, los escépticos, cuando éste es impenetrable i lo será siempre para el hombre mismo?

¿Para qué, sobre todo, saber lo que es, cuando no por saberlo dejarémos de engañarnos en muchas ocasiones, i de ser lo que somos para vergüenza de nuestra raza?

Con todo, yo quisiera porque el jóven príncipe danés no quiere ceñirse todavía la corona que le ofrece la Grecia, siendo esta, (i mucho mas de valde) tan agradable para todo lo que tiene derecho o afición a llevar algo en la cabeza.

Cuando recuerdo esto, i pienso en lo que hemos admirado i admiramos tanto en materia de abnegacion i desprendimiento, llego a convecrme que O'Higgins al dejar la banda i otro al no querer ser presidente, no hicieran tan gran cosa como se se piensa, sino cedieron quizás al temor lo que hubieran podido regalar al patriotismo.

Otra de las cosas que yo quisiera saber tambien, es aquello que está haciendo ahora en Madrid el *marques* de Miraflores en el arreglo del ceremonial de la Corte.

I de veras, daria algo por penetrar en la cabeza de ese pobre *marques* ministro, para ver qué es lo que tiene en mira al querer reconstruir ese andamio de vejeces que formó la España hace cuatro siglos.

Sí, penetraria de buena gana en el cráneo de ese hombre de estado para ver si creará su Excelencia que la grandeza del ceremonial es la grandeza verdadera de las naciones, como talvez se lo figura inocentemente.

Cuando Carlos V poseía casi la Europa entera i hac

que los tercios españoles estendieran la religion i sus proezas por todo el orbe: cuando sus descendientes hasta el demente Carlos II conquistaban no ciudades sino mundos, llevando sus soldados por todas las zonas la *crúz i la espada* como prendas de la fuerza incontrastable de su gigantéscia monarquía, claro está que era justo, natural, i hasta necesario, que la *etiqueta dijese* a aquellos hechos heroicos, que el ceremonial fuese adecuado a la majestad de los grandes actores de aquel drama; pero que hoy cuando gobiernan los Miraflores i los O'Donnell i los Pavia se piense en resucitar nos difuntos, grandiosos i respetables entónces i hoy solo ridiculos como un sainete, es tan absurdo como si pretendiesen los reclutas de aquella monarquía llevar la espada de Pizarro o la de Cortes a los estenuados campos marroquies.

Pero lo que tiene de bueno, digase lo que se quiera, es el ejemplo que nos dan a nosotros, i que aprovecharemos reformando nuestro ceremonial sin ceremonia, como conviene a la majestad de que nos hallamos investidos.

Por supuesto, reformemos la Cámara de Senadores principiando por obligar a los senadores a vestir traje talar i peluca empolvada (lo que les sentará mucho) i a que hablen poniendo la mano sobre una corona de mostazilla o carton, bordado de lentejuelas, que colocarán sobre la rodilla.—Tambien obligaremos a que el presidente del senado se siente en una bolsa llena no de algodon, como esa que en Inglaterra representa la riqueza manufacturera, sino sobre una en que hayan cocos o nueces, en imájen de lo que producen nuestras palmas i nuestros nogales.

Por supuesto no se encajarán los votos en esa urna que ahora existe, i que fué comprada para cafetera de don Mariano Egaña, sino en una que parezca una copa etrusca, una verdadera ánfora antigua, en cuya base luzcan como cariatides los bustos de los senadores como en el cáliz de la Compañía los pasos de mi Señor Jesucristo.

Se prohibirá asimismo que el oficial de sala esté sentado, como estaba don Tadeo, en una misma fila que los senadores haciendo creer a los que iban al Senado por primera vez, o que todos los próceres eran oficiales de sala, o que todos éstos eran próceres hechos i derechos.

Tambien prohibirá el ceremonial, nos parece, que se coma queso, que se beba vino, i que los senadores se lleven haciendo viajes al palomar aquel en que don Tadeo tenia conejos i gallinas, los que solian a veces irse, atraidos por la elocuencia, a meterse en las sesiones i andar por entre las piernas de los senadores.

La barra tambien se reformará: si, se reformará i no querrá volver, por cierto, a hacer lo que no se hace en ningun país culto, ni se podria hacer sin recibir el apodo de *ignorante*, de *bárbara* i quedar en muchas ocasiones sujeta a castigos o reprimendas.

Pero tambien quien debe dar el ejemplo, quien empenarse en formar hábitos políticos, en hacer costumbre el respeto a la lei i a la dignidad de los funcionarios del Estado?

Los hombres que figuran en los poderes públicos, los individuos que por su carrera representan un papel espectral, i en fin, todos aquellos en quienes el pueblo debe venerar el poder (asuma este la forma que se quiera) i venerar en ellos las mismas garantías i preeminencias con que los ha investido.

Ya debéis haber leído en el *Mercurio* la exhibicion que va a hacerse, i que se habrá hecho ya en Valparaiso, de un toro de cinco patas, cuya nunca vista profusion de piés debe, como es natural, llamar la atencion pública.

¡Lo que es la naturaleza en sus caprichos!

Nos da toros con cinco patas; i nos da hombres sin pié ni pata: nos da ovejas con dos cabezas i tres ojos, i al mismo tiempo nos regala sordo-mudos i ciegos, o mujeres sin brazos ni piés i con dos cabezas i ninguna oreja.

Si, la naturaleza humana es tan caprichosa en sus formas como la mujer en sus halagos i perfidias, realizando así ese milagro admirable, maravilloso de producir con una misma cosa cosas tan desemejantes i distintas.

Lavatter hablando de esto dice: ¿podria creerse, si no lo viéramos, que con una nariz se podia representar el valor i el miedo, la jenerosidad i la cicatería, la gravedad i la impudencia?

Pues señor, ahí están los narigones i los chatos, los de nariz como un tomate i los que tienen una nariz recta, severa, o enteramente conforme a los modelos de la estatua Griega.

Pero si Dios ha hecho tantas maravillas con una nariz ¿a dónde me dejan ustedes la que ha verificado en ciertos escritores que con un solo artículo llenan doscientos diarios, dándole, se se entiende, las mismas evoluciones que la naturaleza a las narices en el vientre de las madres?

Pero volviendo al toro de cinco patas ¿no es cierto, que es una maravilla nunca vista? Si fueran cinco cuernos, eso siquiera no era tanto, pues ya se sabe que a las bestias se les puede mirar con esos i muchos mas sin que nadie se asombre.

La razon de esto creo que la trae Quevedo, cuando dice—«uno espanta i muchos amansan.»

Así, si Dios quisiese mandarle salir al agraciado de las cinco, otras seis o siete patas mas, ni él se espantaria ni tampoco los espectadores pagarian un ochavo por verlo.

Contando esto a una señora con quien suelo tener mis conversaciones para que sea mi niña Egeria en estas revistas, declame: ¡I no podria suceder, una vez supuesta i confesada la omnipotencia divina, que Dios quisiese echarle a los senadores otra boca mas para que se abusasen contra el gobierno por tres vias a cual mas abundosas i terribles?

A esta pregunta, que ¿no podia responder negativamente sin negar el poder omnipotente i sabio del Criador, contesté solo: ¡I no seria tambien posible que así como podia regalarles otra boca mas, les frunciese la que tienen en castigo de las desvergüenzas que han soltado contra el ministerio?

Si mi argumento no era de peso, era sin embargo muy a propósito, tenia el *chis* de la situacion; así que todo fué decirlo i mi Egeria principiar a reir como si la estuviesen matando a coquillas.

Al hablar de esta niña de Numa no puedo ménos que recordar lo que nos dice el correspondal del *Ferrocarril* respecto a la muerte de Madama Lamartine, acaecida últimamente en París.

Si, aquella mujer era la divinidad tutelar del nido del poeta, la hermana de caridad de aquel corazon hoy lastimado por el destino, ulcerado por la miseria.

El mismo correspondal nos dá tristisimos detalles acerca de la situacion del autor de los Girondinos; detalles que mas de una vez han hecho asomar una lágrima a nuestros ojos.

Quando se reflexiona en que el hombre que encantó a la Francia, acabando de imprimir a sus creencias ese sello que la diestra mano de Chateaubriand, ayudada por la autora de Corina, habia logrado asentar sobre el carácter religioso i literario del pueblo frances: cuando

se trae a la memoria que el que escribió esas páginas inmortales en los Girondinos, Graziela, Rafael i todas esas demas obras maestras de sentimiento i poesia; cuando se recuerda, decimos, que él fué uno de los árbitros de los destinos de la Francia, añadiendo a su corona de poeta, la conciencia inmaculada i la elevacion del alma, mui raros en los hombres de estado; cuando se piensa en fin, en que el mismo hombre que gastó la fortuna de un príncipe socorriendo la miseria, como jamás lo hizo potentado alguno, se ve hoy muriendo de agonía i desesperacion en un lecho de dolor, acosado por la miseria, molestando tal vez por desapiadados mercaderes; oh! al pensar en esto, uno llega a preguntarse—¿i dónde está el jenio pues, i dónde esa magnificencia que se nos pinta en esa vieja Europa para premiar al talento? Sin embargo, Girandin pide que la Francia se suscriba para pagar las deudas de su poeta; i así lo hará no hai duda, pues nada es comparable en grandeza, cuando se trata de librar del infortunio al que ha merecido bien de la Francia, al corazon de esos hijos del Sena tan abierto para toda emocion jenorosa i tan compasivo para toda noble desgracia.

Pero si en Francia se pagan las deudas a los poetas formando loterías o suscripciones que deben considerarse como el tributo de cada uno en aras del orgullo nacional, entre nosotros se pone i se pondrá al que hace versos i no paga (aunque sea Horacio o Virjilio) en las mismas calzas prietas que se mete al baratillero o al mozo de las fondas.

Camilo Henriquez murió en la miseria, i como ese hubo ciento i habrán mil que morirán todavía peor que él, no obstante que nos decimos civilizados i tenemos la pretension de ser los mas caritativos del mundo.

Napoleon III aunque hace *calambures*, como el que hizo, diciendo: la *lire* de Mr. de Lamartine es devnue un *tire—lire*, a pesar de esto hará mas de lo que hacen en América todos los que se llevan la fama de Mecenas de los talentos.

I no se diga que aquí no hai jénios, que aquí no pueden haber poetas, literatos etc; no, nada de esto puede decirse para escusarnos de nuestra miseria, pues la América, así como posee los mas dilatados rios, las montañas mas empinadas, la naturaleza, en fin, mas grandiosa que existe bien puede contener asimismo hombres superiores.

Sin embargo de esto, el carácter no varia, los sentimientos no cambian; i los pueblos llevan siempre en todas las faces de su civilizacion el sello peculiar que imprimieron a su carácter sus nativos instintos.

Si esto ha de ser así, nos alegraremos que Chile no produzca mas poetas que Baraínca, ni mas.... pero punto en boca.

¿I qué decís de la medalla que recibirá Mr. Meiggs i Mr. Lloyd en el aniversario de nuestra independencia, en recompensa de los afanes i multiplicados sacrificios que les ha merecido la via férrea de que tanto porvenir espera Chile? Oh! jamás el grabador de nuestra casa de Moneda pudo tener dos bustos mas simpáticos en que lucir sus talentos. El señor Meiggs al dar remate a su obra ha hecho un beneficio inestimable, ha cumplido grandiosamente con sus compromisos, ha hecho, en una palabra, por nuestro pais lo que hubiera enaltecido al mas jenoroso de sus hijos. En esta virtud, la medalla de honor que recibe del pueblo de Santiago debe ser para él tan grata como lo es para nosotros la consideracion de haberle demostrado nuestro agradecimiento.

¡Ah! si hubieran muchos Meiggs, Chile tendría que tener una oficina solo para grabar medallas, pero como por desgracia son mui pocos, no tema el señor Bainville verse mui atareado en sus trabajos.

Los Estados-Unidos que nos miran, podran con este hecho hacernos justicia: si, nos la harán; i en ello mas habrá ganado nuestra vanidad que con las mil futeleas en que de continuo la ciframos tan tontamente.

Al cerrar esta revista, siento no poder decirnos nada de gracioso, nada de amable al ménos; pero nos consuela la idea de que hai todavía otros que se hallan en nuestro caso i llenan todavía peor que nosotros la tarea de divertir a los lectores.

Al poner aquí un punto final, hemos tenido el disgusto de saber por la viuda de don Miguel de la Barra, que en la Cámara de Diputados ha sido desechada la solicitud que esta señora hizo ante el Congreso de 57 para recabar una gracia de la lejislatura con que poder medio llenar sus necesidades.

La comision informante, la Cámara de Diputado al denegar este pequeño servicio a la pobre viuda del buen patriota don Miguel de la Barra, ha obrado como podia un prendero, a quien no obligan las calidades del que necesita sus favores sino la responsabilidad de que puede disponer para devolver el préstamo o el servicio.

No obstante, se gastan miles en corresponder favores indignos, en premiar lo que no merece ni puede merecer sino reprobacion: se alarga la infinita lista de las pensiones pías hasta hacerla una *solitaria* que arruina las fuerzas djestivas del Estado. Pero como ha de ser! no siempre la viudez i la miseria hallaron alivio!

En las Cámaras francesas decia un orador:—si la viuda de Orsini viniese a implorar nuestra misericordia la ampararíamos, pues la Francia no mira a quien hace sus favores sino el carácter de quien los hace.

Ejemplo precioso! pero sabe Dios si tendremos ocasion i voluntad para imitarlo. ¡Desgraciados de los que esperan! Ellos siempre tendrán que pasar por la pena de ser desatendidos! Triste pero verdadera filosofia que es fuerza respetar como neceraria.

Apíadlos pues lectores, i suscribios, como ella lo pide, para dar alivio a la orfandad i a la pobreza.

Felices nosotros si conseguimos contribuir a esta buena obra, i si el corazon chileno aprovecha esta coyuntura para probar su caridad i cómo estima la desgracia en los que le piden favor en nombre del pasado.

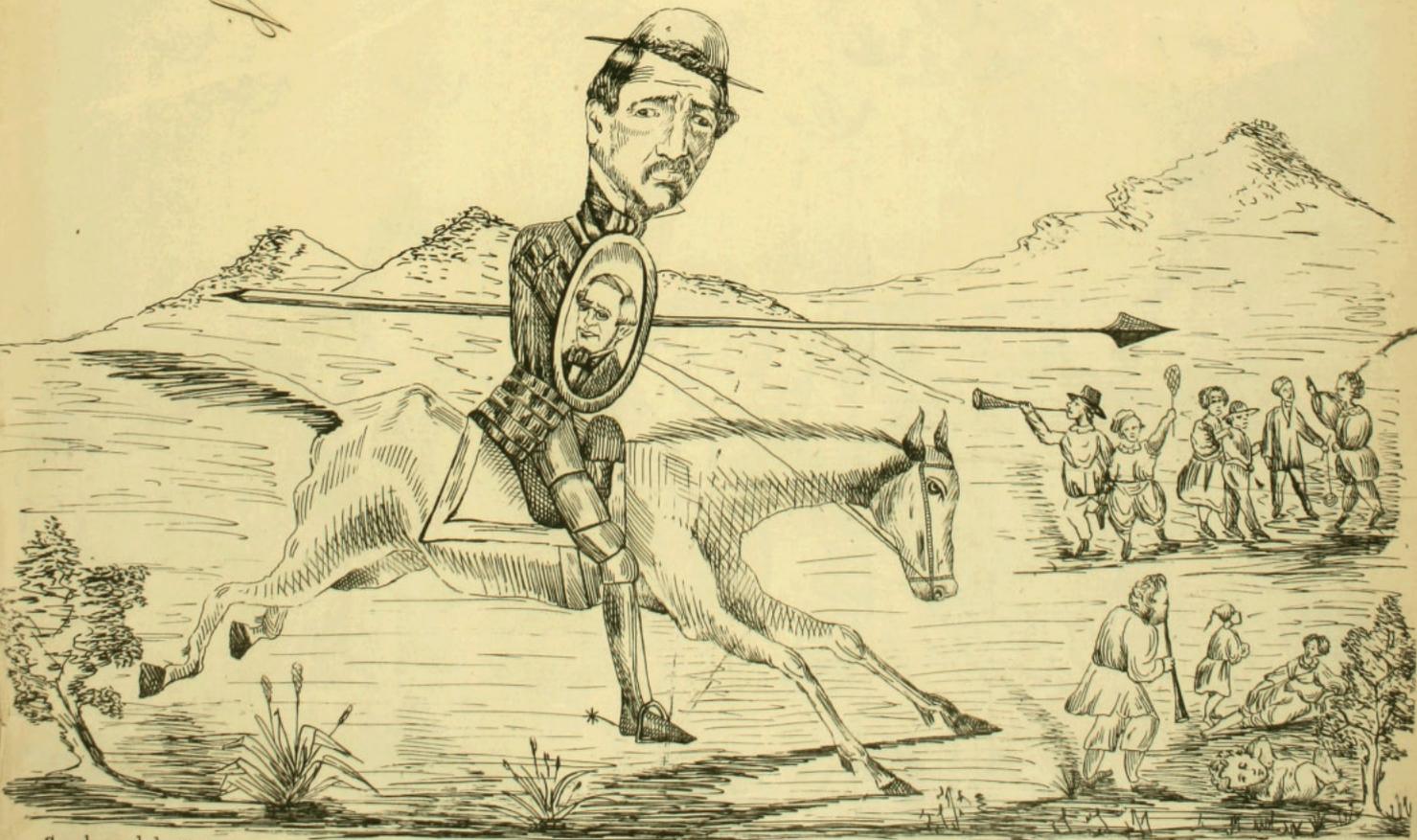
No extrañéis esta blandura de corazon, sino, por el contrario, creedla una necesidad del alma cuando no se puede dar otra cosa.

JUAN DE LAS VIÑAS.

Advertencia.

Suplicamos a nuestros agentes i suscritores de provincia, se sirvan mandarnos a la mayor brevedad posible el valor de las suscripciones, pues siendo este adelantado, está ya para espirar el bimestre sin que hasta ahora lo hayamos recibido de muchos de ellos. Como este periódico vive de las suscripciones del público, creemos que no tomarán a mal esta advertencia.

EL EDITOR.



Soy hijo del Cid; pero los pícaros dicen que estoy armado con la coraza i el yelmo de Mambrino.



¡Qué cosa tan linda es el huano! A recojer, hijitos, antes que nos lo quiten los Bolivianos.

El Condor.

PERIODICO POLITICO I LITERARIO.

Año I.

Santiago, Agosto 2 de 1863.

Núm. 8.

Reformas constitucionales.

Raros son los que opinan, hablamos de los que se apellidan liberales, porque el código fundamental que nos rige no deba sufrir una transformacion completa.

Preguntados por la causa que motiva este violento deseo de innovaciones, dicennos lo primero: que las constituciones políticas deben seguir el movimiento de civilizacion que asumen las sociedades, por cuanto aquellas deben estar siempre en perfecta armonía con el progreso i la felicidad que han sabido labrarse las naciones.

Lo segundo que nos refieren, i en que creen hallar una razon de peso incontestable, es que los pueblos no pueden permanecer estacionarios, adoptando para el presente una organizacion que fué o pudo ser buena en el pasado, pero que en el día no lograria sino ser impotente o mala; atendiendo a que las leyes orgánicas de las sociedades humanas, una vez en desequilibrio con su prosperidad moral i física, no pueden ménos que romperse infaliblemente por los mismos sucesos que se pretende contrariar contra la corriente del tiempo.

Lo tercero en que se apoyan (i a nuestro juicio con algun mas fundamento) es en que el pueblo o los gobiernos cuando han llegado a violar la *Carta* fundamental dan con esto un evidente testimonio, una prueba irrecusable de la ineficacia en que se halla ésta para seguir conteniendo con sus disposiciones los elementos de unidad i de orden que estan confiados a su custodia.

Como estas razones hai todavía mil otras que alegan, i pueden alegarse en realidad, para justificar aparentemente el cominillo novelero de reformas que, segun Hermosilla, hemos visto surgir en todas partes a impulsos de la filosofia destructora del pasado siglo.

Contrayéndonos a la América española que ha ensayado todos los sistemas desde la irrealizable federacion hasta el restrictivo unitarismo, ¿qué no puede decirse, qué cosa no puede prestarse en esta materia a impugnaciones i defensas, a recriminaciones i disculpas?

Pero lo que no puede negarse es que descuidando con frecuencia sus verdaderos intereses para atender al ruido de palabras sonoras, que preocupándose de lo que realmente no ejercia un papel importante en su prosperidad, i que atribuyendo en mas de una ocasion sus dolencias a lo que en realidad no era la causa eficiente de ellas, hémosla visto desde que proclamó

su independencia forcejar sin descanso por aclimatar en su seno todo jénero de instituciones, todo linaje de reformas sin provecho alguno.

¿I podria decirse con algun fundamento que la servidumbre i la licencia, resultados lójicos i fatales de la remocion constante en las leyes de su organismo, han sido efecto de las malas instituciones que han conseguido darse en medio de sus constantes vaivenes entre la felicidad i la desdicha?

Nó, la demagogía de Nueva Granada, la de Venezuela, la tiranía del Ecuador, no son la consecuencia de las constituciones que se forjaron sino el resultado preciso de ese torbellino de reformas con que se ha querido insensatamente corregir lo que no era efecto de la lei sino de los vicios del hombre.

Como estos desgraciados pueblos, han sido poco mas o ménos todos los de este malaventurado continente; i si se estudia con imparcialidad la situacion de cada uno de ellos, no se verá otra cosa que los frutos dañosos de una intempestiva aclimatacion de estranjerias teorías o, por mejor decir, del árbol de la libertad que plantaron con la mano del crimen i han regado hasta hoy con arroyos de sangre.

Sin embargo todas esas naciones a quienes ha aflijido la peste reformista, todavía esperan su redencion de nuevos trastornos, todavía aguardan la luz de mayores tormentas.

Entre nosotros por fortuna los partidarios de las reformas constitucionales no han llegado hasta la raya de los otros utopistas sud-americanos. Con todo, aunque llevados muchos de ellos de un ardor verdaderamente jeneroso i patriótico, han pretendido i pretenden, talvez con mas empeño que cordura, la reforma a todo trance de todos los puntos que aparecen como mas viciosos en la carta fundamental que nos rige.

La constitucion de 1833 es innegable que encierra entre sus disposiciones algunas que pugnando con el espíritu de libertad que debe presidir en las instituciones de los gobiernos republicanos se prestan a la censura o, mas bien, reclaman a primera vista una reforma completa.

Dictada i sancionada en tiempos en que la licencia invadía el estado social destruyendo la armonía que debe reinar en un pueblo democrático en casi todos los ramos de la administracion, no es extraño que su espíritu se resienta de aquella restriccion que es imposible dejar de emplear cuando se trata de ordenar i encerrar en un todo homojéneo los diferentes elementos dispersos del orden social.

La de 1823 llena de prescripciones adelantadas i progresistas no pudo por la misma razon de su escasa laxitud i relajacion en varias de ellas, llenar, como se vió prácticamente, los fines que se propuso su ilustre i sabio autor.

El escritor del *Mensajero de Londres*, como se sabe, hizo la crítica razonada de ella en aquel periódico; i entre los defectos cu' minantes que parecen chocar a su tino experimentado, se nota la discordancia que, a su juicio, campea en aquella constitucion, que, basada sobre un espíritu de libertad amplia i jenerosa, da motivo por otra parte a una mezquindad i tirantez que parecen incompatibles con su misma esencia.

La libertad relijiosa, las disposiciones que abren la puerta a todas las creencias i a todos los cultos, hijos de la razon individual, o de la nacionalidad i de los hábitos, fueron defendidas por Withe, i como para hacer ver a los Americanos que la intolerancia en materia de relijion es compañera inseparable de todas aquellas cortapisas que impiden el adelanto moral de las naciones.

Atribuyendo tal vez con justicia el señor Withe el estado de vergonzoso retrogradismo en que se hallaba la España su patria a este vicio del cual fluyen necesariamente, como consecuencia lójica e inmediata, los otros vicios sociales i políticos, quiere que los Chilenos, amedrentados por el triste espectáculo que ofrece aquel desventurado pueblo, procuren dar mas ensanche a la razon abriendo las puertas a todos los elementos de engrandecimiento representados por los individuos de todos los pueblos que quieran venir a formar parte de nuestra familia Chilena.

Justos o injustos los cargos hechos a la Carta de que hablamos, confesada o no la discordancia de escasa libertad con la estrechez i restricciones que hemos notado, lo cierto es, que no pudo ofrecer la constitucion dicha el remedio que habia menester Chile entónces para ser gobernado sin trastornos ni zozobras.

La de 1828, obra a la que es fuerza confesar un gran mérito tanto por la esencia de ella como por la sabiduría de los que llevaron a cima la tarea de su confeccion, tampoco pudo establecer un sistema de administration sólida i segura, i librar por consiguiente al pueblo de las conmociones intestinas que impedian su progreso moral i entrababan el desarrollo de su prosperidad física.

El desconcierto, la miseria, el descrédito establecidos desgraciadamente en todos los ramos del gobierno de entónces, i sin que bastasen ni los nobles esfuerzos de los patriotas eminentes, funcionarios en aquellos tiempos, ni el buen sentido, que parece nuestro patrimonio, a mitigarlos siquiera, trajeron el fin de repetidos reveses, de males reiterados i de mil esperanzas cruelmente frustradas, la carta de 1833, que debia poner freno i abarcar como en un anillo de hierro, todos los elementos sociales que parecian correr a la ventura empujando al país a sepultarse en los abismos.

Organizado Chile bajo un pié en que treinta años no han sido suficientes para roer ninguna de las rue-

das principales de su máquina política, disfrutando ampliamente de toda la felicidad interior i de toda la gloria posible a las naciones de su orjén i circunstancias, es verdad que parecen a la primera ojeada necesarias las reformas constitucionales, e indispensable el chapodar el vasto ramaje que impide el desarrollo del bien en todos los departamentos de la administration.

Mas para proceder a toda reforma es preciso, o mejor dicho, indispensable que pueda obrarse de un modo seguro, i sin que mas tarde sea imposible volver atras deshaciendo lo ya ejecutado con lijereza o por torpe atropellamiento.

Si es así, si esto lo aconsejan la razon i la esperiencia ¿cómo pretender que la reforma se verifique a tontas i a locas, como lo seria si, siguiendo el parecer de los reformistas, se echasen a rodar las prescripciones mas vitales en que se asienta la suerte de la república?

No son, por cierto, las reformas constitucionales las mas importantes, ni las mas urjentes para que un país pueda subsistir en el mismo pié de bienestar que, a favor de lo mismo que se trata de corregir, ha alcanzado i disfruta por fortuna.

Las leyes fundamentales, orgánicas de un pueblo, una vez probada la utilidad o beneficio que han producido, no impiden, por atrasadas que se miren, que la nacion siga por el sendero de la felicidad i del progreso.

La Inglaterra que ha llegado, como todo el mundo sabe, a aclimatar en su suelo todo lo que forma el bien de todos los pueblos de la tierra: que ha salido alcanzar el maximum, puede decirse, en la perfectibilidad administrativa, ha mirado con el mayor respeto la carta que la rije todavía hoi apesar de los vicios que todos sus políticos le censuran. ¿I en esto que mirará el filósofo? ¿I sobre esto que otra cosa podrá decirse, viendo que sin las reformas que se apuntan como necesarias continua gozando de un bienestar que parece multiplicarse con la serie de los años?

El hermano de Ricardo corazon de Leon, el usurpador *Juan sin tierra* no debió presumirse que su obra durase tanto tiempo, ni ménos podrán imaginarse los que piensan que es forzoso cambiar de leyes fundamentales como de camisa, que esa carta, gloria eterna para la Inglaterra, fuése el orjén de su grandiosa prosperidad, i de su libertad tan envidiada por todos los pueblos del mundo.

La edad media con todas sus tinieblas, con todos sus vicios, costumbres, usos i preocupaciones allí se ven todavía palpitantes, i sin embargo las franquicias, prerrogativas i fueros del pueblo Ingles, tales como se ostentan hoi en la Gran-Bretaña, en nada se menoscaban con la existencia de aquella *Carta* tan famosa, segun sus políticos, i tan atrasada como inconcebible para todos los que se dicen reformadores.

Lingard, en su historia de Inglaterra, hablando del reinado de *Juan sin tierra*, i al pintar lo que eran esos altivos barones a quienes el matador de su sobrino tuvo que hacer firmar ese documento que los obligaba a constreñir su licencioso desenfreno, se esplica así:

«Ideada por el crimen, dictada por la cordura i sostenida al principio por el terror de una voluntad que comenzaba a hacerse temible, vino aquella *Carta* a servir de padron indestructible para las libertades Inglesas, que semejantes a esas oleadas de lava abrasadora de los volcanes, si no las respetasen ellos como sagrada, vendrian a ser lo que en la nacion vecina el orijen i fundamento de la anarquía i del despotismo.»

Hallam, en su erudita historia de la Inglaterra constitucional, tambien nos dice:

«El pueblo Ingles debe sus libertades a aquel glorioso monumento, i por esto mismo no hai Ingles alguno, por reformista acolorado que se proclame, que no crea fuese un crimen de lesa-patria el atentar contra aquel sagrario de sus fueros, a que el pueblo de la Gran-Bretaña, desde el mas bajo escalon hasta la mas empinada i esplendente jerarquia social, debe el beneficio de jirar sin que los rangos sociales se entrechoben entre sí, ni avasallen unos a los mas bajos, ni estos se rebelen contra los mas altos, como sucede en todos los paises que han adoptado la forma del gobierno representativo.»

Bristead, en su compendio histórico de los Estados-Unidos, tambien nos cuenta con su sencillez republicana: que si el Jonh Bull goza de preeminencias lo debe a aquella constitucion en que los demócratas sus paisanos ven una monstruosidad tan admirable, como aquella que admiran los arquitectos en la famosa torre de Pisa, a la que el arte arquitectónico casi no llega a suponer un punto racional de apoyo.

La España de 1812, que es un ejemplo que muy bien puede aplicarse a nosotros, es sabido que tuvo una constitucion que, en el sentir de sus políticos mas eminentes, se encerraban todos los requisitos indispensables para la felicidad de la nacion Española.

I sin embargo ¿que existencia tuvo, de que sirvió? ¿qué órden social i administrativo cimentó? Ninguno, nada, absolutamente nada; ¿i por qué? Porque estaba en desequilibrio con la legislacion existente, con los hábitos envejecidos, con las preocupaciones i la ignorancia del pueblo.

En Bolivia, Santa Cruz quiso implantar el Código Napoleon, imaginando que las leyes pueden ajustarse a cualquier pueblo, ¿i qué sucedió de esa transplantacion ridicula? Que el árbol demasiado grande para el terreno no ha producido nada; porque nada puede esperarse racionalmente de todo aquello que es atropellado i estemporáneo.

La administracion de Rivadavia, que a primera vista ofuscó a las demas repúblicas Sud-Americanas, tuvo poco mas o ménos el mismo defecto que habia tenido el código Napoleon al implantarse en Bolivia; i ¡ojala que hubiesen quedado aqui solamente los males; i que la tiranía del bárbaro Rozas no pudiese atribuirse como corolario de época tan gloriosa, tan avanzada i tan funesta a un mismo tiempo por los resultados que produjo!

Ahora bien, si la legislacion en general no puede atropellarse en su progreso, produciendo bienes antes del tiempo impuesto por Dios como auxiliar indispen-

sable para que los pueblos operen sus mejoras ¿qué será, si estas se quieren hacer en las constituciones, sustentantes poderosos del estado, columnas robustas de su existencia, cuando han dado pruebas de haberlo sostenido, i de todos modos difíciles de derrumbar sin peligro ni violencias?

Apuntar los defectos de que adolece nuestra constitucion vijente respecto a la teoría, señalar los abusos a que da lugar la práctica de sus disposiciones, manifestar sus vicios, hacer resaltar los lunares que la afean, i sin pensar en darse, mucho menos, cuenta del modo como se verifican las reformas, i de los bienes o males que puede traer consigo tal innovacion; no nos parece tan difícil tarea para aquellos hombres que, acostumbrados a entrar el escalpelo de la crítica en los asuntos políticos o de administracion, no reparan en el término hasta donde pueden alcanzar en sus especulaciones.

Los convencionales de 91 trabajaron una legislacion tan perfecta, tan humanitaria, tan progresista que Napoleón, en sentir de Lamartine i de otros historiadores, se echó la gloria de tantos hermosos trabajos con solo estampar su nombre al pié de aquel famoso código; pero ¿qué consiguió con ella la república? A dónde fue a parar? ¿Qué aplicaciones tuvieron esas sabias disposiciones? ¿Cómo se tradujeron sus adelantados preceptos, sus jenerosas prescripciones? ¿Cómo, en fin, se llevaron a cabo? Devorándose los partidos unos a otros, haciendo de la Francia una espantosa carnicería, i preparando a fuerza de los crímenes, frutos de la licencia, el pedestal para el héroe que destruyó todas las libertades, i sacrificó a millares de victimas en el altar de su ambicion i de su nombre.

Los reformadores, como lo hemos dicho, no escasean por una fatalidad en toda la América; i las reformas i las innovaciones han estado, i estan hoy mas que nunca, de moda en casi todas las repúblicas hermanas.

Sin embargo el espectáculo que han ofrecido ofrecen al mundo no ha podido ser mas horrible.

La antigua Colombia, desmembrándose a la muerte de Bolívar i constituyéndose en pueblos democráticos, rejidos por leyes i constituciones forjadas para su nueva forma, no es ciertamente una prueba de la felicidad comprada con la longanimidad de las leyes ni con la vocingleria apasionada de los constitucioneros.

El Perú con sus hábitos añejos, con sus preocupaciones, con sus vicios mismos, antes de la revolucion operada en su organizacion política ofrecia un cuadro mil veces mas respetable i floreciente que en tiempos posteriores en que quiso trasplantar los frutos exóticos de la reforma.

A pesar de su situacion, de su portentosa riqueza i sus mil dones privilegiados no es envidiable su suerte, ni podria serlo racionalmente a causa de los disturbios que a cada instante interrumpen sus pasos vacilantes en la senda del bien i del patriotismo.

Bolivia con todas sus reformas, con su código, con su organizacion medio teatral, no es tampoco, ni con mucho, lo que fué cuando los bolivianos se mantenian dentro de la órbita del buen sentido, i se contentaban

con los beneficios moderados que les ofrecian la cordura i la esperiencia.

Méjico ahí esta sufriendo la invasion extranjera, ahí la vemos revolcándose en su sangre, i sin embargo ha tenido mas constituciones ella sola que toda la América junta.

Ha ensayado la federacion i el unitarismo, ha tenido la dictadura popular i el despotismo del sable; de todo ha hecho uso, todo lo ha copiado; i con todo el resultado tristísimo está patente a nuestra vista, diciéndonos las lágrimas i la sangre vertida lo que puede el querer arrebatarse al tiempo lo que no quiere darnos todavía, i solo reparte a las naciones despues de una larga serie de pacientes esperiencias.

Sobre todo ¿es la constitucion restrictiva de 833 la que nos ha empobrecido, diezmando, envilecido en los diez años porque acabamos de pasar como en una dolorosa pesadilla? ¿Lo diria el mismo que torció su espíritu en todas ocasiones, el que gobernó introduciendo dentro de sus prescripciones una espada, como para probar que se puede herir con la lei de la misma manera que con aquellas masas que emplean los asesinos para dar la muerte sin que se vea la sangre de la víctima?

Nó, no es la constitucion de 33 la que nos produjo esos diez años de horrible recuerdo, esas proscripciones, esas fianzas políticas, esos encarcelamientos, esas batallas, esas siembras de huesos humanos en los terrenos en que aun no se habia visto una espiga: nó, lo que nos atrajo tantos males, lo que casi completó nuestra ruina, fué el abuso que se hizo de ese código, a quien se culpa como podría acusarse hasta la Providencia de los mismos dones que nos da, i que pueden convertirse en agentes de muerte i esterminio por una voluntad malévola.

Sin embargo, la república está todavía en pié con la Carta a que debe su salvacion; i los hombres íntegros i patriotas que lo mandan harán indudablemente con la conducta legal que observan que el odio que sienten algunos hácia ella se convierta mañana en homenaje i respeto.

Leyes no nos faltan por fortuna, instituciones sabias tampoco se echan de ménos para el adelanto del país; pero aun que se nos diga i pruebe que la conveniencia de las reformas es innegable, tambien dirémos que son todavía mas necesarias i urgentes otras condiciones sociales sin las cuales no tienen eficacia ninguna las instituciones por adelantadas que sean.

Sismondí cree, como lo creen todos los que han estudiado la ciencia de la administracion en todos sus ramos, en todos sus resortes, que una constitucion buena es la obra de la civilizacion, hija legítima del tiempo, que progresiva i paulatinamente enseña tanto al hombre como a los individuos que forman los pueblos a adquirir los medios de procurarse el bien i de evadirse de los males que se apegan a sus primeros años.

En fin concluiremos recordando al *Mercurio*, (que en dias pasados habló de la necesidad de destruir ese árbol anoso a que, segun su sentir, se han debido las calamidades que deploramos;) que en política no hai mejor leccion ni prueba que los hechos; que la historia

se encarga de probar la utilidad o los perjuicios de las teorías, como asimismo la eficacia o nulidad de las instituciones a que han debido su grandeza o su ruina todos los pueblos.

Concluiremos tambien recordándole medite en estas palabras de Bonetin, autor del libro la *humanidad*, que invocaron como testimonio de ciencia irrecusable Luis Blanc i Marie en el gobierno provisorio.

Si, dice, todas las instituciones perfectas (esto es si posible fuese la perfectibilidad en los obras del hombre) pueden ser malas, perversas, cuando los hombres que las custodian son tiranos o déspotas estúpidos.

«Del mismo modo, todas las constituciones más malas, retrógradas, como la de Inglaterra, pueden ser buenas i asegurar la felicidad de los pueblos, cuando éstos han aprendido a ejercer el derecho, cuando éstos se han acostumbrado a los fuertes huracanes de la libertad.

«La Polonia tuvo las leyes de los Jajellones, i hoy vive bajo la garra de Rusia. España tuvo la primera en Europa un gobierno representativo, i despues sufrió a Fernando VII.

«Pedro el Grande dió una constitucion horrible a la Rusia, i sin embargo ella nació a la vida de la inteligencia a empuje de ese mismo bárbaro monumento.»

En fin, entienda el *Mercurio* que una constitucion es el vestido que debe darse a los pueblos; i que querer ocultar con ella sus deformidades es tan absurdo como querer burlar con un traje ceñido a la cintura las monstruosidades físicas del individuo.

Recapaciten en esto los constitucioneros, i estamos seguros que apagarán un tanto su entusiasmo reformista, concediéndonos que en este asunto no hemos andado tan faltos de razon, como algunos que no queriendo darse la pena de comprobar sus teorías quieren pasar sin embargo por novadores.

CORRESPONDENCIAS.

Cartas del «Bueno» a Juan de las Viñas.

CARTA TERCERA.

¿Qué creerás, mi querido Juan, de la pertinacia que tengo en esta correspondencia contigo? Por supuesto que dirás: o este pobre quiere que se ocupen de él, o anda detras de algun empleo.

Pero ni en una ni en otra cosa tendrás razon, pues nadie habrá tan lerdo que me juzgue tan vanidoso i tan interesado.

Verdad es que siempre las malas lenguas atribuyen toda accion que no podrian hacer sin tener el interés por guia, a mezquinos deseos, a ruines intenciones; pero tambien lo es, que en todas partes hai hombres capaces de apreciar en lo que vale una conducta jenerosa.

En este concepto, échome hoy otra vez a nado en tus columnas, i diga la crítica i la malevolencia lo que mejor les plazca.

Pues, amigo, cuando te decia en mi anterior que era ya forzoso que el gobierno principiase a remover los intendentés i gobernadores montistas, te decia lo que dicen todos los que esperan este acontecimiento como una esperanza para lo porvenir.

Idénticamente a mí hai personas que opinan en el negocio; i eso que muchas de ellas han creído como yo,

que la política de transacción era la que nos importaba i convenia en el momento presente.

Desengañados de esta que llamaremos quimera, por no darle otro nombre mas duro, quieren hoy volver sobre sus pasos, i para ello se proponen dirigirse al gobierno, no por medio de eso que llaman derecho de petición sino por conversaciones particulares con los señores ministros, i aquellas confianzas o amonestaciones que siempre reciben gustosos los que respetan la opinión pública.

Si lo que pueden alegar para demorar un poco mas la remoción, que naturalmente harán de los funcionarios del decenio, es que aun el gobierno no cuenta con ninguno de los poderes públicos, me parece que no habrán dicho cosa de mucho peso; por cuanto si la aquiescencia de los grandes poderes del estado es absolutamente necesaria para la marcha de una administración colocada en un estado normal, no lo es de ningún modo cuando esta se apoya en el voto jeneral del pueblo, i por esta razon es rechazada o combatida por aquellos.

Destituyáanse pues los intendentes i gobernadores montistas, espúrguese la administración de todos aquellos empleados que por su conducta i antecedentes se han acarreado odios i, lo que es mas, deba temerse una traición a los intereses del gobierno.

Puestos al frente de las provincias individuos patriotas, jente, en una palabra, que ofrezca garantías al señor Perez, i que llene las expectativas de la localidad, la cosa variará de aspecto, todo volverá a entrar en el estado normal, i por decontado a cobrar las provincias firmeza en su afecto al gobierno, al que ahora talvez consideran vacilante i rodeado de peligros.

Los pesimistas que ven todo por lo negro de su bilis, no piensan ciertamente como nosotros, i creyendo sentar una verdad indisputable, aseguran que la administración no puede ménos de venir al suelo al primer sacudon que den los adversarios del ministerio.

El gobierno no cuenta, dicen, ni con las cámaras, ni con las municipalidades, todas estas desde Atacama hasta Magallanes hostiles i hasta conspiradoras: el gobierno no tiene ni puede tener la mayoría en el congreso venidero, pues esta no podrá jamas lograrse sin que se depongan esos intendentes i gobernadores que harán salir de las urnas electorales los elejidos por Varas: el gobierno no cuenta tampoco con el ejército que, como se vé, está todo él confiado a jefes que han sido los mas exaltados en la lucha pasada: el gobierno, para colmo de su penuria, no tiene ni los pacos, pues se sabe que hasta los jefes de este cuerpo hablan públicamente de sus simpatías para con los hombres del pasado, i no ahorran en sus manifestaciones de adhesión hácia Varas i Montt palabras que los comprometen, i que deben ser como un triste augurio para el gabinete de Julio.

Si, todo esto, i mucho mas, se dice, se corre, se comenta en las plazas, en los cafés, en los corrillos; pero los hombres que han estudiado la situación i conocen profundamente lo que valen los partidos, los recursos con que cuenta cada uno de ellos, responden a su turno rebatiendo todas estas habladurías, hijas del miedo, con las razones que les sujere el perfecto conocimiento que tienen del gobierno, i sobre todo, de la situación en que se hallan sus enemigos.

Sin embargo, en política la benevolencia se traduce por debilidad, la conciliación por cobardía, i la fanfarronería por resolución i coraje.

En este concepto, sería de desear que el gobierno tomase de una vez una actitud severa, imponente, para que los montt-varistas, viéndose sin intendentes ni goberna-

dores, se convenciesen que no les queda otro recurso que abandonar las armas i rendirse a discreción de su jeneroso enemigo.

¡Qué lastima, Juan, es la de no poder salvar de ese naufragio a uno o dos hombres que en nuestro bando harían indudablemente algun servicio! Pero qué diablos! Don Manuel Montt se formó un rejimiento de afiliados cuya lealtad se probará como la de los suizos que han defendido siempre en toda la Europa a los reyes que los pagaban para metrallar los pueblos que se rebelaban contra su tiranía.

Cuando pienso en esto, llego a figurarme que el tal don Manuel hace con sus afiliados aquellas brujerías que snponemos a los hechiceros cuando quieren embrujar, o como dicen los huasos, *hacer daño* a los que son el objeto de sus maniobras.

Siesta comparacion te parece mala ¿te desagradaría igualmente que comparase la lójia montt-varista a aquellas lojias de francmazonas en que el gran maestro o venerable estaba armado hasta del poder de la iluminacion o iluminismo para hacer temblar de horror a los que se sujetaban a las pruebas exijidas por la cofradía?

Aunque no soy supersticioso ni me gusta suponer por causa de los hechos de que no puedo darme cuenta un motivo supernatural, llego a veces a figurarme, como te acabo de decir, que en don Manuel Montt hai un poder magnético que atrae irresistiblemente a los que ha logrado imantar con su diabólica nigromancia.

Leyendo una vez un libro de la condesa de Dash, en que pinta la juventud de Luis XV, admiróme ver que una mujer de aquel siglo escéptico i, sobre todo, tan hábil como aquella elegante canonesa, fuese capaz de creer en encantamientos como el mas crédulo i novicio de los estudiantes.

Pues señor, la tal condesa dice que a un señor Emeric (que tambien la tenia a ella algo embrujada) se debió que el rei recobrase la salud amenazada mortalmente por una enfermedad hasta entonces desconocida.

¿Con qué te parece que verificó esa maravilla el señor Emeric? Con una opiata compuesta ex-profeso para el rei, i para la cual no habia dolencia irresistible.

Pedido el específico para salvar a la duquesa de Chateauroux, que asimismo moria de otra enfermedad desconocida, añade la condesa, que le fué negada, diciéndole Emeric que los hados habian resuelto que el rei perdiese a su querida, i que por lo mismo él no podia absolutamente contrariarlos.

Pero lo cierto es que la prediccion de Emeric se cumplió: Luis XV salvó con la opiata i la pobre duquesa de Chateauroux pagó con la vida los desprecios con que habia agoviado a sus desgraciadas hermanas las condesas de Mailli, de Ventimille i de Lauragnais, tambien odaliscas de aquel corrompido sultan de talones rojos.

Ahora bien, ¿no tendrá don Manuel Montt alguna opiata secreta, algun específico para infundir a sus amigos esa constancia en el mal, esa tenacidad para hostigar a los enemigos en el camino del gobierno?

Hablando de esto con uno de esos individuos que no creen, como la autora que te he citado, en nada de superior i milagroso, sino por el contrario, todo lo atribuyen a causas muy pequeñas i naturales, decíame: la verdadera brujería, la verdadera opiata, los verdaderos polvos de la madre Celestina son los siete millones que repartió a sus amigos, son los dos mil empleos que creó para pagar los servicios de sus nobilitos partidarios, son los dos mil gajecillos, i esa innumerable cáfila de piltrafas, en una palabra, que repartió en esa trahilla de aduladores i pa-

laciegos que llevó siempre después al campo donde había sido la caza.

En fin, Juan, habla largo sobre esto: escribe artículo tras artículo, puja en fin, hijo, para que el gobierno haga de una vez lo que están pidiendo los pueblos a gritos, i lo que seguramente traería a ellos i al gobierno un sinnúmero de ventajas reales i positivas.

De lo contrario todo es perdido, toda esperanza vana, todo pensamiento que al porvenir una ilusión engañosa, i lo que es peor, un ejemplo de impunidad para los que se manifiestan tan osados adversarios que tarde o temprano vendrá a tener muchos imitadores.

Cuando se tiene la opinion pública, cuando se cuenta con un ejército poderoso i leal, cuando, en fin, el jefe supremo es una enseñanza de paz i amor para la república, se puede osarlo todo, arrostrarlo todo, i sin temor de verse, como se vió el gobierno pasado, coartado a cada momento en sus tentativas.

Droz, en la vida de Luis XVI dice: que si el rei se hubiese puesto al frente de la revolucion, su cabeza no habria rodado en el cadalso. I dijo mui bien, pues era amado de los pueblos que respetaban en él una virtud que no habian visto en sus antecesores.

Si es preciso pues dar fuerte, tener osadía, nadie mejor que el señor Perez puede hacerlo.

No lo hará es cierto, porque es un hombre legal, justiciero; pero si lo intentase, Chile todo desde Atacama hasta Magallanes respondería a su llamado.

No continúo sobre este tema, porque quiero dejar a tu sagacidad algun campo de indagacion para que lo esplotes sin ayuda de vecino.

No acabaré esta carta sin preguntarte por el *Condor*, es decir, como te va de suscripciones, de proteccion i de espectativas para lo futuro.

A mí me han dicho ya dos, que lo cerrarás pronto porque no costea ni al editor ni a tí seguirlo por mas tiempo; pero yo he respondido que debes contar con algun amparo, pues que defiendes una causa justa, santa, i a mas, porque los hombres a quienes has prestado tan nobles sentimientos no podrán ménos que fecundar tu empresa siquiera para que el público lea otra cosa que ataques al gobierno.

Sin embargo, hijo ¡que tontos son los que esperan! Si he de juzgar por mi esperiencia, te diré que yo no aguardo nada para tí, ni jamas me he prometido bien ninguno para los que defienden entidades morales como son los gobiernos. Pero me han dicho tambien que los gobiernos tienen alma, i por lo mismo que ellos saben ayadar a los que hacen una buena obra.

En fin, dímelo en tus crónicas, háblame de esto pues ya sabes que me intereso por tí, i tambien porque no se quedan en el tintero las cincuenta epistolas que tengo en mi cabeza i que te mandaré, si es que el *Condor* no vuela a refugiarse en la cordillera, para que me las imprimas amigablemente.

Sin otra cosa mas que decirte, te dice adios tu afectuoso.

EL DUENDE.

Las tertulias i juegos del dia.

La costumbre de estar en reunion con otras personas es cosa mui antigua, i esta costumbre se ha propagado mas i mas a proporcion que la ilustracion ha avanzado. Vanas modificaciones ha sufrido nuestra sociedad i tras ellas los papeles que cada cual desempeña en este mundo de Dios. La asistencia pues a los círculos de socie-

dad se ha jeneralizado de tal modo que ya se cree una necesidad, i sobre todo en la estacion de los frios por que atravesamos.

Las tertulias nocturnas son las que predominan a todas las demas; ahí se inventan medios, o se ponen en juego los diversos modos de pasar la noche lo mejor que se pueda. La mallita, el rocambor (aunque este solo lo juegan los ministros i S. E.), la brisca, el tendere con gato, el tonto, el comercio, la candinga, la primera, la lotería, i en fin, el *montecito* i los juegos de prendas, son los que están en boga; sin dejar por esto de charlar i *tijeretear* al prójimo cada vez que se pueda, pues segun afirman algunas personas, no es tiempo perdido aquel que se emplea en murmurar de su vecino, i si posible es, hasta *imbuncharlo*.

En toda tertulia nunca falta un héroe que costee la diversion, algun chato o narigon, algun *futre* o *relaxido*, algun *templado sentimental*, o algun otro *infeliz* que caiga en suerte, del que despues de despedirse toda la sociedad exclamará en coro:

—¡Es mucho este fulano!

—¡Tan bueno el pobre!

—¡Qué alma tan bien puesta!

—¡Tan honrado!

—¡Sobre todo, dice otro, es tan buen amigo..... tan trabajador i tan servicial!

—¡Oh! dice el último, es el modelo de los maridos, su mujer es mui feliz, i hasta debería tenerlo en una urna.

Pasaremos ahora a describir lo que es una lotería.

En una mesa redonda o cuadrada la orillan varias personas, de ambos sexos se entiende; cada cual escoje los cartones que mas sean de su predileccion; unos toman los amarillos, otros los azules, i en fin, otros los verdes o colorados. Luego los jóvenes principian a hacer *vaca* con la compañera que está a su lado; despues de varios melindres o remilgos queda la *vaca arreglada*.

Se principia a recojer la *polla*; por lo regular la dueño de casa se toma esta *penzion*.

—Ya pueden *echarse*, dice, vaya no demoren mas.

—Aqui tiene Ud., dice un jóven, por mí i esta señorita.

—Nó, dice la niña, yo pondré por Ud.

—Nó, dice el jóven, aqui está ya la *vaca*, aunque no haya puesto nada su compañera, como regularmente sucede.

En fin, el mas almirarado galan toma la *bolsa* i principia a revolver los boletos.

Vaya, fulano, dice la señora, ya están todos puestos, principie de una vez.....

—Nuestro dandy, tose, escupe i se suena—Salió... el 49, i así como él: *Alonso el ñato*, los *chifles de ño Bustamante*, el *frailecito*, los *dos patitos*, los *anteojos de piloto*, los *dos martillos*, el *para arriba i para abajo*, el 20 de *abril*, *ña Rosalia*, el *futre*, los *dos gallitos*, el *triste Juan de Montoya*, la *petaca*, el *dos con el uno*, el *único remedio para las niñas*, el 18 *inmortal de setiembre*, las *piernas deño Jovino*.....

—¡Cuál es ese? pregunta una niña.

—El 11, pues, señorita, contesta el lotero.

—Bueno, prosiga Ud.

—¡Vaya con el hombre! dice otra, ni una sola bola me ha sacado; no tengo ni virgo siquiera.

—Yo no, contesta una tercera, hace rato que tengo un *ternero* i solo me falta el mas viejo para hacer cuaterno.

—¡Silencio, niñas! dice la señora. Prosiga cantando

que tiene buena voz, pues ya no me queda ni un solo virgo, i tengo ambos i ternos.

El lotero, mientras tanto, hace sonar las bolas de un modo tal que es de aturdir al que tiene a su lado.

—Salíó ña Carmen Dávila, la edad de las niñas.....

—Aguarde, aguarde, espérese un momento, que ya se me acabaron los porotos; no tengo con que apuntar...

—Toma, odiosa, dice la señora, si llenas todos los cartones, como quieres que te alcancen las fichas; apunta solo con uno en cada calle.

—No sé, pués mamá.

—¿No me ves a mí?...

—*Les dos patitos, la Carmen Pino...*

—¿Cuaterno! ¡cuaterno!....

—¡Despacito, niña! menos bulla; tan gritona esta chiquilla; mejor sería que te fueses a acostar.

—Pero mamá, si tengo cuaterno....

—¿Cómo pide?—Está bueno.—¿Cuál es el que le falta a Vd., señorita, para sacárselo?

—No se lo digo, porque si se lo digo, no lo saca.

—No le haga usted caso, señor, siga cantando.

—*Las piernas del maestro Tolosa....*

—¡Lotería!—Lotería! el que me faltaba! Basta, basta; me la saqué....

—Si se lo estaba viendo! contesta una enfadada, ¿cómo quieren que no se la saqué?

—No es cierto, nadie ha visto nada.... En fin, a ver la plata aunque sea poca.—I estira el brazo sobre todas las cabezas que están a su lado.

—¡Jesus! dice una hermana, vaya con la muchacha fastidiosa!

—Sí, i 10?

—Otro las canta, dice el lotero.

—Echase, pues luego, dice la señora.

—Se me acabó la plata, contesta una de sus hijas, déme una *chauchita*, mamá.

La señora se hace la sorda, i uno de los tertulianos le pasa por bajo una *chirola*.

La segunda lotería continúa mas o ménos como la primera, despues la tercera, la cuarta, etc. Pero en la quinta se observa que una o dos parejas no se han sacado ni cuaterno, i aun mas, ni ambos apuntan, i solo se ocupan en conversar al oído.—De cuando en cuando la compañera se pone sonrosada i da unas miradas lánguidas i de reojo a su vecino.—Al poco rato se siente un ¡ai!

—¿Qué ha sucedido? pregunta la señora.

—Nada, mamá, contesta una de las niñas, es que... es que me han pisado un pié....

—Retíralos, pués, estás incomodando.

Uno de los jóvenes se ruboriza i ve que se ha equivocado.... En fin, la lotería continúa hasta la hora del té; despues un rato de conversacion i todos se retiran mas o ménos satisfechos del *ratito tan inocente* que han pasado.

A propósito de lotería, contaremos a Uds. un fiasco que le pasó a unos pisaverdes en casa de un anciano que tenía tres hijas. En dicha casa se reunían todas las noches a jugar lotería tres jóvenes, los que juntos con las niñas formaban otras tantas parejas. El bueno del hombre los recibía con el mayor aprecio i consideracion, porque eran jóvenes *decentes* i tenían sus reales (que es la mejor decencia). Los tales se habian convenido con sus compañeras en cederle al buen viejo la *bolsa* para que cantara siempre las *bolitas*, lo que hacia con el mayor gusto por ser cosa que le agradaba, i tambien por complacer a las visitas. Los tunos habian arre-

glado de tal modo la cosa, que cuando les parecia tiempo cantaban *cuaterno* o *lotería*, sin haber apuntado siquiera un solo número, empleando todo el tiempo en conversar, reír i que sabemos en que otras cosas mas. Entretanto, uno de ellos, se entretuvo de tal modo que no se acordó de cantar el *cuaterno* ni la lotería; mas ¡el bonachon del pobre continuaba sacando con la mayor escrupulosidad bolita por bolita; al fin las sacó todas, i nadie cantaba cuaterno ni lotería, tal habia sido el estreñimiento de los jugadores que no se habian apercibido del olvido que tan imprudentemente acababan de cometer. El viejo, viendo que no quedaban mas números dentro de la bolsa, echó una mirada por encima de sus antiparras i vió con grande asombro suyo que cada cual estaba en grandes colokuos; aqui ardió Troya: toma una huasca que junto a si habia i descarga sendos zurrigazos, tanto a los tertulianos como a sus inocentes pimpollos. De valde los mancebos quieren apaciguar la furia del padre, todo esfuerzo es inútil; las hijas lloran a gritos pero ni por eso lo pudieron calmar, hasta que los jóvenes tomaron el mejor partido que fué retirarse i no volver mas a la casa.

Santiago, julio 25.

Juan A. Perales.

Juegos de Prendas.

Tendreis la amabilidad de decirme, caros lectores, ¿por cuál de las cuatro estuaciones del año tenéis predilección?... Pero andais tan discordes en opiniones....

Porque yo, dirá uno, soy porla primavera; yo por el otoño, saldrá otro; pues yo por el verano vociferaré un tercero; i mas atras saldrá un joven *cofejal* con rostro alegre i *picarezo* recordando los encantadores meses de Enero i Febrero; pues yo sin disputa ninguna por las vacaciones; i últimamente habrán, a no dudarlo, otros muchos que preferían las frías noches del invierno a todos los deleites.

Venid conmigo los que habeis preferido esto último, i probemos a los que no han sido de nuestra opinion, que no hemos andado desacertados en nuestra eleccion.

En primer lugar, por mas que bagais para quererlos probar lo contrario, os pondremos en evidencia, que este es el tiempo en que se visita mas, i por consiguiente en el que hallamos mas diversiones; pues nadie quiere pasar estas largas noches con un libro en la mano, d'ndo de tiempo en tiempo un vistazo sobre él, i dejando a cada momento para hostezar i pasearse i volver a comenzar su lectura; porque en este intermedio ha olvidado del todo el hilo de sus ideas o, mas bien dicho, no lo ha tomado ni ahora ni entonces, pues ha estado sin cesar con el pensamiento, o de salir a despecho del frio o de la lluvia, o quedarse aunque aburriéndose mas i mas a cada momento.

Despues de fastidiarse de una manera fatal, viene en que el reloj de la iglesia mas cercana marca con su medio compas las nueve.

¡Las nueve no mas! esclama.... Si estas malditas noches no tienen fin, dice, i promete en su interior no volverse a quedar enjaulado por segunda vez en su casa.

I si encuentra que los horas marchan con paso de tortuga, i no consigue distraerse teniendo por compañero un buen libro, qué será de aquellos que imajinan hacer pasar con lijereza el tiempo entregándose a distracciones mas frivolas?

En verdad que los compadecido.

No es extraño, pues, que haciéndose muchos estas reflexiones, se encuentren con frecuencia reunidos con algunos amigos en las heladas noches de esta fria estacion, en amable charla con hermosas niñas, i encuentren que el tiempo les falta, como ántes le tenían de sobra.

¡Son tan rápidas las horas de placer en tan largas las de fastidio!

—¿Pero en qué, me diréis, os ocupais para que el tiempo se os pase con tanta lijereza?

—En lo que sirve de epigrafe a este artículo: en juegos de prendas.

Figuraos una casa, cualquiera que sea, que poco o nada me importa el caso, pero en la que se hallen reunidas al rededor de un brasero de fuego algunos rostros encantadores, aunque al presente algo melanos, i abriendo de cuando en cuando la boca dejau-

do descapar un hostezo, señal de aburrimiento como todos sabemos. Imagínoos, también, que entre dos de ellos se entabla el siguiente diálogo, i que pasa en el salón lo que voi a describir, i despues me contestareis con franqueza si no vale mas salir que quedarse repantigado en su casa.

—¿Que no vendrá nadie esta noche? dice una de las niñas.
—Quien sabe, contesta otra con desaliento, puede ser que lleguen mas tarde.

—¿Qué hora es pues.
—Acabaaban de dar las siete i media, niña, responde la preguntada intercalando un prolongado hostezo.

—¿Que noches tan largas, Dios mío! si en todo somos desgraciadas las mujeres! Habíamos de tener libertad, como los hombres, para salir solas a todas partes; así no nos pasaríamos estas horas tan pesadas.

—De veras, hijita.
—I Diego i Benjamin ¿qué salieron?
—Apenas acabaron de comer.

Aquí llegaban en su lengua conversación las niñas, mientras la mamá dormitaba en un apartado sofá, cuando apareció en el dintel de la puerta un joven envuelto en una ancha capa, que tuvo cuidado de quitarse i colocar sobre una silla de los rincones del salón, acompañada de su sombrero. En seguida avanzó hacia la señora a quien saludó de un manera afectuosa, i por fin, a las jóvenes que pusieron sus caritas alegres al ver que no iban a pasarse tan solas como al principio se habían imaginado.

—¿Qué frío hace, dijo el recién llegado, cuyo cuerpo se estremecía como demandando el abrigo de que se le había despojado.

—Lléguese usted al fuego, pues, dijo la señora.
—Muchas gracias, misía Sinfiorosa.
—Por qué no, si tiene usted frío i aquí hai lugar, observó una de las niñas.

—¡Vaya! a tanta exigencia quien se resiste, dijo don Canuto que no esperaba otra cosa, tomando asiento al lado de la que lo había invitado: lugar que, observaremos de paso, era tan estrecho, que a la menor inclinación rozaba el dicho con las encantadoras jóvenes que tenía a sus costados..... al lector lo considero tan enterado como yo en aquel célebre i conocido adagio que dice: «El hombre es fuego, la mujer estopa; llega el diablo i sopla».

Mientras hablaban del tiempo, tema forzoso al principio de toda conversación, don Canuto no cesaba de frotarse las manos, quejándose del frío cuando las niñas las tenían debajo de las suyas (estaban formando círculo, inclinadas hacia adelante i con las manos estradas al fuego.)

—¿Qué manos tan calientes las suyas! i el mui bribón las oprimía al decir estas palabras, de una manera dulce i cariñosa.

—I las de Ud. algo frías todavía, contestaba la niña con la carita llena de risa: póngalas debajo de las de nosotras para que se le calienten.

En este inocente entretenimiento pasaron un largo rato, poniéndose de mui buen humor i riendo de mui buena gana.

Sucesivamente fueron llegando varios amigos i multiplicándose las conversaciones, dando lugar a nuestro amigo Canuto a ocuparse todo entero de la simpática Virtuditas, cuyos limpidos ojos azules lo habían cautivado.

Por fin, a eso de las ocho u ocho i media, la voz de—juego de prendas, señores! juego de prendas! puso en movimiento a todos los presentes.

—¿I cuál es el que vamos a jugar esta noche?
—A los desprecios.
—No, a los desprecios nó; juguemos a los despropósitos.
—¿Que despropósitos, ni que niño muerto! juguemos a los desprecios como se dijo al principio i se acabó.
—Que nó, señor.
—Que sí, señor.
—Vamos a ver, ¿por qué hemos de escoger los despropósitos i no los desprecios.

—Porque es un juego que nada tiene de divertido, dijo don Canuto, recordando que en noches anteriores habiéndole tocado uno de los últimos asientos, no había podido elegir a su querida Virtuditas por haberla tomado uno de los primeros, de suerte que tuvo que contentarse con las que restaban; de suerte que fue a hacerle la pregunta de estilo que ha elegido usted? creyendo no ser desairada, mal de su grado, don Canuto tuvo que hacerle un dengue; pero con tanto desgano, que recibió una reprimenda de sus amigos, amenzándolo con sacarle prenda si otra vez le acontecia no despreciar como debía.

De momento en momento la discusión se hacía mas ruidosa i jeneral, dividiéndose los concurrentes en bandos, i emitiendo cada uno su opinión a gritos para servirlo de los demás. De suerte que en esos momentos, el salón antes tan desierto i silencioso, estaba al presente que no se entendía.

En este apuro, metió la mano doña Sinfiorosa, diciendo que para

que se acabaran las disputas, se jugara esa noche a los despropósitos; opinión que fue seguida con gusto por los de este parecer, i mal que les pesase por los de opinión contraria.

¿Sabeis en qué consiste este juego?
Se forma un círculo, en que toman asiento los jóvenes al lado de las niñas, hasta la completa colocación de los jugadores. Se da principio por cualquier punto, preguntando al que está a su derecha.

—¿Qué me da usted?
—Tal o cual objeto.
—¿Para qué dice al de la izquierda.
—Para tal cosa.

I cuando todos han hecho i contestado sus respectivas preguntas, dice cada uno en voz alta lo que se le ha dado, i con qué objeto, dando prenda el que se rie.

La primera que comenzó fue Virtuditas que dijo a don Canuto, que como debe presumirse, tomó asiento al lado de su querido tormento, pues nunca se separaba a fuer de buen enamorado de la pretina de su amada.

—¿Qué me da usted?
—¡Ah! mi adorada Virtuditas! te lo hablo (hablando al oído se entiende, porque en esto consiste la excelencia del juego) mi corazón que desde el dichoso día en que tuve el infalible placer de conocerte, no sabe latir sino por usted. I pido en cambio de lo que ha sabido arrelatarle de una manera tan dulce i enloquecedora, un amor grande, inmenso, infinito; en una palabra, como el que yo tan de veras le profeso. ¡Oh! si lograra conmover el suyo que por tan largo tiempo ambiciono, me consideraría dichoso; sí, el mas dichoso de los mortales que....

—Hasta cuando, pues, dijo una voz, que por poco conocedor que hubiera sido en la materia, no habría podido menos de advertir que el que hablaba esperaba con impaciencia que su turno llegara cuanto antes.

—Es que está tan torpe que no se me ha ocurrido nada todavía: i por no dar que maliciar dió luego un objeto insignificante.

Los templados aprovechan estos instantes de una manera semejante a la que empleo don Canuto, no faltando alguno, que mas osado o mas débil en repeler la tentación, rozase sus labios con la mejilla de la compañera.

Cuando todos concluyeron esta encantadora operacion, se procedió a decir en voz alta los despropósitos, saliendo esa noche entre otros los siguientes:

—¡Una cola de chanco para prendedor! ¡Los bigotes de fulano para ensalada! ¡La patilla de sutano para clarquicia! ¡A la señorita tal para sobarle el lomo! ¡La boca de la señorita cual para embudo! ¡Un enamorado para purgante!

Por fin, concluyen todos por dar prendas. Esta es la parte mas interesante, i en la que un concurrente ajeno a las pasiones puede con poco trabajo conocer el estado de los corazones de las personas presentes.

Don Facundo, hombre de alguna edad, i que no había tomado parte en el juego, presentó a doña Sinfiorosa un sombrero en el que se hallaban reunidos los objetos que cada uno de los jugadores había depositado. Esta metió la mano, sacó uno, lo metió debajo de su reboso para que no lo vieran, i aquel preguntó en voz alta con tonito algo cerrado, i como quien recita una lección de memoria en una escuela, dirijiéndose a la última que había caído:

—Al dueño de esta prenda como sentido i agraviado, ¿qué penitencia se le podrá dar?

—Si es hombre que....
—Que haga de asno sábio, dijo una de las niñas interrumpiendo.

—No, que busque mujer, saltó una segunda.
—Mejor que diga un verso a la niña que mas le guste, dijo don Canuto, que esperaba salir él, i decirsele a Virtuditas.

—Que pelee con su sombra, replicó un jovencito pelirubio que se daba trazas de gracioso.

—¡Oh! eso nó! es tan frío, dijo una de las niñas.
—Pero si se hace con gracia.... dijo pausadamente el que lo había propuesto contorneándose.

—¡Vaya! todos quieren que se haga su parecer, dijo un joven de largo i lustroso bigote negro viendo que la disputa no tenía trazas de acabarse i no dejaba de la preguntada hiciese su gusto. Dé Ud. la penitencia que mas le acomode, continuó dirijiéndose a ésta.

—Eso es lo mejor, exclamaron casi todos a un tiempo, principalmente aquellos que habían hablado primero, i que juzgaban que lo que habían propuesto estaría olvidado.

—Bueno, pues, dijo la que le tocaba dar penitencia. Si es hombre que haga de asno sábio, i si niña, que busque marido.

Apenas concluyó de decir estas palabras, cuando apareció ondeando en manos de don Facundo un hermoso pañuelo blanco con las iniciales V. * * *

—Es de Virtuditas, dijeron las niñas.

—Es de la señorita Virtuditas, dijeron los jóvenes.
—¡El míol eslamio la querida de don Canuto. Al, por Dios, lo que me ha tocado a mí.

—Qué tiene, pues hijita.

—Sí, ¡qué tiene! Si a ti te hubiera tocado no dirías eso.

—No tengas cuidado, Virtuditas, que se considerará muy favorecido aquel que usted se digno escoger, dijo don Canuto.

—Yo creo lo contrario i por eso tengo miedo.

—Temor vano, que no tiene ningun fundamento dijo el pelirubio.

—Veremos dijo, Virtuditas, i se dirigió a él, no queriendo elegir a don Canuto por no exponerse a las bromas de sus amigos, i escujo a Robustiano (este era el nombre del pelirubio) porque estaba convencida que don Canuto sabía era el que menos le gustaba, porque en una palabra lo encontraba *chinchoso*.

—Llego por detras de la silla de Robustiano i golpeo.

—¿Quién es? dijo este.

—Yo soi.

—¿Qué se le ofrecía a usted?

—¡No seas desconsiderado ni desatento, hombre! ofrécele asiento, dijo don Canuto.

—Pase usted adelante, señorita, dijo Robustiano ejecutando al momento la observacion de su amigo: aquí tiene usted una silla.

—Muchas gracias, caballero.

—Con que ¿qué se le ofrecía a usted?

—Yo soi muy franca: advertencia que hago a usted..... porque... no me gusta detenerme en preámbulos...

—Estoi conforme con ello. Soi enteramente de su parecer: con que diga usted con franqueza....

—Yo, señor, hacía mucho tiempo que andaba con vehementes deseos de contraer matrimonio porque me habian ponderado mucho el estado.... pero.... pero como en este punto soi algo estricta.... no había encontrado aun una persona que llenase de una manera cabal mis deseos. Ya estaba desesperada de encontrar..... uno como yo quiero pues..... cuando quedé agradablemente sorprendida al oír hablar de usted muy bien.... Sali al momento de casa con tanta precipitacion..... que no me dió lugar a fijarme en la hora ni en el traje..... porque temia que otra se anticipase a mí... i he venido dijo Virtuditas, haciéndose la dengosa al llegar a este punto, bajando los ojos con modestia i haciendo sulir el carmin a sus mejillas; i he venido..... a ver si usted queria tomarme por esposa....

Bravo, bravo, dijeron a una voz los concurrentes: no se explica mal la muchacha. ¡¡¡Bravooo!!!

—¿I qué cualidades tiene usted?

—Primeramente es virtuosa, dijo don Canuto que estaba deseoso de hacerle un cumplido publicamente, i en segundo lugar es hermosa....

—¡Vaya, lo que es usted, Canuto! dijo Virtuditas interrumpiéndole, pero ya cuando no había duda ninguna en lo que don Canuto iba a decirle.

—I tiene usted otras, ademas de las enumeradas, misá Virtuditas.

—Soi hacendosa i buena dueña de casa.

—Estoi satisfecho con respecto a este punto. Veamos ahora sus defectos.

—Soi pobre.

—Eso no es defecto: qué mas.

—Soi.... i aqui se quedó parada mi buena Virtuditas por algunos instantes, no encontrando qué defecto achacarse que mereciera el nombre de tal, pero que al mismo tiempo fuera pasajero. Soí... volvió a decir, i volvió tambien a quedarse en el mismo silencio; i quien sabe hasta cuando, si don Canuto completando el silencio no hubiera dicho: algo fría, un tanto inconsecuente.

—No, dijo Virtuditas, echando una mirada de reojo sobre don Canuto, es lo menos que tengo.

—De todos modos, concluyó por decir Robustiano: me hago un honor en tomar por esposa a una joven tan recomendable como usted.

Concluido que hubo su penitencia, Virtuditas, como sentida i agraviada le tocó darle a su vez. Habian comenzado, como al principio, emitiendo cada uno su parecer; pero ella dijo que bien fuera niña o joven le daba la misma penitencia porque era dura i queria que los otros pasaran por lo que ella había pasado ya.

—¡Ah! entonces se le olvidó decir a usted, entre sus defectos, que es vengativa, dijo uno de los jóvenes.

—Por que, cuando esta no es venganza.

A este tiempo Robustiano recojía su prenda, golpeaba una tras otras las sillas de las niñas, que no querian admitirle, porque segun el dicho de ellas mismas, *olla de lejos a pavesa*.

El pobre Robustiano andaba todo cortado aguantando con la

risa en los labios i la rabia en el corazon, los dichos mas o menos picantes que a porfia le soltaban sus amigos. Porque os advertiré lector, que podía reiros en las narices del que está cumpliendo la penitencia, i decirle mil pesadeces, sin que obtengais del paciente otra cosa que una sonrisa entre confuso i ruboroso.

Por fin, Robustiano fue a golpear las puertas donde Virtuditas de quien recibió buena acogida, quedando por acepto.

Todos cumplieron sus penitencias, incluso Ricardo que le tocó recitar un verso, i lo hizo con tono tan declamatorio, con tanto aparato i tan amoroso, que Virtuditas que era a la que iba dirigido estaba colorada como una amapola, i los demas riéndose a carcajada tendida.

Si queréis pasar un buen rato, os aconsejo vayais a una de esas partes en que está muy en boga este inocente juego, i puedo aseguraros que pasareis un rato tan alegre, que los recordareis siempre i lo echareis de menos cuando no podáis concurrir.

VALENTIN MURILLO.

PARTE LITERARIA.

EL RETRATO OVAL.

POE ERGANDO POE.

El castillo, en el que mi criado se había tomado la libertad de penetrar por fuerza antes de permírmelo pasar una noche al aire libre por el estado deplorable en que me encontraba, era uno de esos edificios mezclados de grandeza y melancolía que por mucho tiempo han elevado su fachada soberbia en medio de los Apeninos, tanto en la realidad como en la imaginación de mistress Radcliffe. Segun toda apariencia había sido temporaria i recientemente abandonado. Nos instalamos en uno de los cuartos mas pequeños i ménos suntuosamente amueblados: estaba situado en una torre separada del edificio. Su decoracion era rica pero antigua i estropeada. Las paredes decaban cubiertas de tapicerías i decoradas de numerosos trofeos heráldicos de toda forma, como tambien de una cantidad verdaderamente prodijiosa de pinturas modernas, llenas de estilo, en ricos cuadros de oro de un gusto arabesco. Yo tomé un profundo interes por estas pinturas que estaban suspendidas no solo en los frentes principales de las murallas sino tambien en una multitud de rincones que la rara arquitectura del castillo hacía inevitables. Luego ordené a Pedro que cerrase los pesados postigos del cuarto, pues que ya era de noche, que encendiera un gran candelabro de muchos ganchos que se hallaba colocado cerca de mi cabecera; i que separase completamente las cortinas de terciopelo negro, guarnecidas de rapacejos que rodeaban el lecho. Como me era imposible dormir, me consolaba alternativamente con la contemplacion de estas pinturas i con la lectura de un pequeño volumen, que había encontrado sobre la almohada i que contenia la apreciacion i el análisis de las pinturas.

Leí largo tiempo, medité religiosamente: las horas volaron rápidas i llegó la profunda media noche. La posicion del candelabro me desagradaba; i tendiendo con dificultad la mano, por no molestar a mi criado que se había dormido, lo coloqué de modo que arrojara los rayos de las luces sobre el libro.

Pero la accion produjo un efecto absolutamente inesperado. Los rayos de las innumerables bujías (porque eran muchas) cayeron entonces sobre un nicho del cuarto que una de las columnas del lecho había hasta entonces cubierto con una sombra profunda. En medio de una viva luz apercibí una

pintura que al principio se me había escapado: era el retrato de una niña casi mujer. Arrojé una mirada rápida sobre la pintura i cerré los ojos. Porque, no comprendí bien en el momento. Pero mientras mis párpados se mantenían cerrados, analizaba ligeramente la razon que me obligaba a cerrarlos así. Este fué un movimiento involuntario para ganar tiempo i para pensar i asegurarme que mi vista no me había engañado, para calmar i preparar mi espíritu a una contemplacion mas fria i segura. Al fin de algunos instantes volvi a mirar fijamente la pintura.

Ya no podía dudar aunque lo hubiese querido; porque el primer relampago de luz sobre esta tela habia disipado el estupor meditabundo de que mis sentidos estaban poseídos, i me había vuelto repentinamente a la vida real.

El retrato, ya lo he dicho, era el de una niña.

Era una simple cabeza con sus espaldas, el todo en ese estilo que se llama en lenguaje técnico estilo de *viñeta*; tenia mucho de la escuela de Sully en sus cabezas de predileccion. Los brazos, el seno i aun los cabos de los resplandecientes cabellos se dibujaban imperceptiblemente en la sombra vaga pero profunda que servia de fondo al conjunto. El cuadro era oval, magníficamente dorado i labrado a torno al gusto morisco. Como obra de arte no se podía encontrar nada mas admirable que esta pintura. No era ni la ejecucion de la obra ni la inmortal belleza de la fisonomía lo que me impresionó tan súbita i fuertemente. Nunca llegué a creer que mi imaginacion saliendo de un sueño hubiera tomado la cabeza por la de una persona viva. Yo vi desde luego que los detalles del dibujo, el estilo i el aspecto del cuadro debieron inmediatamente disipar un encanto semejante i preservarme de una ilusion ni aun momentánea. Haciendo mui vivamente estas reflexiones me quedé medio sentado, con la vista fija casi una hora sobre el retrato. Al fin habiendo descubierto el verdadero secreto de su efecto me dejé caer sobre el lecho. Habia adivinado que el encanto de la pintura consistía en una expresion vital absolutamente adecuada a la vida, la que a primera vista me hizo estremecer i finalmente me vi confundido, subyugado, espantado. Con un terror profundo i respetuoso, coloqué el candelabro en su posicion primera. Habiendo desaparecido así de mi vista la causa de mi excesiva agitacion, busqué vivamente el volumen que contenia el análisis de los cuadros i su historia. Yendo derecho al número que designaba el retrato oval, lei la vaga i singular relacion que sigue:

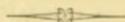
«Era esta una jóven de una mui rara belleza i tan amable como graciosa. Maldita fué la hora en que vió, amó i se casó con un pintor; él era apasionado, estudioso, austero, habiendo encontrado ya una esposa en su Arte; ella una jóven hermosa, llena de encantos i con la locura de un cervatillo: amado i acariciando todo; i no aborreciendo sino al arte que era su rival; no temia sino a la paleta, a las brochas i a otros instrumentos importunos que la privaban de la vista de su adorado. Fué una cosa terrible para esta niña cuando oyó hablar al pintor del deseo de retratarla; pero era humilde i obediente, i se sentaba con resignacion i dulzura durante largas semanas en el sombrío i alto cuarto de la torre donde la luz filtraba sobre la pálida tela solo por una claraboya; pero el pintor fundaba toda su gloria en esta obra que avanzaba de hora en hora i de dia en dia.

—Este hombre apasionado, raro i pensativo, que se estaba en contemplaciones, parece que no queria ver que la

luz que caía tan lúgubrememente en esta torre aislada, disecaba la salud i el espíritu de su mujer, que languidecia visiblemente para todo el mundo excepto para él. Sin embargo ella sonreía siempre, i sin quejarse jamas, porque veía que el pintor (que tenia un gran nombre) sentía un vivo i ardiente placer en su tarea, i trabajaba noche i dia para pintar a la que tanto amaba, pero que insensiblemente se ponía mas débil i lánguida. I en verdad que todos los que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su excesiva semejanza como de un poder maravilloso, i como una prueba no ménos grande del jénio del pintor que del profundo amor por el que pintaba tan milagrosamente bien.

—Pero como a la larga la obra se aproximaba a su fin, nadie fué admitido ya en la torre, porque el pintor se habia vuelto loco por el ardor de su trabajo i apartaba sus ojos tan raramente de la tela que ni aun miraba a su mujer. ¡I no advertía que la vida que daba al lienzo la quitaba a la que tenia sentada cerca de él! Cuando hubieron pasado algunas semanas i ya no quedaba sino mui poca cosa que hacer, nada mas que un toque sobre la boca i un glasis sobre el ojo, el espíritu de la jóven palpitó aun como la llama de un candil que va a extinguirse. Entonces fué dado el toque i el glasis: el pintor durante un momento tuvo un éxtasis delante del retrato que habia concluido; pero un minuto despues, como lo contemplaba aun, tembló i se puso pálido, hirió de espanto, i gritó con una voz estrepitosa:—¡En verdad que es ella! es la vida misma!

—Se volvió bruscamente para mirar a su querida; estaba ya muerta!



La misantropía i la benevolencia.

Señora *misantropía*,
De bata negra cubierta,
Gritaba: cierra la puerta,
Ya lo he dicho, noche i dia,

A una preciosa doncella,
Llamada *Benevolencia*;
¡Ella con mucha induljencia,
I con la cara mas bella,

Le replica: es un mendigo,
Señora, que viene a veros,
I la miseria sus fueros
Siempre los lleva consigo.

«¡Qué mendigo, ni qué alforja!
Contesta *Misantropía*,
Lo mismo yo arrojaría
A san Francisco de Borja.

«Siempre estás tú compasiva
Llorando por el doliente,
Mirando con faz clemente,
Con caridad la mas viva

«A toda esa vil canalla
Que llaman *jénero humano*;
I yo al niño i al anciano
Les doi sin piedad batalla.»

«El mundo, chiquilla mía,
Es un ato de bribones,
Cuyas malas intenciones,
Cuya mentira i falsa

«Del filósofo merecen
Odio implacable, profundo;
Así para mí este mundo;
Los que nacen, los que crecen,

«Los que mueren, son iguales.
Guerra! digo, siempre guerra!
Hasta que acabe la tierra
I con ella tantos males.

«Solo tú, pobre! me ayudas
A sufrir esta existencia:
Con tu bondad e inocencia
Me confortas en mis dudas:

«Me alegras en mis pesares,
Me alivias en mi tormento,
I hasta, ¿creeráslo? hai momento
Que loro tambien a mares.»

Pues el que causa el prodijio,
Le contesta la sirvienta,
Es una de tanta jente,
Que no tiene mas prestijio

Para endulzar vuestras penas,
Que hablaros de caridad,
De amor, de fraternidad,
Que de gozo el alma llena;

I haceros el beneficio,
Solicita, cariñosa,
Pues en el mundo no hai cosa
Como prestar un servicio.

Al oír esto, cortada
De rubor *Misanthropia*,
Dice: «mi puerta cerrada
Siempre esté de noche i dia;

«I no haya, vuelvo a decir,
Piedad para la indijencia.
¿Oyes tú *Benevolencia*?
No lo vuelvo a repetir.»

¡Así es el hombre! Piedad!
Murmura la pobre criada;
I la puerta mui cerrada
La dejó por caridad.

M. B. C.

Consuelos de la vida.

Cual infelice nauta que, luchando
Con las hirvientes olas,
Acercarse pretende a la alma tierra
En noche borascosa;

El misero mortal, en su desdicha,
Tiende la vista a otras
Mas hermosas esferas que ha creado
En medio sus congojas:

Aparta de este mundo el pensamiento
I a ellas lo remonta,
Por evitar así de su infortunio
Las desgraciadas ondas.

Pero todo es en vano: si un instante
A sus desdichas roba,
Bien luego se despierta i, dolorido,
Su mala suerte llora:

Como un viajero que, de andar cansado,
Se recuesta a la sombra
De corpulenta encina, i en el suelo
Su cuerpo, triste, posa;

Mas cerrados sus párpados apénas,
Cayendo una bellota,
Le recuerda, i de nuevo entónce emprende
Las marchas fatigosas.....

Julio de 1863.

F. R.

A una huérfana.

Aunque en el medio de los hombres vive
Por un desierto caminando va.

L. RODRIGUEZ VELAZCO.

Tened compasion por ella,
Pobre niña desvalida,
Que a su madre convertida
En polvo tan solo vió.

Nunca se durmió en el seno
De una madre cariñosa,
I sus mejillas de rosa
Su madre nunca besó.

Las caricias que recibes
Niña bella sin ventura,
No son besos de ternura,
Son besos de compasion.

Nadie goza con tu risa,
Nadie tu tanto consuela;
Cuando duermes nadie vela
I alza por tí su oracion.

Tú no ves en el futuro
Ninguna luz de bonanza,
Para tí, no hai esperanza,
Para tí no hai porvenir.

¿Por qué contigo la suerte
Fué, niña, tan inclemente?
¿Por qué si eres inocente
Es tu destino sufrir?

Dí ¿qué sientes, alma mía,
Si contemplas otro niño
Gozando ufano el cariño
Del corazon maternal?

¿Sientes tu pecho inocente
Desfallecer de amargura,
Comprendes tu desventura,
Lloras tu suerte fatal?

Algo existe en tu semblante
Que revela el sufrimiento,
Algo que dice el tormento
De tu pobre corazon.

Recuerda, niña inocente,
Del alto Dios la clemencia:
El vela por la inocencia,
El te dará proteccion.

Julio de 1863.

M. Villamil Blanco.

Cuentos de la semana.

Bueno fuera, ya que el *Ferrocarril* ha rehecho su derecho público, que se empeñase en coordinar lo que dice, para librarnos del inconveniente de ver hoy una idea opuesta a la de ayer, i otra mañana enteramente distinta de la que vendrá pasado.

Cualquiera que se haya tomado la pena de seguirlo en sus tareas desde que subió a la silla el actual presidente, verá i sin esfuerzo que lo que decía i proclamaba como verdades inconcusas, cuando gobernaba don Manuel Montt, han venido a ser hoy puras mentiras i, por el contrario, lo que entonces combatía con tanto fuego, sendas verdades que ahora acata como su lejítimo catecismo en materias políticas.

Quando la república jemia bajo el estado de sitio i las facultades extraordinarias, sentaba que el primer deber de todo gobierno era mantener el orden, pues sin el la conservacion de la vida de la sociedad no podia ni siquiera suponerse como posible.

Hoy nos dice otra cosa, hoy nos cuenta que los estados

de sitio, las facultades extraordinarias i todas esas demas medidas estremas de gobierno no hacen sino comprometer la seguridad pública, haciendo que el pueblo, una vez convencido de su servidumbre, recurra a sus propias fuerzas para hacerse justicia.

Ayer la libertad i las demas garantías que se desprenden de ella no eran mas que quimeras que cuando mas servian para entreteener el ocio de los optimistas, i hoy no solamente la libertad ejercida en la esfera de lo posible es insuficiente, segun su concepto, sino que quiere que el gobierno deje a la actividad moral i física del hombre toda la latitud que le marcan sus instintos.

En fin, ayer nuestro cólega nos decia todo lo contrario de lo que dice hoy; i sus hombres, hoy caidos i ayer alzados al primer escalon del poder, vienen a ser, segun sus nuevas ideas, objetos de la misma censura con que castiga sus antiguas convicciones.

Pensando en esto no habrá nadie que asigne a la política bases seguras, ni ménos quien juzgue que la prensa puede servir para afianzar a las sociedades en sus creencias i sus principios.

Quando se publicaba en Francia el periódico *Le voleur*, decia Girardin—la prensa puede hacer el curso como le dé la gana; pues hasta ahora no se conoce un derecho internacional que pueda juzgarla por sus rapiñas.

El matador de Armandó Carrel no solo no tenia empacho en sentar esta audaz proposicion sino, por el contrario, se pavoneaba del asombro que causaba este cinismo en una sociedad que bien podia decirse la reunion de un millon i medio de intelijencias.

¿Cómo pues creer en los beneficios de la prensa mercantil? ¿Cómo tener fe en las ideas que se lanzan como doctrinas, i no son en realidad mas que las ocurrencias del momento, o las inspiraciones de las necesidades particulares del individuo?

Acusábase al *Times* en Paris de alabar hoy a los mismos hombres a quienes habia descuartizado ayer, de sostener principios que dos dias ántes habia rechazado como indignos de un pueblo como el de la Gran Bretaña; i con una flemma imperturbable contestaba: que el diarismo es como la circulacion de la sangre, que bien puede traer hoy en sus ondas un elemento de vida, i mañana un virus que descompona el organismo; pero que no por eso puede decirse que la manera de sostener éste sea para el curso de ese líquido a que debe su existencia el cuerpo humano.

Disculpenos pues a nuestro cólega sus variaciones, perdonémosle sus inconsecuencias, i ya que ha abrazado el camino de sostener los principios de libertad que defendieron con su sangre tantos buenos patriotas, rogüemos a Dios porque lo conserve así para bien de su alma i de sus lectores.

La Cámara de Diputados ha estado esta semana, como ya lo sabeis, lucida i bien granada; i eso que la discusion del proyecto de instruccion secundaria i profesional habria dado motivo para que no hubiese habido ni un solo discurso ni una sola persona que hubiera querido oírlo.

Quando se conoce la tendencia del partido montt-varista, i se ha visto ya que uno de los pensamientos que ha conservado siempre mas vivo en sus maniobras, es destruir la influencia que ejerce el clero en nuestra sociedad; a nadie podia estrañarle que en un proyecto de lei tendente a aislar la educacion relijiosa, se hiciera cuanto estuviere a los alcances de los oradores del decenio para conseguir el objeto de sus afanes.

Al desprenderse don Manuel Montt de los conservadores i del clero, a quienes debia suponer auxiliares poderosos de un gobierno lejítimo, i sin duda mui terribles adversarios de una administracion tiránica i opresora, no pudo ménos que maquinara la destruccion de su influencia; i para conseguirlo vali6se, como se vió desgraciadamente, de todos aquellos recursos que le sujirio un poder jamas coartado en el mal, i no amor propio de dia en dia mas agriado por las contradicciones i los ataques.

Fiel a este precepto de su política, ya se vió como trató al Arzobispo de Santiago, cómo a todos los demas sacerdotes a quienes juzgaba otros tantos acusadores, i cómo, en fin, se condujo con todos los hombres que por su fortuna i sus virtudes eran considerados como los primeros ciudadanos de la república.

Desalojado del poder, roto su prestigio, destruida su influencia, debió naturalmente el montt-varisano sesgar en sus resoluciones, amañar en su tarea; pero lejos de eso, lo que ha hecho es ir amontonando combustibles para el incendio, reuniendo todo jénero de estorbos que oponer al gobierno para entrabar su marcha, i declararse al cabo descarado enemigo de todo lo que la sociedad estima i venera como lo mas digno i sagrado.

En la discusion del proyecto de que vamos hablando ya nos dijeron los enemigos del clero el temor que abrigan de ver propagarse ese espíritu clerical a que atribuyen tan malélicos resultados para la juventud i tan funestos frutos para la libertad de las instituciones.

Sin embargo, no ha habido un solo hombre de pensamiento que no haya visto en esta brega para perseguir la educacion religiosa, un designio no solo estúpido sino de fatal i triste trascendencia para el porvenir.

Hostigado el sacerdocio en la influencia que debe ejercer necesariamente por su mision en los destinos del pueblo, contrariado en sus expectativas de propagar la moral por medio de las sanas doctrinas de que es el depositario: perseguido en fin, en la santa tarea de formar ciudadanos probos, virtuosos que aseguren al país un mañana de prosperidad i de crédito; ¿quién hai que no vea en todos estos hechos de un desatentado espíritu de partido, un prece dente adictivo, o mejor, una causa poderosísima de retroceso en la educacion de la juventud i de laxitud deplorable en la moral pública?

Cuando se dice que es fuerza quitar de las manos del sacerdote la enseñanza de las verdades políticas, porque el papel que representa i la sotana que viste le impedirán difundir los que creemos dogmas de gobierno, i no son sino teorías de un falso filosofismo, se sienta un absurdo que solo a los que desconocen el espíritu benéfico de la religion en la instruccion pública puede parecer una razon incontrastable.

Sino es así, dígasenos cuáles son esas sociedades que han marchado a su ruina, a su decrepitud moral por haber dejado que el clero ejerza el papel que le corresponde en la enseñanza del pueblo: señálesenos una sola nacion de América que se haya envilecido, que haya retrogrado en su espíritu, que se haya encorvado en patriotismo, que se haya degradado porque los ministros del altar dirijiesen los primeros pasos de la juventud por la senda del saber, porque inculcaran en el corazon de las masas esos principios de caridad i de amor evangélicos, que tanto parecen chocar a los politiqueros i filosofastros del decenio, i que tan respetables i simpáticos hacen en todas partes a quienes los enseñan i predicán.

¿O quieren hacernos creer los señores diputados enemigos de la enseñanza sacerdotal, que la América es víctima de la anarquía, del despotismo, porque el clero ha

ejercido una influencia que no debia, porque ha rejen-tado la enseñanza, porque ha inculcado no solo en la conciencia sino en el espíritu las doctrinas que le hacen precisas su carácter i los principios que se deducen de su ministerio?

No, la demagogia asquerosa de Nueva-Granada, el desconcierto anárquico de Venezuela, la cómica tiranía del Ecnador, los vaivenes ridiculos entre la dictadura i la arbitrariedad popular del Perú, el infamante despotismo de Buenos-Aires, nuestra bochornosa servidumbre de diez años, i la desdichadísima suerte en fin, que ha cabido a las que fueron colonias de la España, i hoy se llaman repúblicas independientes; no se deben a esa influencia del clero que tanto se maldice, a ese espíritu jesuítico i antipatriótico que se le supone, sino pura i simplemente a la falta de patriotismo de sus hijos, producida por la ignorancia i la ambicion, frutos lejítimos de ese bastardo filosofismo que roba a la intelijencia toda su luz i al alma todo el calor jeneroso que la sostiene i rejenera.

Desengáñense pues los que tanto parecen temer la invasion de ideas ultramontanas, que la desgracia de la Europa, i sobre todo, la de la América no viene de eso que llaman jesuitismo, de eso que apellidan espíritu estrecho de ultramontanismo, sino de la carencia de virtudes, que es el único que puede hacer sagrado el amor a la patria i llevaderos i hasta dulces los martirios que se sufren por ella.

Contrayéndonos a lo que han hecho respecto a invalidar la educacion que se da en el seminario conciliar de Santiago, solo diremos, que si pudieran llevarse a cabo las ideas de los diputados montt-varistas, la juventud recibiria un golpe de muerte, por cuanto en aquel establecimiento recibe una educacion tan esmerada i completa, que hasta los mismos que quieren arrancar del sacerdocio el libro de la ciencia, tienen que verse obligados a confesarla i reconocer en este una abnegacion que solo se mira en los que creen cumplir con un mandato del cielo.

Que no pasen pues en la Cámara de senadores esos artículos que invalidan los exámenes dados en el seminario; que haga siquiera este cuerpo, erijido por la Constitucion para conservar los preceptos que suele invadir el atropellamiento de la Cámara joven, un acto de justicia rechazando, como se lo pide el buen sentido del país, todo ese acopio de falsas doctrinas con que los enemigos del ilustre clero de Santiago quieren poner un atajo a la influencia institutriz que ejerce hoy tan benéficamente para la juventud de la república.

De lo contrario, la banderita se erijirá en doctrina, el escándalo en principio, i todo el país será el que deplora la pérdida de un bien que traería necesariamente otros muchos para su prosperidad i su crédito.

Ya sabéis que se ha convocado al pueblo de Copiapó para que se arme i esté pronto por si acaso quieren invadirnos las tiranías europeas. Está mui bien, que se armen i nos armen todos de punta en blanco, pues ya se sabe que hombre prevenido nunca fué vencido.

Lo único si que podria suceder es que nos aconteciese lo que sucedió a aquel guardia de Corps de Carlos IV, que para estar mas listo al dia siguiente de una revista, se vistió i se armó a media noche, quedándose al fin de tantos preparativos dormido de causacion i por consiguiente, sin poder cumplir con la obligacion que tenia.

No por mucho madrugar amanece mas temprano, dice el adajo, i dice mui bien, pues cuando nos anticipamos imprudentemente, aunque sea para llenar un deber,

quiere la suerte muchas veces que nos suceda lo que acabamos de referir en este cuento.

Lo que nos ha gustado sin embargo, es el *tiro al blanco*, copia del de Garibaldi, i creemos que lo mismo le habría sucedido a don Manuel Montt por estar ya cansado del *tiro al negro* con que nos ejercitamos por diez años consecutivos.

No sabemos lo que hará su Excelencia con esta petición del armamento jeneral i del dicho tiro; pero lo que sí sabemos, es que si fuésemos presidente, no solo lo aprobaríamos sino que nos pondríamos tambien nosotros a dar el ejemplo tirándole a los montt-varistas hasta conseguir ponernos tan diestros que no errásemos uno.

¡O divina invencion de los tiros para conservar las autonomías amenazadas, quién hubiera podido tenerte hace cinco años para conservar la nuestra! Pero aun cuando don Manuel Montt nos la hubiera permitido ¿cómo habríamos podido acertarle estando colocado en un lugar tan oscuro i tan negro?

Sin embargo ¿qué harían todos nuestros rotos con un fusil i los pertrechos de guerra necesarios para defender autonomías? ¡Ay! ¡Dios mio de mi alma! qué guerra tan linda a las tiendas, a los campos, a las casas, a las iglesias, i en fin, a todas nuestras pobres autonomías de frac i de guantes!

Si señor, que se arme de una vez la república, volveremos a repetir; pero antes que eso, que salgan los intendentes i gobernadores montistas, no vaya a ser cosa que la república armada no deje titero con cabeza, animada como está hoi del deseo de tirar al blanco contra todos los negros.

Pero no nos apremios que, por ahí debe andar un lindo proyecto de lei sobre organizacion de la guardia nacional, el cual si se pone en planta, no nos deja ni un diputado liberal en las próximas elecciones.

Dicea que el jefe del partido del proyecto reprobó a la comision que lo estaba confeccionando, i que esta le respondió que ya estaba pronto.

Aprovechen las cámaras el tiempo que les queda para aprobarlo i comentarlo como les plazca, porque de lo contrario, bien puede suceder que aunque tengan municipalidades enemigas, logremos sacar un congreso de nuestro gusto, lo que ciertamente no les gustaría mucho por aquello de tener que soltar la silla curul en que se encuentran repantigados con tanto aplomo.

Este i el que trata de la revision del avalúo de las propiedades en la provincia del Maule para fijar la contribucion agricola, ya serian bastantes para ocupar su atencion; pero tal vez juzgan a estos como el de las guaneras i el de la division topográfica de la provincia de Valparaíso, unas verdaderas bicocas indignas de ocupar la consideracion del congreso.

Si es así, harán i dirán lo mismo que hizo i dijo un aodalaz a quien le motejaron sus camaradas que no entraba por una puerta de miedo a un perro.

Pues quieren saber ustedes por qué no paso? les contestó nuestro tuno, pues han de saber que no paso, porque estoi esperando que ese perro se vuelva mas bravo.

Esto dicho, espere la cámara que se embravezcan los proyectos de reglamentacion en la explotacion del guano, el de la division territorial de la provincia de Valparaíso, el del nuevo avalúo de las propiedades i fundos rústicos del Maule i los otros muchos que sin duda todavía no estan tan bravos como los necesitan nuestros congresistas.

Con todo, dícese que lo primero que harán será em-

brollar la discusion de los presupuestos para ver de modo de colocar en un nuevo embarazo al gobierno. Si lo hacen, bien, que lo hagan, que no siempre se han de mortificar haciendo lo que no les gusta.

En este sentido, i para disculparlos en lo que hagan, les pido que recuerden a aquel borracho de quien cuenta la leyenda, que decia cuando le presentaban un licor cualquiera: pues señor, vamos bebiendo, que cuando el estómago pide agua debe en castigo dársele vino para mortificar al cuerpo; i cuando pide vino debe dársele vino tambien que no es justo mortificarlo todos los dias i a cada rato.

Diga pues, la Cámara — el pueblo me pide lei, justicia i patriotismo, pues le doi bandera i injusticias, que no siempre se le ha de conceder lo que pide, i si me pide mañana mi partido nuevas diabluras i embrollos, le doi nuevos embrollos i diabluras que no siempre se le ha de mortificar las ganas.

Si señor, que diga eso i estamos en paz con el buen sentido, con la conciencia i con el patriotismo.

No sucede esto sin embargo en Inglaterra donde Lord Gray i Lord Lanstovne están haciendo prodijios para reducir los gastos a mil millones de francos i rebajar el impuesto que grava sobre la renta.

Verdad es que los tales Lores no han nacido en Chile, i por supuesto ignoran lo que es esa rigorosa adhesion a un partido con perjuicio del bien público, esa tenacidad que allí no se comprende cuando no la inspira el amor patrio i el orgullo de ser hijos de la nacion mas libre del mundo.

Cuéntanos el *Ferrocarril* que ya en Inglaterra no hai Wighs ni Tories, ni radicales ni liberales, sino ingleses puros i patriotas que todo lo posponen en aras de la prosperidad nacional, que es el objeto único de la adoracion de todos esos bravos hijos de los mares, a quienes acosamos nosotros de egoismo, de interes i de rapacidad, desde el nido de nuestra indolencia i desde el medio del cieno pestilente en que nos revolcamos con tanto gusto.

Pero no será solo la vieja Albion la que tendrá la felicidad de no tener partidos sino patriotas, pues nosotros ya nos estamos preparando para no conservar ni liberales ni pelucones, ni rojos ni ultramontanos, ni retrógrados ni progresistas, sino simplemente montt-varistas puros que es todo lo bueno que hai en este mundo.

Para que no se crea que hablamos de pamporreta, como se dice, sabed que en estos dias, segun nos han dicho i asegurado tres amigos dignos de toda confianza, han tenido lugar varias reuniones en diversas casas del decenio, en las cuales se ha tratado de poner en planta este programa:

1.º Derribar el ministerio de julio que está trabajando porque S. E. eche con viento fresco a todos los intendentes, gobernadores, subdelegados, inspectores i demas ministriles del gobierno pasado.

2.º Poner en jaque al Presidente de la República para que no pueda moverse, procediendo a las destituciones de los montistas, i deje, en consecuencia de su lenidad, que en todas las provincias rejidas por mandatarios del decenio salgan diputados, senadores i municipales del mismo pelo de los que ahora tenemos.

3.º Comprometer a todos los jefes de los cuerpos de linea a que, una vez depuestos del mando los empleados dichos, procedan o a hacer una revolucion militar que ponga en manos de Montt las riendas del gobierno, o a intimidar con ella a las autoridades para que así de mic-

do les dejen voluntariamente a sus corifeos el lugar que les corresponde.

4.° Pasar una circular a todos los partidarios, afiliados i aficionados platonicos del montt-varismo para que imiten el ejemplo de lo que ellos hacen por aqui, poniendo en planta el mismo sistema de evoluciones que se pondrá en juego en la capital.

5.° Entretener, mientras no sucede una gazerpa en grande, el alboroto en las Cámaras para que el ministerio engañado por este falso ataque, descuide lo que realmente conviene, i se vea luego lo mismo que Napoleón en la batalla de Waterloo, es decir, rodeado de prusianos por la calata.

6.° Hacer que pase de una vez ese proyecto de organizacion de la guardia nacional para que las elecciones sean canónicas hasta en los pueblos en que creen los liberales obtener el triunfo.

7.° Mantener al gobierno en perpetua alarma respecto al poder de los rojos con el fin de que, por temor de hallarse débil en la lucha, recurra al apoyo de los montt-varistas como a la única tabla de salvacion en el naufragio.

8.° Estar jaqueando al clero no solo en sus tendencias en la enseñanza, sino en su influencia en el espíritu i la conciencia de las *masas* para que así, aterrado por lo duro e imprevisto de los ataques, cobre miedo i no chiste en lo que concierne a la política, encerrándose al cabo en un silencio e inaccion que garantice su prescindencia en los asuntos que no sean de su ministerio.

9.° No dejar títere por mover, desde las viejas estantiguas de las provincias hasta los pacos para que vayan familiarizándose con un cambio en el gobierno, i no les tome despues de nuevo, haciéndoles la misma imprevision del ataque tomar la defensa de las instituciones.

10.° Oponerse a todo apoyo que pudiera dar la legislatura a la administracion para que falta de recursos se halle en el apuro obligada a aceptar las condiciones del contrato en que se estipulará para los diez años la conservacion del favor en todos los partidarios del decenio.

11.° Procurar introducir la discordia entre el jefe supremo i sus ministros para que aquel, si no les obliga a hacer la dimision de las carteras inmediatamente, se coloque en una situacion que haga imposible toda pretension de parte de sus secretarios i nulaa todas sus tareas i sus afanes.

12. Embrollar mientras tanto el cotarro, es decir azuzar a los liberales exaltados contra el gobierno, persuadiéndolos de que éste no los quiere absolutamente así como tampoco llamará en su apoyo a los conservadores, por ser ya una entidad gastada para rejir con ella un país en estas circunstancias.

13. Obligar a los empleados subalternos que tienen un puesto en el congreso a que den su voto en contra del ministerio, para que sean destituidos i, puedan charlar i escribir contra los atentados de la autoridad, que no repara en medios de robustecerse i dar pábulo a su sed de venganzas i de rencores.

Las personas que nos han presentado este dilatado mapa histórico, cronológico etc. etc. añaden que fué aprobado en todas sus partes, obligándose todos los montt-varistas a principiar de una vez a poner en planta sus cristianos propósitos.

¿Qué dirá el gobierno a esto? No se desengañará todavia de lo que ha creído? No rechazará la contemplacion i comenzará a sistemar su política montando el instrumento en un tono mas alto?

Fuerza es ya decidirse, la lucha está empeñada, i si se deja tiempo, ocasion i elementos con que hareria encarnizada i mortífera, las consecuencias pueden ser mas funestas todavia de lo que nos las figuramos.

El gobierno de Narvaez en España tuvo como el de Espartero raíces tan profundas, que Cristina i la reina Isabel II hubo momentos en que no supo que hacer, entregándose al empuje de los sucesos como el que, cansado de luchar en una tormenta, abandona al fin cansado el viejo casco que aun lo sostiene sobre las aguas.

Sin embargo vino un momento de cordura, i la borrasca se calmó, volviendo sin mucha pena la embarcacion a seguir su ruta sin miedo a los siniestros.

Los partidos no son eternos, decía Olozaga, cuando estos no se apoyan en la conciencia; así espero que la España verá fenecer el militarismo, como ha visto derrumbar los góticos artesones de sus antiguos templos.

¿Por qué pues hemos de creer nosotros que sin montt-varistas no se puede gobernar, i que, si se les persigue o ahuyenta de todos los negocios públicos, han de conspirar indefectiblemente?

Si tal fuese, no sería suficiente confesarnos impotentes para hacer el bien sino culpables del crimen de lesa-patria, faltos, en una palabra, de todas aquellas virtudes que hasta los pueblos mas envilecidos conservan siempre como una reliquia preciosa escapada del incendio.

Pero nó, los partidos al cabo se unirán, i ellos, que de ninguna manera querrán vivir privados de tener la injerencia que hace precisa la intelijencia de algunas de sus notabilidades, vendrán a ser de nuestra comunión, abjurando sus antiguas doctrinas i echando a un lado todas sus bullidoras pretensiones.

No creais que soy yo quien hago estas reflexiones, no, el que las hace es un conocido que me está viendo escribir esta crónica i quiere tener el gusto de que el público lea sus pensamientos.

Mas no será sino sueño tanta felicidad, i nosotros todos tendremos que volver a pasar por el dolor de vernos heridos en lo que amamos mas que nuestra propia vida.

Ahora que hablamos de dolores os anunciaré que acaba de llegar una nueva máquina, todavia mejor que la que le llegó al sangrador Latorre, para sacar muelas i dientes sin dolor ninguno.

Por supuesto, el aparato es de una complicacion tal que se nos hace imposible describirnos su mecanismo. Lo que si se puede decir i recomendaros es, que no solo saca muelas i dientes sino todo lo que tengais por sacar, aunque esté mas arraigado que el Montt-Varismo.

Como las artes en el día llevan sus aplicaciones hasta una raya infinita, no será extraño que dentro de poco nos llegue una máquina para redactar un periódico en dos segundos, i sin poner ni siquiera las ideas que es lo que ponen los que son realmente redactores de diarios.

En Francia hai ya máquinas para moler, hacer la infusion del café i encajarla en el estómago sin necesidad de tasa, cuchara i, lo que es mas sorprendente, sin abrir la boca.

En este concepto, no solamente nos llegarán luego todos esos milagros de la electricidad i del galvanismo sino otros mil aparatos con que hacer la guerra sin necesidad de soldados, con que transportarlos sobre el mar sin necesidad de buq es, con que gobernamos solos sin necesidad de ministros, i hacer, en fin, todo lo que hacemos poniendo el cuerpo i las manos, sin tener que dar ni una pestañada.

Oh! si viniera una máquina para aventar intendentes,

i que se volbiesen humo en el espacio, de seguro que no habria uno que no se suscribiera para ver semejante prodijio. I no se nos venga diciendo que estos deseos suponen unas entrañas de tigre, pues ya se ha sentado la premisa que todo se arranca *anestésicamente*, es decir sin dolor del paciente. Entonces ¿para qué hacer pucheros, para qué derretirse en sentimentalismo?

Si hubieran estado estas maquinarias en uso hace cinco años, nadita que nos habria dolido ir en la *Olya* a Magallanes, o vernos arrancar de nuestras camas para el presidio, o de los brazos de nuestras madres i esposas para correr a dejar los huesos en los campos de batalla.

Todo esto nos hace sin querer pensar en la muerte i tomar por supuesto una gravedad que solo se apega a nuestro carácter cuando nos vemos en el peligro o llorando memorias, que solo mantienen en toda su frescura las lágrimas que brota el corazón como la esencia destilada de sus martirios.

Si, las lágrimas, digan lo que quieran las que nunca han probado el amargo placer de verterlas, son las que mantienen vivas en nuestro corazón la fisonomía, el gesto, la voz, las palabras de los seres que amamos i hoy se ven reducidos a una narigada de polvo.

Feliz pues la virtuosa soberana de la Inglaterra que puede verterlas todavía apesar de la corona que ciñe su cabeza i de los cuarenta i tres años que deben haber gastado su sensibilidad esquistia.

Dichosa ella que se encierra horas enteras en su palacio de Windsor para humedecer con su llanto los libros, los muebles, los trajes que le dejó su esposo idolatrado, i fecundar a fuerza de dolor infinito ese mundo de recuerdos en que se ajita el alma buscando convulsivamente el ser que ya no existe entre los vivos,

¿Qué decís pues de esa reina que en sus horas de amargura, olvidando su alto rango, sus gozes, i el orgullo que naturalmente debe sentirse contemplándose la soberana de una nación tan rica i tan dichosa, se ocupa en escribir un libro como podría hacerlo un padre Nieremberg o un cartujo de la Tebaida?

Pues señor, acaba de escribir un libro que, segun dicen, está de moda en París i cuyo título es *meditaciones sobre la muerte i la eternidad*.

¡I diran que los reyes no tienen alma, que el hábito de gobernar a los hombres roe en ellos lo que a la humanidad la consuela i enaltece! Pero lo extraño es que esa esposa sin mancha, que esa reina sin culpas, medite en la eternidad, representándose tal vez con todos sus negros e indefinidos horrores, con todo aquel fondo de infinito pavor que hace estremecer hasta al cenobita; i que al mismo tiempo don Juan Manuel Rosas se divierta en Inglaterra en ver pelear gallos, i pase sus horas embebido en los deleites que su salud i constitucion de potro hace todavía precisos a pesar de sus 30 años de agitacion i de crímenes.

Así es la humanidad, pide perdón a Dios el inocente de culpas que no cometió ni en pensamiento, i el malvado duerme tranquilo, i se niega hasta el placer del arrepentimiento que pudiera rehabilitarlo a los ojos de la providencia.

Antes de ayer fueron conducidos al cementerio, en medio de un numeroso i distinguido acompañamiento, los restos mortales del señor don Fernando Márquez de la Plata i Encalada.

Al tributar la sociedad de Santiago este justo homenaje al hijo de aquel famoso Rejente i sobrino del ilustre patriota don Martín Encalada, no hizo sino cumplir con un deber sagrado, atendida la alta calidad i las virtudes

del buen ciudadano i cumplido caballero a quien debia dar este postrer testimonio de estimacion i respeto.

Las prendas del señor Plata son demasiada conocidas para que sea preciso una biografía. Padre, esposo i hermano incomparable, el hogar que alegró con su respetable senectud estará para siempre huérfano; pero sus hijos pueden tener el consuelo que a su dolor i su llanto responden todas las lágrimas i las alabanzas de los buenos.

Después de haber llenado dignamente su deber como soldado de la Independencia, en cuya defensa peleó con honor, creyó que debía consagrarse todo entero a su familia, i desde entonces el nido doméstico fué el único objeto que preocupó su corazón tan cristiano como jenérico.

Educado en el honor antiguo, practicando la virtud desde sus primeros años, no hai uno solo de los que lo conocieron que no se haya conmovido dolorosamente al saber su fallecimiento, i pedido al cielo dé la resignacion que necesita en este rudo golpe su honorable familia.

Quédele pues a ésta este triste consuelo, i cuando el dolor venga a martirizar el corazón lastimado de sus hijos, recuerden que el padre a quien lloran era uno de aquellos pocos hombres a quienes puede calificarse como modelo, uno de aquellos raros individuos que conservaron siempre sin mancha el ilustre apellido que recibieron en dote.

¡Llérenle pues, sus deudos, sus amigos, hagan memoria de su modestia, de su piedad, de su alma pura como la de un niño; i si es cierto que los ruegos de los que viven sirven al que no existe, puede contar la familia del señor Plata con que nadie los ha recibido mas fervientes que el noble padre cuya pérdida lamentan.

En esto no hai una sola palabra de adulacion ni de mentira: lo que decimos lo dicen todos. Así no se crean estas líneas como expresion de nuestro natural sentimiento como sobrinos del finado sino como el eco de toda la sociedad de Santiago.

¡Felices los que se estinguen dejando tan grata memoria i un ejemplo tan cumplido a la imitacion de sus hijos!

Con el presente número concluye el primer bimestre i quizas el último tambien.

El editor no ha tenido sino pérdidas i muchas gracias por sus buenos oficios. ¡Así es el mundo!

Sabido es ya que en toda publicacion se necesita perder al principio para llegar al fin a costearse por sí sola; pero cuando no se tiene ni qué perder, ¿cómo continuar siendo patriota?

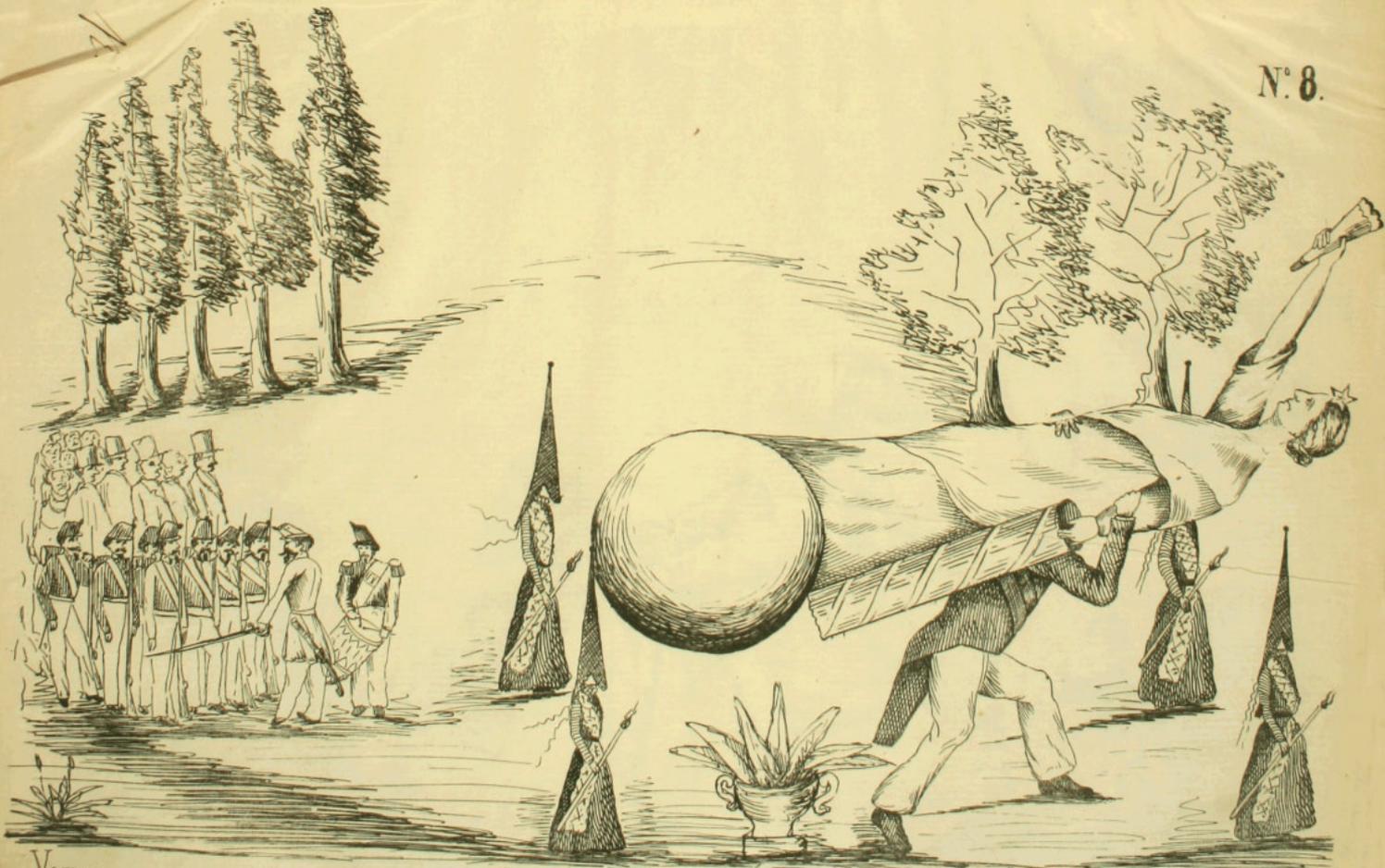
El editor pues tiene que desempeñar en esta vez el triste papel de ejecutor i cortar de un solo tijeretazo las alas del Condor que, bien nutrido, habrian llegado a ser robustas.

¡Qué triste es morir en los primeros albores de la vida! I aun mas triste no contar ni siquiera con un epitafio!...

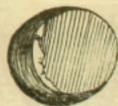
Sin embargo, el Editor i el Redactor, llevados de su buen corazón, de su platónico entusiasmo, se prometen todavía a pesar de tantos desencuentros, volver a resucitarlo de sus cenizas.

Con que, i quedándonos como el alma de Garibai, es decir, en el mundo de los brujos, os decimos adios o hasta el domingo próximo o hasta nunca jumas, amen.

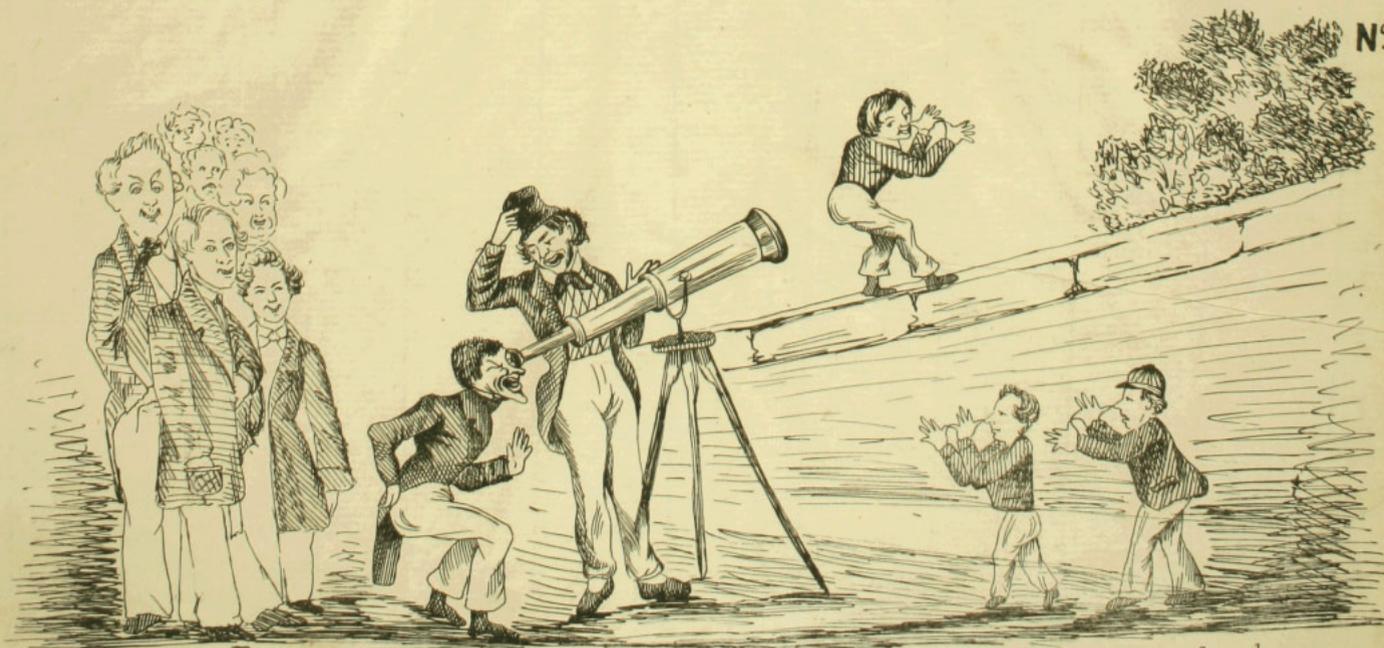
JUAN DE LAS VIÑAS.



Vamos con esta música a otra parte.—El mamarracho del Ovalo se traslada a la calle de las Animas.



Nº 8.



Divisa Ud. ese planeta? Por supuesto; es la luna, es la luna.....